

Asesinato
en el kibbutz
BATYA GUR

Siruela/ Policiaca

Batya Gur

Asesinato en el kibbutz

Un caso comunitario

Traducción de María Corniero

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Asesinato en el kibbutz Un caso comunitario

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Créditos

Asesinato en el kibbutz

Un caso comunitario

Para Amos

1

Junto a la entrada del kibbutz, en una explanada, habían apilado grandes balas de heno formando un inmenso muro dorado. Los espacios libres entre las balas estaban llenos de apretados ramos de flores. Alguien había puesto gran interés en que diera la impresión de que las flores habían brotado allí por generación espontánea. Bandas azules de un cielo despejado asomaban por algunas grietas del muro. Aarón sonrió al imaginar la batalla que habría librado Srulke por cada una de aquellas flores. La petición de aquel tributo floral le habría hecho encorvarse, torcer el gesto y fruncir los labios en su rostro atezado y surcado de arrugas, queriendo disimular su amor propio a la vez que manifestaba su oposición al despilfarro. ¿Quién habría sido la encargada de extraerle el tributo en esta ocasión?, pensaba Aarón. En otros tiempos siempre se lo encomendaban a Esti, pero después de haberla visto hoy en el comedor, anquilosada y marchita, y de recordar con amargura la delicada silueta y la encantadora gracia con que antaño conseguía engatusar a Srulke, Aarón supo que esta vez no la habrían enviado a ella. Cada pocos años cambiaban de emisaria, pero siempre había de ser alguien que arrancara a Srulke el mismo comentario: «Es una muchacha dulce y refinada, nada que ver con las *sabras*¹», dicho lo cual cortaría las flores que le había pedido.

Aarón vio el esplendor de las grandes rosas, distinguió el amarillo y el rojo de las gerberas, el púrpura de los dragones, el modesto blanco de las margaritas, pero, como siempre, el marrón de la tierra polvorienta, aún más acentuado por el tono dorado del heno, se imponía sobre el colorido de las flores. Al percibir de pronto el cambio de las estaciones en las flores y sus colores, Aarón sintió por un instante el inusitado placer de encontrarse consigo mismo. Hubo un momento en que vio las cosas tal como eran, y tuvo la sensación de que la mejor parte de sí mismo, esa que a veces se olvidaba de precauciones y cálculos, de medir todas y cada una de sus palabras, la parte de sí mismo que incluso podía ser poética, había cobrado vida.

Moish ya estaba junto al micrófono, sobre la tarima que habían levantado ante el muro de heno, observando cómo se iba congregando la multitud. En un rincón alejado de la explanada se veía a los grupos portadores de los primeros frutos del año. El coro del kibbutz, cuatro hombres y tres mujeres de blanco y azul, se había situado junto a otro micrófono, partituras en mano. Todo el kibbutz estaba presente. La gente había comenzado a afluir poco antes del momento señalado para la ceremonia, después del rato reservado para tomar café y tartas confeccionadas para la ocasión. A la hora de comer, Aarón había oído a Matilda quejarse con su voz plañidera de que no quedaba ni un solo paquete de margarina en el gran refrigerador del comedor, y, a lo largo de la tarde, un aroma a tartas de queso comenzó a desprenderse de todas las «habitaciones», como todavía llamaban a las casitas de los miembros del kibbutz. La misma Matilda no pudo sino reconocer que estaba satisfecha de que las jóvenes cabezas de chorlito hubiesen usado su recetario para preparar las tartas de la fiesta, y así se lo oyó comentar Aarón al pasar de largo ante su habitación.

Junto al depósito de agua se iban congregando poco a poco los miembros del kibbutz y sus hijos, así como numerosos invitados fácilmente reconocibles por su elegante ropa, de todo punto inadecuada para sentarse en la tierra reseca en la que cada pisada levantaba una polvareda. El polvo se pegaba a todo. Ese polvo que Aarón seguiría sintiendo en la nariz durante muchas horas y que le traía a la memoria los tiempos en que, al regresar de sus paseos veraniegos por el campo, no conseguía desprenderse el olor a polvo ni aun duchándose. Posó la mirada en las máquinas agrícolas aparcadas en las lindes de la explanada. Había niños trepando por las grandes cadenas de un D6, un tractor de color amarillo decorado con geranios rojos y rosas, y padres que levantaban a sus pequeñuelos en brazos para que tocaran la cosechadora de algodón. Cual enorme criatura somnolienta, la cosechadora encabezaba la hilera de vehículos coronada con guirnaldas de zinnias amarillas, rosas y moradas, semejantes a las flores que dibujan diligentemente los niños en la guardería y luego colorean muy serios, pétalo por pétalo. Aarón observó que también estaban allí los tractores de la vieja generación... dos grandes John Deere verdes con las ruedas lustrosas y decoradas con rosas gigantescas de color amarillo, de la variedad preferida de Srulke.

La multitud no se calmó ni aun cuando Moish entonó por el micrófono: «Un, dos, tres, probando». Sólo cuando el pequeño coro rompió a cantar con ímpetu creciente «con cestas en los hombros y guirnaldas en la cabeza», comenzaron los padres a aquietar

a sus hijos y las ancianas de la primera fila a chistar con ánimo alegre, sin asomo de reproche.

Desde uno de los flancos, Aarón observaba los semblantes arrugados de aquellas mujeres, su cabello ralo y fino, sus vestidos floreados que parecían cortados con el propósito deliberado de disimular el contorno de sus cuerpos, y también a los ancianos que se habían acomodado en el suelo, junto a las mujeres, cansados de estar de pie. Allí estaba Zeev HaCohen, cuyo cuerpo espigado parecía encogido por la edad; con su mata de pelo blanco, y a pesar de su increíble delgadez, seguía teniendo un aspecto imponente. Como siempre que veía a HaCohen, Aarón volvió a oír como en un eco la voz de Srulke llamándolo airadamente «ese polícastro» mientras enjabonaba enérgicamente una taza de café. Era una imagen de muchos años atrás: Srulke junto a la pila, vistiendo una camiseta gris, y Miriam sentada a la mesa, que estaba cubierta por un hule de esquinas tiesas, grasiento al tacto y con un dibujo de flores marrones sobre fondo beige. «No deberías hablar así de él», le había reprendido Miriam en tono inquieto y suplicante, y Aarón recordaba el súbito silencio que se hizo cuando descubrieron que él estaba en el umbral.

Ahora, Zeev HaCohen estaba sentado a los pies de Matilda, la encargada de cocinas y del supermercado del kibbutz; junto a HaCohen, había tomado asiento un niño que se entretenía jugueteando con la hebilla de su bíblica sandalia marrón. Sería uno de sus nietos, el retoño de uno de los hijos que le había dado sólo Dios sabe cuál de sus mujeres, pensó Aarón, recordando vagamente lo que había oído comentar a Moish sobre la compleja vida familiar del intelectual y filósofo de mayor renombre del kibbutz y de otros kibbutzim del mismo estilo.

—¿Cuántos años tiene ya? —le había preguntado Aarón a Moish cuando llegaron juntos al lugar de la celebración.

—No lo sé muy bien —respondió Moish distraídamente mientras bajaba de sus hombros a su hijo pequeño para dirigirse a la tarima—. Setenta y cinco, tal vez. No, más de setenta y cinco, seguro.

El kibbutz ya contaba con cincuenta años de vida. Medio siglo había transcurrido desde que los miembros fundadores se instalaran en aquellas tierras. No era el kibbutz más antiguo de Israel, pero no se podía dudar que estaba sólidamente establecido. Aquel día reinaba un ambiente festivo, mas, al propio tiempo, era evidente que nadie se estaba tomando la celebración demasiado en serio. Los únicos a quienes se veía emocionados

eran los niños, pero se los habían llevado hacia la hilera de maquinaria agrícola y ninguno estaba prestando atención a lo que sucedía en la tarima ni a los cánticos del coro. Y, excepción hecha de los miembros del coro, nadie vestía de azul y blanco. Ni siquiera los niños de la guardería, advirtió Aarón con una sombra de desengaño que le hizo sonreír, y no había ni rastro de la bandera nacional. Una cosa más sobre la que habría de interrogar a Srulke. Recordó la nostalgia que antaño solía embargar su ánimo en los días de fiesta y la emoción con que aguardaba, muy especialmente, la fiesta de las Semanas o Shavuot, la sensación muy real y auténtica de estar participando en acontecimientos importantes que le dominaba en aquellos tiempos.

No lograba desprenderse de la impresión de que bastaría retirar las banderas azules y blancas del tractor de oruga para que la ceremonia cobrase un aire arcaico y extranjerizante, como si estuviera celebrándose en una granja colectiva de la Unión Soviética. Y, sin embargo, reflexionó mordisqueando una pajita, parecía que el tiempo se hubiera detenido, era como si estuviera viendo un documental sobre los inicios del sionismo. Pero aquella ceremonia agrícola se había convertido en una farsa en un lugar donde la agricultura prácticamente estaba en bancarota; aquel kibbutz, o comunidad agrícola sionista, obtenía sus ingresos de una fábrica que producía cosméticos, ni más ni menos, y había dado su nombre a una marca internacional de crema facial que eliminaba las arrugas y rejuvenecía las células dérmicas, anunciada en los periódicos con un par de fotografías de la misma mujer «antes» y «después». Nadie más daba muestras de advertir el absurdo de un rito agrícola allí donde sólo era posible seguir trabajando la tierra gracias a la producción y venta de una crema facial. Tal vez ése era el motivo de la ausencia de Srulke. Cuando Aarón lo estuvo buscando en vano en el comedor para saludarlo, Moish le había asegurado que asistiría a la ceremonia, «aunque sólo sea para inspeccionar lo que han hecho con sus flores», había añadido con una sonrisa.

Mientras miraba en torno suyo con el supuesto propósito de descubrir a Srulke y con el deseo secreto de avistar a Osnat, Aarón llegó a la conclusión de que al menos un sector de la economía del kibbutz estaba en pleno apogeo: había tantísimos niños que a un forastero bien se le podría haber excusado que se preguntara de dónde sacarían tiempo para dedicarse a otras cosas. Los frutos de aquella intensa actividad reproductora correteaban por todas partes y la aparente satisfacción y alegría de las familias numerosas le inspiraron vagos anhelos. Pero su otra voz se apresuró a reprimirlos. El diablillo que llevaba dentro se burló de aquel deseo suyo de pertenencia, y su vena escéptica, muy

acentuada con el paso de los años, se hizo dueña de la situación y evocó la imagen de un rebaño de plácidas vacas holandesas, echando a perder sin remedio su ánimo festivo. Para ahuyentar la sensación de que aquella calma era de algún modo entontecedora, rememoró la ira que solía dominarle en otros tiempos y que hoy había vuelto a asaltarle mientras se dirigía al comedor con Moish a la hora del almuerzo.

La distancia entre el comedor y la habitación de Moish era escasa, pero tardaron siglos en recorrerla al tener que ir saludando a todas las personas con quienes se cruzaban y a las que Moish retenía para recordarles una pequeña tarea tras otra; luego hicieron un alto en las casas de los niños para ver si se había reparado un grifo que goteaba y si habían cambiado la arena del arenero de la guardería; a continuación se detuvieron en la secretaría con objeto de averiguar si se había recibido una llamada que estaban esperando, y después de que Moish estudiara los avisos del tablón de anuncios, recogiera el periódico de su casillero, leyera las notas que allí le habían dejado y cogiera el teléfono que sonaba en el gran vestíbulo de la planta baja del edificio del comedor, después de todo eso, al fin subieron al comedor, situado en la planta de arriba.

Moish se entretuvo en la puerta observando la escena y transcurrió una eternidad hasta que cogió una bandeja. Tanta despaciosidad e indolencia acabaron por cansar e impacientar a Aarón, que lo esperaba junto a los carritos de las bandejas. Aarón llegó a la conclusión de que, desde el momento en que ponías el pie en el comedor, tus reservas de oxígeno descendían y tu productividad declinaba; aquella calma flemática, aquella lentitud, eran como para volver loco a cualquiera. Se refugió en un juego de adivinanzas: quién era quién y de quién era hijo cada cual. Logró identificar a las personas de tres o cuatro generaciones reunidas en grupitos, los niños pequeños cabalgando a hombros de sus padres. No supo distinguir a los nacidos en el kibbutz de los adheridos mediante matrimonios, pero un simple vistazo le bastó para saber quiénes estaban allí en calidad de invitados, como él mismo.

Ahora la ceremonia al fin daba comienzo. Aarón aún no había visto a Osnat, pero no se atrevía a buscarla abiertamente. Los primeros en subir a la tarima fueron los trabajadores del huerto de frutales y hortalizas. Dos niños y dos hombres vestidos de azul oscuro depositaron junto al muro de heno un par de grandes cestos llenos de ofrendas y se situaron al lado del micrófono. En una breve alocución sobre la cosecha de aquel año, mencionaron frutas tan exóticas como los mangos, los aguacates y los kiwis, e incluso los caimitos y las piñas, pero nada se dijo de uvas o albaricoques. Aarón volvió a

sentirse traicionado. Los desbordantes cestos parecían recién sacados del escaparate de una elegante frutería de la calle Ben Yehuda de Tel Aviv o de un centro de mesa de una habitación de hotel. «¿Qué sentido tiene presentar así este tipo de frutas?», se preguntó pensando en lo anacrónicos que resultaban aquellos cestos, muy similares a los de los carteles en que se representaba a los antiguos pioneros.

Luego les llegó el turno a los cultivadores de algodón y, a continuación, a los trabajadores del taller de costura y de la fábrica de ropa, «vestidos con nuestros últimos modelos», anunció Moish señalando a Fania, la anciana directora del taller de costura, que se había situado a cierta distancia del micrófono. Los trabajadores de los campos subieron después a la tarima, seguidos de los jardineros. Srulke no estaba entre éstos y una vez más Aarón caviló sobre su paradero, ya que, pese a su avanzada edad, nadie había osado poner en entredicho su prestigiosa posición de padre de la horticultura del kibbutz. Pero Aarón no tardó en desechar esas cavilaciones ante la visión de un gran cesto lleno de tarros de crema facial; sujetando en alto uno de ellos, presentado dentro de una caja de plástico transparente decorada con una cinta dorada, Moish anunció: «¡Rocío eterno!». Tal era el nombre poco inspirado de la crema facial que había reportado al kibbutz beneficios de centenares de miles de dólares en los últimos años. Un dibujo del cactus con el que se confeccionaba la crema adornaba el cesto, y Aarón observó divertido aquella planta de grueso tallo y aspecto anodino y vulgar.

Antes de que los grandes tractores comenzaran a rodar en formación, los niños encargados de cuidar a los animales de la pequeña granja desfilaron ante la concurrencia escoltando a un potrillo pardo y a un burrito de un mes que lucía una guirnalda de geranios. Una niña con un vestido blanco llevaba sobre el hombro un sedoso conejo blanco y una parejita de niños transportaba un pollo en una cesta.

Cerraban el desfile once mujeres que marchaban ante el muro de heno llevando en brazos a los niños nacidos aquel año mientras el público aplaudía una vez más, mecánicamente, sin que el ruido de fondo se acallara. A continuación se pusieron en marcha las máquinas agrícolas y, mientras avanzaban lentamente, varias muchachas esparcían desde los engalanados vehículos confeti y estrellitas plateadas.

Hacía calor, pero no bochorno; era el típico calor seco del norte del Néguev. Bajo un sol que aún parecía próximo a su cenit pese a que ya eran las seis de la tarde, los niños correteaban muy animados entre la polvareda levantada por las grandes máquinas. Todo el mundo se puso en pie para recular, cogiendo a los pequeñuelos de la mano para que no

se acercaran demasiado. Los hijos de los encargados agrícolas iban sentados en las cabinas junto a sus padres. Un adolescente de pecho desnudo y bronceado conducía la gran cosechadora con gesto inexpresivo, casi indiferente, como ajeno a la impresión que estaba causando en los niños y las adolescentes del kibbutz, algunas de las cuales vestían trajes blancos que realzaban su lozanía y belleza.

«Nuestros graneros desbordan de trigo, nuestras cubas rebosan de vino. Nuestros hogares están llenos de niños», cantaba el coro, y Aarón pensó que nunca se habían pronunciado esas palabras con mayor motivo. Los signos de la abundancia se veían por doquier. Nada dejaba entrever las dificultades económicas que atravesaba el movimiento de kibbutzim y que en los últimos tiempos habían saltado a los titulares de la prensa y habían sido objeto de debate tanto en la Knéset² como en la Comisión de Educación. Tan elevados eran los beneficios de la fábrica de cosméticos, le había explicado Moish de camino a la ceremonia, que bastaban para financiarlo todo, e incluso para ayudar a otros kibbutzim agobiados por las deudas. Los miembros de este kibbutz todavía se podían permitir viajes al extranjero, y la propuesta de establecer casas unifamiliares donde los niños durmieran con sus padres, en lugar de en las tradicionales casas infantiles, no había sido rechazada por problemas presupuestarios sino por decisión del Kibbutz Artzi, el consejo nacional de la rama más tradicional del movimiento de kibbutzim, a la que ellos pertenecían.

Mientras pasaba la vista sobre la multitud tratando de distinguir a Osnat, Aarón vio a Dvorka, sombreándose los ojos con la mano no muy lejos de él. Tenía cogido de la mano a un niño de unos cinco años. Aarón comprendió, sobresaltado, que debía de ser el hijo de Osnat, el menor de los nietos de Dvorka. Aun desde lejos pudo apreciar que Dvorka estaba más encorvada que antes. «Ya debe de haber pasado de los setenta», le había comentado a Moish durante la comida; y Moish asintió sonriendo: «Tiene setenta y dos años. Pero sigue siendo una apisonadora. Tendrías que oírla en la *sijá*³. La misma voz, la misma energía. Es un auténtico monstruo».

Desde la última visita de Aarón al kibbutz habían pasado casi ocho años. Y también esta vez había aceptado la invitación a la doble celebración de Shavuot y del cincuentenario del kibbutz pensando en Osnat. Hacía años que no la veía. Trató de calcular con exactitud cuántos, preguntándose si su hijo Arnon ya habría nacido en aquel entonces y recordando vagamente que Dafna todavía estaba embarazada. Aun después de haberse convertido en una figura pública, aun después de haber sido nombrado

parlamentario, la inquietud seguía apoderándose de él cada vez que pensaba en el kibbutz. En sus referencias autobiográficas solía mencionar que en otros tiempos había pertenecido a un kibbutz, y algunos periódicos habían sacado mucha tajada del hecho de que lo hubieran acogido en un kibbutz del que se marcharía al terminar sus estudios. Alguien había llegado a decir sin rodeos que Aarón había cursado sus estudios a expensas del kibbutz para luego abandonarlo. «Uno de los grandes desengaños del movimiento de kibbutzim», lo había llamado en cierta ocasión un periodista en un artículo donde ofrecía una explicación psicológica de «la indignada oposición del parlamentario Meroz a la propuesta de aliviar las deudas que pesan sobre el movimiento de kibbutzim».

El miedo a sentirse incómodo y la sensación opresiva que se abatía sobre él cada vez que pasaba de largo ante la entrada del kibbutz lo disuadían de visitarlo. Cada vez se le hacía más difícil ir allí, «en lugar de al contrario», había pensado aquella mañana mientras se dirigía al kibbutz y trataba de sacudirse el abatimiento que iba apoderándose de él. Moish le había dicho por teléfono: «Ten corazón, cincuenta años, no es algo que suceda todos los días... ¿no puedes hacer un esfuerzo?». En realidad no había nada que le impidiera ir al kibbutz. Incluso podría haber hecho de la ocasión una visita oficial, un ejercicio de relaciones públicas; mas, por algún motivo, presumiblemente relacionado con Osnat, pensaba ahora mientras volvía a mirar en derredor con la esperanza de verla, había preferido visitarlo a título personal y no había comunicado a nadie adónde iba salvo a su hija, y eso especificando que «tal vez iría». Había concertado una cita con el director del Departamento de Educación del Ayuntamiento de Asquelón a primera hora de la mañana y, una vez despachado ese asunto, sin llegar a tomar una decisión consciente («lo intentaré, pero no te prometo nada; ya sabes cómo son estas cosas», le había dicho a Moish por teléfono), había girado bruscamente el volante en el último minuto cuando pasaba en coche ante el kibbutz.

Esta vez traspasó la entrada sintiéndose como el héroe conquistador que retorna a su antiguo hogar. La última vez que había estado allí ya era un abogado de éxito, pero su fama aún no había llegado al kibbutz; ahora ni siquiera ellos podrían desdeñar su tarjeta de visita. Pero el malestar y la angustia de siempre seguían agobiándole a pesar de ese sentimiento de triunfo. Quería librarse de las imágenes desagradables del pasado, de los sentimientos de pesadumbre, de soledad, de vergüenza. Sobre todo de vergüenza. Pero

las imágenes aparecían vivaces ante sus ojos a la vez que un dolor punzante le torturaba el brazo, ese dolor que lo había impulsado a dejar de fumar.

Mientras aparcaba junto a la sección de Los Narcisos, donde vivía Moish, reparó en dos chicos que charlaban y lo miraban con curiosidad ociosa, indiferente. Vestían monos azul oscuro y uno llevaba un gran taladro en la mano. Aarón estaba seguro de que lo habrían reconocido por las fotografías publicadas en la prensa y por sus apariciones televisivas –últimamente se le había visto mucho en la pequeña pantalla–, pero no dijeron nada, y él no supo si atribuir ese silencio a que no lo habían identificado o a que estaban demasiado embebidos en sus asuntos para prestarle atención.

Cuando al mediodía abordó a Dvorka en el comedor, atrincherándose tras su flamante confianza en sí mismo contra el malestar que siempre lo asaltaba al pensar en ella, le sorprendió ver que lo miraba con aire de despiste. Sospechó por un instante que no lo había reconocido. Dvorka esbozó un saludo con la cabeza y le tendió una mano dura y callosa, pero su apretón fue bastante flácido y no le sonrió. Antes de volverse hacia otro lado, le dijo: «¿Qué tal estás?», en un tono que no invitaba a responder, y cuando él aludió a las fiestas del jubileo, Dvorka asintió mecánicamente y echó una mirada en torno suyo como si estuviera muy interesada en encontrar a alguien. Aarón carraspeó y dijo:

–Me gustaría verte más tarde; querría consultarte unas cuantas cosas.

Sólo entonces le dirigió Dvorka aquella mirada luminosa y penetrante que tan bien recordaba y que lo hizo sentirse de nuevo como un niño, absolutamente transparente.

Dvorka lo contempló así durante un rato y, luego, como si ya hubiera hecho una recapitulación de todo lo visto en su interior, respondió:

–Te espero esta noche, si es que vas a quedarte a dormir –Aarón le prometió pasar a verla–. Después de las actuaciones –añadió ella–, cuando hayamos cenado. Tenemos mucho de que hablar.

Aarón asintió sumiso y tragó saliva. Estaban charlando ante el mostrador de los segundos platos, bandejas en mano, aunque Aarón había tenido que dejar la suya para estrecharle la mano a Dvorka; a esas alturas ya se había formado una buena cola tras ellos. Por el rabillo del ojo Aarón vio a Moish junto al surtidor de zumos del rincón, llenando una jarra mientras se inclinaba hacia una mujer a la que escuchaba con atención.

–Hacía mucho tiempo que no venías a vernos –le dijo Froike desde detrás del mostrador–. Hoy estoy de turno de cocina –añadió en tono de disculpa; aunque tal vez

no había pretendido disculparse sino simplemente transmitir una información que Aarón había interpretado como una disculpa.

Dvorka había sido la primera profesora de Aarón en el kibbutz, le había dado clases en sexto. Aarón recordaba su cabello recogido en un moño, con hebras blancas salpicando su trenza morena, el olor a jabón que despedían sus manos, su ropa oscura, su elevada estatura y su voz cargada de pasión. Recordaba que le había corregido cariñosamente cuando la llamó «señorita» y la precisión con que pronunció su nombre, «Dvorká», acentuando la última sílaba. Al verla ahora en el comedor en pleno verano, era como si estuviera oyendo el rumor de sus pisadas en aquellas mañanas frías y lluviosas en que calzaba botas negras de goma, y aún oía la voz pletórica de vitalidad con que les recitaba los poemas de Raquel. Al estrecharle la mano hacía un momento, le había venido a la memoria el vívido recuerdo del horror de las duchas comunes, de la vergüenza que pasaban los chicos y las chicas al tener que vestirse y desvestirse juntos. Recordó también la seguridad con que, en verano, Hadas se enfundaba los pantalones cortos azules rematados por elásticos en sus piernas morenas, aquellos bombachos hechos de una tela tan dura que parecía encerada, y, en invierno, los pantalones largos azules. La ropa limpia y planchada llegaba a la casa infantil en un gran montón donde estaban las escasas prendas que Aarón había llevado consigo al kibbutz. De vez en cuando Uri se ponía la camisa de cuadros de Aarón. Poco a poco, los límites se fueron difuminando y también él comenzó a hacer como los demás y a coger lo primero que encontraba en la pila de ropa limpia sin preocuparse de buscar las prendas que en otro tiempo fueran suyas.

El año en que falleció su padre, durante la Pascua, su hermana mayor, que ya estaba haciendo el servicio militar en una unidad Nájál⁴ asociada al kibbutz, lo había llevado a la secretaría, donde, sin prestar atención a las miradas congraciadoras con que él le rogaba que no lo dejara allí solo, se lo confió a Dvorka y se marchó. La familia de Moish lo adoptó. Después de las clases y del trabajo, Aarón iba a la habitación de Srulke y Miriam, los padres de Moish. Hasta el día de hoy, el mero hecho de pensar en Srulke le inspiraba reverencial temor e inquietud, una sensación soterrada de incertidumbre y desconcierto, como si hubiera de cumplir determinados requisitos para ser aceptado. Aún hoy no sabía qué requisitos eran aquéllos ni a qué anhelaba pertenecer, pero Srulke, igual que Dvorka, despertaba en él sentimientos de culpa y vergüenza, ira y angustia. En sus viejos tiempos en el kibbutz, Aarón se consideraba el muchacho más desgraciado del

mundo, y la sensibilidad pedagógica y los esfuerzos de Dvorka no habían servido para borrar las barreras bien delimitadas que lo separaban de los nacidos en el kibbutz.

Ahora Dvorka no había pronunciado ni una palabra sobre su carrera política y, como siempre, no demostraba interés ni curiosidad. Mirarla a los ojos bastó para que se esfumara el ánimo triunfante y orgulloso con que había llegado al kibbutz. Y también en la habitación de Moish, mientras tomaban café después de comer, volvió a embargarle la inquietud de antaño, como si continuara siendo un niño forastero al que sólo habían aceptado por hacerle un favor a su hermana.

Cuando se marchó del kibbutz lo tacharon de traidor. Lo que había dicho aquel periodista era una burda mentira. No había estudiado a expensas del kibbutz, y así lo había asegurado en una de sus últimas ruedas de prensa. Pero los desmentidos no valían de nada en la vida pública, o al menos eso le decían los expertos. La verdad del asunto era que se había marchado porque él quería estudiar Derecho y la comisión de educación superior le recomendó que esperase su turno y, entretanto, estudiara «algo de lo que les hacía falta en el kibbutz», como economía o ingeniería agrícola. Y también en la sijá le habían pedido que aguardase a que le llegara su turno y entonces «ya se vería».

Su petición fue rechazada casi por unanimidad y Yojeved, una de las kibbutzniks más antiguas, cruzó los brazos sobre su generoso seno y le increpó a grandes voces:

—¿Qué prisa tienes? Los estudios no lo son todo en la vida. Antes de nada, debes pasar unos años trabajando en el kibbutz, eso es lo más importante.

Y Matilda se descolgó con un comentario demoledor:

—Pero si aún no hemos enviado a nuestros propios hijos, que han nacido aquí, a la universidad.

Dvorka le respondió airadamente que se callara y Zeev HaCohen también protestó, e incluso Yehuda Harel, el marido de Dvorka, presente en el kibbutz aquel día aunque pasaba casi todo el tiempo en la ciudad cumpliendo sus funciones de secretario de asuntos externos, responsable de los contactos con el exterior, dijo:

—Eso es totalmente irrelevante; Aarón es tan hijo del kibbutz como cualquier otro.

Pero Aarón sabía que se marcharía a toda costa. Allí las posibilidades le parecían muy limitadas, casi predeterminadas, y él era incapaz de vivir con una visión de futuro tan estrecha.

Cuando notificó sus intenciones en la secretaría, lo mandaron a hablar con Dvorka. Recordaba con todo detalle aquella conversación y sus prolegómenos. Dvorka lo había

abordado en el comedor al mediodía para decirle: «¿Por qué no pasas a hablar conmigo más tarde?». Recordaba haber llamado vacilante a su puerta y la eficacia con la que ella preparó café y lo retiró del fuego para que no hirviera, la mano segura con que lo sirvió y partió el bizcocho y dispuso tazas y platos sobre el mantel bordado que cubría la mesa rectangular, el mismo modelo que el kibbutz había distribuido a todos los miembros antiguos para que amueblaran sus cuartos de estar. Aarón tampoco había olvidado la mirada perspicaz y omnisciente que Dvorka le había dirigido cuando él masculló que necesitaba marcharse y que se sentía incapaz de esperar dos o tres años hasta que le llegara el turno, ni la réplica que ella le había dado, comentando que los sacrificios a corto plazo pueden justificar nuestros actos a la larga.

En aquel entonces Aarón no había comprendido a qué se refería, pero en los últimos años, mientras corría de una reunión a otra, tomaba un par de bocados de un insípido pan de pita y unos sorbos de Nescafé con leche en polvo, se apresuraba a acudir a una cita con este o aquel inspector regional de educación o a almorzar con algún periodista especializado en temas de enseñanza, a veces recordaba la preclara intuición que encerraba aquel comentario de Dvorka y trataba de consolarse con la idea de que había sido un estudiante de Derecho notable y un abogado de éxito, y pensaba en su gran piso de Ramat Aviv, fruto de acertados cálculos financieros, y en su nuevo coche con aire acondicionado, que ahora estaba aparcando junto a la habitación de Moish. Tenía anotados todos estos logros, entre otros, en un balance de situación mental para demostrar a los miembros del kibbutz, incluida Dvorka, que no habían sabido apreciarlo en lo que valía.

Por otro lado, cuando él se marchó, Osnat ya se había trasladado a una casita con el hijo de Dvorka, Yuvik, algo a lo que Dvorka no encontró pertinente aludir. Dvorka no se interesaba por los detalles, pero, aun así, tenía que saber que la relación de Osnat con Yuvik había destrozado a Aarón. En el kibbutz no se hablaba de otra cosa en aquellos tiempos. Aarón percibía las miradas de lástima, de conmiseración, y cómo todo el mundo se apresuraba a bajar la vista cuando topaba con él; y agradeció a Dvorka que no lo tratara con una delicadeza excesiva que habría hecho aflorar su vulnerabilidad ante ella.

Sólo al final de la conversación, cuando ya se había puesto en pie, con las tazas en la mano y prácticamente inclinada sobre él, Dvorka le había dicho con tentativa afectuosidad:

—A menos que en tu decisión hayan intervenido cuestiones personales, pero hasta para

ésas se han encontrado soluciones en el pasado... —Aarón se levantó sin hacer caso del comentario, sintiéndose torpe y desmañado, y entonces ella añadió—: En todo caso, no es habitual nombrar encargado agrícola a alguien de tu edad. No pareces darte cuenta de la importancia que tiene aquí ese cargo.

Y, una vez más, Aarón había sentido que con esas palabras le estaba queriendo decir que no era un auténtico hijo del kibbutz y que, pese a ser forastero, había llegado muy alto, y había percibido la sombra de un reproche porque le hubieran distinguido con un trato de favor. Ante esto, había logrado hacer acopio de la rabia necesaria para cuadrarse de hombros y decir:

—Lo pensaré; en realidad, aún no me he decidido.

De tanto en tanto, cuando volvía a casa desde Jerusalén, se preguntaba dónde estaría hoy si hubiera compartido su vida con Osnat, si ella no hubiera preferido a Yuvik, si se hubiese quedado en el kibbutz. ¿Se habría sumergido en una vida de plácida y calmosa crianza de los hijos y de acalorados debates en las asambleas del kibbutz? Nunca conseguía imaginarse la historia hasta el final; su mente siempre se detenía en el momento en que Osnat y él se quedaban a solas en su habitación, después de acostar a los niños (Osnat había tenido cuatro hijos con Yuvik... ¿cuántos habría tenido de haber estado con él?). Llegado a ese punto la imagen se desintegraba, porque entonces retornaba la rabia, aún viva e intensa.

La ceremonia concluyó. Aarón se quedó esperando a Moish, que charlaba con el técnico que estaba desconectando los micrófonos, y observó a la multitud encaminándose despacio hacia el comedor. Le vino a la memoria la fiesta de Shavuot de hacía treinta años. En aquella época no había cremas faciales ni exóticas frutas tropicales, ni tampoco el menor rastro de la plácida apatía que ahora reflejaban los rostros en torno suyo. Todo era más intenso, sin sonrisas de circunstancias, y la alegría tenía una cualidad distinta, cargada de tensión. Todo el mundo se tomaba tan en serio sus funciones que los preparativos duraban muchísimo tiempo. En su segundo año de estancia en el kibbutz fue él quien condujo al burrito de la granja durante el desfile. Aarón se vio marchando en medio de la fila y recordó la nuca de Hadas, que iba cargada con el pan horneado por los niños. Recordó su trenza. Ahora Hadas estaba en Estados Unidos. Se había marchado años atrás, siguiendo a su marido.

Hacía ya mucho tiempo que los miembros del kibbutz no vivían en «habitaciones» sino en casas de dos o tres cuartos, dependiendo de sus necesidades; casitas equipadas

con todas las comodidades: neveras y estufas de gas, batidoras, licuadoras y molinillos de café eléctricos. Y en el circuito cerrado de televisión pasaban las películas de madrugada y otros programas grabados, sobre todo los de los sábados por la noche, para que la gente pudiera asistir a las reuniones semanales y ver después los programas que se habían perdido.

—Competir con la televisión es imposible —le había dicho Moish, y luego comentó que también televisaban las sijot—. Compramos un par de cámaras de vídeo desde el principio, pensando en unos cuantos ancianos demasiado débiles para acudir a las reuniones; pero, claro, algunos aprovechan para ver la sijá desde casa —suspiró—. Qué le vamos a hacer, siempre hay quien saca partido de las circunstancias.

Ahora Aarón caminaba junto a Havaleh, la mujer de Moish, que sujetaba a su hijo pequeño por la pringosa manita. Otro niño los seguía a pasitos inseguros mientras los hijos mayores, un chico y una chica, se alejaban en dirección al monumento que conmemoraba a los caídos en la guerra, desde donde llegaba el sonido de risas y gritos. Aarón miró a Havaleh y pensó con asombro que no tardaría en ser abuela. La satisfacción que reflejaban sus ojos mientras veía alejarse a sus hijos adolescentes prácticamente eclipsó la amargura del gesto que antes le viera mientras tomaban café en la habitación. Su voz había vibrado de ira antes de que Moish atajara con una mirada admonitoria la discusión en la que se habían enzarzado.

Iban camino de las habitaciones donde vivían los jóvenes, una hilera de cabañas que en su día alojaban a los fundadores del kibbutz. Aarón todavía recordaba el día en que Srulke y Miriam se mudaron de su cabaña a una casa de piedra. Ahora vivían allí los chicos y las chicas que estaban cumpliendo el servicio militar y también los solteros, hasta que les llegara el momento de trasladarse a las casas familiares. Moish se detuvo a hablar con Amit, el segundo de sus hijos, a la puerta de su habitación. Amit estaba haciendo el servicio militar, pero le habían dado permiso gracias a la nueva normativa anunciada en un recorte de periódico que Moish le había mostrado a Aarón: «Se insta a todos los comandantes en jefe a permitir que los kibbutzniks asistan a las celebraciones del jubileo». Mirando al joven soldado, Aarón recordó un comentario de Moish. «Está en una unidad Nájál, pero lo han destinado a Hebrón. No consigo acostumbrarme a la idea. Tú y tu gobierno de unidad nacional...». Ésa había sido la única referencia que había hecho al cargo de Aarón. Moish llamaba «hijo» a Amit siempre que se dirigía a él y Aarón volvió a sentirse inferior.

Él sólo tenía dos hijos de un matrimonio fracasado, un matrimonio que desde el principio había sido producto de las circunstancias más que de la libre voluntad. Arnon tenía siete años y Pazit diez, y a la niña le faltaba, había que reconocerlo, la indolente elegancia de las muchachitas del kibbutz. Havaleh había dado a luz seis veces, pero aún se paseaba por su habitación en pantalones cortos y usaba biquini para ir a la piscina del kibbutz, según había podido apreciar Aarón en el retrato de familia (una ampliación de una fotografía que había sacado Amit antes de incorporarse a filas, le había explicado Moish) que relucía en su marco sobre el televisor de la casita. Havaleh y Moish eran de la generación de Aarón y seguían viviendo como una pareja joven aunque, al propio tiempo, ambos tenían asignado un lugar en el mundo. Moish era director general del kibbutz y Havaleh estaba disfrutando de un permiso de estudios y poniendo al día sus conocimientos de educación musical. El hecho de que él perteneciera a la Comisión Parlamentaria de Educación ni siquiera se había mencionado. Su carrera política no impresionaba a Havaleh, quien había ahogado un gigantesco bostezo después de haberle dirigido una primera mirada de curiosidad.

Al mediodía toda la familia se reunía a comer y, al ver a Amit partiendo en rodajas un pepino enorme, Aarón había recordado la destreza de que hacían gala los miembros del kibbutz al prepararse la ensalada. En las raras ocasiones en que los niños acompañaban a Srulke al comedor, Aarón siempre se maravillaba de la meticulosidad con que los veía partir las hortalizas. Primero pelaban lentamente los pepinos, de manera que las tiras de piel fueran muy finas, luego los cortaban en cubitos pequeños y los mezclaban con cebolla y tomate, y después venía la búsqueda del aceite, y también del limón, si eras de los entendidos. Aarón se sentía torpe y frustrado por sus infructuosos intentos de partir finitas las hortalizas (les arrancaba la mitad de la carne a los pepinos y casi siempre chafaba los tomates) y le enfurecía aquel ritual, que, según descubriría más adelante en sus lecturas, era uno de los rasgos típicos de las comidas colectivas en los kibbutzim. En su visita previa también se había dado a pensar que el individualismo florecía a la hora de preparar la ensalada. Toda la energía individual que no encontraba otras vías de expresión se canalizaba hacia la preparación de la propia ensalada, con parsimonia y exasperante concentración. En ese aspecto todos eran especiales. En otros tiempos, Aarón no había encontrado la manera de traducir su rabia a palabras; no sabía cómo llamarla.

Además, en aquel entonces, los niños tomaban sus comidas en el comedor de la casa

infantil, salvo la cena de los viernes, en la que sólo se servía sopa de pollo y un insípido pollo hervido (el *humus*, la *tehina* y las sabrosas empanadillas de queso llamadas *burekas*, como las que habían tomado hoy al mediodía, eran algo desconocido). En aquellos tiempos, cuando Moish iba a ver a Aarón a la ciudad, siempre devoraba con glotonería los polos que éste le compraba, y en cierta ocasión en que pasó dos días de vacaciones en casa de la madre de Aarón, Moish había pedido tres veces que lo llevaran al cine. Hoy día tenían cintas de vídeo, y un autobús con aire acondicionado llevaba a cualquiera que quisiera apuntarse a los conciertos de rock celebrados en el anfiteatro, descubierto de un kibbutz cercano. Según Moish, en estos tiempos los kibbutzniks veían más espectáculos al año que cualquier habitante de la ciudad. «Las cosas ya no son como antes», era el comentario que repetía, radiante de satisfacción, cada vez que Aarón comentaba algún cambio.

Y, en efecto, las cosas ya no eran como antes. El antiguo comedor había sido reconvertido en club social y sustituido por un magnífico edificio de nueva construcción. Pero, cuando llegaron a la entrada, Moish dijo en tono amonestador, con repentina vehemencia:

—No vayas a creer que esto es el paraíso.

Y ante el espectáculo de la cena festiva, Aarón reparó en la mirada con que Moish escudriñaba el comedor y en el suspiro que daba testimonio de que no todo era perfecto. Como para confirmar lo que estaba pensando, Moish dijo:

—No es cosa sencilla. El progreso tiene su precio —pero, acto seguido, se recobró y anunció con renovada energía organizativa—: vamos a empezar enseguida.

La sala estaba adornada para la fiesta, las largas mesas cubiertas con manteles blancos. Se dirigieron a la mesa donde una tarjeta indicaba: «Familia Ayal».

—¿Y esto? —preguntó Aarón—. ¿Sitios reservados?

—Tienen que saber con cuántas personas hay que contar —replicó calmosa Havaleh—. Con tantos miembros y visitantes ya no se puede dar por hecho que va a haber sitio para todos.

Y, dicho esto, con un movimiento resuelto, sentó a Asaf y a Ben a ambos lados de la silla donde luego tomó asiento. Aarón cogió de un plato un puñado de pegajosos dátiles. Junto a la botella de naranjada situada al lado del plato había una mancha naranja. Contempló la variedad de refrescos, las botellas de vino, los platos de papel con dibujitos, el reguero de personas que iban entrando sin prisas. Al fondo de la espaciosa

sala habían dispuesto un estrado decorado con siete tipos distintos de cereales y frutas y equipado con micrófonos. Aarón recordó que antes de la cena estaba previsto que hubiera actuaciones. Un grupo de veteranos kibbutzniks comenzó a subir al estrado.

—Tengo que ir allí —dijo Moish, corriendo enérgicamente su silla hacia atrás, y unos segundos después ya estaba en el estrado diciendo—: Buenas noches a todos —en tono reposado, autoritario—. Feliz jubileo. Vamos a comenzar. La parte seria del programa precederá a la cena. Después de cenar nos quedaremos a ver la parte frívola.

Aarón volvió a dirigir una mirada en derredor en busca de Osnat. No se atrevía a preguntar por ella. Y una vez más le extrañó no ver a Srulke, pero antes de que le diera tiempo a interrogar a Havaleh sobre la ausencia de su suegro, su atención se desvió hacia Moish, quien oficiaba de maestro de ceremonias con serena confianza, despertando su asombro y admiración. Después de llamar al orden a unos cuantos niños escandalosos, que se apresuraron a sentarse obedientemente, y de esperar a que todo el mundo guardara silencio, Moish leyó en voz alta la bendición y luego se situó junto al coro, siete cantantes vestidos de blanco, y entonó con ellos «Trigales».

Ahora reinaba en la sala una atmósfera de relajada atención, tan sólo turbada por el ocasional llanto de algún niño. Contemplando a Moish, sus rizos grises que antes fueran castaños, los brazos cuyo bronceado resaltaba junto a la blanca camisa, se preguntó por enésima vez, como siempre que visitaba el kibbutz, por qué él no estaba viviendo en aquella paz armoniosa, criando niños, trabajando la tierra y celebrando las festividades de cada estación, envuelto en aquel sentimiento de pertenencia y unidad que todo lo abarcaba. Los kibbutzniks estaban a sus anchas, como de costumbre; aquél era su hogar y él, pese a las miradas amistosas de quienes lo rodeaban, era el niño forastero de siempre, comiendo a hurtadillas los pepinillos y los pimientos rojos encurtidos, porque no se sentía en el derecho de tomar aquella comida que, a fin de cuentas, no había contribuido a cultivar. Y ser el invitado del director general del kibbutz no le consolaba, ni tampoco las desavenencias pasajeras que observaba de vez en cuando, como la discusión de la sobremesa. Mientras Moish preparaba un café turco, Havaleh le había dicho: «Y qué pasa si no quiero ir de viaje al extranjero, y si lo que quiero es comprar una nevera grande con el dinero que mi madre ha prometido darme, ¿qué más te da a ti?». Y Moish le había replicado con sequedad desde al lado de la cocina de gas: «Cuando el kibbutz decida comprar neveras grandes para todos, entonces tendrás tu nevera grande, pero no

antes, me da igual lo que tu madre diga o deje de decir». Havaleh, entonces, le contestó en tono ominoso: «Ya veremos».

Tampoco lo que había descubierto en el cuarto de baño le servía de consuelo. Estaba avergonzado de la curiosidad que lo impulsó a abrir el armario de las medicinas. Junto a los tarros de plástico rosa que Lina, todavía la cosmetóloga del kibbutz, había marcado con etiquetas de CREMA CONTORNO DE OJOS HAVA A. y CREMA DE MANOS HAVA A., había una caja con la etiqueta TAGAMET y un frasco de un líquido lechoso rotulado ALUMAG. En la caja de Tagamet habían escrito a mano «Moshe Ayab», y al echar un vistazo a las indicaciones, Aarón se dio cuenta de que su amigo de la infancia, convertido ahora en aquel hombre tranquilo, de pelo gris y anchos hombros, tenía úlcera de estómago. Y además del asombro, se apoderó de él una desenfadada hilaridad. De manera que el derroche de ecuanimidad exhibido durante la comida y la ceremonia al aire libre, y que sin duda volvería a lucirse en la cena festiva, no era más que una fachada.

Ahora Dvorka estaba junto al micrófono del estrado leyendo un pasaje de la Biblia. Los asistentes pasaban las páginas del programa, impreso en ciclostil, de la fiesta de Shavuot del año del jubileo del kibbutz. Su voz, todavía imponente, estaba cargada de sentimiento y se quebraba de vez en cuando, incapaz de contener tanta emoción. Leía el libro de Rut, y Aarón se preguntó si también ella estaría pensando en Osnat, la niña forastera que había ido a una tierra extranjera en compañía de su suegra. A él mismo le sobresaltó tal asociación de ideas («¿Cómo puedes decir que es una tierra extranjera?»), y sus pensamientos volvieron a Dvorka.

Está cambiada, pensó; tiene un aire de amargura.

—Todo comenzó aún antes de que mataran a Yuvik —le había explicado Moish—, está haciéndose mayor y ha sido muy duro para ella. Primero se le murió Yehuda, y luego sucedió lo de Yuvik en el Líbano. Para empezar, no pintaba nada allí, a su edad. Un año más y le habrían liberado de los deberes de reservista. Lo único que la mantiene viva en estos tiempos son sus nietos y Osnat —Aarón se había sentido enrojecer, pero Moish, ocupado en fregar las tazas de café, prosiguió sin advertirlo—: Sí, la relación con Osnat es lo que salva a Dvorka. Claro que ahora a Osnat se le ha metido en la mollera la obsesión de que los niños duerman con sus padres; sólo piensa en eso y no para de pelearse con todo el mundo por ese asunto.

—Y Dvorka ¿está a favor o en contra? —preguntó Aarón, aun cuando la mención del nombre de Osnat había ahuyentado de su cabeza cualquier otro pensamiento.

—En contra. ¡Cómo no va a estar en contra! ¿En qué estarás pensando? —masculló Moish—. ¿Es que todavía no sabes cómo piensa Dvorka?

—Sí, pero creía que era flexible en cuestiones de este tipo. A fin de cuentas, todos los kibbutzim están haciendo esa transición.

Con lentitud y solemnidad, Dvorka cerró la pequeña Biblia, se quitó las gafas de leer y descendió del estrado con movimientos rígidos. Aarón contempló por un momento sus hombros encorvados, el moño plateado y menos espeso que antes, y la siguió con la mirada mientras se dirigía a la cocina. Entonces volvió a centrar su atención en la tarima.

Ahora estaba ocupada por un grupo de niños vestidos de azul y blanco.

—Son los «Bambis» —dijo Havaleh—. Los alumnos de segundo —explicó sin darle tiempo a preguntar.

Aarón observó a los niños, radiantes de salud, y los escuchó declamando al unísono un texto que ellos mismos habían escrito; no le pasaron inadvertidas la solemne gravedad con que pronunciaban las palabras ni las sonrisas orgullosas que iluminaron algunos rostros desdentados cuando el público aplaudió. Aun recordando y sabiendo que las cosas no eran tan sencillas, y a pesar de la lasitud que comenzaba a extenderse por sus extremidades, adormecidas y pesadas, no lograba disipar la sensación de que allí radicaba la paz verdadera, de cuerpo y espíritu, ni tampoco la tristeza de saberse un forastero sin posibilidades de llegar a participar de aquella vida plena y alegre. Tal como antes había dicho Havaleh en la habitación, con la indiferencia que caracterizaba todos sus comentarios de ese tipo: «Tú no habrías podido vivir aquí. Según recuerdo, siempre tuviste dificultades con el grupo. No eres el tipo de persona que acepta la supremacía de la sijá». Aquella expresión, «la supremacía de la sijá», sonaba fuera de lugar en sus labios, como si estuviera declamando un texto tradicional, extravagante, arcaico.

—¿Cuántos años llevas siendo director general? —le preguntó Aarón a Moish cuando comenzaban a servirse el primer plato.

—Es una especie de panecillo de huevo, está delicioso, Pruébalo —le dijo Havaleh colocándole delante una fuente.

—Éste es mi cuarto año —repuso Moish con fatiga—, y espero que este mismo año encuentren a un sustituto, porque no sé cuánto tiempo conseguiré mantener el tipo. Me muero por volver a trabajar en los algodones.

—Dime una cosa —dijo Aarón, mirando la botella de vino blanco que tenía ante sí y los vasos de vino tinto que en ese momento les pedían que alzasen para brindar—, parece que

estáis en buena situación económica. ¿Cómo os las arreglasteis para salir airosos del asunto de las acciones?

—Sí, estamos más o menos en buena forma —ratificó Moish.

Havaleh, que no se perdía una palabra pese a sus constantes atenciones a Asaf y Ben, muy entretenidos en revolver y tirarlo todo, dijo orgullosamente:

—Fue todo gracias a Yoyo; supo en qué momento había que retirarse —y para asegurarse de que Aarón la comprendiera, añadió—: retirarse de la bolsa y vender las acciones antes de que se hundieran. Nos retiramos a tiempo y obtuvimos beneficios. Y ahora sólo nos queda ayudar a los demás kibbutzim, que están pasando verdaderos apuros —esto último lo dijo en tono de agravio, como protestando contra una injusticia general.

Llegó el segundo plato. Recogieron los platos de cartón usados y los tiraron a los grandes cubos que había bajo las mesas. Aarón se sirvió un trozo de pollo y rechazó la carne asada que le ofrecía Havaleh. Ella tomó un pedacito de carne y exclamó:

—¡Qué maravilla! ¿Quién ha hecho hoy el asado?

Y mucho antes de haber terminado lo que tenía en el plato, amontonó en él más tajadas y después cortó en trocitos el pollo de Asaf. Moish se acercó el plato de encurtidos y siguió comiendo con su habitual parsimonia y meticulosidad, hasta acabárselo todo, incluido el anillo de grasa que rodeaba el asado.

—Quítame la piel, quítame la piel —berreaba Asaf, y Moish se inclinó sobre el plato del niño para retirar los trozos a los que llamaba «piel».

—Todo lo que no es marrón y blando es piel para él —comentó con sonrisa indulgente—. Es la primera fiesta en la que han incluido a los pequeños en las celebraciones generales. Antes nunca nos acompañaban —comentó Moish mientras rellenaba el vaso de vino de Aarón—. Como se está debatiendo la propuesta de que los niños duerman con su familia, la gente se porta como si fuera cosa hecha y se ven cambios por todas partes. Nos hemos convertido en un anacronismo en el movimiento de kibbutzim, el último kibbutz que aún no ha decidido que los niños duerman con sus padres.

—¡Caramba!, ¿ya han adoptado esa norma todos los kibbutzim del país? —preguntó Aarón sorprendido.

—Quizá no todos. No, todos no, seguro, pero todos han votado a favor. Llevar la decisión a la práctica constituye un problema económico en este momento, porque supone construir más edificios. Lo absurdo es que —y en el rostro de Moish apareció una

sonrisa, como si se le acabara de ocurrir esa idea— para nosotros no sería un problema material, pero todo depende de la decisión del movimiento. Ahora se está hablando de no construir más hasta que los kibbutzim se hayan recuperado económicamente, pero en teoría podríamos hacerlo. Lo absurdo es que precisamente aquí aún no hemos llegado al estadio de adoptar la decisión...

Un hombre grueso y con gafas se aproximó a Moish y le consultó algo relativo a la movilización laboral del día siguiente. Miraba a Aarón con curiosidad, pero a él no le resultaba conocido. Moish le preguntó:

—¿No te acuerdas de Aarón Meroz? Un niño de fuera que adoptamos, y que estuvo con nosotros hasta hace veintidós años, ¿no es eso? Hasta los... ¿Qué edad tenías cuando te marchaste?

—Veinticuatro —respondió Aarón incómodo, y volvió a sentir el dolor en el brazo izquierdo. También le había estado molestando la víspera, pese a lo cual había decidido no ir a hacerse un chequeo.

—Pero desde entonces has venido ya otras veces —dijo el hombre, y Aarón asintió—. Claro. Me resultabas conocido, pero no te situaba —se excusó.

—Tal vez de la televisión —dijo Havaleh.

Y el hombre volvió a asentir diciendo:

—Eso es, eres el subsecretario del partido, ¿verdad? —y luego repitió la pregunta relativa a la movilización del día siguiente.

Moish respondió con concisión y terminó diciendo:

—Consulta el cuadro del tablón de anuncios; ahí se especifican los puntos.

—¿Qué puntos? —preguntó Aarón una vez que se hubo alejado el hombre.

—¿Qué te crees? ¿Que la gente sigue presentándose voluntaria como en los viejos tiempos? —gruñó Moish—. La encargada de organizar los turnos de trabajo está enferma, y, en cualquier caso, la tarea le supera. Así que cada vez que hay una movilización me vuelven loco, porque hoy día concedemos puntos por apuntarse a las movilizaciones, y bonificaciones, y todo ese tipo de cosas. Pero no es competencia mía en absoluto. Que se lo vayan a preguntar a Osnat.

—¿Osnat? —preguntó Aarón, sintiendo que se le encogía el estómago.

—¿No te lo había contado? Ahora Osnat es la secretaria del kibbutz —dijo Moish, y sonrió—. Nos hemos hecho mayores, ¿verdad? Somos adultos responsables —luego volvió la cabeza y comentó preocupado—. Qué escándalo hay, no sé cómo van a representar las

escenas cómicas –dirigió la vista al escenario, donde habían comenzado los preparativos para la segunda parte del programa–. ¿Desde hace cuántos años no ves una comedia en un kibbutz?

–No creo haber visto ninguna desde la última vez que actué en una –respondió Aarón pausadamente, encogiéndose de hombros–, y en aquel entonces no había tantos niños –añadió, esforzándose en no pensar en el persistente dolor de brazo.

–Sí había niños –dijo Moish–, pero sólo de primer curso para arriba. Los más pequeños no asistían a las fiestas. Ahora todo está cambiando y eso ya se ve en las costumbres. Tenemos que empezar temprano porque hay niños pequeños. Antes nunca se organizaba una fiesta antes de las nueve y media o las diez, después de que hubiéramos acostado a los niños. Y, como podrás ver, tampoco habrá baile. Tal vez para los jóvenes, pero no para nosotros, que tendremos que retirarnos pronto para acostar a los niños –y, comiéndose otro encurtido, se levantó.

–No veo a Srulke por ningún lado –dijo Havaleh–, estoy empezando a preocuparme.

–¿Dónde está? –preguntó Aarón–. ¿Por qué no ha venido con vosotros?

–Dijo que tenía que ir un momento a su habitación y que volvería enseguida –explicó Havaleh mirando en derredor–. Me había olvidado por completo.

Moish conversaba junto a ellos con una mujer muy vieja.

–¿No ves que aquí no hay sitio para todos? –protestaba la mujer–. Este comedor no está preparado para fiestas de este tipo, no se oye nada y los asientos son incómodos...

–Tranquilízate, Menujá –dijo Moish–. Si se presenta la necesidad, ya daremos con la manera de resolver el problema. Ahora la fiesta tiene que continuar. Ya hablaremos de esto más adelante –y la condujo hacia su sitio, empujándola suavemente por el hombro.

Las niñas de sexto curso, las «Margaritas», como las llamó Havaleh, estaban bailando en escena. Entre ellas estaba su hija, cuya coleta se agitaba con cada paso de baile. Moish tomó asiento y miró a su alrededor.

–No veo a Srulke –dijo sin dirigirse a nadie en particular–. ¿Todavía no ha llegado?

–Tal vez está cansado después de todo el jaleo de esta tarde –dijo Havaleh con mirada sombría.

Aarón volvió a ponerse en tensión al oír que Moish se refería a su padre llamándolo por su nombre de pila. Nunca había comprendido aquella costumbre tan típica de los niños del kibbutz, que se le antojaba muy fría.

«Pero si esta tarde tampoco ha estado presente», quiso decir Aarón, pero guardó

silencio porque en ese momento todos se volvieron porque comenzaba la representación de la comedia escrita por Yoopie. Le horrorizó comprobar que no lograba recordar el verdadero nombre de Yoopie. El empeño en recordarlo ya no lo iba a dejar en paz; le fastidiaría como una mosca zumbona hasta que lograra recordarlo. Era una especie de juego que se había inventado y en cuyas reglas no entraba preguntárselo a alguien. Con esa preocupación, dejó de escuchar la comedia, aunque la experiencia previa y las carcajadas del público le bastaban para deducir que el argumento era maligno, salpicado de alusiones y juegos de palabras. Aarón dirigió la vista hacia Havaleh, en cuyos brazos se había dormido Ben, hacia Asaf, que observaba el escenario desganadamente, mordisqueando de vez en cuando un trozo de pan de pita, y hacia Moish, que contemplaba la escena sonriente. Luego Moish consultó su reloj y echó un vistazo en derredor, con gesto preocupado.

—Si no aparece enseguida iré a ver qué ha ocurrido.

Aarón estaba a punto de decir algo tranquilizador, pero una persona sentada cerca de él hizo un comentario sarcástico sobre los políticos, y, al levantar la vista para replicar, con la sonrisa jovial que siempre adoptaba en tales ocasiones, vio a Osnat.

Tenía los verdes ojos entrecerrados, con ese gesto de concentración que él tan bien conocía; la potencia de la sacudida que estremeció su cuerpo lo dejó asombrado. Osnat apenas si había cambiado en aquellos ocho años. Tenía el mismo aspecto. Le hacía pensar en una pantera, con el pelo rubio, la piel oscura y esos ojos achinados que resplandecían en la oscuridad, según recordó ahora, mientras los miraba de frente. Desde el otro lado de la mesa, aquellos ojos le devolvieron la mirada con serenidad, reflexivamente y cargados de risueña curiosidad. Osnat se inclinó para decirle algo a un joven sentado cerca de Havaleh, pero se detuvo a mitad de la frase y le tendió relajadamente la mano a Aarón mientras le preguntaba en tono serio y meditado qué tal estaba.

Aarón sabía muy bien que ella había seguido sus rápidos progresos de los años pasados. Cuando mataron a Yuvik, le había escrito una carta de pésame. Tardó horas en escribirla, tratando de darle un tono afectuoso pero no seductor, íntimo sin cargar la nota. La muerte de Yuvik había complicado la situación y Aarón prefería no pensar en eso. El alcance de aquellas complicaciones, sus implicaciones, eran demasiado amenazadores. Estaba convencido de que también Osnat evitaba tales reflexiones. Desde su punto de vista, la amenaza era aún más concreta.

—Voy a ver qué le ha pasado a Srulke —dijo Moish con decisión, poniéndose en pie, y Aarón hizo lo propio.

—Voy contigo —sugirió vacilante, y Moish no trató de impedirselo.

Y, así, Aarón estaba con Moish cuando descubrieron a Srulke tendido entre las flores junto a su habitación en la sección A de los Fundadores, y por primera vez Aarón oyó llamarlo «padre».

—¿Qué te pasa, padre? —le dijo después de haber gritado—: ¡Srulke, Srulke, levántate! ¿Qué te ocurre?

Tan impresionado quedó Aarón por la violencia de la reacción de Moish, por su pérdida de autodominio, que en un principio no se dio cuenta de que Srulke, cuyo rostro se veía paralizado en desgarrado gesto de dolor a la amarilla luz de la farola, estaba muerto.

Al cabo de lo que pareció una eternidad, Aarón se repuso y dijo:

—Voy corriendo a buscar al médico.

Dejó allí a Moish y se dirigió al comedor a toda prisa, con lo que el brazo izquierdo volvió a dolerle, y mientras corría recordó que en las habitaciones había teléfonos. Pensó en regresar para llamar a una ambulancia y se detuvo un instante, pero la necesidad de hacer algo concreto y enérgico, por muy ilógico que fuera, se impuso; llegó al comedor sin aliento y preguntó por el médico al primer kibbutznik con el que se topó. Mirándolo con desconcierto y curiosidad, éste señaló una de las mesas del fondo de la sala; sorteando sillas y tropezando con Fania, del taller de costura, que lo miró alarmada, Aarón al fin logró llamar la atención del joven doctor, que se dirigió hacia él saltando sobre la mesa. Queriendo evitar por encima de todo que se desencadenara una reacción de pánico, Aarón se llevó al médico aparte y le susurró que Srulke estaba inconsciente entre las flores de al lado de su habitación.

El médico adoptó una expresión grave y echó a andar a buen paso. Al llegar a la puerta del comedor, tocó en el hombro a un joven que estaba allí y le dijo:

—Busca a Rickie ahora mismo y dile que lleve el equipo de reanimación de la clínica a la habitación de Srulke. Es urgente. Y no lo comentes con nadie, ¿de acuerdo?

El joven asintió asustado y se internó en el comedor. El médico echó a correr seguido por Aarón, quien por el camino le preguntó si Srulke había tenido problemas de salud en los últimos tiempos.

—Que yo sepa, no —repuso el médico—, pero hace tiempo que no le hago un

reconocimiento –se volvió hacia Aarón, que se rezagaba jadeante, y añadió–: Pero, a su edad, nunca se sabe, ya no es un jovencito.

Llegaron al fin a la sección A de los Fundadores y al camino que conducía a la segunda casa de la manzana, donde Srulke había vivido desde que Miriam falleciera ocho años atrás. Moish seguía inclinado sobre el cuerpo yacente de Srulke, desvalido y con una expresión espeluznante en el rostro.

–Tráigame una toalla de la habitación –ordenó el médico.

Aarón entró en la habitación, donde percibió un fuerte olor a hule. De camino al cuarto de baño palpó el hule de la mesa preguntándose si sería el mismo de hacía años; también olía a rosas y a tierra húmeda, un aroma poco habitual en la habitación de un anciano.

Cuando salió al exterior vio al médico tratando de hacerle la respiración artificial a Srulke y golpeándole el ancho pecho, todo cubierto de vello gris. Tenía la camisa desgarrada y sucia, y Moish, al lado del médico, no cesaba de repetir:

–Tenía las manos húmedas. Debía de estar abriendo o cerrando el aspersor, no lo sé, pero tenía las manos húmedas y he tratado de secárselas en la camisa.

El médico no le prestaba atención. Continuaba golpeando el pecho de Srulke y pegando la boca a la suya, tal como Aarón lo había visto hacer en la televisión. A su alrededor se oía el zumbido de los fluorescentes y el canto de los grillos, así como un eco distante de los festivos cánticos. Bajo el cielo estrellado, Aarón se sintió muy pequeño en aquel camino, entre los macizos de flores y las filas de casas, minúsculas en comparación con el cielo y la tierra que se extendían ilimitados en torno suyo.

–¿Cuánto tardará en llegar el equipo de reanimación? –preguntó para disipar su sensación física de insignificancia, para oír el sonido de su voz madura y responsable.

El médico callaba.

–¿No nos haría falta una ambulancia?

El médico seguía sin responder.

–¿Cómo es que el kibbutz no tiene una ambulancia? –le preguntó entonces a Moish.

–Sí que tenemos una ambulancia –explicó Moish–, pero está averiada. Me lo han comunicado hoy mismo, y para cuando consigamos dar con un mecánico... Esta misma tarde me dijeron que no arrancaba, y me olvidé de pedirle a Chilik que le echara un vistazo porque esta semana no está previsto ningún parto... –lanzó un gemido y repitió con voz ahogada–: Me olvidé de decírselo a Chilik.

–No tiene importancia, tampoco así habríamos llegado a tiempo –intervino el médico–.

Si llamásemos a una ambulancia, para cuando llegáramos a Asquelón... –dejó la frase inacabada y desvió su atención hacia el sonido de rápidas pisadas y resuellos procedente del fondo del camino—. ¿Rickie? –preguntó, y cuando una joven emergió jadeante de la oscuridad, le dijo–: Deprisa, en primer lugar vamos a ponerle una inyección.

Rickie clavó una enorme aguja en el brazo de Srulke mientras el médico le introducía un tubo por la garganta. Aarón volvió la cabeza.

–Ahora el respirador, rápido –dijo el médico.

Rickie le tendió el aparato; trabajaban muy concentrados y, de tanto en tanto, el médico mascullaba que los músculos estaban muy contraídos. Pasado un largo rato sin que Srulke diera señales de vida, el médico alzó los ojos, miró a Moish y meneó la cabeza.

Con las piernas temblorosas, Moish se sentó en el murete que rodeaba el macizo de flores y acarició el semblante arrugado de su padre.

–¿Quieres que lo traslademos al hospital?

Mirando al médico, Moish preguntó aturdido:

–¿Para qué? ¿Serviría de algo?

–No –respondió el médico con voz queda, después de carraspear–. Pero si no le hacen la autopsia no sabremos qué ha sucedido.

–No –dijo Moish con firmeza–. ¿Para qué? ¿Qué íbamos a ganar con eso? –tras un breve silencio, añadió–: ¿Qué ha sido? ¿El corazón?

–Eso parece –dijo el médico asintiendo con la cabeza–, un paro cardíaco.

–Desde el punto de vista legal, ¿es posible no trasladarlo a ningún sitio? –preguntó Aarón.

–Sí, desde luego, puedo firmar... –el médico miró a Moish antes de proseguir–: puedo firmar un certificado de defunción... a su edad.

Entre Aarón y el médico trasladaron el cuerpo de Srulke a su habitación y lo tendieron sobre la cama de matrimonio. El médico le cerró los ojos y lo tapó con una sábana almidonada que estaba cuidadosamente doblada a los pies de la cama.

2

El entierro de Srulke se celebró la tarde del día siguiente, durante la fiesta.

—No hay alternativa —explicó Zeev HaCohen a Yojeved, que había protestado en nombre de los ancianos padres de Ruti.

Aquella pareja se había instalado años atrás en el kibbutz, donde seguía observando todas las prácticas de la tradición judía, incluida la de tomar alimentos *kosher*. Y ahora se había quejado de la transgresión que suponía celebrar un entierro en una festividad religiosa.

—No estamos preparados para conservar el cuerpo —susurró Zeev HaCohen, y echó una ansiosa ojeada a Moish para comprobar que no le había oído. Posó la mano en el hombro de Yojeved—. Tendremos que explicarles que lo hacemos sin mala intención. Diles que me pasaré a verlos esta tarde. Yo me encargo de hablar con ellos —concluyó con el tono autoritario y tranquilizador que reservaba para las situaciones de crisis.

Aarón permaneció en el kibbutz hasta después del entierro. Aunque no quería reconocerlo ante sí mismo, albergaba esperanzas con respecto a Osnat. Tampoco quiso establecer ninguna relación entre la muerte y el deseo, pero lo cierto era que el entierro, el gesto flemático de Havaleh y la seriedad de Amit, el sonido de la tos de Moish después de vomitar en plena noche, el abatido silencio de Dvorka, con los ojos enrojecidos después de haber pasado la mañana velando a Srulke, todo eso lo había sumido en un torbellino de emociones y ansiedad que trataba en vano de aquietar. No comprendía sus propios sentimientos. La muerte de Srulke debería haberle producido alivio. Siempre lo había visto como un testigo de sus pasadas humillaciones.

De pequeño se sentía acobardado ante aquel hombre que trabajaba tanto y con tan buenos resultados, cubriendo el kibbutz con alfombras de césped salpicadas de docenas de variedades de flores y dotándole, hasta el día de hoy, de un aire irreal de jardín del Edén en medio de un yermo amarillo y marrón. En la exposición fotográfica que habían

colgado en el vestíbulo del comedor con ocasión del jubileo, unas cuantas fotografías antiguas en blanco y negro mostraban un erial donde sólo crecía algún que otro taray. Junto a ellas, una gran fotografía en color del jardín que daba acceso al comedor tenía el siguiente rótulo: «Entonces... y ahora». Bajo las fotografías del invernadero de Srulke, nacido como entretenimiento experimental en una pequeña construcción levantada junto al cobertizo de las herramientas y convertido con los años en auténtica empresa profesional y lugar de peregrinación para los kibbutzim de la zona, el rótulo citaba las palabras de Herzl: «Si lo deseas no es un sueño».

Srulke había sido un hombre taciturno que nunca se tomaba la molestia de hacer más agradable la vida a quienes lo rodeaban, aunque sólo fuera con una sonrisa o una palabra. Pero tampoco pretendía molestar a nadie. Parecía totalmente ajeno a la influencia que pudiera ejercer en su entorno. Cuando regresaba a casa después de un día de trabajo, solía preguntar a los niños cómo habían empleado la jornada, poniendo más hincapié en el trabajo que en los estudios, y después de darse una ducha y vestirse con una camiseta gris claro y unos pantalones azul marino, se encaminaba al jardín, donde, inclinado sobre las flores, acariciaba los pétalos de las grandes rosas, examinaba las hileras de tiestos de fucsias de multitud de variedades, cuyas ramas se doblaban bajo el peso de auténticas cascadas de flores encarnadas, rosas y purpúreas; y sólo entonces, después de haber aspirado el aroma de los jazmines amarillos, tomaba asiento y desplegaba su *Al Hamishmar*⁵. Y cuando comenzaba a caer la noche, Srulke suspiraba, doblaba cuidadosamente el periódico, echaba un vistazo en torno y luego se levantaba para poner en marcha el aspersor, mover la manguera o, sencillamente, tocar una hoja.

Al irse haciendo mayor, a Aarón cada vez le sorprendía más ver que Moish no demostraba el menor temor hacia su padre. Y, con el paso de los años, también fue comprendiendo que Moish amaba tiernamente a su padre, que aquel hombre cuya industriosa presencia a menudo bastaba para paralizarlo de miedo no asustaba a su hijo. Lo cierto era, pensaba Aarón, que siempre había esperado de Srulke una palabra cariñosa, alguna demostración de afecto y de que apreciaba su valía, pero cuando era niño apenas si había habido relación alguna entre ellos. Srulke casi nunca se dirigía a él directamente y Aarón no recordaba una sola ocasión en que hubieran estado a solas.

Ahora se le ocurría por primera vez que Srulke había sido un hombre muy tímido, y que si rara vez le dirigía la palabra era porque no encontraba nada que decirle que no pareciera forzado. Sin duda había comprendido intuitivamente que cualquier intento de

acercamiento a Aarón resultaría hipócrita, falso. Pensó con tristeza que a Srulke le habían sido más fáciles las cosas con Osnat. Con ella tampoco hablaba, pero sí le dedicaba mudas sonrisas de afecto. Era como si aún estuviera viendo el gesto de intensa concentración con que Srulke escuchaba a Osnat mientras ella le contaba a Miriam lo que había hecho durante el día, sentados todos en el césped, frente a la habitación, en las largas tardes veraniegas.

Aarón se sumó al cortejo fúnebre sin sentir alivio ni dolor, tan sólo la obligación de estar junto a Moish. No podía menos de preguntarse por qué su visita al kibbutz había coincidido precisamente con la muerte de Srulke. Durante su anterior visita, ocho años atrás, se había celebrado el entierro de Miriam, la madre de Moish, que había fallecido tras muchos padecimientos. Fue entonces cuando Aarón se acostó con Osnat por primera y última vez, la noche de después del entierro, en la habitación donde lo alojaron después de que se le averiase el coche. Osnat lo acompañó a la habitación, situada al fondo de la sección de casas prefabricadas, llevando ropa de cama limpia. Era invierno y el informe meteorológico había advertido del peligro de heladas. Aarón recordaba muy bien los comentarios sobre la cosecha de aguacates. De camino al cementerio, la gente hablaba de eso en susurros. Osnat había sacado una estufita eléctrica del armario y la había encendido.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó Aarón.

—De Dave —respondió Osnat—. No lo conoces. Un soltero de mediana edad. Un voluntario de Canadá al que hemos aceptado como miembro hace un año. Ahora lo hemos mandado a un seminario en Guivat Aviva.

—¿Para que encuentre mujer? —dijo Aarón riéndose.

—No tiene gracia. ¿Te parece divertido vivir aquí solo?

—Seguramente será mejor que vivir solo en la ciudad.

—No estaría yo tan segura —replicó Osnat fríamente mientras dejaba las sábanas limpias y almidonadas sobre la cama individual y empezaba a desdoblarlas. Luego se sentó al borde de la cama y entornó los ojos mientras pasaba lentamente las hojas de un libro que había allí.

—Gurdjieff —leyó Aarón torpemente—. ¿De qué trata? —preguntó, tomando asiento a su lado.

—No lo sé, de algo místico. Una vez Dave trató de explicármelo, e incluso me dejó algo para leer, pero ese tipo de cosas no se me dan bien.

—¿Es uno de esos tipos que están intentando encontrarse a sí mismos? —dijo Aarón sonriendo. Osnat se encogió de hombros—. Quiero preguntarte algo —se sorprendió diciéndole—, ¿querías a Miriam de verdad?

Osnat se tomó su tiempo para responder.

—Más o menos —dijo por fin—. Quiero más a Srulke. Miriam no era nada especial...

—Pero se portó bien con nosotros cuando éramos pequeños —protestó Aarón.

—¿Qué quieres decir con eso? —le espetó Osnat—. ¿Que le pidieron que acogiera a dos niños forasteros y ella aceptó cuidar de ellos? ¿Qué le veías de bueno? No se podía hablar de nada con ella, y siempre prestaba mayor atención a Moish y a Shula que a nosotros. Y aunque la gente decía que era una mujer cariñosa... ¿te besó alguna vez?

Tras un silencio, Aarón reconoció:

—No lo recuerdo.

—¿Ves? —dijo Osnat—. Si te hubiera besado, lo recordarías. Además, a mí siempre me dio la sensación de que me tenía miedo.

—¿Sabes una cosa?, hace pocos años que he empezado a darme cuenta de lo mal que lo pasé. Supongo que tú también debías de pasarlo mal. Nunca hablábamos de eso.

—Hablar no era tu punto fuerte en aquellos tiempos —dijo Osnat, y se puso en pie para colocar una manta de lana en la cama.

—¿Y es el punto fuerte de Yuvik?

Aarón percibió la amargura de su voz. Osnat no le respondió. Él se quedó mirando sus rizos rubios recogidos con una goma en una especie de moño que dejaba bien al descubierto su bello rostro, sin maquillaje, ancho como el de una campesina esclava, con unos labios gruesos y bien perfilados. Los defectos se hacían evidentes al examinar las facciones una a una: nariz demasiado puntiaguda, pómulos excesivamente anchos, ojos empañados, manchitas sobre la piel oscura; pero, en conjunto, el rostro poseía una belleza salvaje y sensual que no compaginaba con la expresión severa que había adoptado Osnat mientras se concentraba en hacer la cama.

—¿Cómo se vive siendo la mujer de Yuvik, el semental del kibbutz? —preguntó con una crudeza que a él mismo le sorprendió.

Osnat lo miró con gesto de rabia y tristeza, mordiéndose los labios, y al cabo dijo:

—¿Quieres dejarlo ya, por favor?

Aarón estaba avergonzado, confuso.

—Lo siento —dijo—. Te pido disculpas, me ha salido sin pensarlo. Nunca hemos hablado

de eso. Pero me interesa mucho saber cómo estás.

Osnat le dirigió una mirada seria, las comisuras de su boca se estiraron, volvió a entornar los ojos y dijo:

–Bien, estoy bien. Ahora mismo, muy metida en mis estudios.

Sin saber por qué, Aarón tuvo la impresión de que ella no se resistiría si la atraía hacia sí. De pronto lo invadió un hondo sentimiento de soledad y aflicción y, tomándole la mano, entrelazó los dedos con los suyos; cuando volvió la cara hacia él vio su habitual expresión de seriedad, esa con la que pretendía ocultar toda señal de pena o desamparo, era la expresión que siempre lo había conmovido, la que le decía que Osnat era su compañera de fatigas. Sus manos unidas, posadas sobre los pantalones grises de lana que Aarón se había comprado en Londres durante su último viaje al extranjero, se convirtieron en dos manitas cubiertas de rasguños tras una larga jornada de vendimia. Aarón se vio como un niño y a Osnat como una niña, sentados en una cama de la casa de los niños, y recordó cuánto había anhelado tocar la manita de Osnat. Era una imagen del año de su *bar mitzvá*⁶, de unos meses antes de que oyeran por casualidad la fatídica conversación entre Alex y Riva. Hasta aquella noche, nunca había osado tocar a Osnat.

Poco a poco empezaron a entrelazar frases que comenzaban por «¿Te acuerdas de...?», y durante largo rato revivieron sus tiempos de soledad y animosidad contra los compañeros de su edad y contra el kibbutz en general. Y llegó un momento en que a Aarón le resultó lo más natural decir sin sonrojo: «Entonces ni siquiera yo sabía cuánto te deseaba»; a lo que Osnat replicó titubeante: «Pero yo no podía. No sé si quería o no quería, pero no podía». Y como quien toma lo que en justicia le corresponde, sintiéndose más seguro de sí mismo que nunca en su vida, Aarón la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos, y lo que antes parecía imposible se volvió natural e inevitable aquella noche, después del entierro de Miriam.

A las dos de la mañana Osnat se levantó de la cama y se vistió silenciosa, a toda prisa. No prestó atención a la indecisa sonrisa de Aarón, y cuando ya estaba en la puerta y él le preguntó si podían volver a verse, ella respondió:

–¿Para qué? ¿Adónde podría llevarnos esto? Así no.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Aarón; se incorporó y se cubrió con la manta de lana, áspera y desagradable al tacto.

–Quiero decir que no quiero verte en estas condiciones.

–Pero vas a ir a estudiar a Tel Aviv, estarás en la ciudad y...

—No quiero —le atajó Osnat con sequedad—. Si vienes al kibbutz, nos veremos, si no, no nos veremos.

Aarón suspiró y la miró en silencio.

—Y no vayas a pensar que suelo hacer este tipo de cosas —añadió Osnat.

—Vamos, no te lo tomes así —protestó él con impaciencia—. No soy un desconocido.

—No —dijo Osnat, entornando los ojos con hostil gesto de desconfianza—. Quiero que sepas que va en contra de mis principios. No tengo la menor intención de volver a hacerlo. No sé qué me ha podido pasar. He perdido la cabeza.

—Tengo entendido que Yuvik no tiene una moral tan elevada como la tuya. Hoy mismo he oído un comentario sobre él y una volun...

Osnat lo interrumpió en un tono contenido que subrayaba su enfado:

—Yuvik y yo no somos iguales —y, antes de salir pegando un portazo, se volvió hacia Aarón y añadió—: Y tú deberías estar avergonzado.

Aquella escena era la repetición de una pelea que habían tenido muchos años y a la que ninguno de los dos había hecho nunca alusión. Ni siquiera durante la sesión de confidencias que acabó llevándolos a hacer el amor. Antes de que se iniciara la relación de Osnat con Yuvik, una noche se habían enzarzado en una acalorada disputa cuando él le confesó que quería marcharse del kibbutz. Aarón no había olvidado que Osnat le acusó de ser un oportunista y un aventurero; ella era libre, libre de verdad, precisamente porque, a diferencia de él, no anhelaba la engañosa libertad ni las mezquinas aventuras del mundo exterior; sólo la vida en el kibbutz podía ofrecer una libertad verdadera, arropada por la comunidad.

—Estás hablando como si tuvieras setenta años... ¡es que no te das cuenta! —recordaba haberle dicho.

—Claro que me doy cuenta. ¡El que no se da cuenta de nada eres tú! —le había replicado ella a voz en cuello.

Ahora Osnat iba a la cabeza del cortejo fúnebre, junto a Havaleh, Moish y la hermana de éste, Shula, venida de Beer Sheva con su marido y sus hijos para el entierro. A diferencia de Aarón, Osnat siempre había sentido que el kibbutz era su casa y, hasta el día de hoy, Aarón no había comprendido cuánto la envidiaba. Osnat nunca le había inspirado celos, ni siquiera cuando le daba la impresión de que Miriam la quería más que a él (que Srulke la quería más a ella era un hecho).

A la cola del cortejo, Aarón, lejos de Moish, Havaleh y Ronit, oía a Fania, del taller de

costura, hablando para sí. No distinguía las palabras, pero sí el tono: cruel y rencoroso, al borde del ataque de nervios; era el tono en que se dicen las mayores barbaridades cuando estás decidido a librarte de la carga de amargura acumulada durante años y no te importa envenenar todo lo que te rodea. Palabras funestas que emponzoñan el espíritu y nunca logran olvidarse, como después le diría Dvorka a Fania. Pero, de momento, no había manera de detenerla. Aarón advirtió la emoción que brillaba en los ojos de Bruria, de la lavandería, como si se oliera una escena sensacional, y vio los gestos asustados de Shmiel y Rella, de la sección avícola. Todo el mundo se detuvo pese a que el cortejo aún no había entrado en el cementerio. En el aire flotaba la amenaza de un sacrilegio inminente.

Cuando reanudaron la marcha, ya cerca de la sepultura, Aarón alcanzó a entender los alaridos de Fania:

—Supongo que ahora estarás satisfecha. Lo has matado con tus ideas, con tu bonita palabrería sobre la calidad de vida, las residencias de ancianos y con eso de que los niños duerman con su familia.

—¡Shh! —chistó una voz.

Y Fania replicó chillando:

—¡No voy a callarme, nadie me va a tapar la boca! La culpa de todo la tiene la idea de que los niños duerman con sus padres y la de montar una residencia de ancianos, porque no podéis soportar que las cosas sigan siendo como eran antes.

—¿Dónde está su hermana, dónde está Guta? —susurró alguien.

—No ha venido. No asiste a los entierros —respondieron.

Al cabo, Osnat se acercó a Fania y la cogió del brazo. Aarón estaba perplejo. Nunca había oído frases tan largas en boca de Fania, que siempre mascullaba medias palabras, sílabas entrecortadas. Nadie prestaba atención a los sonidos ofendidos que emitía en las sijot. Y también era la primera vez que Fania insultaba a alguien. En pie junto a la sepultura abierta, Aarón pensó que Fania se salía por completo del molde de la típica modista de kibbutz. El taller de costura de este kibbutz distaba mucho de ser un semillero de chismorreos. Fania tenía atemorizadas a todas las costureras. Y así como nunca decía nada malo de sus compañeros del kibbutz, tampoco decía nunca nada bueno. Fania era una modista excelente. Todos se hacían lenguas de su toque mágico. Aarón había oído comentar a Rella que Fania «hacía portentos con las tijeras».

Una imagen le acudió a la mente: era un día de fiesta, Ronit y Osnat estaban junto a la

puerta de la habitación y Miriam exclamaba admirada:

—Hay que ver las maravillas que hace Fania, cómo piensa en todos los detalles, cómo saca partido de la tela, y ¡qué idea tan original ha sido vestir a vuestra clase con esa tela roja de cuadros! Niñas, ¿a que son bonitos los vestidos?

Y Osnat, recordaba Aarón, respondió con las manos en los bolsillos:

—Sólo ha hecho dos modelos.

—Pero ¿qué querías? ¿Que hiciera doce? —Miriam rió de buen humor—. Ahí está la gracia, en que haya conseguido hacer dos modelos que le sientan bien a todo el mundo, que hacen resaltar lo mejor de cada persona —y al advertir que Osnat fruncía los labios, añadió con la benevolencia simplona que caracterizaba sus relaciones con el mundo en general—. ¿Qué más da? A tu edad se está guapa se lleve lo que se lleve.

Y Aarón, que había estado hojeando el suplemento infantil de *Al Hamishmar* en un rincón del cuarto sin perderse una palabra, recordaba muy bien cómo la niña se tragó su desilusión y respondió en un tono digno y comedido:

—Dvorka dice algo más, según ella nuestra belleza interior reluce incluso cuando llevamos ropa de trabajo.

Y aun sin comprender del todo lo que sucedía, Aarón notó que el auténtico significado de las palabras de Osnat no había calado en Miriam cuando ésta asintió vigorosamente y exclamó:

—¡Tiene razón, cuánta razón tiene Dvorka!

La cólera que encerraban las palabras aparentemente inocentes de Osnat le había pasado totalmente inadvertida.

Qué habría dicho Miriam, se preguntaba ahora Aarón, si hubiera sabido que la sección más rentable de la economía del kibbutz llegaría a ser una fábrica de cosméticos confeccionados a base de cactus plantados en el huerto de donde se habían arrancado los ciruelos. ¿Y Dvorka qué opinaría?; Aarón casi sonrió abiertamente pensando en la filosofía de la vida de Dvorka y en sus sermones sobre la simplicidad. Ahora toda aquella prosperidad que había visto en la ceremonia y en el banquete de la víspera se basaba en una fábrica de cosméticos que exportaba sus productos al mundo entero. ¿Dónde había quedado la belleza interior de Dvorka? ¿Y cómo se sentían las mujeres de la generación de los fundadores, que a la edad de Osnat ya tenían el cutis estragado por la exposición a la intemperie, cómo se sentían al ver a las mujeres de la generación intermedia, quienes,

en su mayor parte, estaban tan tersas y lozanas como si no hubieran trabajado en los campos ni un solo día?

La noche anterior, durante la cena, Moish le había contado que a Fania se le hacía muy cuesta arriba aceptar la decadencia del taller de costura fundado por ella. La fábrica de cosméticos lo había relegado a un segundo plano y Fania se resistía a introducir cambios. Cuando Moish le propuso convertir el taller en una fábrica moderna, trayendo expertos y cortadores profesionales, y prometiéndole que ella la dirigiría, Fania se puso hecha una furia y montó una pataleta que paralizó todo el kibbutz, con lo que el proyecto se archivó.

Moish también le había contado que cuanto mayor se hacía Fania, más atrevidos y futuristas se volvían sus diseños, más difíciles de convertir en patrones, y más costaba imaginar quién querría lucir tales modelos.

—Escotes pronunciadísimos —había comentado Moish abochornado—, cosas increíbles. Yo no entiendo nada de ropa de mujer, pero la gente lo comenta, y Havaleh me lo ha dicho.

Al final se habían visto obligados a encargarse patrones fuera, y ahora muchas mujeres preferían comprarse la ropa en otro lado, con lo que el taller de costura se había centrado en la confección de ropa de trabajo y trajes para los niños.

—E incluso en ese terreno diseña cosas estrambóticas, Dios sabe de dónde saca las ideas. Por ejemplo —había dicho Moish riendo—, diseñó un traje de safari blanco para el bar mitzvá de los niños, como si quisiera convertirlos en pequeños aristócratas ingleses de las colonias, no sabíamos cómo salir del atolladero —otra vez serio, había añadido casi en un susurro—: No ha logrado adaptarse a los cambios, a la producción en masa. Y además es imposible engañarla. Cuando quise ponerla al frente de una especie de boutique de alta costura, no pasó por el aro. Y, después, cuando le propusimos montar una fábrica de muñecas, no sabes qué escena nos hizo. Personalmente, opino que no está en sus cabales.

Osnat pasó el brazo por los hombros de Fania y los retazos de frases y palabras entrecortadas dieron paso por un instante al sonido ahogado de sollozos. Luego Fania se liberó del cariñoso abrazo de Osnat y empezó a repetir sin pausa:

—Una residencia de ancianos, una residencia de ancianos. Queréis meternos en una residencia, por eso ha muerto Srulke. ¿Qué os habéis creído, que después de haceros el

trabajo sucio nos podéis quitar de en medio? Esquimales... salvajes... bárbaros... —y una vez más comenzaron los murmullos ininteligibles.

El cortejo continuó adelante pese a que mucha gente se arracimaba en torno a Fania, queriendo tranquilizarla no sin aprensión y vacilaciones, porque el número azul tatuado en su brazo les hacía rehuir su contacto. Y es que todo el mundo tenía miedo de Fania y de su hermana, aunque Guta no resultaba tan terrorífica, y a veces incluso reía y contaba anécdotas. De pequeño, las dos hermanas inspiraban pánico a Aarón, cuya mirada siempre acababa por posarse en el tatuaje azul de sus brazos, y entonces le daba la sensación de que lo tenían todo permitido, de que cualquier cosa se les disculparía.

A pesar de todo, ambas mujeres eran un verdadero modelo de la ética laboral del kibbutz: nadie negaba su capacidad de trabajo. En una ocasión, cuando estaba en el duodécimo curso, a Aarón le tocó trabajar junto a Guta en la campaña de recolección de melocotones. Guta trabajaba como una posesa, sin detenerse un solo minuto, y las cajas que tenía al lado se iban llenando a velocidad vertiginosa. Era la segunda cosecha del año y las ramas se doblaban por el peso de las rosadas frutas. La recolección se hacía a primera hora de la mañana, antes de que apretase el calor, y, al concluir, todos iban a desayunar al comedor, donde Aarón tampoco conseguía desviar la vista de Guta. Lenta y metódicamente, ensimismada, con el mismo gesto de concentración con que había recogido la fruta, Guta devoró hasta la última migaja de su plato lleno a rebosar. Aarón sintió miedo.

«¿Qué esperabas después de todo por lo que han tenido que pasar?», decía Miriam cada vez que alguien se quejaba de que Guta les había hecho trabajar sin reposo en la vaquería y sin que nada de lo que hacían le pareciese bien. Las vacas lecheras de Guta tenían fama en todo el Néguev. En las piezas cómicas que escribía para las celebraciones del kibbutz, Yopie solía bromear sobre la relación de Guta con sus vacas, a las que distinguía por su nombre y personalidad. Pero, en privado, la gente decía sin bromear que Guta quería más a sus vacas que a sus hijos, a los que nunca acostaba sin antes haber ido a inspeccionar el establo para ver cómo iba el ordeño. Una mañana Aarón se había quedado dormido y había llegado tarde a su turno, jadeante y muerto de miedo. Guta no había pronunciado una palabra, y ni siquiera había levantado la vista del cubo sobre el que estaba inclinada, pero cuando Aarón fue a buscar heno, le dijo:

—No te preocupes, ya he ido a buscarlo yo. ¿Crees que tengo todo el tiempo del mundo para esperarte hasta que decidas llegar?

Fania era peor que Guta y Aarón la temía aún más. Hacer el turno de cocina con ella siempre era un infierno. Nunca te hablaba, limitándose a mascullar crípticamente, y trabajaba como una lunática, sin tomarse el menor respiro. Cuando la gente terminaba de desayunar y una vez que habían fregado el suelo del comedor, quienes estaban de turno de cocina al fin podían sentarse a tomar café. Fania nunca se unía a ellos, pues siempre encontraba alguna tarea por hacer, como restregar y sacar brillo a un oscuro rincón, y mientras trabajaba profería sonidos intimidantes con los dientes apretados. En el comedor se organizaba entonces un guirigay, pues todos alzaban la voz para ahogar los gruñidos en yidish lanzados por Fania a la vez que frotaba los marcos de las ventanas.

Al igual que su hermana, Fania tenía dos hijos. La hija, que se había marchado a vivir a Haifa, iba de visita al kibbutz raras veces, casi siempre en vacaciones, acompañada de su marido y sus hijos. En esas ocasiones Fania reventaba de orgullo y, cuando llevaba al comedor a su familia, amontonaba en sus platos montañas de comida, dirigiendo miradas agresivas y desafiantes en torno suyo, como si estuviera retando a cualquiera que pusiera en entredicho su derecho a ofrecerles hospitalidad.

De Yankele, su hijo, se decía que era un «problema». Aarón lo había visto en la ceremonia, esbelto y juvenil, aparentando muchos años menos de los que tenía –sólo uno menos que Moish y él–, y, como siempre, luciendo su perenne sonrisa, una contorsión de los labios que parecía petrificada en su rostro y nada tenía que ver con sus sentimientos o estado de ánimo. Yankele vivía solo en la sección de los solteros, en las afueras del kibbutz, junto a los voluntarios extranjeros, y trabajaba exclusivamente en la fábrica de cosméticos, llamada por todos «el complejo». «Es la mejor solución para él; ese tipo de trabajo le va como anillo al dedo», había comentado Moish la noche anterior. Aarón no le preguntó qué quería decir con «solución». El comentario de Moish unido a la sonrisa de Yankele le hicieron estremecerse, pues le trajeron el vívido recuerdo de cómo había ayudado a Moish a ir renqueando a la clínica del kibbutz después de que Yankele le mordiera la pantorrilla.

Nadie se enteró de que Yankele había agredido a Moish. Ocurrió cuando éste regresaba con Aarón de los campos, donde habían estado instalando cañerías de riego, muchos años antes de que se implantaran los métodos modernos de irrigación que, sin duda, habrían terminado con aquellas románticas excursiones nocturnas en jeep y con la maravillosa sensación de ruda camaradería masculina que inspiraban a Aarón. Yankele se había abalanzado sobre Moish y le había clavado los dientes en la pierna cuando

regresaban al jeep, jadeantes y bromeando. Había surgido de la nada, como salido de la tierra del algodonal donde estaba tumbado. Aarón nunca logró averiguar si se había quedado allí dormido o si estaba esperándolos.

Fue una dentellada profunda, que desgarró la carne. Después del primer alarido de dolor, Moish no protestó más, pese a que le manaba sangre de la herida. Aarón aún creía sentir agujetas al recordar la fuerza que necesitó para apartar a Yankele de su presa. Pero ni siquiera llegó a pegarle. Algo los llevó a no contarle a nadie la verdad, ni siquiera a Riva, la enfermera, pese a que la marca de los dientes era muy visible y ella no cesaba de repetir: «Puede que haya sido un chacal; tengo que ponerte la antitetánica». Pero Moish insistía: «No, te digo que me lo he hecho en la alambrada. No es un mordisco, ha sido el alambre de espino». E incluso cuando Riva le estaba poniendo la antitetánica, él seguía hablando del alambre de espino. Desde aquel día, Aarón se estremecía cada vez que veía a Yankele con su sonrisa.

Fania se portaba como si no pasara nada. Nunca reconoció, de palabra u obra, que Yankele era un bicho raro. Jamás se refería a sus problemas y, por supuesto, no permitía que el tema se comentara explícitamente. Atribuyó el hecho de que lo eximieran de prestar el servicio militar a los ataques de asma que había sufrido en la infancia; y el alivio con que recibió la noticia se hizo patente en el orgullo con que arrastró a Yankele al comedor y en la atención con que le llenó el plato de comida, escogió los tomates más maduros y los pepinos más tiernos, y le instó con gesto vehemente a comer muchas verduras.

El padre de Yankele, Zjaria, tampoco hablaba de él, pero es que Zjaria no hablaba de nada. Menudo y sumiso, cumplía sus funciones en la sección avícola, junto a Rella, y por las noches seguía a Fania y a su hermana al comedor, y simplemente por su manera de caminar se veía que tan sólo aspiraba a desaparecer, a que nadie lo viera ni lo oyera.

En la guardería, recordaba Aarón, los niños trataban a Yankele con extremado tacto, como si estuviera enfermo o fuese un discapacitado. Y años después, cierto día en que Aarón pasaba de largo ante la granja, adonde los pequeños habían ido a ver un corderito recién nacido, vio que Yankele, que estaba haraganeando por allí, comenzaba a tirar palitos contra la jaula del conejo. Rinat le amonestó, llevándose las manos a las caderas y diciendo, igualita que Lotte, su madre: «Eso no está bien, ésa no es manera de comportarse». Aarón recordaba que incluso en aquel entonces —él tenía doce años y Rinat cuatro— le había hecho gracia reconocer el tono con que Lotte los regañaba cuando

dejaban el suelo de las duchas manchado de barro, y también recordaba que Oded, el hijo menor de Yojeved, le había dicho a Rinat en un susurro: «Sé amable con él; si no, Fania te va a hacer la vida imposible».

—No me va a hacer la vida imposible —replicó Rinat con aplomo—. Lotte no le dejará.

—Pero esta noche te asustará, porque le toca ser la guardiana —dijo Oded medroso—. Sé que le toca hoy, porque yo no duermo en la casa infantil cuando está ella de guardia.

—No puedes dormir en otro lado —dijo Rinat en tono inapelable.

—Sí puedo —le aseguró Oded—. Me lo ha dicho Yojeved.

—No te lo ha dicho —replicó Rinat—, y, además, ella no lo decide. Las madres no lo deciden.

Hasta Oded interpretó que la decisión con que había hablado Rinat en el fondo era inseguridad.

—Sí, Yojeved me ha dicho que esta noche puedo dormir con ella y con mi padre, porque cuando está Fania de guardia me da miedo dormirme. Nunca viene a verme si lloro, ¡nunca!

Aarón no acertaba a comprender qué le había llevado a recordar aquel largo diálogo que hasta aquel momento ni siquiera sabía que guardaba en la memoria. Dirigió la vista hacia Fania, que sollozaba sin tregua. «Si lo único que tiene es a sus hijos, ¿cómo es que les deja dormir en grupo en vez de llevárselos con ella?», había preguntado Aarón en una ocasión. Y, sin el menor titubeo, Osnat había señalado que para Fania era algo que se daba por supuesto, un hecho que se aceptaba sin ponerlo en cuestión. Fania había llegado al kibbutz muy joven y sus hijos eran «sabras», como ella decía con orgullo; que durmieran con los demás niños y no con sus padres era un mandato de las alturas, la voluntad de Dios, como también lo era el hecho de que su hija Nejama se hubiera marchado a vivir a Haifa con su marido, sin que de Fania saliera una sola palabra de protesta.

Fania defendía a sus hijos de toda ofensa o palabra ingrata como una fiera que desenvaina las uñas y ellos se acogían a su protección. Había resuelto el problema de la separación nocturna presentándose voluntaria para los turnos de noche en la casa infantil, con lo que tenía aterrorizados a los demás niños del kibbutz, pese a que, en realidad, siempre era amable con ellos. Aquel miedo se lo habían transmitido en parte sus padres, a través de conversaciones o comentarios que los niños oían por casualidad, y en parte

derivaba de los sonidos que Fania emitía al recorrer los caminos del kibbutz, de aquel incoherente barboteo hecho de gruñidos y murmullos en polaco y en yidish.

Dvorka no derramó ni una lágrima sobre la sepultura abierta, ni tampoco lloraron los demás ancianos. Los amigos de Srulke, Bezalel, Shmiel y otros supervivientes de la generación de los fundadores, formaban una piña junto a la tumba. Aarón contempló las lápidas de alrededor. Srulke iba a yacer junto a Miriam, en cuya tumba reposaba aún el ramo de gerberas que él había depositado la víspera, justo antes de morir. Aarón sintió un deseo apremiante de cubrirse con aquellos terrones de tierra, seguro de que aquél era el lugar donde quería reposar, entre los esbeltos cipreses, en el silencio sólo roto por los cantos de los pájaros.

Dvorka hizo un elogio de Srulke y Zeev HaCohen también pronunció algunas palabras en su memoria. La ceremonia, pese a ser laica, resultaba sobrecogedora, misteriosa, y, recordando otros entierros a los que había asistido durante los últimos años, en Holón, en Kiriath Saúl y en Jerusalén, Aarón pensó que a Srulke se le había hecho justicia, pues había muerto de repente, sin darse cuenta de nada y mientras se ocupaba en el trabajo que amaba. Y con esa idea trató de consolar a Moish. «El beso de la muerte en un lecho de flores», dijo Osnat cuando todos se reunieron en la habitación tras el entierro. «Todos» eran Moish, Havaleh y los niños, Osnat, Bezalel, de la sección agrícola, Shmiel y Zeev HaCohen. Dvorka se retiró a su habitación con la espalda aún más encorvada que la víspera.

El silencio reinante en la habitación resultaba opresivo. Aarón hojeó los semanarios del kibbutz apilados en una estantería, bajo el televisor, y echó un vistazo a las actas de las sijot. Ya sólo pensaba en marcharse y esperaba el momento adecuado para hacerlo. En los boletines informativos encontró artículos de Osnat, secretaria del kibbutz desde hacía un año y antes directora del instituto regional y representante del kibbutz en el seminario de Guivat Aviva, cargos todos ellos con los que pretendía cumplir su aspiración de «realizarse y cambiar el rostro de los kibbutzim de hoy día», según le había dicho. También había en los semanarios artículos de Dvorka. Mientras Bezalel llenaba la tetera eléctrica, sólo por romper el silencio diciendo cualquier cosa, aunque fuera inoportuna, Aarón preguntó:

—¿Qué le ha pasado a Fania?

El silencio persistió, como si nadie hubiera oído la pregunta, hasta que al fin, Moish, incómodo bajo la mirada expectante de Aarón, dijo:

–Es duro para ella. Estaba muy unida a Srulke; fue él quien trajo aquí a Fania y a Guta después de la guerra.

–No tenía ni idea –dijo Aarón.

–Srulke no era muy dado a contar cosas.

–¿Cómo las trajo? –preguntó Aarón– ¿De dónde?

–En Milán había un campo de detención donde los refugiados esperaban que les concedieran permiso para venir a Eretz Israel –explicó Shmiel–. Srulke y yo estuvimos allí trabajando para la Brijá... ya sabes, la organización clandestina de rescate montada por la Haganah, la Agencia Judía y el Comité Conjunto de Distribución para traer inmigrantes ilegales al país. Ahora no vamos a entrar en detalles, es una larga historia. Daba pena mirarlas. Les conseguimos los permisos y las trajimos aquí... Shmuel y Rocheleh también vinieron con ellas, y algunas otras personas a las que distribuimos por el país.

–¿Cuántos años tenían entonces? –preguntó Aarón, aliviado porque se hubiera iniciado una conversación.

–Unos dieciocho o veinte, veintitantos, quizá. No lo recuerdo con exactitud, pero eran jóvenes, muy jóvenes. Y Fania estaba enferma de tuberculosis. Y Guta tenía siempre tanta hambre y tanto miedo a quedarse sin comida que escondía bajo una manta todo lo que le dábamos y lo iba almacenando. Fue horrible. Al verlas hoy, es imposible imaginar todo lo que han tenido que aguantar.

–Es cierto. Pero ¿qué era eso que decía Fania de la residencia de ancianos? –insistió Aarón.

–Tonterías –respondió Shmiel airado–. Nada más que tonterías. Un montón de ideas estúpidas de las que no saldrá nada. Hay gente que prefiere pasarse el día hablando en lugar de trabajar –añadió, lanzando una inquieta ojeada a Osnat.

–En primer lugar –dijo Osnat con serena autoridad–, no es una residencia de ancianos; y, en segundo lugar, no es ninguna tontería.

–¿Y qué es si no es una residencia de ancianos? –intervino Bezalel furioso–. Estáis hablando de estupideces, de cosas que no se llevarán a la práctica. Haced el favor de no traer aquí esas ideas horribles. ¿Qué tiene de malo la manera en que vivimos ahora? ¿Por qué tenéis que estar cambiándolo todo siempre? ¿Hacia dónde vais tan deprisa?; eso es lo que no comprendo.

–Es toda una filosofía –dijo Osnat con la misma confianza de antes–, y se trata de

salvar vidas. Fijaos en los kibbutzim de la zona... ¿Se puede envejecer con dignidad en Mayanot, por ejemplo? Sólo pretendemos hacer lo que sea mejor para todos, ya veréis cómo al final nos dais la razón.

—Ya lo veremos —replicó Shmiel, amenazador—. Ya veremos cómo sale la votación. Gracias a Dios, no todo el mundo piensa como tú.

Osnat no contestó y Zeev HaCohen intervino conciliador:

—No tiene por qué ser algo tan terrible. Tenéis que superar vuestros prejuicios.

—Y tendréis casas nuevas —terció Havaleh de pronto—, y cesarán las murmuraciones sobre las casitas que nos construimos la gente de nuestra generación mientras sólo arreglábamos vuestras habitaciones.

—Pero ¿qué residencia de ancianos es ésa? ¿A qué llama residencia de ancianos? —preguntó Aarón una vez más.

Osnat tosió, se enderezó en su sillón y dijo:

—Tienes que cambiar de terminología, eso lo primero. No estamos hablando de una residencia de ancianos. Se trata de una institución regional basada en el mismo principio que el del colegio regional de los kibbutzim, una especie de centro para la generación mayor, con su fábrica anexa y todo lo necesario. Aún no se ha formulado la propuesta formalmente; de momento, sólo queremos que se vote la creación de una comisión planificadora, y luego todo el mundo podrá votar los planes que presente. Aún no hay nada decidido —dirigió una mirada tranquilizadora a la par que admonitoria a Shmiel—, pero, en principio, la idea es crear alojamientos comunes y una fábrica, una especie de kibbutz para la tercera edad —se cruzó de brazos y miró en torno suyo con expresión grave.

—Pero ¿para qué demonios? —preguntó Aarón sorprendido—. Lo bonito de este lugar es precisamente eso, que todos vivís juntos, los ancianos al lado de los jóvenes. ¿Qué necesidad hay de esa institución?

—Es complicado, muy complicado de explicar —dijo Osnat—, pero créeme si te digo que en el Kibbutz Artzi no les ha parecido mala idea. Es un proyecto nacido de las dificultades económicas del movimiento y de las rigideces estructurales que deben modificarse. No es momento para explicarlo a fondo. Sólo puedo decirte que ya hay kibbutzim donde la gente puede envejecer con dignidad y que algunos kibbutzim de esta zona están en quiebra. ¿No has oído que el Movimiento Unido de Kibbutzim ya ha decidido vender a la gente de la ciudad pisos de esos centros?

Aarón hizo un gesto negativo.

–Así que todavía podemos darnos por satisfechos con lo que ocurre aquí –comentó Bezalel con sonrisa amarga.

–No nos interesan los beneficios –prosiguió Osnat–, y no pretendemos hacer negocio vendiendo pisos a los ciudadanos de edad. Pero –se volvió hacia Aarón– lo cierto es que la idea se ha propuesto; si te interesa, puedo facilitarte material de lectura sobre el proyecto.

–Me interesa –dijo Aarón sin saber por qué. Su propia madre se había ido a vivir a una residencia de Ramat Aviv y parecía encontrarse muy bien allí, pero, aun así, el proyecto le escandalizaba. Pensó en Srulke–. Y a Srulke ¿qué le parecía esta idea? –preguntó quedamente.

–Nunca hizo ningún comentario –respondió Osnat–. Ya sabes cómo era.

–Srulke era un ángel –dijo Shmiel alzando la voz–. Un *lamedvavnik*, uno de los treinta y seis hombres justos de su generación. Pero no se sabía cómo respiraba. Era imposible saber qué pensaba. Sobre todo, a partir de la muerte de Miriam.

Havaleh hizo un gesto de impaciencia y dijo:

–Voy a preparar café. ¿Quién quiere?

Nadie respondió.

–La razón es que os estropeamos los planes con nuestros votos –exclamó Shmiel–. Y os creéis que ni de eso nos damos cuenta.

Osnat se volvió hacia Aarón y dijo sosegadamente:

–Entonces, ¿te envió el material?

–¿Por qué no me lo das ahora? –propuso Aarón vacilante, buscando la oportunidad de estar a solas con ella.

–No, antes tengo que prepararlo –respondió Osnat con un gesto grave que él recordaba muy bien, el mismo gesto que años atrás exhibía durante las actividades de la comisión cultural de su curso y, más adelante, cuando era la encargada de la nueva unidad Nájál del kibbutz.

Al fin Aarón se puso en pie y masculló que tenía compromisos previos y debía volver a casa, confiando en que Osnat saliera a despedirlo, pero fue Moish quien se levantó, ya más entero, y lo acompañó al coche.

–Quería decirte que me has ayudado mucho –le dijo Moish cuando se aproximaban al coche.

Aarón contempló sus plateados mechones, su gesto de dolor, la expresión de dulzura poco habitual en sus ojos grises, los grandes pies bronceados que sobresalían de sus sandalias y el aspecto saludable que irradiaba toda su persona. Pensó en el Alumag y las pastillas de Tagamet que había visto en el cuarto de baño y quiso comentar algo al respecto, pero, por miedo a revelar que había estado curioseando, no dijo nada.

Sintió que el dolor le traspasaba el brazo izquierdo cuando lo agitó a la vez que decía:

—No digas eso, es natural. Me alegra haber estado aquí y haber podido echar una mano. Al fin y al cabo, estoy en deuda con Srulke.

E, inmediatamente, le pareció que en sus palabras había algo inoportuno, aunque no sabía qué. No lograba pensar en Moish como en un hermano o un amigo, y, desde luego, era incapaz de ver en Srulke a un padre. No podría haber dicho nada más afectuoso sin que a él mismo le sonara falso.

Ya eran las siete y media de la tarde cuando llegó a casa, y el brazo seguía doliéndole. Le recibió un piso vacío, donde no podía dejar de pensar en Osnat y en que no había cruzado con ella ni una palabra íntima. Llevado por un impulso que no logró reprimir, marcó el teléfono de su habitación, lo había copiado del directorio del kibbutz que había junto al teléfono de Srulke. Colgó sin haber pronunciado una palabra después de oír la cristalina voz de Osnat.

3

Aarón volvió varias veces al kibbutz durante las semanas siguientes a la muerte de Srulke. Aparcaba junto a la puerta trasera, a espaldas del almacén de semillas de algodón, confiando en que nadie lo viera. Osnat le había dado a entender que debían ser discretos. Solía llegar al anochecer, los jueves, el día en que él no tenía reunión de la Comisión Parlamentaria de Educación ni Osnat de la comisión de enseñanza superior ni de la comisión de desarrollo del kibbutz, encargada esta última del proyecto de que los niños durmieran con sus familias. Un par de veces no encontró a Osnat en casa a su llegada, pero sabía dónde estaba escondida la llave y la esperó dentro. Solían cenar juntos y luego él se quedaba a pasar la noche.

Ambos se habían embarcado en una tentativa de revivir algo distinto de la excitación erótica adolescente, algo similar a la intimidad de los silenciosos paseos de antaño, cuando regresaban a la casa de los niños desde la habitación de Srulke y Miriam. Por las mañanas se despedían con estudiada espontaneidad, y Aarón eludía cuidadosamente toda insinuación de planificar su siguiente cita, consciente de que hablar de eso habría amedrentado a Osnat, quien no habría querido comprometerse. Se iba del kibbutz antes del amanecer, saliendo otra vez por la puerta trasera, que nunca estaba cerrada con candado como debiera. Al llegar y al marcharse, siempre encontraba la pesada cadena colgando de la puerta. Se apeaba para abrirla y, una vez que la había traspasado, para dejarla cerrada.

La primera vez que fue a verla, Osnat le había preguntado, en un tono que quería ser despreocupado, si lo había visto alguien. Él recordó entonces con desasosiego la silueta que había entrevisto tras la hilera de casas, pero hizo un gesto negativo. En cualquier caso, nadie podría haberlo reconocido a la mortecina luz de la única farola situada al final del camino. Personalmente, no estimaba necesario extremar la prudencia cuando iba al kibbutz –siempre podría alegar que iba a ver a Moish–, pero, de todas formas, no dejaba

de ponerlo nervioso aquella sombra que asomaba por detrás de las casas siempre que sus pisadas resonaban solitarias en el camino pavimentado con cemento. La cuarta vez que fue al kibbutz alcanzó incluso a distinguir una figura esbelta y juvenil, con pantalones cortos, alejándose a la carrera. No sabía si era la misma persona de siempre y nunca le comentó nada a Osnat. No quería despertar los miedos a los que ella aludía cauta e indirectamente cuando insistía en preguntarle, con fingida indiferencia, si no lo había visto nadie. Él no le pedía explicaciones porque Osnat siempre había sido fanáticamente celosa de su intimidad. Incluso de pequeña, en la casa de los niños, siempre prefería la habitación del fondo, la cama del rincón.

Ahora Osnat corría las espesas cortinas, cerraba las ventanas y encendía el aire acondicionado para que con su ruido no se oyera lo que sucedía en la habitación. Y nunca se olvidaba de cerrar la puerta con llave. Incluso Moish, había advertido Aarón con sorpresa durante su visita con motivo de la fiesta de Shavuot, había cerrado la puerta con llave cuando salieron de la habitación para acudir a la celebración del cincuentenario. Moish respondió a su mirada interrogante encogiéndose de hombros y diciendo: «Ha habido algunos robos, gente de fuera», y un gesto molesto cruzó su rostro mientras metía la llave bajo una piedra del murete que rodeaba el jardín frente a su casa. Pero, antes de que salieran, varias personas habían llamado a su puerta y la habían abierto sin esperar a que Moish les diera permiso. Moish no demostraba en absoluto aquella inquietud de Osnat por salvaguardar su intimidad.

Aarón recordaba muy bien que en la casa de los niños Osnat había perseguido durante días y días a Yedidya, el encargado de mantenimiento, rogándole que le diera «un armarito con llave». Yedidya amontonaba todo tipo de trastos viejos junto al cobertizo de las herramientas y luego los restauraba, haciendo maravillas con ellos. Cuando Osnat al fin consiguió su armarito marrón y lo colocó junto a su cama, Hadas exigió que el tema se debatiera en clase. En aquel entonces tenían doce años, rememoró Aarón sonriendo, y Hadas ya emulaba a los adultos y sus sijot. Durante el debate, Hadas insistió en que debían confiar en los demás. «Osnat sospecha de todo el mundo, no se fía de nadie», había dicho acusadoramente Hadas, echando hacia atrás su larga trenza. Aarón no recordaba nada más de lo que se había dicho, pero sí que Dvorka había mirado a Osnat con afecto y le había pedido, firme y cariñosamente, que diera una explicación al grupo, y que Osnat se encerró testarudamente en el silencio, la vista clavada en el suelo. Y tras una larga pausa, con once pares de ojos fijos en ella, se limitó a decir a la desesperada y

en son de desafío: «Lo necesito». Entonces estalló un escándalo y se ordenó que nadie hablara con Osnat, orden que sólo Aarón incumplía, lo que dio lugar a nuevos debates.

Después, una noche, alguien forzó la cerradura del armario y esparció su contenido por la habitación: papeles escritos a mano, fotografías amarillentas, una flor seca, un frasquito de perfume, una pulsera rota de plateados eslabones metálicos que Osnat nunca se había puesto, fotos en blanco y negro de lugares turísticos de Estados Unidos en desvaídos marquitos de plástico, un minúsculo jabón azul como los que luego Aarón vería en los cuartos de baño de los hoteles y un pequeño sujetador, una tira de tela rosada que habían colgado a modo de bandera de uno de los postes de la cama de Osnat. Como es natural, hubo que hacer examen de conciencia, Dvorka lanzó un ultimátum, y Lotte, la encargada de su curso en la casa de los niños, exhibió durante días una expresión trágica, pero nunca se descubrió al culpable. Antes de que el incidente se relegara al olvido, Osnat se avino a dejar abierto el armario y Miriam le ofreció un rincón en la habitación familiar, un gesto en el que se veía la mano pedagógica de Dvorka, porque a Miriam nunca se le habría ocurrido hacer algo así.

Las visitas a Osnat siempre se iniciaban con una charla sobre la transformación social de los kibbutzim. Aarón acudió a la primera de sus citas, unas dos semanas después de la muerte de Srulke, cargado con la documentación que ella le había enviado, relativa a los cambios habidos en el movimiento de kibbutzim en general y en su kibbutz en concreto. Sin confesárselo a sí mismo, comprendía que le sería más fácil verla si demostraba interés por el debate sobre lo que ella llamaba «la nueva filosofía». El fanatismo que brillaba en los ojos de Osnat cada vez que hablaba de que los niños durmieran en familia y de los demás cambios propuestos para las instituciones del kibbutz le hacía sentirse incómodo, pero no osaba comentarlo. Aprovechando que pertenecía a la Comisión Parlamentaria de Educación, Osnat le pidió que le llevara revistas especializadas y artículos publicados en el extranjero sobre la estructura familiar. Los leía a fondo y luego charlaba con él de lo que había aprendido y también, con renovada premura, de la necesidad de transformar el kibbutz en un modelo nuevo de sociedad.

Aarón nunca se tomaba en broma ni a la ligera sus palabras. Aunque a él no le interesaba el tema, no podía burlarse, ni siquiera para sí, de la seriedad de Osnat. Había algo conmovedor en la ingenuidad con que se recogía el pelo con una mano y se inclinaba sobre las revistas que él le llevaba, y también en el entusiasmo con que reaccionaba ante sus sugerencias. Aarón adivinaba lo que sentía, como si ella fuera

transparente. Sabía que había luchado mucho para quitarse de encima la imagen de frívola que le habían atribuido debido a su belleza animal, de la que ella nunca había hecho caso ni se había aprovechado y que de hecho veía como un obstáculo. Todo el mundo esperaba que tuviera un desliz y demostrara que estaba hecha para el amor y, ella, hasta donde a Aarón le alcanzaba la memoria, siempre se había empeñado en ser una buena organizadora.

Se había encerrado desafiante en la lectura, rehuendo las charlas banales y los chismorreos. Aarón recordaba las noches que pasaba en vela preparando los exámenes de ingreso, la paciencia con que esperaba, rechinando los dientes, que el kibbutz la enviara a la universidad. Supo por Moish, en una de las raras ocasiones en que se vieron en Jerusalén, que Osnat había ganado la batalla contra la decisión de enviarla a diplomarse en magisterio en lugar de a estudiar una licenciatura. Estudió Gestión Educativa y Sociología y, más adelante, aplicó sus conocimientos a su trabajo en el instituto regional de los kibbutzim.

La precaución que rodeaba sus visitas secretas, la inquietud que se apoderaba de él al ver aquella misteriosa silueta acechando al final del camino, como si estuviera esperándolo, la paciencia con que fingía escuchar los sermones de Osnat sobre el futuro del kibbutz, todo aquello comenzó a pesarle cuando hacía el amor. Aarón no se consideraba un gran experto en el sexo femenino. Hacía años que no se planteaba la posibilidad de mantener una relación sexual estable y los flirteos pasajeros nunca lo habían atraído. Poco después de casarse supo, como ya lo había sabido instintivamente antes, que aquello no iba a funcionar. Sin siquiera tratar de impedirlo, había ido viendo cómo Dafna, su mujer, se volvía cada vez más distante. En los últimos años prácticamente habían dejado de mantener relaciones sexuales, y, cuando lo eligieron parlamentario, le alborozó la perspectiva de quedarse a dormir en Jerusalén. Cada vez que se le presentaba la oportunidad de tener una aventura, sentía que no tenía «nada que ofrecer en ese campo».

Sólo en un par de ocasiones había reaccionado ante las insinuaciones de dos mujeres, más por vergüenza y miedo a rechazarlas que por verdadera necesidad. Y nunca había sido espontáneo, se sentía constreñido e incómodo en su cuerpo, temeroso e inseguro con respecto a lo que se esperaba de él. Siempre se había sentido torpón, desgarrado, y que su cabello raleara le parecía parte del proceso que conduciría inexorablemente, entre otras cosas, a la renuncia definitiva al sexo. No hacía ejercicio y sus músculos estaban

flácidos, por lo que evitaba mirarse al espejo. Tampoco le gustaba el reflejo de su cara, con su expresión de obstinada pasividad. En las escasas ocasiones en que le asaltaban fantasías románticas, se apresuraba a rechazarlas esforzándose en pensar en otras cosas. No trataba de recordar sus sueños.

Durante sus primeros años en el bufete de su suegro, se consumía de inquietud antes de cada comparecencia ante un tribunal y no le quedaba tiempo de pensar en nada más. En realidad, estaba agradecido a Dafna por ser tan comprensiva. Se acostumbró a verse como un hombre con necesidades mínimas, y el único deseo que sobrevivió en él fue una añoranza abstracta de Osnat, simbolizada en la imagen de las desvalidas manitas de ambos. Echaba en falta la melancólica soledad que los unía cuando eran niños, la sensación de compartir un mismo destino, sensación que sólo ella le había inspirado. Ahora, cuando salía de la habitación de Osnat al amanecer, tras una noche de insomnio, pues no lograba relajarse y dormir, siempre sentía el regusto amargo de haber perdido una oportunidad. La amargura crecía en su interior, subiendo hasta la boca del estómago, porque no había encontrado lo que iba buscando. Qué era eso que buscaba, no habría sabido decirlo, traducirlo a palabras. Pero sí sabía que las cosas no deberían haber sido así, que la relación que él anhelaba no podía ser tan cauta. Quería sentirse relajado y no estar siempre en guardia para no decir lo que no debía.

La primera vez que fue a verla, tan excitado estaba que casi no podía respirar. Aparcó el coche donde no se viera, sin saber por qué, aunque en realidad seguía las instrucciones de Osnat. Ella le había dicho que llegara tarde.

—¿Cómo de tarde?

—Si no queremos que nos molesten, será mejor que vengas después de las diez; si vienes antes, tendrías que esperarme.

Aarón había llegado temprano y tuvo que esperarla. Encontró la llave donde ella le había indicado, entró y tomó asiento. Permaneció inmóvil en la butaca, sin atreverse a echar un vistazo a la habitación o a coger un libro de las estanterías. En un cesto, a su lado, había ejemplares atrasados de la revista cultural del movimiento de kibbutzim, *Shdemot*, y se entretuvo hojeándolos.

Cuando llegó Osnat, vio en su rostro claros síntomas de fatiga y tensión, así como las huellas de la edad. Estuvo sermoneándole un buen rato sobre sus planes para transformar el kibbutz. Pronunciaba muy seria expresiones que él oía a menudo en la Comisión Parlamentaria de Educación, como «mantenerse a la altura de los tiempos», «medios

económicos» o «anacronismo». Hablaba del «énfasis en lo individual» como condición para que los kibbutzim continuaran existiendo en el siglo XXI. «El ideal del nuevo kibbutz», había dicho citando palabras oídas en un seminario al que había asistido en Guivat Aviva, «es el elitismo igualitario». Hablaba de los «nuevos valores» y repitió varias veces la palabra «filosofía».

Aarón se sentía fatigado y cada vez se aburría más. Las primeras veces que se vieron trató de disuadirla de que llevara adelante el proyecto de la residencia de ancianos, que ella denominaba «kibbutz superregional», pero no tardó en desistir.

—No hay nada que discutir —dijo Osnat—. Me respalda la mayoría, y no sólo de la gente de nuestra edad. Algunos miembros mayores están encantados con la idea. Y, en cualquier caso, es una cuestión de supervivencia. Es imposible realizar cambios en contra de tantas personas que quieren conservar el pasado. Somos trescientos veintisiete miembros y ¡ciento cuarenta son ancianos! Para adoptar una decisión sobre cuestiones tan fundamentales como que los niños duerman en familia, hace falta una mayoría de dos tercios, y casi toda la gente mayor está en contra. Y también parte de la gente joven, por motivos de lo más extraños. No te imaginas qué estrecha de miras puede ser la gente, lo cargada de estereotipos que está.

Aarón trataba de desterrar la inquietud que sentía al oír el tono resuelto de la voz de Osnat. Había algo cruel en los argumentos que esgrimía contra las fuerzas opuestas al progreso, y Aarón sabía muy bien de dónde procedía aquella crueldad. Conociendo y comprendiendo los orígenes de aquel sentimiento, se sentía avergonzado por sus manifestaciones, pero al propio tiempo no podía menos de conmoverse ante la fortaleza de Osnat, ante la pasión con que creía en su visión de futuro. Pasaron varias horas antes de que al fin osara cogerle la mano. Estaba decidido a acostarse con ella esa misma noche. Pero la idea de lo forzado que resultaría tocarla desde el otro lado de la mesa le había disuadido de intentarlo.

Al fin, ajena a toda intención sexual, Osnat fue a sentarse a su lado en el sofá para enseñarle un cuadro de los gastos per cápita del kibbutz. Aarón contempló su nuca cuando ella se inclinó sobre el boletín informativo donde figuraba el cuadro y, al cabo, le cogió la mano. La mano de Osnat, rígida y seca, no se movió. Haciendo un esfuerzo, Aarón reprimió el impulso de preguntarle qué quería que hiciera a continuación. Él no tenía ni idea, tan sólo aspiraba a sentir la intimidad de antaño, a leerle los pensamientos a

Osnat. Era difícil creer que la única fuente de su energía emocional fuera la ideología del kibbutz (a sus hijos apenas los mencionaba).

Mientras le acariciaba la mano, pensó en su belleza y en todos los años que había pasado sola desde la muerte de Yuvik. Luego empezó a acariciarle la cabeza, consciente de que tampoco él ardía precisamente de deseo. Sobre todo, sentía miedo de ella. Y de la posibilidad de que lo que iba a suceder le arrebatara hasta sus fantasías. No se podía decir que Osnat se mostrara remisa. Giró la cabeza y el cuerpo hacia él para que la abrazara y le ofreció los labios. Pero se movía sin vitalidad, sin ardor. Aarón se levantó y la condujo al dormitorio, donde el aire acondicionado zumbaba con fuerza; ella dejó que la desnudara y él le fue quitando la ropa desmañadamente, sonriendo con timidez. Su intuición le advirtió que tampoco de eso debía burlarse.

Finalmente, Osnat lo ayudó con movimientos precisos. No llegó a doblar la ropa, pero la fue colocando a los pies de la cama sin dar muestras de ímpetu o arrebató, como quien repite un ritual cotidiano. Sintiéndose ridículo, Aarón se desvistió a toda prisa, consciente de la palidez de su piel, de su flacidez, de que no se había duchado; se dejó puestos los calzoncillos. No cruzaron ni una palabra. El olor de Osnat le resultaba extraño y el miedo a que en cualquier momento ella volviera en sí y se echara atrás lo paralizaba.

Ni siquiera cuando terminaron se atrevió Aarón a decir nada. Ella se levantó y él oyó el agua de la ducha, y, cuando regresó envuelta en una gran toalla, Aarón le preguntó: «¿Te ha gustado?».

Osnat asintió desmayadamente y lo miró a los ojos, en silencio. Lo mismo que le había impedido entrar en el kibbutz por la puerta delantera, o renunciar a la aventura antes de embarcarse en ella, o huir antes de que muriera la última de sus fantasías, le impedía ahora hablar de lo sucedido. Quiso convencerse de que tenía que darle tiempo a Osnat, ser paciente, ver qué ocurría la próxima vez, e ideó otra serie de consuelos con los que no consiguió engañarse. Y aquel desengaño volvió a repetirse una y otra vez; a sus sucesivos encuentros amorosos siempre les faltaba algo. El persistente silencio de ambos, pensaba Aarón, era el precio que habían de pagar para justificar que él siguiera yendo a verla. Ni él mismo comprendía por qué continuaba llamándola por teléfono, por qué repetía aquellas excursiones nocturnas y cerraba la puerta sigilosamente tras de sí. Sin llegar a confesárselo, comprendía que era incapaz de renunciar, contra toda esperanza, a

la esperanza de volver a sentir por Osnat algo semejante a lo que había sentido por ella durante tantos años.

Sabía muy bien que Osnat había escogido a Yuvik, cuando éste regresó al kibbutz tras tres años de ausencia, porque Yuvik era el hijo de Dvorka, porque tenía la piel bronceada y una espesa mata de rizos, y porque se había licenciado en el ejército con honores. Que Aarón ocupara el importante puesto de encargado agrícola de nada valía. Osnat tenía que consolidar su posición casándose con el hijo de Dvorka, el pilar del kibbutz. Aarón se preguntaba a menudo si Osnat se daba cuenta de sus motivaciones y si sus actos habían sido calculados y hasta qué punto. Y algo le decía que en realidad Osnat no era consciente de su deseo de venganza y que no había saboreado las mieles de la victoria.

Andando el tiempo, cuando ya se había marchado del kibbutz y la afrenta estaba olvidada, Aarón a veces cavilaba si el matrimonio con Yuvik habría reportado a Osnat la paz interior y la seguridad que, aun sin saberlo, anhelaba desesperadamente. Es más, se preguntaba si ella seguiría actuando movida por el odio y la cólera, por el deseo de vengar unas afrentas cuyas causas y manifestaciones él había conocido íntimamente desde su infancia compartida. Y la primera vez que se acostaron, después del entierro de Miriam, cuando Osnat ya era madre de dos hijos, Aarón supo que ella no había cambiado. Bajo la expresión sosegada y eficiente seguía bullendo el odio, y los rumores que atribuían a Yuvik aventuras con las voluntarias extranjeras y con las jovencitas de las unidades Nájál destinadas al kibbutz, de los que había tenido noticia por Havaleh, sin duda no contribuían a reforzar el tenue sentimiento de pertenencia que tanto empeño ponía ella en demostrar, incluso cuando estaban a solas.

Y aun cuando Osnat hubiese logrado adquirir una cierta seguridad, pensaba Aarón, ésta se habría tambaleado con la muerte de Yuvik, cuyas bronceadas piernas relucían a través del cristal de la fotografía colocada sobre el televisor. Cuando Aarón se enteró del nacimiento del primer hijo de Osnat, unos dos meses después de la boda, supo que ella había escogido a Yuvik, cuyo rumoreado regreso había sido el tema principal de conversación en el kibbutz desde semanas antes de su llegada, pensando desde el principio en tener hijos, hijos que serían nietos de Dvorka. Osnat siempre había vivido con miedo a que la expulsaran. Ahora sus hijos eran los nietos de Dvorka. Y ahora Osnat había integrado su expresión grave, el tono resuelto adoptado con el transcurso de los años, en una visión global del mundo, y cuando hablaba de las transformaciones

necesarias para «adaptar el sistema a lo que ocurría en el mundo de hoy», se la veía llena de una pasión que se echaba en falta cuando hacía el amor.

De tanto en tanto, Aarón sentía pasajera la intimidad de antaño, sobre todo en las raras ocasiones en que Osnat mencionaba a sus hijos, o la noche en que le habló de cómo habían tratado de ligar con ella varias personalidades reconocidas del kibbutz, antes y después de la muerte de Yuvik, y de cómo ella había rechazado todas esas insinuaciones. Y cuando le contó la escena que había montado Tova, la hija de la unión en segundas nupcias de Zeev HaCohen con Hannah Shpitzer (quien se había ahorcado cuando él la abandonó, después de lo cual el kibbutz lo envió en misión especial a Marsella), Aarón vio en sus ojos una mirada de miedo y desesperación, una mirada que le hizo pensar en los tiempos en que Dvorka sermoneaba a Osnat sobre el compromiso personal y la necesidad de que el individuo se sacrificara para allanar el camino de la vida en común. Cierta vez en que, con una ancha sonrisa en los labios, le preguntó a Osnat qué había opinado Dvorka de su actuación como directora del instituto, Osnat respondió muy seria:

—¿Por qué sonríes? ¿Crees que no he cambiado nada desde los diecisiete? ¿Que Dvorka sigue pensando que tengo la cabeza tan hueca como sospechaba entonces? Permíteme que te diga que ya nadie piensa así. Dvorka sabe desde hace muchos años que no tengo nada que ver con la persona en que temían que me convirtiera.

Aunque él se lo había pedido (sólo una vez, y ella había replicado: «Pero ¿por qué?»), Osnat no desconectaba el teléfono cuando estaban juntos. Mucha gente la llamaba para comentar asuntos del kibbutz, y él escuchaba perplejo el tono de voz que adoptaba en esas conversaciones: juicioso y razonable, colmado de una inquebrantable seguridad en lo acertado de sus opiniones. Y cuando se dio cuenta de que las cuestiones públicas habían consumido sus últimos vestigios de vitalidad, sintió un hondo pesar y un gran pesimismo con respecto a la posibilidad de recuperar la muda intimidad entre dos forasteros que fingían creerse parte de una gran familia, cuando bastaba escarbar mínimamente en sus sentimientos para descubrir la convicción de que nadie había olvidado ni por un instante de dónde procedían.

La tercera o cuarta vez que se vieron, Osnat le preguntó si había considerado la posibilidad de regresar al kibbutz, y él respondió que no. Tentativamente, le preguntó a su vez si podría llegar a plantearse vivir fuera del kibbutz, y cuál no sería su perplejidad al ver que ella no descartaba de plano esa opción.

—En todo caso —comentó Osnat en el curso de esa conversación—, Dvorka nunca me dejará llevarme a los niños.

Y cuando Aarón dijo que los hijos eran suyos, Osnat replicó desviando la vista:

—No sabes lo que estás diciendo. Dvorka se las arregló para arrebatarme a los dos mayores casi por la fuerza y, como tú mismo has visto, es ella la que acuesta a los pequeños por la noche. Siempre me ha dado la impresión de que no confía en mi capacidad para transmitirles unos valores correctos. Nunca me dejaría llevármelos del kibbutz. Ah, y si alguna vez descubre lo nuestro y trata de hablar contigo, no dejes de decírmelo, por favor.

Osnat no había aceptado las insinuaciones de los divorciados ni de los casados del kibbutz. Y cuando Tova, la hija de Zeev HaCohen, le montó aquella escena en el comedor, a la vista de todos, Osnat sintió que se venían abajo sus desesperados y prolongados esfuerzos por librarse de la imagen de belleza frívola.

—Era verdad que había venido a verme unas cuantas veces, y sus intenciones estaban claras, pero lo que dijo Tova era mentira. Yo no tenía el menor interés en él. Nunca he tonteado con hombres casados del kibbutz, nunca he tonteado con nadie —dijo enfadada—. Pero, aunque supieran que no había pasado nada, el escándalo, la mera sospecha, bastaron para echarlo todo a perder —no entró en detalles sobre qué era «todo lo que se había echado a perder», pero Aarón lo sabía sin que se lo explicara.

Él había estado con Osnat aquella noche, junto a la habitación de Alex, cuando tenían unos catorce años y ya no se cogían de la mano. Habían ido allí para hablar con Alex de la visita de los alumnos de octavo de un colegio laborista de Tel Aviv y de la necesidad de posponer la llegada de un grupo del movimiento juvenil Hashomer Hatzair, programada para el mismo fin de semana. Habían surgido problemas con el alojamiento de los visitantes y con la cuestión de si los iban a enrolar en la movilización general del sábado para recoger albaricoques. Aarón guardaba un recuerdo muy vívido de la cabaña que ahora ocupaban los soldados nacidos en el kibbutz y junto a cuya puerta tendían sus uniformes caquis. En aquellos tiempos era la habitación de Alex y Riva. Alex era el encargado de organizar los turnos de trabajo y Riva, la enfermera del kibbutz.

Aarón y Osnat se habían dirigido a la entrada principal rodeando la casita por detrás, pasando junto a las ventanas abiertas de par en par. Hacía bochorno y la cabaña de madera desprendía el calor acumulado a lo largo del día; las paredes crujieron cuando se detuvieron junto a la palmera que crecía al lado de la ventana y que más tarde hubo que

calar porque se le pudrieron las raíces, y Osnat se llevó un trémulo dedo a los labios y empezó a apretarle el brazo con fuerza creciente mientras Riva hablaba en el mismo tono agradable y sosegado que le habían oído cuando les ponía inyecciones o cuando, el verano anterior, le había vendado a Aarón el muslo donde le había salido un horrible furúnculo, que le impidió participar en la excursión a Haifa y Galilea, con lo que fue el único que se libró de los posteriores ritos de purificación, cuando Lotte, la encargada de su curso en la casa de los niños, descubrió piojos al volver de la excursión y hubo que quemar los colchones y desinfectar la ropa con queroseno.

Con aquella voz dulce y tranquilizadora, Riva decía:

—Y, como es natural, habrá que tener bien vigilada a Osnat. Dados sus orígenes, no le va a ser fácil encajar. He hablado con el pendón de su madre, y te digo que habrá que vigilarla, porque esas cosas son genéticas y no hay que esperar a que se manifiesten y sea demasiado tarde; esa chica tiene la misma mirada que su madre.

Aarón recordaba que Alex había respondido en tono razonable y sosegado algo que no alcanzó a oír, y la respiración fuerte y acelerada de Osnat, que le apretaba el brazo hasta hacerle daño, y aún hoy, treinta años después, parecía sentir aquel dolor mientras ella le contaba la escena de Tova.

—Junto a las bandejas, delante de todo el mundo, sin ninguna discreción, sin la menor consideración, y de nada valió que trataran de hacerla callar, fue aún peor, porque se puso a chillar: «Putá, destrozahogares, igualita que tu madre, eso es lo que eres». Daba igual que no hubiera pasado nada. Se veía que quienes aún no sabían nada, como los chavales de la unidad Nájal, enseguida se iban a poner al día sobre mi madre.

A Aarón le dolía el brazo donde años atrás Osnat había sepultado sus dedos; no se había rascado porque tenía las uñas comidas a ras de la carne, pero al día siguiente aparecieron moratones en sus brazos, moratones hechos cuando Riva continuó con su agradable voz, claramente audible desde fuera:

—¿Qué se puede esperar de la hija de una ninfómana? Su madre es una enferma, ¿no lo entiendes? Es una enfermedad, he leído cosas sobre el tema, y también nos lo explicaron en un curso. Lo que no comprendes es que lo lleva en los genes, y ya está en edad peligrosa; si no la atamos muy corto, pronto estará seduciendo a todos los chicos del kibbutz, y más adelante destrozando familias. ¡Hablas como si nunca hubieras visto cosas así antes!

Osnat no echó a correr inmediatamente. Permaneció inmóvil largo rato, y a Aarón le

daba miedo que el rasposo sonido de su respiración jadeante llegara a oírse en el interior de la habitación alegremente iluminada, de donde procedían un aroma a café recién hecho y un tintineo de vasos. Luego Osnat se sentó junto a la palmera, en silencio. Y, al fin, se puso en pie y le soltó el brazo. No le pidió que la acompañara. Echó a andar, en silencio, con paso lento, hacia el depósito de agua de la entrada del kibbutz, y él, que se moría por consolarla, por decirle: «No te preocupes, no tiene importancia, no le hagas caso», no se atrevió a decir nada.

La siguió en silencio, sin tocar su delicado hombro desnudo ni su alborotada melena, y ella no despegó los labios en todo el camino; ni siquiera parecía consciente de su presencia. Se sentó junto al depósito y él a su lado, y al cabo, cuando ya no pudo soportar el silencio, Aarón descubrió que tenía paralizadas las cuerdas vocales, que se negaban a emitir sonidos, y, además, temía hacerla llorar si le hablaba. Le tocó tímidamente el brazo con su mano pegajosa, y ella, que no había dejado de mirar al frente en todo aquel rato, se sacudió su mano violentamente y lo miró; él la besó; sus labios sabían dulces, pero había sido un beso sin la menor lascivia, un beso nacido de un gran deseo de consolarla, de conectar con ella de alguna manera misteriosa sin estropearlo todo con las palabras. Ella así lo comprendió, pero al cabo de unos segundos, como si estuviera oyendo de nuevo las palabras de Riva, se apartó de él y dijo:

—Se van a enterar. Me conservaré virgen hasta que me case. ¡Ya lo verás! —se puso en pie y añadió con voz ahogada, secamente—: Vámonos —mientras regresaban, comentó en tono tenso, comedido—: Y tampoco pienso marcharme. No tengo adónde ir y esto me gusta —y, tras una pausa, tomó aliento y concluyó—: Y aunque ahora no sea feliz aquí, un día llegaré a serlo, y ellos tendrán que aguantarse.

Ahora, mientras la esperaba en su habitación, observando los delicados dibujos a carboncillo colgados en las paredes y el jarrón con flores sobre el televisor, junto a la fotografía de Yuvik, Aarón pensó en el comedimiento de Osnat. En la atmósfera casi ascética de su habitación, con la cocina anexa al fondo. Allí no había ninguna gran nevera como la que anhelaba Havaleh, ni tan siquiera un molinillo de café. Pensó en el gusto austero que Osnat había ido desarrollando con los años, en el mobiliario estandarizado: un sofá de tres plazas, dos butacas marrones a ambos lados de una mesita marrón y una pequeña alfombra beige, y en la limpieza impoluta de todo, como si en esa habitación no hubiera habido niños jugando aquella tarde. Luego recordó que por las tardes los niños solían jugar en la habitación de Dvorka y que Osnat iba a verlos allí.

La pila de acero inoxidable relumbraba y, al llenar la tetera eléctrica para prepararse un café, Aarón vio en ella su reflejo distorsionado, abultado; sabía que Osnat seguía observando el ritual diario de fregar el suelo con aquel frenesí que había llevado a Lotte a comentar en otros tiempos: «Los días en que Osnat limpia la casa de los niños se podría comer en el suelo». Estaba pensando pesarosamente en la severidad con que vestía Osnat cuando la vio aparecer en la pantalla, pues había encendido mecánicamente el televisor y allí estaban los kibbutzniks, ocupando las hileras de sillas dispuestas en el comedor. Recordó que Moish le había contado que retransmitían las sijot por el circuito cerrado de televisión para que las vieran quienes no podían asistir a ellas.

El rostro de Moish se veía pálido y gris en la pantalla, y Aarón recordó sus propias apariciones en los informativos de la televisión durante la huelga del profesorado, y luego durante la huelga de estudiantes, cuando el ministro estaba en el extranjero y no dieron con nadie más que con él, y en cómo lo habían maquillado para que, según le explicaron, no tuviera aspecto enfermizo.

La voz de Moish apenas se oía, debía de haber un fallo de sonido. Aarón subió el volumen al máximo y oyó a Osnat diciendo con claridad y tono de circunstancias: «Procedamos a la votación; quienes están a favor de que se cree una comisión que levanten la mano». Aarón recordó que Osnat era la moderadora de las sijot. El televisor emitió un sonido quejumbroso, como si fuera una decisión demasiado difícil de adoptar. Los miembros de la junta directiva estaban sentados en semicírculo; junto a Moish y a Osnat, Aarón reconoció a Alex, totalmente calvo y encogido por el paso de los años, y a Jojo, el tesorero. No reconoció a los demás miembros, pero vio a Dvorka sentada en un rincón, con gesto impasible; la cámara mostraba su moño de lado, y Aarón contempló el perfil de aquella mujer con reservas inagotables de energía, que, pese al dolor de su reciente viudez, seguía participando en la vida pública de la comunidad.

Frente a la junta directiva estaban sentados los kibbutzniks, que no llegaban a llenar el comedor. Aarón sonrió al divisar a Fania en su sitio habitual, la silla de al lado de la ventana de la penúltima fila, el que llevaba ocupando más de treinta años. Como siempre, también, tejía con furia una prenda inidentificable; claro que el comedor no era el mismo, pues ahora estaba en el magnífico edificio nuevo, con su fuente de agua helada en la planta baja, azulejos decorativos en los lavabos, rampas para sillas de ruedas y cochecitos de bebés, una escalera de anchos peldaños y colgaduras junto a las ventanas.

Moish contó las manos alzadas y le susurró algo a Osnat, que tomó notas en un papel.

—Treinta y un votos a favor —dijo Moish en voz alta—. ¿Votos en contra? —una vez más se alzaron varias manos—. Veintidós votos en contra. ¿Abstenciones? —preguntó mecánicamente, y luego hizo el recuento moviendo los labios—. Ocho abstenciones —anunció al fin. Luego irguió la cabeza y repitió los resultados—. Es importante recordar que esto no es más que el comienzo de un proceso —prosiguió serenamente—. La votación definitiva se organizará de otra forma. Será necesaria una mayoría de dos tercios para dar vía libre al proyecto. Ningún otro kibbutz ha decidido que los niños duerman con sus padres sin contar con una mayoría de dos tercios, y ellos no tenían entre manos el proyecto de una instalación para la tercera edad; como es natural, en nuestro caso se aplicará el mismo sistema, aun con mayor motivo, dada la magnitud de nuestro proyecto.

En la primera fila se alzó una mano y Aarón oyó la voz cascada de una mujer a la que no identificó:

—Sólo quiero decir para que conste en acta que deberíamos pensar en los demás, no sólo en nosotros mismos. Y si algunas personas que han hablado aquí esta noche, cuyos nombres no voy a mencionar, piensan en los demás, se darían cuenta de que estos cambios van a ser una gran mejora. Podrá resultar difícil adaptarse a ellos, pero lo importante es pensar en el bien común. No voy a repetir lo que ha dicho Zeev, sólo quería señalar que no todo el mundo está de acuerdo con algunas opiniones expresadas aquí esta noche.

—Gracias, Aviva, ya consta en acta —dijo Moish consultando su reloj. Luego se volvió hacia Osnat.

—Nos queda poco tiempo para debatir dos cuestiones que distan mucho de ser sencillas —dijo Osnat—. La primera está en el orden del día: la comisión de enseñanza superior ha rechazado la solicitud de Zviki para hacer un curso en Londres, pero él se niega a aceptar esta recomendación y exige que el asunto se plantee ante la sijá. ¿Puede Zviki exponernos el problema?

Osnat se volvió indecisa hacia Zeev HaCohen, sentado en un rincón. HaCohen opinó que sería mejor que él explicara la postura de la comisión antes de que Zviki expusiera su punto de vista.

—¿Para qué complicar las cosas con explicaciones y exposiciones? —gritó un miembro de la junta directiva desconocido para Aarón—. La solicitud de Zviki es escandalosa y basta...

—Un momento, espera tu turno de palabra —dijo Zeev HaCohen—. No hay por qué

excitarse. Pegando gritos no vamos a resolver nada. Por hoy ya hemos gritado bastante – Aarón miró divertido a Fania, que mascullaba crípticamente para sí–. Decir que es «escandaloso» está fuera de lugar –prosiguió Zeev HaCohen–. Lo que se plantea es si un miembro que ha terminado una etapa de sus estudios aquí, en Israel, puede proseguirlos en el extranjero, y la decisión es una cuestión de principios. Hemos pensado que como se trata del tercer curso que Zviki solicita en los tres últimos años, bien puede posponerlo un par de años.

–¿Qué curso es esta vez? –preguntó Ayuta, impaciente.

Aarón se felicitó por haberla reconocido; sólo tenía tres años más que él, pero parecía una abuela.

–Cursos, cursos, paparruchas –dijo Guta en voz alta y clara; como siempre, estaba sentada junto a Fania–. Primero que trabajen, que todo el mundo haga el trabajo que le toca. ¡Y luego decís que no hay dinero para que sigamos viviendo aquí! –dijo a voz en grito y Fania hizo un mohín y se inclinó sobre su labor.

Zeev HaCohen alzó la mano pidiendo silencio, y Guta se encaró con él y le espetó airadamente:

–No vas a taparme la boca. Por un lado habláis de eficacia y de ahorro, y por otro...

Por lo visto, ése fue el momento en que Aarón se quedó dormido. Cuando le despertó el dolor de brazo, su reloj marcaba las dos de la mañana y estaba tendido en el corto sofá bajo una manta de piqué con la que debía de haberlo tapado Osnat. La primera idea que le cruzó por la cabeza fue que tenía que dejar de ir a verla. Aquello era absurdo, se dijo mientras se levantaba para ir al dormitorio. Osnat estaba dormida. La tocó en el hombro y ella emitió unos sonidos inarticulados.

–¿Por qué no me has despertado? –le preguntó, tratando de sofocar su cólera y sin saber por qué susurraba.

–Estabas tan agotado que no me oíste entrar; me diste pena –respondió Osnat y se incorporó en la cama, ya plenamente despierta.

–Tienes la mano muy caliente –dijo Aarón, sorprendido por la ternura con que había hablado, pues su intención había sido decir adiós y marcharse inmediatamente.

–La reunión de hoy ha sido complicada, y, además, creo que tengo fiebre –dijo Osnat.

Aarón le puso la mano en la frente. Ardía.

–¿Dónde tienes el termómetro? –preguntó; y a continuación lo trajo del cuarto de baño–. Treinta y nueve y medio –leyó asustado–. ¿No debería llamar a alguien?

Osnat meneó la cabeza testarudamente. Pero se tragó las dos aspirinas y el vaso de agua que él, obediente, le trajo. Luego, mientras bebía el té con limón que Aarón le había preparado, sus dientes castañeteaban contra el vaso; le dijo temblando:

—Ahora es mejor que te vayas. No sé qué me pasa, a lo mejor es contagioso. Además, es tarde y necesito dormir.

Aarón asintió, preguntó si quería otra taza de té, le tocó la frente, que seguía abrasando, y al final dijo vacilante:

—Está bien, me marchó. Te llamaré mañana. No dejes de ir al médico —y salió.

El despejado cielo veraniego estaba tachonado de estrellas, pero su luz no bastaba para iluminar el camino. Habían apagado la farola y Aarón estuvo a punto de caerse al tropezar contra el bordillo cuando giraba en dirección a la puerta trasera. Y cuando una figura en pantalones cortos apareció de repente detrás de la casa, como si hubiera estado apostada bajo la ventana de Osnat, el corazón le pegó un brinco. De pronto comprendió que quizá había estado allí escondida todo el rato. Se planteó por un instante perseguirlo —había llegado al convencimiento de que era un hombre, un hombre alto—, pero el dolor de brazo lo paralizó, y su aversión al dramatismo le disuadió de intentarlo. Echó a andar a buen paso hacia su coche.

Hasta que su hijo Moti comenzó a darle problemas, Simjá siempre había sido capaz de superar todas las dificultades. Si hubiera oído que alguien la calificaba de «desfavorecida», habría mirado perpleja a esa persona, incapaz de comprender de qué estaba hablando. Simjá había criado sin ayuda a sus seis hijos y había sido la única que traía dinero a casa desde que Albert tuvo un accidente de trabajo y la espalda comenzó a dolerle tanto que apenas se levantaba de la cama, salvo para sus visitas mensuales a las oficinas de la Seguridad Social, donde recogía su menguada pensión de discapacitado, y para sus diarias excursiones al centro de la ciudad, donde veía a sus conocidos y bebía café turco y, a veces, áraq rebajado con agua. A pesar de que trabajaba fuera de casa todo el día después de haber recogido, limpiado y cocinado para su familia, de que cuidaba a los hijos de las vecinas cuando se lo pedían y escuchaba a sus cuñados, cuñadas y a los hijos de su hermana pequeña cuando iban a contarle sus problemas, a pesar de todo esto, Simjá siempre irradiaba una actitud de aceptación del destino combinada con una expresión de satisfacción e incluso de alegría.

Sin contar con el entierro de su madre y su tercer parto, en el que su hijo nació muerto, sólo había estado una vez al borde de las lágrimas. Fue cuando le quitaron la escayola de la mano izquierda, fracturada al caerse persiguiendo a los hijos de una vecina, y le dijeron que necesitaría hacer rehabilitación porque la mano se había quedado rígida. El doctor del ambulatorio que la atendió le preguntó: «¿Dónde trabaja usted, señora Malul?», y una vez que se lo hubo explicado, se interesó por el empleo de su marido, por sus hijos, y, finalmente, le preguntó sin rodeos cómo conseguía llegar a fin de mes. Simjá describió sus ocupaciones diarias, y, cuando hubo terminado, él la miró y suspiró, y ella dijo: «¿Qué le voy a hacer?», y después: «Es duro, doctor, muy duro», y sintió que se le agolpaban las lágrimas en los ojos, no por las dificultades de la vida, sino por la mirada que él le dirigió, colmada de impotencia y compasión. Si se lo hubieran

preguntado, Simjá no habría sabido decir por qué aquella mirada había hecho que se le saltasen unas lágrimas que ni ella sabía que guardaba dentro. Tan sólo podría haber dicho que en lugar de aquel joven médico de ojos azules habría preferido al doctor Ben Zakán, quien, como siempre, la habría examinado superficialmente y le habría hecho una receta sin preguntarle nada. Pero el doctor Ben Zakán estaba de vacaciones y le había sustituido aquel médico desconocido, que le dio un mes de baja.

Simjá no se tomó la baja, tenía miedo de que buscaran una sustituta, porque ¿cuánto tiempo podrían dejar a las otras auxiliares a cargo de la enfermería del kibbutz? Tras muchos años trabajando en la limpieza, primero en casas particulares de Kiriat Malaji y luego en el hospital de Asquelón, donde no había mucho trabajo pero las enfermeras eran estrictas, los pacientes sufrían mucho y los largos desplazamientos en autobús la agotaban, Simjá había hecho algo que hasta entonces nunca se le había ocurrido hacer: animada por la enfermera jefe del servicio de medicina interna, donde trabajaba, había solicitado un curso de auxiliar de enfermería para cuidados domiciliarios. El curso duró seis meses y, al concluirlo, hacía un par de años, había conseguido trabajo en el kibbutz.

Y ahora, a los cuarenta y nueve años y ya abuela de cinco niños, a veces podía tomarse un respiro en su lugar de trabajo. De no ser por Moti, podría haber vivido en paz, porque hacía malabarismos con el dinero y se contentaba con comer pollo los viernes e improvisar empanadas vegetales y potajes el resto de la semana y preparar unas deliciosas tortitas con los alones del pollo de los viernes. Pero el problema de Moti le robaba la paz y la tranquilidad.

Moti no tenía más que doce años, pero Simjá sabía que se echaría a perder sin remedio si no lograba alejarlo del barrio cuanto antes. Moti era el menor de sus hijos, y aparte de él sólo seguía viviendo en casa Limor, una niña de trece años, obediente y de buen carácter, que se portaba bien y echaba una mano en las tareas domésticas. Simjá había reconocido enseguida las señales de alarma en Moti: las había visto muchas veces en otros chavales del barrio y siempre había acertado desde el principio. Sabía todo lo que había que saber sobre visitas nocturnas de la policía, gritos, familias deshechas, robos, y también conocía a los chavales en cuestión, que pasaban el día matando el tiempo en el centro comercial, tirando de las palancas de las máquinas tragaperras, o tumbados en casa, mirando el techo con los ojos en blanco. Y más de una vez había acudido en auxilio de Jeannette Abukasi para enfrentarse a su hijo mayor cuando le iba a exigir dinero. Simjá no quería indagar en los motivos de la situación de Moti, pero algo le

decía que estaban relacionados con el comportamiento de Albert, y también con su propia debilidad, pues los años habían menguado sus fuerzas. Ya no insistía tanto como antes en decirle a Moti que hiciera los deberes, y cuando lo regañaba por no ir al colegio, su voz no transmitía la misma autoridad que había empleado con sus hermanos mayores.

La palabra «drogas» nunca había salido de sus labios. Y, cuando la asistente social del colegio la citó para hablar con ella, la escuchó con la cabeza gacha y asintiendo. Resistió a la tentación y no pronunció ni una sola vez esa frase que había oído decir a muchas madres desvalidas: «¿Qué puedo hacer?». Una vez que la asistente social, que iba tocada con un elegante pañuelo azul por motivos religiosos, hubo terminado de hablar, Simjá se quedó en silencio y, al fin, dijo: «Sí, lo comprendo»; incluso se había sentido superior a la asistente social, quien no alcanzaba a entender la gravedad del problema. Porque la asistente social, que con gesto nervioso no paraba de recogerse un mechón de pelo bajo el pañuelo, seguramente no era capaz de reconocer a esos jóvenes a quienes Simjá llamaba para sí «los condenados»; Moti aún no estaba irrevocablemente condenado, bastaba con que lo alejara de su pequeña ciudad.

Simjá comentó un par de veces el problema con su hermano mayor y, éste, tras varios intentos infructuosos de hablar con Moti, que siempre se quedaba mirándolo sin decir palabra, le aconsejó que lo enviara al kibbutz. A Simjá le resultaba más que conocido el gesto de desesperación de su hermano tras los intentos de hablar con Moti. También ella había acabado desesperándose por el retraimiento de Moti cada vez que trataba de hablar con él. A medida que hablaba notaba que la pasión iba desapareciendo de sus palabras y que su hijo cada vez se le escapaba más y más de las manos. Cuando intentaba regañarlo los días en que hacía novillos, cuando sus ojos la miraban sin verla, le venía a la memoria la imagen del bebé rellenito que nunca lloraba de noche y la del niño siempre pegado a sus faldas cuya mayor alegría era verla regresar del trabajo. Ahora, al mirar esos ojos inexpresivos, se sentía abrumada por una sensación de fracaso hasta entonces desconocida.

—¿Dónde está el problema? —le había dicho su hermano—. Trabajas en el kibbutz, puedes conseguir que lo acepten.

Y Simjá lo estuvo meditando durante largo tiempo.

Todas las mañanas, después de prepararles a sus hijos unos bocadillos y enviarlos al colegio, Simjá salía corriendo para coger el autobús que salía de Kiriath Malaji a las ocho y diez, se apeaba en la parada de la autopista y desde allí le quedaban veinte minutos de

paseo por la estrecha carretera del kibbutz. De vez en cuando, si tenía suerte, pasaba un coche y la recogía. A las nueve menos cuarto llegaba a la enfermería para relevar a la auxiliar de noche. Por lo general, el doctor Reimer también se presentaba a esa hora para oír el informe de la auxiliar de noche. Luego no volvía a aparecer hasta última hora de la tarde, cuando Simjá ya se había marchado.

Cada vez que veía al doctor, se proponía consultarle si podrían acoger a Moti en el kibbutz, pero en el último minuto la vergüenza se lo impedía. Desde el principio, desde que pisó el kibbutz por primera vez llevando consigo las referencias de la última familia para la que había trabajado, Simjá había pensado en Moti. Aun cuando entonces los síntomas todavía no estaban claros, su madre ya advertía en él una peculiar debilidad, una carencia que una persona más culta quizá habría denominado falta de ambición. Ella no le ponía nombre, pero observaba con inquietud los actos y la conducta de su hijo, así como a los amigos que elegía.

Ahora estaba decidida a actuar, y si antes no sabía cómo abordar al doctor Reimer, al fin se había enterado de que era necesario presentar una solicitud a la junta directiva del kibbutz, y así lo iba a hacer, acallando su miedo y su vergüenza con la idea de que allí todos la trataban con gran amabilidad. En los dos años que llevaba trabajando en el kibbutz no había recibido una sola reprimenda, y, cuanto más tiempo pasaba, mayor era la estima en que la tenían, estima que se manifestaba en miradas amistosas y elogios explícitos, en regalos de fruta y otros detalles en las fiestas. Siempre que hablaban de ella, tanto Rickie, la enfermera, como los pacientes y sus familiares le prodigaban halagos. Los propios pacientes le hacían regalos a veces, y también los hijos de los ancianos ingresados en la enfermería.

Al despertarse aquella mañana preocupada por Moti, Simjá pensó en todo esto y llegó a la conclusión de que el único problema era dar el primer paso. Cómo iba a ir a la oficina, se preguntó desesperada, si tenía que estar en la enfermería a las nueve de la mañana y salir corriendo por la tarde para coger el autobús de las tres y media, o bien esperar tres horas y media hasta que llegara el siguiente autobús, lo que supondría dejar solos a los niños hasta muy tarde. Eso sin tener en cuenta que aquella tarde la iban a dejar al cuidado de sus nietos mientras su hija y su marido asistían a una boda en Kiriat Shmonah. En la enfermería no contaba con ninguna ayuda y estaba prohibido dejar solos a los pacientes, norma que nunca había infringido. Se lo habían dicho muy claro desde el principio y ella nunca salía del edificio hasta que llegaba el cambio de turno.

El trabajo no presentaba mayores dificultades. Nunca solía haber más de un puñado de pacientes, algunos en cuarentena, con enfermedades infecciosas, y otros ancianos. De tanto en tanto ingresaban soldados enfermos que preferían quedarse en el kibbutz en lugar de ir al hospital militar. Hasta el momento la enfermería nunca había estado vacía, y eso le confería seguridad y confianza en que las cosas seguirían así para siempre y ya no tendría que preocuparse de buscar empleo en casas particulares.

Desde que comenzó a trabajar en la enfermería, siempre había tenido a su cargo, cuando menos, a un anciano. Algunos pasaban allí meses enteros, y ahora, mirando a Félix y cavilando cómo lo iba a despertar para lavarlo, Simjá pensó en lo triste que era estar allí tumbado esperando pacientemente que te llegara la muerte, sin luchar, como su abuela, que había fallecido pocos años después de que la familia emigrara a Israel desde Marruecos y que había pasado los dos últimos años de su vida en la cama.

—Pobrecitos míos —dijo en voz alta mientras preparaba una palangana con agua caliente.

Zahara, la hija de Félix, acudía a verlo un par de veces al día, pero él ni le dirigía la palabra, era como si no la reconociera. También sus nietos iban a verlo a veces. Lo habían estado cuidando en su habitación durante mucho tiempo, pero, según le había explicado el médico a Simjá, ahora Félix requería vigilancia durante las veinticuatro horas del día.

En aquellos momentos sólo había dos ancianos ingresados y Simjá cuidaba de ambos. Físicamente no era difícil; lavarlos era lo único que a veces resultaba fatigoso. Sobre todo lavar a Félix, a quien había que convencer con mucha paciencia y firmeza. Se negaba a colaborar como un niño cabezota. Simjá sabía por experiencia que tenía los días contados. Cada vez que lo alimentaba a través de la nariz, en los ojos de Félix fulguraba una airada desesperación, y ella sabía que aquélla era una de las señales del principio del fin. Después vendría el más absoluto abandono. Aquella desesperación, así como el tono amarillo grisáceo de su rostro y la piel que le colgaba flácida y arrugada de los huesos resecos, indicaban que el final estaba próximo. Pero, como es natural, Simjá no decía nada. Cuando miraba a Félix solía pensar en Moti y en que no se atrevería a pedirle consejo al médico. Sobre todo porque el médico siempre estaba en tensión, apremiado, con prisas por irse corriendo a otro lado.

Aquel día estaba resuelta a ir a la secretaría. Iba a solicitar que admitieran a Moti en el kibbutz aunque al hacerlo perdiera el autobús de vuelta. O, quizá, podría marcharse un

poco antes de que terminara su turno, antes de que llegara a relevarla la auxiliar de la tarde, pensó, asustándose de esa ocurrencia.

A Simjá le gustaba su trabajo. Al ver la ropa de cama sucia apilada en un rincón y al paciente bien aseado después del lavado matinal, tumbado entre las sábanas limpias y almidonadas, sentía una satisfacción semejante al agradable cansancio de los viernes por la noche, de aquellos momentos de bienestar en que toda la familia se reunía en torno a la mesa en la casa recién arreglada. Ahora, al sumergir un paño suave en el agua tibia de la palangana, no pudo menos de chasquear la lengua y suspirar. Félix estaba cada vez más distante, menos dispuesto a colaborar, se resistía más y más.

—Van a salirle escaras de estar siempre en la cama, la higiene es muy importante —le repetía al anciano, quien, tumbado en posición fetal, se negaba a moverse—. Le hará sentirse mejor, ya verá qué bien le sienta —le dijo a la vez que retiraba las sábanas de sus hombros—. Zahara vendrá enseguida a traerle el periódico, y luego también vendrán los niños. ¿No le da vergüenza que lo vean así? —murmuró mientras escurría el paño en la palangana—. ¿No le da vergüenza? —repitió.

No conseguía desterrar de sus pensamientos la palabra «vergüenza», pero ya no pensaba en la higiene, sino en la vergüenza de ser tan viejo y estar tan desvalido. No era de su incumbencia idear otras soluciones y recibía sin rechistar las instrucciones del médico con respecto a la alimentación forzosa, pero a veces, cuando veía una mirada de desesperación en los ojos del viejo mientras volcaba cuidadosamente el puré por la sonda, sentía una inmensa lástima, un poderoso deseo de no verlo en aquella situación deshonrosa.

Después de atender a Félix le tocaba el turno a Braja. Aunque tampoco hablaba, Braja era más dócil. Ambos ancianos ocupaban habitaciones contiguas, separadas por un par de grandes puertas plegables que sólo se cerraban cuando la situación era crítica en uno u otro lado. Si había más de dos ancianos ingresados, se veían obligados a compartir habitación, pese a que la intención original había sido concederles intimidad, pero Simjá a veces se preguntaba para qué la necesitaban dado que vivían ajenos a lo que los rodeaba, encerrados en sí mismos, en el más íntimo de los mundos.

Había otra habitación, más pequeña y aislada, destinada a los pacientes en cuarentena. El último ocupante había sido un soldado aquejado de una hepatitis infecciosa, pero ya le habían dado el alta para reincorporarse al servicio activo y ahora la habitación estaba vacía. ¡Qué jaleo se había montado la semana en que estuvo en la enfermería!, pensaba

Simjá. Siempre había gente entrando y saliendo, y también música. Lo cierto es que había resultado muy agradable y que ahora volvería a reinar el silencio hasta que de nuevo ingresara algún joven.

Simjá calentó el puré de Braja, comprobó la temperatura metiendo un dedo en el cuenco, y cuando al fin la estimó correcta, incorporó a Braja, la recostó sobre una gran almohada, extendió una toalla limpia sobre la manta y le dio de comer. Retiraba cuidadosamente los grumitos de puré que se le pegaban a las comisuras de la boca y le hablaba sin pausa. En el curso de auxiliar de enfermería le habían enseñado que convenía hablar a los pacientes. Aun cuando no reaccionaran, era importante que sintieran el contacto humano. Simjá seguía las instrucciones al pie de la letra y parloteaba con Braja, sin que le resultara difícil, porque Braja le gustaba. Una vez que hubo limpiado el suelo y el armario de la cocina, levantó la vista hacia el gran reloj de pared y vio que ya eran las doce; pronto traerían la comida y, a continuación, se recordó, iría a la secretaría.

Oyó ruidos, no el sonido habitual del carrito de la comida, sino voces; luego entraron el doctor Reimer y Rickie, la enfermera, con una nueva paciente, una mujer joven. Simjá la reconoció como la hermosa rubia a la que había visto hablando por teléfono en la oficina el día que la entrevistaron para el puesto de trabajo. Aun ahora, pálida y con los ojos cerrados, se la veía hermosa. La llevaron medio en volandas a la habitación para cuarentenas. Simjá se hizo a un lado, dispuesta para ayudar, y se preguntó si sería otro caso de hepatitis, pero se quedó a la espera del carrito de la comida sin decir nada.

Cuando llegó el carrito, el doctor Reimer y la enfermera Rickie aún estaban en la habitación para cuarentenas y Simjá, ocupada en calentar la comida y separar las porciones de Félix y de Braja, apenas si oía lo que ocurría allí. Al cabo, el doctor salió y le dijo:

—Simjá, acabamos de traer a Osnat, va a pasar aquí unos cuantos días. Tiene una neumonía muy grave y quiero que se quede en la enfermería. Sólo tendrá usted que preocuparse de que beba mucho, de tomarle la temperatura y, si ella quiere, de ayudarla a lavarse. Ahora está muy débil, pero en un par de días mejorará y podrá salir. Rickie le va a poner una inyección ahora mismo.

Simjá asintió y preguntó sobre la dieta de Osnat, y el médico le respondió que sin duda no querría comer nada, pero que era importante que bebiera mucho.

—¿Tal vez el jugo de la compota? —sugirió Simjá vacilante.

El doctor Reimer asintió y respondió:

—Lo que le apetezca, siempre que beba mucho. Como está consciente se lo puede consultar a ella.

Y, con esto, el médico y la enfermera se fueron y volvió a hacerse el silencio. Simjá entró sigilosa en la habitación para cuarentenas. La paciente no era tan joven como le había parecido en un principio, pero tampoco era mayor. Y, desde luego, era una belleza. Parecía adormilada. El doctor Reimer había dicho que Rickie volvería inmediatamente para ponerle la inyección. Simjá decidió pedirle permiso para ir a la secretaría mientras ella se quedaba de guardia. Cuando Rickie regresó, Simjá estaba fregando los platos con la vista pegada al reloj. La enfermera entró en la habitación y Simjá oyó murmullos y retazos de frases que no trató de comprender. No podía dejar de pensar en Moti y en la asistente social y en lo que Limor le había preguntado esa misma mañana: «¿De dónde vas a sacar el dinero para pagarle a Víctor, el del ultramarinos? Dice que no piensa fiarnos más hasta que hayamos saldado las cuentas».

—Ya está, le he puesto la dosis de penicilina de hoy —dijo Rickie saliendo de la habitación—. Esta tarde me pasaré a verla otra vez; cuando venga Yafa, no se olvide de decirle que le dé mucho de beber.

—Sí, sí, no se preocupe —dijo Simjá, y no se atrevió a preguntar nada más.

Rickie se fue. Los dos ancianos dormían. Simjá se asomó a la habitación para cuarentenas, donde Osnat estaba tumbada con los ojos cerrados. Vaciló un instante, mirando el reloj y a la paciente, y al fin se acercó a ella y le puso la mano en la frente. Osnat abrió los ojos y sonrió, Simjá le devolvió la sonrisa y le preguntó si quería beber algo. Y después de que Osnat bebiera unas cuantas cucharadas del jugo de la compota de Braja y cerrara los ojos de nuevo, diciendo con dificultad que le gustaría dormir un rato, Simjá dejó el platito de compota en la mesilla de noche, se quitó la bata y salió del edificio. La secretaría estaba en el otro extremo del kibbutz y recorrió casi todo el camino a la carrera; pero, al llegar, se encontró la puerta cerrada, con un cartel pegado donde se notificaba que había reunión en el club social.

Suspiró y volvió sobre sus pasos. En todo el tiempo que llevaba trabajando allí nunca se había detenido a mirar a su alrededor, ni siquiera de camino al autobús, pero ahora, pese a que tenía tanta prisa, reparó en los edificios, las flores, la tranquilidad, oyó el canto de los pájaros, y pensó en lo agradable que era allí la vida y en lo bien que le sentaría a Moti, o a cualquiera, educarse en el kibbutz.

Regresó a la enfermería tan deprisa como se lo permitieron las piernas, que no fue

mucho, y al entrar en el pequeño edificio blanco echó un vistazo al reloj de pared y vio que ya eran las dos, había estado fuera media hora. Desvió la vista del reloj, tomó aliento y, ya repuesta del susto, enseguida advirtió que la puerta que daba a las habitaciones de ambos ancianos estaba cerrada; al abrirla vio que alguien había cerrado asimismo la puerta divisoria y el corazón se le aceleró pensando que en su ausencia había sucedido algo. Pero al abrir la puerta vio a los dos ancianos dormidos, como de costumbre, y a nadie más. La puerta de la habitación para cuarentenas también estaba cerrada; alarmada, Simjá quiso recordar, mientras se ponía la bata que había dejado en la silla de la cocina, si había sido ella quien la había cerrado al salir; mientras titubeaba junto a la puerta, extrañamente atenta a los cantos de los pájaros, oyó gemidos y entró.

La paciente tenía la cabeza colgando por el borde de la cama y respiraba aceleradamente, emitiendo un sonido ronco y silbante. Paralizada en el umbral, sin saber si lo mejor sería telefonear inmediatamente a la clínica, Simjá vio que la paciente estaba a punto de caerse de la cama, corrió hacia ella, la enderezó y, haciendo un gran esfuerzo, logró decir:

—Aquí estoy, cariño, tranquila.

Luego Osnat empezó a vomitar mientras Simjá le sostenía la cabeza. La enferma tenía los ojos cerrados; era imposible saber si estaba semiconsciente o totalmente inconsciente. Continuó vomitando espasmódicamente en el regazo de Simjá mientras ésta le sujetaba la cabeza con mano firme, el oído atento a su respiración estentórea. Cuando le pareció que los vómitos habían cesado, le acarició la cabeza, retirándole el cabello sudoroso de la frente, y se dispuso a ir a por agua y toallas. Pero entonces Osnat emitió una especie de gruñido a la vez que la cabeza se le vencía hacia atrás.

Simjá había visto suficientes muertos en su vida para saber sin sombra de duda lo que se negaba a creer: que aquella mujer había expirado. Se quedó muy quieta, tratando de averiguar si respiraba, pero los labios de Osnat, torcidos en un rictus de dolor, no se movían, y cuando Simjá acercó la oreja al rostro contorsionado, no oyó nada.

Sabía lo que debía hacer. Fue corriendo al teléfono y marcó el número de la clínica, situada al otro lado del kibbutz, donde Rickie estaría en ese momento administrando medicamentos, vendando heridas y ocupándose de las demás tareas que tenía a su cargo cuando el médico no estaba en el kibbutz. Rickie llegó resollando y, al cabo de un instante, apareció un hombre que se precipitó hacia la habitación para cuarentenas, desde donde Rickie lo llamaba a voces:

—¡Moish, Moish, ven aquí!

Simjá permaneció en el umbral observando cómo la enfermera Rickie hacía la respiración boca a boca y masajeaba el pecho a la paciente, a quien Simjá ya llamaba mentalmente «la difunta» o «la pobrecilla», porque era obvio que no había manera de devolverla a la vida, aunque a la mujer de Ben Yaakov, el carnicero, sí habían logrado reanimarla golpeándole el pecho tal como ahora Rickie se lo golpeaba a aquella pobre mujer, pero aquello sucedió después de que la mujer de Ben Yaakov se ahogase en el mar y no después de estar enferma con una fiebre tal vez de cuarenta grados.

Entretanto, el hombre a quien la enfermera Rickie llamaba Moish había salido a telefonar y Simjá le oyó gritar:

—¡Mordie, trae la ambulancia inmediatamente, Osnat está muy mal! —y después—: ¡No, no, Eli Reimer va de camino al hospital, salió hace un cuarto de hora, es imposible dar con él!

La ambulancia llegó al instante y, entre todos, trasladaron a Osnat al vehículo. En el último momento, la enfermera Rickie regresó a la habitación para cuarentenas, rebuscó en la papelería y sacó la ampolla y la jeringa que había empleado para ponerle la inyección.

—Déme una bolsa de plástico —le pidió a Simjá.

Luego salió corriendo y montó en la ambulancia, cuyas ruedas rechinaron sobre la estrecha carretera, y de pronto se hizo un silencio absoluto; hasta entonces Simjá no se dio cuenta de que debería haberles dicho que había salido un rato de la enfermería; tenía la certeza de que Osnat estaba muerta, nada podría devolverle la vida, y ahora le echarían a ella la culpa, pues si hubiera estado presente todo el tiempo quizá podría haber avisado a la enfermera Rickie a tiempo para que la salvara. Ojalá hubiera estado allí para informar a la enfermera inmediatamente, en cuanto Osnat se sintió mal. La idea de que tendría que haber confesado que había dejado solos a los pacientes para ir a la secretaría la llenó de pánico: una vez hecha esa confesión ya se podía ir despidiendo de su empleo en el kibbutz y de la posibilidad de que aceptaran a Moti.

Miró a Félix, quien, como si nada hubiera sucedido, continuaba tumbado contemplando la pared con los ojos muy abiertos, en la misma posición fetal en la que llevaba todo el mes. Por su parte, Braja dormía apaciblemente, como era su costumbre después de comer, y Simjá sabía que no se despertaría antes de que llegase su relevo.

Puesto que nadie sabía que había salido, tal vez no iba a ser necesario que dijese nada y lo echara todo a perder.

Se enjugó el rostro, se quitó la bata azul manchada de vómito, entró en la habitación para cuarentenas y, en un arranque de fuerza nacida de la angustia, quitó la ropa de la cama, lavó las manchas de vómito de las sábanas y de su bata y las echó en el cesto de la ropa sucia. Luego frotó bien el colchón, le dio la vuelta, volvió a hacer la cama con sábanas limpias y fragantes y fregó un par de veces el suelo. Cuando hubo terminado y la habitación se veía tan pulcra como antes de que todo comenzara, se sintió aliviada. La angustia remitió y se dijo que aun cuando hubiera estado allí todo el rato no habría podido ayudar a Osnat, porque ¿qué habría sido capaz de hacer por sí sola la enfermera Rickie si la hubiese avisado con más tiempo? Pero otras voces interiores le advertían que eso no era necesariamente cierto. Limpió los restos de vómito que le habían manchado el vestido a través de la bata mientras una profunda inquietud se apoderaba de su ánimo; las piernas le flaqueaban cuando roció la habitación con el atomizador del cuarto de baño para eliminar los últimos vestigios de mal olor. Se sentó junto a la mesita de la cocina, reclinó la cabeza en los brazos y se quedó a la espera.

5

Michael Ohayon no paraba de revolverse en la silla. Tan pronto cruzaba los brazos como los descruzaba y ponía las manos sobre la mesa. Pero ni los cigarrillos que fumaba en cadena ni el comedimiento de Emanuel Shorer, director del Departamento de Investigación Criminal, lograban relajar la tensión y la cólera que despedía el inspector Majluf Levy. Vestido de uniforme, Levy alisaba incesantemente una arruga invisible de sus pantalones y, de vez en cuando, se enjugaba la frente con un pañuelo que se sacaba del bolsillo con mucha ceremonia, operación para la que tenía que incorporarse un poco, y a continuación doblaba con cuidado el pañuelo antes de devolverlo a su sitio. Cada vez que rompía a hablar clavaba la vista en un punto del suelo mientras manoseaba el grueso anillo de oro que ceñía su fino y pulido meñique, tiraba compulsivamente la ceniza de su cigarrillo en el cenicero y, sólo entonces, levantaba la mirada hacia el hombre que tenía enfrente.

Michael Ohayon arrojaba la ceniza en su taza de café vacía, sobre los turbios posos donde se habían ido apagando una colilla tras otra con un breve chisporroteo.

El general de brigada Yehuda Nahari, jefe de la Unidad Nacional para la Investigación de Grandes Delitos o UNIGD, era el único de los presentes a quien no parecía importarle lo que ocurriese con el caso que tenían entre manos, como si no le concerniera. Incluso se le veía aburrido a ratos, y cuanto más se prolongaba la reunión, más breves se hacían los intervalos entre las ojeadas que echaba a su reloj; al final, sus dedos iniciaron un agitado y rítmico tamborileo sobre el borde de la mesa, que sólo se detuvo cuando apoyó el codo en la mesa y recostó la barbilla en la mano.

Cuando Michael se permitió suspirar, liberando con una pequeña explosión el aire que tenía comprimido dentro, Shorer dijo:

—Como ya he dicho antes, tenemos dos posibilidades, y, también repitiendo lo que he dicho, transferir el caso a la UNIGD no ha sido decisión mía sino del comisario jefe, así

que no hay nada que discutir. Ahora bien, también existe otra posibilidad, en mi opinión la más adecuada, consistente en incluir en el equipo a alguien del subdistrito de Lakish, si es que estamos todos de acuerdo.

Por cuarta vez en la reunión, Levy dejó oír su voz, diciendo en un tono deferente cargado de orgullo herido y cólera reprimida:

—¿Todo esto a causa de la carta? ¿Aunque no haya en ella nada incriminador? —Shorer se abstuvo de decir nada—. Todos sabemos que no se trata sólo de la carta —continuó Levy, alzando por primera vez la voz—. Si lo que tuviéramos entre manos fuera un caso de aquí mismo, de Asquelón, a nadie se le habría ocurrido transferírselo a la UNIGD aunque se hubiesen descubierto dos cartas en lugar de una. ¿A qué viene esta sarta de embustes? Olvidémonos de quién va a conseguir el caso, pero al menos seamos sinceros.

En lugar de devolver la mirada ofendida a Levy, Michael fijó la vista en Shorer, cual discípulo leal y obediente.

—No debería tomárselo de una manera tan personal —dijo Shorer, conciliador.

—Entonces ¿cómo quiere que me lo tome? Dígame cómo tengo que tomármelo, vamos, dígamelo —protestó Levy, pegando un golpe sobre la mesa con su mechero de oro—. ¿Qué se han creído, que aparte de la UNIGD nadie domina el trabajo policial? Hay casos importantes y casos sin importancia, ¿se supone que tenemos que pasarnos la vida ocupándonos de rateros, ladronzuelos y putas? ¿A quién pretende engañar? El motivo no es la carta, sino el kibbutz. Por lo menos diga la verdad.

La gran ventaja de aquel estallido, pensó Michael Ohayon, cuidándose mucho de no desviar los ojos de la pared y de no mirar a los pálidos ojos de Levy para no atraer su ira sobre sí, la mayor ventaja era que todas las corrientes subterráneas que rebullían desde el principio de la reunión habían aflorado a la superficie. Majluf Levy tenía el valor de llamar las cosas por su nombre y era imposible hacer caso omiso de sus palabras. El arrebato que acababan de presenciar era un espectáculo inusitado en aquel foro. Las diferencias de rango y el hecho de estar reunidos en el cuartel general de la policía nacional deberían haberle hecho reprimirse.

—No le comprendo —dijo Shorer, ensayando otro enfoque—. Está hablando como si ya hubiéramos decidido que el caso requiere un equipo especial de investigación. Aún no hemos decidido nada. Y si llegamos a la conclusión de que se ha cometido un crimen, ¿tiene idea de lo que supone llevar a cabo una investigación en un kibbutz?

—¿Qué más da? —replicó Levy echando chispas—. ¿Dónde está la complicación? ¿Es

que no respondimos bien cuando hubo que investigar los robos del kibbutz Mayanot? ¿O es que no supimos investigar aquel otro asunto de drogas? De golpe y porrazo, ¿ya no valemos para realizar una investigación interna? Pero ¿qué está pasando? Si me permite que se lo diga, señor, con el debido respeto, somos nosotros quienes mejor conocemos el terreno. El subdistrito de Lakish es nuestro territorio natural y, además, no somos unos novatos. Y me gustaría saber cuál fue la última vez que la UNIGD entró en un kibbutz – echó en torno una mirada de triunfo, todavía cabalgando sobre su inicial oleada de osadía.

Pero Shorer permaneció en silencio, con expresión impasible, y Levy bajó la vista. Nahari suspiró y miró al techo con desesperación, y el comandante Shmerling, oficial del Departamento de Investigación del distrito meridional, miró cansinamente a Majluf Levy y estaba a punto de decir algo cuando Shorer repitió:

–No ha sido decisión nuestra, y, de todas formas, no me parece a mí que este caso vaya a saltar a los titulares. Para ser franco le diré que lo veo como un caso perdido, y, yo en su lugar, me alegraría de no tener que ocuparme de él. El comisario jefe adoptó la decisión después de que usted informase sobre la carta, y, como muy bien sabe, la UNIGD existe precisamente para contingencias como ésta. No le comprendo –dijo suavemente, como si se dirigiera a un niño–, sabe perfectamente que cuando se presenta un caso de los denominados de interés público, en el que está implicado un parlamentario o cualquier otra personalidad pública, y no sabemos en qué aguas cenagosas vamos a meternos, siempre recurrimos a la UNIGD. Ya le han felicitado por la presteza de su actuación y, ciertamente, se ha hecho merecedor de los mayores elogios.

Majluf Levy no parecía haber asimilado aquellas alabanzas. Por el contrario, tenía el aire de quien se sabe vencido y ha optado por tomárselo lo mejor posible. Por su expresión se veía que estaba apelando a su razón para que dominase sus sentimientos. Suspiró.

–De acuerdo, se lo transferiré –dijo–, pero deberían darse cuenta de que no nos gusta que nos traten como a ciudadanos de segunda. Nosotros también estamos preparados para llevar a cabo investigaciones especiales, contamos con técnicos de laboratorio y todo lo necesario. Me gustaría que no lo olvidaran –y, con repentina animación, añadió–: Pero aún no hemos llegado a la conclusión de si se trata de un asesinato o de una muerte natural... ¿Por qué demonios hay que realizar una investigación reservada?

–No sé a qué se refiere con eso de «conclusión» –dijo Nahari–. Llegar a eso lleva su

tiempo. Dentro de unas horas recibiremos el informe forense y conoceremos la causa de la muerte. De momento sólo estamos en alerta, porque si al final murió de neumonía resultará ser una falsa alarma. Así que ¿a qué estamos jugando? ¿A qué viene tanto jaleo cuando ni siquiera sabemos cómo se van a desarrollar las cosas? ¿A qué tanta susceptibilidad? ¿Qué más le da que Ohayon lo acompañe o que, por el contrario, se vaya al Instituto Forense? ¿No tenemos otros motivos de preocupación que el de restañar vanidades heridas?

Nahari se volvió hacia Shorer, que repasaba una vez más los papeles que tenía delante. Shorer meneó la cabeza y se quitó sus minúsculas gafas de leer, una nueva adquisición que había hecho aparecer una sonrisa perpleja en la cara de Ohayon cuando aquella mañana se las vio puestas por primera vez. La montura dorada rectangular se perdía en el ancho rostro de Shorer, que se justificó diciendo: «¿De qué te ríes? Me costaron cuatro dólares en Hong Kong, y tengo tres pares». Ahora, Shorer se quitó las gafas y dijo:

—Por mi parte no hay ninguna objeción, creo que la colaboración será útil. Por lo que a mí respecta, podemos ponernos manos a la obra.

—¿Tomamos antes un café? —preguntó Ohayon, a la vez que abría la carpeta que tenía ante sí.

Shorer consultó a los demás con la mirada.

—Yo preferiría algo frío —comentó Nahari—. Hace mucho calor en este Jerusalén; yo diría que no se está mejor que en Péta Tikvá.

—Pero aquí por lo menos es un calor seco, no como el de la llanura costera —señaló Shmerling—. Esto se parece más al Néguev, no se suda tanto como en Tel Aviv —añadió, buscando el asentimiento de Levy con la mirada.

Pero Levy continuó dando vueltas y más vueltas a su anillo, y se limitó a asentir con la cabeza y a decir: «Sí, gracias», cuando Shorer le preguntó si quería un refresco.

Cuando llegaron los cafés y las botellas de zumo, todo el mundo estaba absorto en la documentación de las carpetas. Shorer ofreció leche y azúcar a quienes tomaban café. Él mismo volcó tres cucharadas de azúcar en el café solo de Michael Ohayon y lo revolvió histriónicamente antes de tenderle la taza con gesto de asco, diciéndole:

—Aquí tienes tu veneno, no sé cómo nadie puede beber este almíbar.

Durante los siguientes minutos sólo se oyeron los ruidos que hacían al beber y al pasar las páginas. El aire acondicionado se había estropeado y el ventilador que zumbaba en un

rincón no refrescaba la habitación, cada vez más cargada, limitándose a lanzar ráfagas intermitentes de aire caliente sobre los reunidos en torno a la mesa.

Shorer dejó ante sí la carpeta y partió en dos una cerilla quemada que había sacado de la caja de fósforos de Michael.

–Majluf –dijo–, ¿por qué no nos cuenta la historia completa? Conocemos los hechos, pero no los hemos oído en este foro, y podría decirse que ahora este foro está comenzando a funcionar como un equipo. ¿A qué estamos? ¿Hoy es siete de julio? Y ocurrió hace dos días, ¿verdad? –miró a Nahari, que asintió apurando su vaso de zumo.

–Eso es, déme un cigarrillo –le pidió Nahari a Michael Ohayon.

Michael le tendió el paquete de Noblesse por encima de la larga mesa y luego ofreció la cerilla encendida a Majluf Levy, que se arrellanó en su silla preparándose para lanzar una perorata.

El gesto de concentración de Majluf Levy revelaba su esfuerzo por sobreponerse al disgusto, y Michael sintió vergüenza ajena al ver así reflejados aquellos sentimientos. Después de la reunión, de la que salió con las piernas entumecidas, comprendió que más que vergüenza ajena lo que había sentido era una absoluta identificación con la inquietud demostrada por el inspector Majluf Levy, que en ningún momento se había ajustado a las ideas preconcebidas de Nahari sobre cómo había de ser un investigador del provinciano subdistrito de Lakish. Las cejas de Levy se fruncieron sobre sus pálidos ojos grises. Bajó la vista para luego alzarla hacia el techo, hinchó los carrillos inspirando a fondo, exhaló el aire lentamente por entre sus estrechos labios y, entonces, al fin posó las manos sobre la mesa y arrancó a hablar.

Michael se preguntó si alguno de los presentes estaría tan tenso como él, pero un cuidadoso escrutinio de los rostros que lo rodeaban no reveló señales de incomodidad ni expectación comparables a las suyas. Se dispuso a escuchar con atención, tratando de no hacer caso de las palpitaciones que sentía al mirar a Levy a la cara y ver el sorprendente parecido que tenía con su tío Jacques, el hermano menor de su madre, fallecido repentinamente años atrás de un ataque apopléjico mientras desempeñaba una misión de espionaje en Bruselas. Michael había estado muy unido a él. Era la persona a la que recurría cuando tenía cualquier problema. Ahora casi sonrió al recordar la conversación que habían mantenido en vísperas de su boda con Nira y las bromas que, tiempo después, Jacques le había contado para aliviar la tensión previa al divorcio.

Jacques era un solterón cuyos éxitos con las mujeres se habían vuelto legendarios en la

familia. Él mismo nunca alardeaba de ellos. Acudía a las comidas familiares y demás ocasiones festivas llevando cada vez a una mujer distinta, y nunca se permitía un guiño cuando la presentaba como si fuera la primera mujer que nunca lo hubiera acompañado. De él había aprendido Michael a inclinarse sobre las mujeres y posar en sus ojos aquella mirada anhelante que les derretía el corazón. («Pero tienes que desearla de veras», le había advertido Jacques. «No se trata de actuar, aunque quizá sí de tener descaro.») Y siempre que Michael emprendía una nueva aventura amorosa, por pasajera que fuera, cuando le cedía el paso en una puerta a la mujer en cuestión, o escuchaba atentamente lo que le contaba, en sus oídos reverberaba el eco de algunas frases de Jacques. «Lo más inteligente que he oído en la vida», decía Jacques, citando a un popular cómico israelí, «es: “Sé un hombre, humíllate”. Sigue ese consejo, Michael, y no te equivocarás. Con esos ojos, ese cuerpo esbelto y esos bonitos labios que has heredado de tu padre, llegarás lejos. Sólo tienes que aprender a humillarte, pero sin pasarte». Y, llegado a ese punto, Jacques lanzaba una de sus estruendosas carcajadas, y en esto, decidió Michael, no se parecía en absoluto a Majluf Levy, que no se había reído espontáneamente ni una vez y en cuyos ojos no se veía el menor destello de malicia. «Humillarte significa no tomarte en serio a ti mismo, al menos no todo el tiempo», le había explicado Jacques en más de una ocasión.

Jacques también lucía un anillo de oro en el meñique de su mano derecha, un anillo con el que solía jugar principalmente cuando le leía la cartilla a Michael. El padre de Michael había fallecido siendo él un niño, y su madre solía recurrir a su hermano para que ejerciera de padre en las raras ocasiones en que había que llamar al orden a Michael; como cuando se negó a comer durante varias semanas tras la muerte de su padre, o cuando se empeñó en ir a un internado en Jerusalén, o cuando estuvo un par de días desaparecido y lo encontraron en Eilat.

Jacques falleció un año después del divorcio de Michael. A lo largo de su vida de casado se habían visto una vez al mes, los dos solos, en un restaurante de Jaffa especializado en pescado del que Jacques era cliente habitual. Jacques nunca criticaba a Nira y trataba a sus padres, Yuzek y Fela, con respeto y cortesía. Había conquistado a Fela la primera vez que se vieron cantando muy serio las alabanzas del pescado relleno que les sirvió y repitiendo de la compota de la que ella tanto se enorgullecía. Pero lo que realmente hizo que se ganara a Yuzek y a Fela, que también albergaban sus dudas con respecto a su yerno Michael, fue la serenidad que emanaba, su desenvoltura y sus

perfectos modales. Desde la primera visita a su casa, Jacques se comportó como si hubiera cenado en innumerables ocasiones en casas de acaudalados comerciantes de diamantes de origen polaco. Y cuando fue a ver a Michael y a Nira con ocasión del nacimiento de Yuval, cuatro meses después de la boda, trató a Nira como si fuera la niña de sus ojos. Jacques era el único pariente de Michael que conseguía que Nira sonriera de placer y a veces incluso se ruborizara. Flirteaba descaradamente con ella a su manera sutil, nunca se presentaba sin un ramo de flores y nunca prolongaba excesivamente sus visitas.

Jacques vivía solo en un piso del centro de Tel Aviv desde donde emprendía sus viajes secretos. La madre de Michael temía por su seguridad, e incluso ahora, años después de que falleciera su madre, Michael aún parecía oír sus lamentaciones por su hermano pequeño, tan sólo dieciséis años mayor que Michael, que «no tenía una mujer que lo cuidara». Michael lo quería y estaba orgulloso de él.

Yuval tenía siete años cuando murió Jacques, y siempre que se sentía triste le pedía a su padre que le contara más cosas del tío Jacques. A veces decía: «Vamos a recordar al tío Jacques», sacaba de la cómoda del dormitorio el álbum de fotos, iba pasando las páginas y exclamaba alegremente: «Ésta es de cuando el tío Jacques fue a esquiar al monte Hermón, y aquí está haciendo windsurf, y aquí...». A veces Yuval daba rienda suelta a las lágrimas aprisionadas en su interior utilizando de excusa al tío Jacques.

En cierta ocasión en que estaba burlándose de su abuelo materno, Yuval, que a la sazón tenía catorce años, le comentó a Michael:

—Pero ¿sabes una cosa?, ni siquiera él tiene nada que decir en contra de Jacques. Y tampoco suspira cuando habla de él. Incluso sonríe.

Yuval había suspirado mirando la fotografía en blanco y negro donde se veía a Michael en el asiento trasero de una enorme motocicleta, abrazado a la cintura de su tío, los ojos brillando con la misma felicidad que reflejaba su ancha sonrisa.

—Es una pena que haya muerto —dijo Yuval con tristeza, inclinado sobre la foto—. Nunca te he visto tan feliz como cuando estabas con él —dijo en alta voz, mientras dirigía una mirada reflexiva a su padre.

—Lo quería de verdad —le dijo Michael—, pero a ti te quiero igual —se apresuró a añadir sin tomar aliento, devolviéndole la mirada a su hijo con aire culpable.

Jacques fue la única persona que jamás se burló de los desvelos de Michael por su hijo. Pocos días después de que naciera Yuval, Jacques fue de visita llevándole un

gigantesco y mullido oso de peluche. «Es algo que nunca me he atrevido a hacer, tener un hijo», le susurró a Michael mientras ambos contemplaban al niño en su cuna. «No he tenido el valor necesario. No entiendo cómo se les puede mantener a salvo. Me parece un milagro increíble», y acarició el pie desnudo del bebé. «Cuídalo mucho», dijo a modo de despedida, y desapareció.

Ahora, contemplando las tensas manos de Majluf Levy y oyendo la fragilidad de su voz, Michael llegó a la conclusión de que el parecido con su tío era casi inapreciable. Jacques también había sido la única persona que lo había apoyado cuando decidió abandonar la universidad, perder la beca para Cambridge, rechazar la brillante carrera académica que todos le auguraban, y así poder cuidar de Yuval tras su divorcio. También había sido Jacques quien le había presentado a Shorer. «Un gran amigo mío», le dijo a Michael mientras éste le estrechaba la mano al jefe del Departamento de Investigación Criminal. Y Michael sabía que tenía que agradecerle a Jacques el afecto que Shorer le demostraba, aquella relación tan especial entre jefe y subordinado que era la envidia de sus compañeros.

Cuando, hacía unas semanas, trasladaron a Michael Ohayon a la Unidad de Grandes Delitos y comenzó a desplazarse a Pétaj Tikvá todos los días, no había imaginado ni por un instante que el primer caso que le asignarían iba a ser investigar un asesinato en un kibbutz. Reaccionó con asombro cuando le comentaron por primera vez que se sospechaba que se había cometido un asesinato.

—¿Ha habido alguna vez un asesinato en un kibbutz? —preguntó.

—Se han dado dos casos —replicó Nahari, haciendo una mueca—, pero no como éste. Uno hace no mucho tiempo, provocado por un arrebatado pasajero de locura, y otro en los años cincuenta. Pero este último no fue más que un extraño intento de asesinato —prosiguió, consultando sus notas—. Una pobre mujer que perdió la cabeza y trató de matar a alguien que no le había hecho ningún daño. Toma, lee tú mismo la sentencia —y le tendió a Michael una fotocopia del fallo judicial.

Michael comenzó a leer para sí: «La demandante contra el Fiscal General y la sentencia recurrida en apelación ante el Tribunal Supremo en sus funciones de sala de lo penal». En marzo de 1957, los jueces habían deliberado durante diez días sobre el caso de la acusada, sentenciada a dieciséis meses de cárcel, condena recurrida por el Fiscal General por su lenidad. Al pensar que desde entonces habían transcurrido treinta años,

Michael sintió que tenía en las manos un documento histórico. Tras leer las primeras líneas, se olvidó de Nahari, y se embebió por completo en la lectura:

La demandante, una mujer que pertenecía al kibbutz M., se encontraba en el comedor del kibbutz la noche de autos. En aquel momento, un maestro del kibbutz, el señor A., estaba allí cenando solo, pues los demás miembros aún no habían acudido. Al terminar de cenar, la demandante se aproximó al señor A. y le ofreció un cuenco de budín de chocolate. Esto sorprendió al señor A. por diversos motivos: en primer lugar, le extrañó la presencia de la demandante en el comedor dado que había concluido su turno de trabajo a primera hora de la tarde...

La voz de Nahari lo sobresaltó:

–No pretendía que lo leyeras ahora mismo de cabo a rabo; te lo puedes llevar. Sólo quería demostrarte que no es la primera vez que sucede algo así.

Michael dobló el documento y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Tenía intención de leerlo aun cuando no le transfirieran el caso. Ahora volvía a pensar en aquel documento mientras Majluf Levy recitaba los hechos que todos los presentes conocían.

–El día 5 del mes en curso –dijo Majluf en un tono de circunstancias que hizo que Michael sintiera vergüenza por él; Majluf distaba mucho de ser un imbécil, pero no era en absoluto consciente de las diferencias, tan predecibles como para ser estereotipadas, que lo separaban de sus colegas y se revelaban en sus ademanes y en su forma de hablar– recibimos en la comisaría de Asquelón una llamada telefónica de la doctora Guilboa, del hospital Barzilai. Respondió a la llamada...

–No se preocupe de esos detalles –lo interrumpió Nahari con impaciencia–. Vaya directamente al grano.

Majluf Levy se ruborizó ante aquella insolencia mientras Michael se reprochaba haber visto la menor semejanza entre aquel hombre y su tío Jacques.

–Déjele que lo cuente a su ritmo –intervino Shorer, ahorrándole a Majluf la necesidad de protestar–. ¿Qué nos importa que tarde unos minutos más? Nos vendrá bien oír toda la historia una vez –a continuación se volvió hacia Majluf–: Cuéntela a su ritmo, con todos los pormenores –dijo con una autoridad que nunca dejaba de sorprender a Michael aunque la conociera, porque se manifestaba en momentos imprevistos.

–En fin, para resumir una larga historia, el sargento Kochava Strauss y yo fuimos al hospital, donde ella, es decir, la doctora Guilboa, nos lo explicó todo. Que habían llevado allí el cadáver de una mujer de cuarenta y cinco años, Osnat Harel, que aparentemente había fallecido de una reacción alérgica a una inyección de penicilina que le habían

puesto en el kibbutz. La enfermera del kibbutz la había trasladado en una ambulancia cuando ya había fallecido y lo único que restaba por hacer era averiguar la causa de la muerte. Y en la sala de urgencias se montó un buen alboroto porque trataron de reanimarla, pero vieron que era una causa perdida, y la médico de guardia, la doctora Gilboa, una mujer bastante joven pero muy buena en su profesión –aseguró Majluf Levy–, la he visto trabajar en unas cuantas ocasiones –añadió, y tal vez se planteó entrar en detalles para demostrarles la competencia profesional de la doctora Guilboa, pero un vistazo a la expresión de Nahari y a sus dedos, que tamborileaban sobre la mesa con visible impaciencia, le disuadió de hacerlo–. Sea como sea –prosiguió–, la doctora explicó a la familia y al director general del kibbutz que tenían que practicar una autopsia y para ello había que trasladar el cadáver al Instituto de Medicina Forense de Abu Kabir.

–Haga el favor de recordarnos –intervino Shorer en tono paternal–, haciendo un esfuerzo por ser preciso, en qué consistía el problema y por qué no estaban en condiciones de asegurar que la causa de la muerte hubiera sido una reacción a la penicilina. Ohayon aún no ha oído la explicación de sus labios, sólo la ha leído en su informe –y lanzó una mirada admonitoria a Nahari, que dejó de tamborilear sobre la mesa, se examinó los dedos, chasqueó sus nudillos uno a uno y, al fin, apoyó la barbilla en la mano.

–La cuestión es como sigue –dijo Majluf Levy, mirando de frente a Michael, quien encendió otro cigarrillo sin retirar de él la vista–. Hay que empezar hablando de la enfermera del kibbutz, una enfermera contratada. Las jóvenes del kibbutz no quieren hacerse enfermeras, está pasado de moda, y, por eso, cuando se marchó la enfermera que tenían antes se vieron obligados a contratar a una persona de fuera, siendo la primera vez que un forastero ocupaba un puesto en el kibbutz, y algunas de las personas mayores comentaron que aquello era el principio del fin. La enfermera en cuestión va a dejar su puesto pronto, a finales de mes, es una mujer de treinta y cuatro años llamada Rivka Maimoni, pero todo el mundo la llama Rickie. Tiene mucha experiencia; antes trabajaba en el hospital Barzilai y conoce a todo el personal de ese centro. De manera que esta enfermera explicó así lo sucedido: dijo que la difunta sufría una grave neumonía, diagnosticada por el médico del kibbutz, el doctor Reimer, que también trabaja en el hospital Soroka de Beer Sheva, pero vive en el kibbutz como médico a sueldo. La neumonía que le diagnosticó la noche de la víspera era grave y él quería ingresarla en el hospital el lunes, pero ella se opuso.

—¿Quién se opuso? —preguntó Michael—. ¿La paciente?

Majluf Levy asintió con la cabeza y luego le corrigió:

—La difunta, Osnat Harel, se opuso a que la ingresaran. La enfermera, Rickie, me contó que era una mujer testaruda y de ideas propias, un tipo de persona difícil de manejar. Y él, el médico, no sabía de qué tipo de neumonía se trataba... Hay dos tipos, una es infecciosa y la otra no, ahora no recuerdo los nombres —se excusó, y miró a Michael, que se encogió de hombros como diciendo: «A mí no me lo pregunte».

—Vírica y bacteriana —dijo Nahari con voz cansina—, y el problema no es si es infecciosa o no, sino si el tratamiento con antibióticos puede curarla. No tiene importancia, continúe.

—La ingresaron en la enfermería y la enfermera, siguiendo instrucciones del médico, le administró una inyección de penicilina, tal como dice en el informe incluido en la carpeta.

—Penicilina procaína, seiscientos mil unidades —dijo Nahari, mientras se rascaba la puntiaguda y bien rasurada barbilla—. ¿Por qué no le dio la penicilina por vía oral?

—Lo decidió el doctor, ¿cómo quiere que lo sepa yo? —repuso Majluf Levy encogiéndose de hombros—. Fue el tratamiento que decidió darle, y él es el médico, ¿no es así?

Nahari hizo un gesto de asentimiento, pero todos se dieron cuenta de que algo le preocupaba. Aquella sensación reavivó la tensión que parecía haberse aliviado. Otra persona cualquiera lo habría dejado correr, pero no Emanuel Shorer. Con la franqueza y la aversión a los rodeos que lo caracterizaban, preguntó abruptamente:

—¿Qué es exactamente lo que le preocupa?

Michael tenía miedo de que Shorer estallara y amonestara a Nahari por su evidente necesidad de hacerse el listo y quedar por encima de los demás.

—Lo que me preocupa es que, por lo que yo sé, si no me traiciona la memoria —dijo Nahari con una falsa modestia que a nadie engañó—, desde hace dos o tres años se ha prescindido de las inyecciones de penicilina como tratamiento habitual de la neumonía y se prefiere administrarla por vía oral. Por eso me gustaría averiguar qué ha pasado en este caso.

—Muy bien, no clarifiqué ese punto y la doctora Guilboa no comentó nada al respecto —dijo Majluf Levy agresivamente.

—Tome nota de que hay que enterarse de eso —ordenó Nahari a Michael, quien empuñó el lápiz amarillo que descansaba junto a la documentación y que había estado

mordisqueando hacía un momento y anotó de mala gana que debían verificar ese extremo.

—Un momento —dijo Nahari—. Antes de continuar, querría comprender una cosa. El médico del kibbutz, el que prescribió la inyección..., ¿no ha hablado usted con él?

—No —respondió Majluf Levy—, no lo conseguí, tenía guardia en el hospital hasta la noche siguiente, y luego se marchó directamente a cumplir sus deberes de reservista y no conseguí dar con él.

La expresión de Nahari rayaba en el desprecio y en su voz resonó una leve nota de triunfo, como si le agradara que se hubiesen cumplido sus previsiones. El inspector Majluf Levy había tenido un desliz.

—El ejército no está en la luna —comentó con indiferencia, levantando la vista hacia el techo y bajándola a continuación para dirigir una mirada sardónica a Shorer.

—¿Puedo continuar? —preguntó Majluf Levy; encendió un cigarrillo y dejó el mechero junto a la carpeta de documentación a la que echaba una ojeada de vez en cuando.

—Continúe, continúe —le animó Shorer.

—Así que le pusieron la inyección y la enfermera Rickie se quedó a su lado unos veinte minutos, comprobando que todo iba bien. Luego se marchó, porque su presencia se requería en la clínica, que está en el otro extremo del kibbutz.

—Y el médico, ¿dónde estaba? —preguntó Michael.

—Ésa es la cuestión —replicó Majluf Levy—, tenía mucha prisa porque le tocaba guardia en el hospital de Beer Sheva. Ya lo he dicho antes, que trabaja en el Soroka.

—¿La dejaron sola en la enfermería? —inquirió Shorer sorprendido.

—No, señor —le corrigió Majluf Levy—, no la dejaron sola, tienen contratadas a auxiliares de enfermería, personas de fuera. Hacen turnos las veinticuatro horas del día, porque en la enfermería están ingresados un par de ancianos que no se valen por sí mismos. Y los atienden las auxiliares de enfermería, porque allí no meten a los ancianos en residencias ni asilos.

—Así que se quedó en la enfermería con los dos ancianos y la auxiliar —dijo Nahari—. ¿Y después?

—A los ancianos no hay manera de sacarles la menor información —dijo Majluf Levy con un suspiro—, tienen un pie en el otro mundo —hizo una breve pausa, como embebido en sus reflexiones, volvió a suspirar y prosiguió—: Los dos están totalmente idos. Les hablas y no te contestan. La vieja sí habla, pero desvaría, y el viejo sencillamente no dice

nada. Así que, según el relato de la auxiliar, sobre las tres de la tarde oyó ruidos procedentes de la habitación donde estaba la difunta y entró, y vio a la difunta vomitando y ahogándose, y luego emitió un estertor y murió.

—¿Quién es esa auxiliar? —quiso saber Shorer, que ojeaba la documentación; luego dijo como para sí—: Aquí la tenemos, su declaración firmada —leyó rápidamente el documento—. Según lo que dice aquí —explicó lentamente a sus colegas, pasando las páginas—, a continuación telefoneó a la enfermera, que se presentó en la clínica, trató de reanimarla y luego llamó a una ambulancia. Continúe, por favor —le dijo a Majluf Levy, que respiró hondo y prosiguió con su informe.

—La llevaron al hospital Barzilai, y de allí nos telefonearon a la comisaría de Asquelón, y me personé con el sargento Kochava Strauss y nos expusieron los hechos. Y la doctora Guilboa me dijo que era necesario realizar una autopsia para precisar la causa de la muerte.

Majluf Levy dio un sorbo de la botella de zumo que tenía delante mientras escuchaba atentamente una pregunta de Nahari:

—Si no he comprendido mal, ¿era la cuestión temporal lo que desconcertaba a la doctora Guilboa? —preguntó retóricamente; y Levy hizo un gesto de asentimiento todavía con la botella en los labios a la vez que alzaba la vista.

—Sí —confirmó una vez que hubo vaciado la botella—, dijo que, según su experiencia y como todo el mundo sabe, las reacciones alérgicas a la penicilina se manifiestan de inmediato y no al cabo de dos horas, como sucedió esta vez.

—Entonces, ¿cuál es su opinión? —preguntó Nahari en tono apaciguado.

—La doctora opinaba que no podía ser una alergia a la penicilina. Eso es lo que dijo, y así figura en el informe.

—¿Y qué suponía que había ocurrido?

—Ésa es la cuestión, no lo sabía; dijo que había que trasladar el cadáver a Abu Kabir. Y la enfermera Rickie no paraba de decir que había que trasladarlo de inmediato porque no quería tenerlo sobre su conciencia ni que la gente pensara que la difunta había fallecido como consecuencia de la inyección que le había puesto.

—Así pues, la situación es que el cadáver está en Abu Kabir y hay que ir a presenciar la autopsia. ¿Por qué ha tardado tanto en llegar allí? —preguntó Shorer, hojeando la documentación—. ¿En qué perdieron medio día?

—En fin, son cosas que pasan —repuso Majluf Levy—. La suegra estaba en el hospital,

una mujer muy mayor, y la hija, la hija de la difunta, una joven de veintidós años, y el director del kibbutz, y no es gente a la que se le pueda decir lo que tiene que hacer. No estaban de acuerdo. Llevó su tiempo convencerlos con buenas palabras. Yo quería conseguir el mandamiento cuanto antes y, según me ha enseñado la experiencia –prosiguió, mirando en son de desafío a Nahari–, si se consigue convencer a la familia y el ambiente es amistoso, si se logra que cooperen, el juez emite el mandamiento en el acto. Y, en efecto, así fue.

–¿Por qué no estaban de acuerdo? –preguntó Michael.

–Porque la hija dijo que quería hablar con su hermano, que está haciendo instrucción con su regimiento, y la vieja dijo que hay que dejar en paz a los muertos, y sólo Rickie, la enfermera, y el director del kibbutz opinaban que era necesario practicar la autopsia de inmediato. La familia..., lleva su tiempo convencerlos con buenas palabras. No hay que olvidar que son sus parientes y que están muy afectados –prosiguió disculpándose–. Pero, al final, no les quedó más remedio que pasar por el aro; a fin de cuentas, son personas inteligentes.

–Y lo que ocurrió entretanto fue que usted encontró la carta –dijo Michael.

–Sí, por eso informé al comandante Shmerling, que a su vez informó al comisario jefe, y ése es el motivo de que el mandamiento para llevar a cabo la autopsia se emitiera en Pétaj Tikvá, en su jurisdicción –concluyó Majluf Levy en tono sombrío y quejoso.

–Está bien, prosiga, ¿qué pasó después? –preguntó Nahari–. Veo aquí que la enfermera llevó al hospital la jeringuilla y la ampolla y que usted las remitió inmediatamente al Instituto Forense. ¿Estaba todo en orden... la jeringuilla, el medicamento? ¿No había nada sospechoso?

–No –confirmó Majluf Levy–, y elogiamos a la enfermera por haberlos guardado en una bolsa de plástico y haber aprovechado el viaje al hospital para llevarlos; a continuación, estuvimos discutiendo la cuestión con la familia y luego nos dirigimos al lugar de los hechos –examinó atentamente su anillo de oro–. Fue una pena que no pudiéramos conseguir una muestra del vómito en la enfermería. Lo intentamos por todos los medios, pero la auxiliar había hecho su trabajo a conciencia. Había lavado la bata sobre la que vomitó la difunta y había limpiado toda la habitación. De todas formas, recogimos todo para que lo examinaran en el laboratorio, incluso la alfombra.

–¿Qué le llevó a decidir recoger muestras del vómito? –preguntó Shmerling, del Departamento de Investigación Criminal del distrito meridional.

–Bueno, era obvio que había que hacerlo, ¿no le parece? –repuso Majluf Levy, agitando la mano en el aire–. Nos acompañó un técnico del laboratorio desde el principio; al fin y al cabo había vomitado, ¿o no?

–No era una crítica, sencillamente me ha sorprendido.

–¿Por qué? ¿No habría hecho usted lo mismo? –protestó Majluf Levy.

–Sí, desde luego –dijo Shmerling–. No se trata de eso, es que...

–Es que está esperando que meta la pata –siseó Levy desafiante–. Esperando que meta la pata –repitió.

–Hágame el favor de tranquilizarse, Majluf –dijo Shorer con desaliento.

–Sea como fuere –continuó Majluf Levy con voz queda–, es evidente que nos habría ahorrado problemas encontrar restos del vómito, pero como tienen el contenido del estómago tampoco importa demasiado.

–¿Y cómo y cuándo descubrió usted la carta? –inquirió Nahari, mirando a Levy con inusitado interés, como si hubiera descubierto en él algo que no se esperaba.

Majluf Levy, absorto en sus reflexiones, no advirtió aquel cambio sutil, la inflexión distinta del tono de Nahari.

–Al principio, en la enfermería, en el lugar de los hechos, no encontramos ningún indicio incriminador –dijo.

–Discúlpeme –intervino Michael Ohayon–, yo aún estoy pensando en la enfermería. Cuando la registraron, ¿no encontraron nada? ¿Ni un vaso lleno, un plato, nada de nada?

–Nada. Absolutamente nada. Estaba todo tan limpio como el culito de un bebé y todas las huellas dactilares correspondían a personas con derecho de acceso al lugar.

–Claro –terció Nahari–, ése es el problema en un kibbutz; que todo el mundo tiene derecho de acceso a todas partes.

–No, lo que quería decir es que, cuando las cotejamos, vimos que todas eran de las personas a quienes habíamos visto allí, la auxiliar de enfermería, los parientes de los ancianos...

–¿Y quién estaba en la enfermería? –preguntó Nahari, arrastrando su silla hacia atrás y cruzando las manos tras la nuca.

–¿Cuándo? ¿En el momento de los hechos?

–Yo qué sé; antes de la muerte, ¿había alguien allí?

–Ya lo he explicado antes –respondió Majluf Levy–. La auxiliar dice que el médico y la enfermera llegaron con la paciente, y luego el médico se marchó y la enfermera se quedó

a ponerle la inyección y después también se fue. Luego, como he dicho antes, la auxiliar oyó ruidos y...

—¿Cómo es que fue a parar a la enfermería? —preguntó Michael.

—¿A qué se refiere? —replicó Levy desconcertado.

—¿Qué procedimientos siguen? ¿Cuándo comenzó a sentirse mal?

—El sábado por la noche le subió la fiebre y se metió en la cama, y el domingo tenía previsto ir a Guivat Aviva, según creo, pero no se encontró con fuerzas para levantarse, y por la tarde también se quedó en la cama, atendida por su hija, mientras la abuela cuidaba de sus dos hijos pequeños, y el lunes por la mañana llamó al médico, que ya estaba en el kibbutz, y él fue a verla y la trasladó inmediatamente a la enfermería.

—¿Y quién sabía que estaba allí? —preguntó Michael Ohayon, examinando el lápiz que tenía en la mano.

—¿Qué quiere decir? —dijo Levy aturdido.

—Muy sencillo, ¿quién sabía que estaba en la enfermería, aparte del médico y la enfermera?

—No lo sé, la verdad —repuso Levy, mirando desvalidamente a Michael, quien anotó algo en el margen del papel que tenía delante.

—Bueno, ¿cuándo encontró usted la carta? —preguntó Nahari, consultando su reloj—. No podemos pasarnos aquí toda la vida escuchando la historia desde el principio. Ya son las doce. Llevamos reunidos tres horas y media y aún no hemos llegado a ningún lado.

—Ustedes me han pedido que se lo explicara, señor —contraatacó Levy, poniendo énfasis en cada una de las palabras—. Yo me he limitado a contarles lo que querían saber.

—Basta ya de piques infantiles —les increpó Shorer—. Continúe, Majluf.

Y Majluf Levy continuó con su relato preciso y exhaustivo de cómo habían registrado la casa de la difunta, sin encontrar nada sospechoso, y de cómo había ido con Moish al comedor, donde el director del kibbutz le había indicado cuál era el cajetín del correo de Osnat; allí, entre la correspondencia, habían encontrado la carta en cuestión y el director había identificado la letra, el nombre, todo. Y fue así como había salido a la luz la implicación del parlamentario Aarón Meroz, miembro de la Comisión de Educación y subsecretario del partido, y sus relaciones íntimas con Osnat, que dejaron pasmado a Moish, quien, según Majluf, repetía: «Qué lástima, qué lástima».

—Entonces, ¿cuál es la situación? —preguntó Shorer, volviéndose primero hacia Michael y luego hacia Nahari.

—Tenemos que ser muy claros —dijo Nahari—. Yo sugiero que despejemos un par de interrogantes básicos y luego convoquemos al equipo de Ohayon. Ohayon puede ir directamente a Abu Kabir, tal vez acompañado de Levy, y luego los resultados nos demostrarán que todo esto es una tormenta en un vaso de agua y que falleció a causa de la enfermedad.

—¿Quién muere de neumonía en estos tiempos? —preguntó Shorer, cerrando la carpeta—. Quizá fue un diagnóstico equivocado. Hay montones de virus. Hasta que recibamos el informe de la autopsia no podemos hacer gran cosa; aunque sí habrá que hablar otra vez con la auxiliar... ¿Cómo se llama?

—Simjá Malul —dijo Majluf Levy.

—¿Tenía algún tipo de relación con Osnat Harel?

—La vio por primera vez en la enfermería ese mismo día. Antes no se conocían —explicó Majluf Levy, y añadió después de reflexionar un instante—: Y no me dio la impresión de que tuviéramos entre manos un suicidio. La difunta era la secretaria del kibbutz y su habitación estaba llena de proyectos para el futuro, de notas, ideas, y además hablé con la gente. Nadie me comentó que se hubieran producido cambios en los últimos tiempos, aunque, por otro lado, nadie sabía nada de su relación con Meroz.

—¿No lo sabían o no se lo contaron? —murmuró Nahari.

—No me contaron que lo supieran —al decir esto, Majluf Levy sonrió por primera vez en la reunión, y esa sonrisa le dio un aire más joven y menos vulnerable. Ahora se parecía otra vez al tío Jacques. Michael tuvo la impresión de que Majluf Levy estaba reponiéndose y volviendo a pisar terreno firme, y de que, cuando dejara de sentirse agraviado, sería posible trabajar con él. De hecho, Michael ya no dudaba que iba a ser un miembro útil en su equipo.

—En un kibbutz no hay secretos —comentó Nahari, mirando en torno suyo en busca de asentimiento.

—Eso se sobreentiende —dijo Majluf Levy pausadamente, en tono filosófico—. Y lo cierto es que en ningún lado hay secretos cuando se indaga a fondo. Ni siquiera en un rascacielos de una gran ciudad hay secretos. La cuestión es cuánto tiempo se tarda en descubrirlos —concluyó, dándole vueltas al anillo de oro de su meñique.

—Lo que quería decir era que cuánto tiempo se puede mantener en secreto una relación así en un kibbutz. Es un tema que conozco, porque yo también fui miembro de un kibbutz en mis tiempos. Basta con ir de visita a la lavandería; y lo que no te cuenten en

la lavandería te lo contarán en el taller de costura, y si en el taller de costura no están al tanto de algo, lo cual es difícil –afirmó Nahari, girando los ojos–, la enfermera del kibbutz lo sabrá. Un par de charlas con la enfermera y uno sabrá todo lo que haya que saber.

–En este caso no ha sido así –replicó Majluf Levy, y Michael se preguntó si realmente había resonado un grito de victoria en su voz o se lo había imaginado él.

–Sólo hay que saber cómo preguntar –insistió Nahari.

–Usted me disculpará –protestó Majluf Levy–, pero en este caso la enfermera no está interesada en ocultar nada. En primer lugar, quiere dejar su trabajo. Lleva mucho tiempo planeándolo y ya sólo está a la espera de que encuentren quien la sustituya. Y aunque demostró su voluntad de cooperar, no pudo revelarme nada. Por otro lado, sólo pretende quedar libre de sospecha. Y, para mí, no es sospechosa. No tiene móviles. La difunta era una persona muy activa, secretaria del kibbutz y viuda de guerra, de la guerra del Líbano, pero, aparte de eso, no corre ningún rumor sobre ella. A pesar de que era una belleza espectacular, o al menos eso dicen todos.

–¿Y dónde conoció a Meroz? –inquirió Shmerling.

–Según tengo entendido, se criaron juntos, los dos fueron acogidos de pequeños en el kibbutz, de manera que se conocían desde hacía mucho –explicó Majluf Levy–. Ella nació en la región de Tel Aviv, de padre desconocido y con una madre de oscura reputación, pero eso ahora no tiene importancia; y el parlamentario fue a parar al kibbutz después de la muerte de su padre, y lo abandonó...

–Está bien, está bien, ahora no nos interesa todo eso –lo atajó Nahari impaciente–. Ya nos enteraremos más adelante de los detalles, por boca de la enfermera. Hemos decidido que Ohayon vaya a Abu Kabir y que, a partir de ahora, trabajarán juntos en el caso, ¿de acuerdo?

–Sí, ése es el resumen –dijo Shorer–. Michael, ¿no tienes nada que decir?

Michael hizo un gesto afirmativo.

–No hay ningún problema –dijo–, ningún problema –repitió, como convenciéndose a sí mismo.

–Entonces, ¿cuál es el problema? –preguntó Shorer, y una sonrisa asomó apenas a la comisura de sus labios.

Michael Ohayon recogió sus papeles y las llaves del coche y le devolvió la sonrisa sin decir nada.

Shorer le dio alcance en el amplio pasillo. Hizo un ademán con las minúsculas gafas en la mano y luego se las guardó en el bolsillo.

—Oye, tengo que preguntarte una cosa —le dijo a Michael.

Michael suspiró. Había adivinado la pregunta.

—Sí —le dijo a Shorer—, lo he visto.

—¿Has visto cómo se parece a él? —preguntó Shorer—. Creía que me estaba volviendo loco —luego le puso la mano en el brazo—. Yo estaba muy unido a él, a tu tío. Él te quería mucho —dijo dando media vuelta para irse—. Nunca te lo había dicho, pero siempre estaba hablando de ti, mucho antes de que nos presentara.

—En realidad —dijo Michael para sí—, no se parece a él, qué va. Sólo la sonrisa.

6

–¿Así que ahora estás en la UNIGD? –preguntó con admiración la secretaria del director del Instituto de Medicina Forense–. ¿Y ya te han nombrado superintendente jefe? Es una pena que no lleves uniforme, te sentaría bien –dijo con afectación mientras llamaba al director tocando un timbre.

–Muy buenos días tenga usted –dijo el director saliendo de su despacho–. ¿Cómo se encuentra su señoría? Tenemos algo que comunicarte.

–¿Habéis terminado? –preguntó Michael.

–Claro que hemos terminado –repuso el doctor Hirsh–, pero vamos a llamar a André Kestenbaum, ha sido él quien ha practicado la autopsia.

–¿Pretendes mantenerme en vilo? –dijo Michael–. ¿De qué se trata?, ¿de una especie de ejercicio pedagógico?

–¿Café? –preguntó Hirsh.

–Primero quiero saber si tengo entre manos un caso policial –dijo Michael–, y nunca he trabajado con André Kestenbaum. Creo que ni siquiera lo reconocería.

–Nunca has trabajado con él porque en Jerusalén no hay distritos agrícolas, y Kestenbaum es un experto en agricultura. Ya lo verás. No sé por qué estás tan tenso – luego Hirsh sonrió y dijo–: ¿Es tu primer caso con la UNIGD? ¿Qué cargo tienes?, ¿jefe de sección? Hasta el día de hoy sigo sin comprender cómo tienen estructuradas las cosas, cómo funciona exactamente.

–No hay nada que comprender. Sí, soy jefe de sección, y si quieres saber algo, pregúntaselo a Nahari, que viene por aquí un día sí y otro no –dijo Michael, mientras tomaba asiento y estiraba las piernas.

–Bueno, ya sabes cómo son las cosas, nosotros estamos aquí con los cadáveres –dijo Hirsh sonriendo–, lejos de los problemas reales. Y lo bueno de los muertos es que no hablan. Pero las personas hablan por los codos y ahora que eres jefe de sección podrías

habernos mandado a alguien en tu lugar. Tienes doce personas a tus órdenes... ¿Cómo es que nos honras con tu presencia?

—No sabía que os hubiera llegado el rumor —dijo Michael sonriente.

—¿Cuál? ¿Que no te gusta venir por aquí? ¿A vernos trabajar con los fiambres? ¡Venga, hombre!

Michael sonrió sin decir nada.

—Así que la UNIGD es algo serio, nada de casos divertidos —Hirsh lo miró risueño y continuó—: No me hagas caso, estoy desahogándome. Estamos desbordados de trabajo y por aquí no hay muchas personas con las que se pueda bromear.

—Ya que has empezado a hablar de casos, ¿qué me dices de éste? ¿Cuándo piensas contármelo?

—Dentro de un momento —repuso Hirsh, adoptando una actitud seria—. Quiero que te lo explique Kestenbaum, porque el mérito es suyo.

Michael echó un vistazo a la gran habitación, austeramente amueblada. Las paredes estaban cubiertas de estantes de una madera ligera y había tres grandes mesas, además del escritorio detrás del que estaba sentado el doctor Hirsh, que ahora, teléfono en mano, pedía unos cafés y que enviaran al doctor Kestenbaum a su despacho. La ventana enrejada de detrás del escritorio daba a una amplia extensión de césped que separaba el pequeño edificio blanco de la bulliciosa calle.

Cuando aún no había llegado el café, entró un hombrecillo delgado que también lucía un anillo de oro, aunque en el anular en lugar de en el meñique, y además no era tan grueso como el de Majluf Levy. Michael recordaba haberlo visto en un par de reuniones, siempre callado y en un rincón.

—Los dejo solos —dijo Hirsh—. Tengo que practicar otra autopsia. Dígale el diagnóstico —añadió dirigiéndose a Kestenbaum, sonriente—. No se lo puede imaginar.

Tomaron asiento a ambos lados del escritorio de Hirsh y André Kestenbaum colocó entre ellos un alargado paquete de Kent Lights y un fino mechero negro.

Por encima de su bata blanca asomaban el cuello de una camisa azul de nailon y una corbata, y sus manos, que jugueteaban con el mechero sobre la mesa, estaban cubiertas de manchas delatorias de su edad avanzada, inapreciable en sus movimientos engañosamente ágiles. También tenía la tez cubierta de manchas, y el ralo cabello, peinado hacia atrás al estilo de los actores de las viejas películas de Hollywood, dejaba al

descubierto una frente ancha y arrugada, que daba a su rostro una expresión mitad de sorpresa mitad de enfado. Sus ansias de hablar resultaban conmovedoras. Arrancó tan pronto como se hubo sentado y no hizo más pausas que las necesarias para escuchar las escasas preguntas que Michael logró colar en su monólogo.

—En el extranjero yo no sólo era forense, también médico investigador; y, como médico y detective a la vez, se puede decir —comenzó diciendo.

Michael asintió y preguntó cortésmente de dónde era.

—De Transilvania —repuso Kestenbaum—. Estoy aquí ocho años, pero antes trabajo para policía de Hungría —Michael se dispuso a escucharlo con paciencia—. Antes de decirle resultados —dijo Kestenbaum—, escuche por favor explicación de método de investigación en general.

Y, a continuación, se embarcó en una perorata sobre cómo en el extranjero, a diferencia de Israel, el cadáver no se trasladaba de la escena del crimen al Instituto de Medicina Forense, sino que se avisaba al médico encargado de investigar el caso para que acudiera al lugar de los hechos y no se tocaba nada hasta que llegaba; el médico era el auténtico mandamás.

A pesar de su marcado acento húngaro-rumano, a pesar de su extraño uso del hebreo, y pese a los detalles irrelevantes con relación al tema tratado o a cualquier otro, Michael Ohayon estaba decidido a no perderse ni una palabra y colocó su grabadora sobre el escritorio, entre ambos. El doctor André Kestenbaum no puso ninguna objeción, y el encogimiento de hombros con el que pretendía demostrar indiferencia dejaba ver a las claras que estaba disfrutando siendo el centro de atención; tenso y expectante, Michael era dolorosamente consciente de que Kestenbaum rara vez tendría la satisfacción de saber que sus palabras poseían verdadero interés para su interlocutor.

—Vamos a ver —dijo Michael—, ¿podría decirme, por favor, de qué murió?

—Paratión —respondió el forense, mirando fijamente a Michael—. El informe aún no he podido escribir.

—¿Paratión? —exclamó Michael dando un respingo—. ¿Está seguro?

—He examinado contenido del estómago, hígado, huesos. He encontrado paratión.

—Comprendido —dijo Michael anonadado—. Pero ¿cómo es que se le ocurrió buscar restos de paratión? ¿Por qué iba nadie a...? —recobró la compostura, dominó su voz y prosiguió en un tono más contenido—: Según tengo entendido, el paratión sólo se descubre con una prueba específica. ¿Cómo se le ocurrió realizar esa prueba?

–Si desea, esto puedo explicar –prometió Kestenbaum con mayor animación.

–Claro que lo deseo –aseguró Michael–. Es una suerte que lo haya descubierto, ¿verdad? ¿Había algún síntoma indicativo de que podía ser un envenenamiento con paratión?

Kestenbaum sacudió la cabeza varias veces.

–Si no se busca, no hay síntomas. Además, mujer llegó aquí demasiado tarde –esto desencadenó otra conferencia sobre los métodos de investigación en el extranjero; luego Kestenbaum se enjugó la frente y dijo–: Cuestión de experiencia. Tengo mucha experiencia de muertes en zonas agrícolas, motivo ese de la busca de paratión. Y, además, ya tuve un caso similar, muchos años antes.

Ambos guardaron silencio y, al cabo, Kestenbaum lo rompió, contemplando con falsa modestia la punta de sus zapatos:

–He escrito libro sobre este tema, libro de texto que se estudia en facultad de Derecho.

–¿No me diga?

–Sí, sí –aseveró con firmeza–, en Hungría, para ser sincero.

–¿Cómo se produjo el envenenamiento? ¿Ha podido averiguarlo?

–Naturalmente –repuso Kestenbaum, tranquilizando a Michael con un ademán–; hay varias posibilidades. No creo que a través de piel, porque si se pone paratión sobre piel, en cantidad correcta, la muerte es instantánea. Pero también había en estómago. Creo que bebiendo, o comiendo ciruelas, quizá.

–¿Quiere decir que fue un suicidio? –preguntó Michael, manoseando el botón de la grabadora, que Kestenbaum observaba complacido.

–Todo estará en el informe que enseguida voy a escribir –prometió–. No sé si fue suicidio, accidente o asesinato. Eso ya es trabajo suyo, cuando tenga datos.

–¿Y dice que ya tuvo un caso parecido en el pasado? –preguntó Michael–. ¿Podría quizá servirme de orientación?

Kestenbaum se encogió de hombros con gesto candoroso.

–¡Tengo muchos casos, huy, muchos, muchos! Pero una vez tengo uno de neumonía, se lo puedo contar.

–Cuéntemelo, por favor –pidió Michael.

Y Kestenbaum dio una larga calada y dijo dirigiéndole una mirada de advertencia:

–Lo contaré como una historia, ¿de acuerdo?

Y empezó a hablar sin esperar el consentimiento de Michael, que asintió en silencio, se

cruzó de brazos, se arrellanó en la silla y estiró las piernas hacia delante sin retirar la vista del narrador.

—Un día, a finales de mes de diciembre, recibo llamada, siendo médico forense, porque niño de tres años ha muerto por tratamiento de penicilina en hospital público; el diagnóstico: neumonía. La madre lleva niño a clínica para que enfermera de guardia le ponga inyección de penicilina. Está de guardia porque es veinticinco de diciembre, cumpleaños de Jesucristo —miró inseguro a Michael y preguntó vacilante—: ¿Sí? ¿Se dice así?

—Sí, sí —confirmó Michael en tono alentador, y el rostro de Kestenbaum recobró el gesto dramático con que había comenzado el relato.

—Aunque oficialmente no es fiesta, es fiesta. Veinticinco minutos después de inyección de penicilina, mientras la madre charla de tonterías con enfermera, oyen un ruido y encuentran el niño a punto de morir; unos minutos más, y muere en hospital público —aquí Kestenbaum hizo una pausa, como para que su interlocutor digiriese la información recibida, y Michael se sintió obligado a mascullar un «ah» de comprensión y agradecimiento para mantener la apariencia de un diálogo.

—Surge ahora problema —prosiguió Kestenbaum— de si niño muerto por shock anafiláctico a la penicilina. Y este diagnóstico es trabajo de médico forense, es decir, preparar el informe diciendo si ha sido shock o no.

Llegado a este punto, Kestenbaum respiró hondo, giró la cabeza y le comunicó a la esquina del escritorio:

—Ahora sólo explicaré pequeños detalles, pero he escrito todo un libro sobre este tema.

—Sí, sí, lo recuerdo —dijo Michael asintiendo con la cabeza.

El forense volvió a bajar los ojos modestamente y continuó:

—Recibo llamada de fiscal de distrito para acudir a lugar de los hechos, porque como ya estoy explicando, no trasladamos cadáver a Instituto de Medicina Forense en primer lugar, porque traslado puede causar muchas consecuencias. Luego —el forense se enderezó haciendo un ademán con la mano que sujetaba un cigarrillo—, yo... la historia... —titubeó—, ahora voy a contar historia verdadera: digo a fiscal que, según lo que sé, aquel niño muerto treinta minutos después de inyección de penicilina, por eso es cien por cien seguro que no hay shock anafiláctico, ¡porque shock anafiláctico ocurre pocos minutos después de inyección! La muerte tiene que deberse a neumonía o lo que sea, pero no a

inyección de penicilina. Puesto que muerte sucede en institución pública, fiscal decide que sólo médico forense puede hacer examen. Y yo fui a hacer autopsia.

La grabadora emitió un zumbido y el forense tomó aliento.

—Fui a hacer autopsia en marco de clínica pública donde murió. No encontré indicios de shock anafiláctico por penicilina. No encontré indicios de violencia que puedan explicar muerte, ahora bien... —Michael reprimió una sonrisa; la curiosa combinación de expresiones hechas como «ahora bien» y de burdos errores y otras peculiaridades conferían un carácter inimitablemente excéntrico a la manera de hablar de Kestenbaum, delatando el hecho de que el hebreo no era ni llegaría a ser su lengua—. Ahora bien —prosiguió Kestenbaum, convencido de que estaba hablando en hebreo con la mayor fluidez—, en contenido de estómago encontré restos de chocolate en etapa inicial de digestión. Entre otras muestras, entre muchas cosas tomadas para análisis —dijo distraídamente, como si no valiera la pena molestar a su interlocutor con pormenores científicos que no iba a comprender—, tomé también muestras de contenido de estómago, porque pensé desde mismo principio que chocolate de estómago quizá comprado en el campo, y sé que en esos lugares hay muchos ratones entre la comida y dan instrucciones de matar ratones con pesticidas, y pensé que quizá ratones habían paseado sobre polvo pesticida y luego dejado restos en chocolate. Quizá, quizá, quizá —la incertidumbre aumentaba con cada quizá, a la vez que se acentuaba la expectación—, niño muerto por ese motivo.

Al oír un par de veces la grabación, Michael percibió en aquel triple «quizá» toda la gama de sentimientos que tan bien conocía por su propia experiencia profesional. Todo estaba allí: el anhelo de que aquello fuera una solución, o al menos una pista, la satisfacción de haber tenido una intuición, la voluntad de seguir cualquier pista por insignificante que fuera y, por encima de todo, la habitual mezcla de desbordante orgullo y de la inevitable incertidumbre que acecha al orgullo. Una incertidumbre que no deriva de la falsa modestia, sino de las dudas que toda persona alberga sobre sus propias intuiciones, de la incapacidad de creer que de ellas aflorará la verdad... todo eso daba a entender aquel «quizá, quizá, quizá». La entonación con que fue repetida la palabra alcanzó una especie de clímax musical tras el que Kestenbaum pareció llamarse al orden y retomó su tono habitual.

Volvió a bajar la vista hacia el escritorio y prosiguió su relato.

—Las pruebas toxicológicas realizadas día después de autopsia demostraron que

chocolate contenía pesticida por nombre paratión. Paratión es sustancia organofosforada. Un gramo de paratión puede provocar muerte de cinco personas de peso sesenta kilos mínimo. Un niño de esa edad, tres años, muere a causa de pocos miligramos. En cuanto supe que pesticida paratión era motivo de muerte, fui a lugar de los hechos, inmediatamente, antes de que entierren cadáver –y, en este punto, comentó que «en el extranjero, entierran a muertos dos días mínimo, o tres, después de muerte». Michael asintió.

–Pregunté a madre dónde comprado chocolate en cuestión. Eran fiestas cristianas, y es en fiestas cuando compran chocolate para niños. No digo a nadie más que a fiscal investigando caso cuáles son mis sospechas. Madre dice que antigua novia de ex marido mandó chocolate por correo, en paquete con muchos dulces, medio kilo máximo, y me da dirección. Me cuenta que ex marido estuvo con esta mujer juntos dos años, eran de mismo pueblo, y un domingo, en baile popular celebrado en casino del pueblo, ahora llamado Palacio de Juventud y Cultura, marido deja de pronto a novia y va a bailar con actual esposa, y le dice bajito al oído: «¿Quieres casarte conmigo?; semana próxima tengo que casarme con esa mujer, pero no quiero a ella, te quiero a ti». Ella dijo que sí y se casaron día programado para boda con otra mujer. Ese día otra mujer se fue de pueblo, deshonrada, marchándose a vivir lejos. Fruto de matrimonio, actual hijo, ahora difunto.

El doctor Kestenbaum se recostó en la silla y respiró hondo. Luego se inclinó hacia delante para continuar hablando. Michael estaba hechizado, hipnotizado, tan atrapado en la historia como un niño, igual que Yuval cuando muy de vez en cuando le contaba una historia verdaderamente truculenta y el chaval contenía el aliento, no sólo por miedo – Michael le cogía la mano en el oscuro dormitorio–, sino por el suspense.

–Desde boda, no tenían contacto con primera novia. Antes de un año de muerte de niño, el marido también abandona a mujer, se va a la ciudad, donde actualmente reside con mujer diez años mayor que él. Trabajo en la ciudad: conductor de autobús. Esta tercera mujer, desde punto de vista económico, muy bien situada. Al recibir paquete para hijo de primera novia, ella, la madre, piensa que primera novia todavía enamorada de marido y que por eso manda paquete para marido. Yo, en calidad de médico forense y detective, exijo inmediatamente restos de paquete y ella me da cajita de cartón conteniendo dos barquillos en forma de triángulo, por nombre Delta, y tres barritas de chocolate, por nombre Ran.

—¿Ron? —preguntó Michael.

—Sí, sí, Ran —repitió Kestenbaum—. Y seis dulces con celofán que se cuelgan de pino.

—¿Del abeto, quiere decir?

—Eso, de árbol de Navidad —explicó Kestenbaum, e inició de nuevo un canturreo, primero suave y luego *in crescendo*—. Cajita tapada con papel muy fino, de color amarillo, hoy fabrican ese papel de color blanco, quizá diez años antes veo por última vez ese papel amarillo. En paquete escrito nombre de expedidora, ¿remitente, se dice? —Michael hizo un gesto afirmativo—. Es decir, nombre escrito allí. Esa misma noche llamo a la puerta de remitente y ella me sorprende diciendo que no envió paquete y que durante más de tres años lleva sin contacto con pueblo, y especialmente con esa familia, que odia a muerte —esta última palabra fue pronunciada con todo el veneno con que debió de ser dicha originalmente.

»Después de interrogatorio de más de tres horas, llego a la conclusión de que ella no mandó paquete. Volví esa misma noche —hizo una mueca a modo de sonrisa que dejó al descubierto sus dientes, y se corrigió—: Esa misma mañana —y otra mueca fue seguida de la versión definitiva—: La misma noche-mañana volví a ver a la madre y le pedí dirección de su marido. El marido era conductor de autobús en ciudad exacta la misma donde yo trabajo. A la casa de esta persona fui ese mismo día. Ya sabe de muerte de su hijo, está demasiado afectado para responder nuestras preguntas. Por favor, que volvamos después de entierro. Después de unos días consigo orden de registro para su casa. Vamos allí, interrogamos a marido y a amante. No, ellos no enviaron paquete ninguno, no saben nada de eso, él sólo paga la pensión de hijo y esposa durante más de un año ya y, aparte, no manda nada. Después de realizar registro, encuentro mismo papel exacto que ya no se fabrica, lo encuentro allí, en un cuarto pequeño... —llegado a este punto, Kestenbaum respiró hondo, aplastó la colilla de su cigarrillo, encendiendo otro, y, de pronto, dirigió una mirada penetrante a Michael y preguntó—: ¿Usted nacido aquí mismo o en el extranjero?

—En el extranjero —respondió Michael, preguntándose adónde querría ir a parar el forense.

—Pero no en Europa del Este —afirmó Kestenbaum.

—No, no —confirmó Michael—, en Marruecos.

—Ajá, por eso no lo sabe. Explico. Allí, en Hungría, en Rumanía, en Polonia, no hay refrigeradores, sino un cuarto pequeño.

–¿Una despesa? –inquirió Michael.

–¿Cómo? ¿Cómo se dice? –repitió la palabra con esfuerzo y retomó el hilo de su relato en el tono de quien está proporcionando una información intrascendente entre paréntesis—. Y además de lápices, plumas, tintas, también me llevé eso, hice inventario de todo. En laboratorio policial comparamos tinta con tinta de dirección escrita en paquete y el resultado: ¡negativo!

Michael enarcó las cejas y chascó la lengua, y Kestenbaum le sonrió como quien sonríe a un niño y dijo:

–Un minuto, no es el final.

–¿Qué hizo entonces? –preguntó Michael.

–Reunimos más de treinta niñas de colegio que conocen a la familia, porque sabemos, desde punto de vista psicológico, que la dirección fue escrita por chica joven, no por un hombre. Allí –se inclinó hacia delante y prosiguió con expresión socarrona y despectiva–, en mi país, investigaciones se llevan a cabo diferentemente –y, con esto, concluyó por el momento sus críticas al Instituto de Medicina Forense y al país en general, y sin esperar la reacción de Michael, continuó–: Las treinta escriben dirección exacta, treinta veces total. Desde punto de vista grafológico, ninguna correspondía.

Se desembarazó del cigarrillo dejándolo en el cenicero y descargó un golpe sobre el cristal que cubría el escritorio con un gesto que decía: «Así como se lo cuento, parecía un caso perdido». Elevó inmediatamente los ojos hacia el rostro atento de Michael y, satisfecho de ver que lo escuchaba con la debida curiosidad, continuó:

–Entretanto envié papel encontrado en... ¿cómo se dice?... ¿tespesa?

–Despesa –le corrigió Michael, y Kestenbaum hizo un gesto de asentimiento.

–Para examinar junto con borde de papel de paquete –cogió un folio de encima del escritorio, lo desgarró en dos y demostró cómo encajaban las mitades–. Pues bien, ya sabe cómo son esas pruebas, hacen fotografías microscópicas de estas cosas, trabajo muy difícil.

Michael podría haberse ahorrado el gesto de asentimiento, porque Kestenbaum prosiguió sin desviar la vista del folio:

–Dos semanas después recibo resultados diciendo que borde de papel encontrado encaja al cien por cien con papel de paquete, ya sabemos que paquete fue enviado desde casa de marido.

Kestenbaum suspiró como si hubiera revelado el quid del asunto. Michael encendió un

cigarrillo y ofreció el paquete a su interlocutor, que lo miró desdeñosamente y comentó:

–Desde huelga en fábrica de cigarrillos de Dubek sólo fumo tabaco importado.

–¿Qué sucedió después? –preguntó Michael.

Kestenbaum volvió a suspirar.

–Desde punto de vista legal, era imposible demostrar que ellos enviaron paquete. Pero nosotros ya sabíamos que papel de paquete venía de allí. Nuestra última carta para demostrar en juicio que ellos enviaron paquete era carta psicológica. Pero ahora surge problema básico, principal, ¿cómo sé que chocolate comido por niño venía de ese paquete? Podía haber otro chocolate. La madre nos dijo que después de inyección dijo a su hijo: «Si dejas que enfermera te pone inyección, te daré chocolate». En el laboratorio toxicológico del Instituto de Medicina Forense, di una tableta de chocolate a ratones, una de tres barras Ran de paquete. Los ratones comieron y no pasó nada. Di todos los barquillos y todos los dulces de Navidad a otro grupo de ratones... Ratones sobreviven. Sólo quedan dos tabletas de chocolate con envoltura original –hizo una breve pausa para mirar a Michael con evidente regocijo y luego continuó, haciendo hincapié en todas las palabras–: En presencia de fiscal doy a grupo de siete ratones una tableta, esperamos tres horas... Ratones cien por cien sanos. Queda una tableta. Digo a fiscal: «Probemos ésta». Él examina envoltura, tan original como si nunca abierta, y me dice: «¿Por qué esperar tres horas, yo la como ahora mismo».

Kestenbaum dirigió a Michael una sonrisa traviesa y Michael le sonrió a su vez.

–Abro papel de fuera. Veo chocolate tapado con papel de plata original. Después de quitar éste también, sobre superficie de chocolate, donde está escrito Ran, veo línea gris, el resto brillante. Damos un trocito de línea gris a un ratón, muerto inmediatamente. Damos a resto de ratones más chocolate... Todos muertos. Al examinar sangre de ratones muertos descubrimos paratión. Al examinar huellas de substancia en chocolate, paratión. Ahora todo el mundo sabe que chocolate con paratión enviado por marido –concluyó Kestenbaum con la expresión triunfante de quien escribe «Q. E. D.» al final de un teorema.

Michael asintió y dijo:

–Buen trabajo, enhorabuena.

Kestenbaum bajó la vista modestamente, como si no le hubiera oído, y dijo:

–Espere, no es el final.

–Ya me lo imagino –dijo Michael, cruzando los brazos y estirando las piernas.

—Día siguiente, sé que marido trabaja conduciendo autobús. Sé en qué estaciones para. Junto con director de estación de autobuses, a las dos en punto exactas, voy a autobús, cojo a marido, lo meto en jeep y lo llevamos a tribunal donde espera fiscal. Antes, arrestamos a amante y la dejamos en pasillo, y cuando llegamos con marido él ve amante allí, entre dos policías, arrestada.

—Hum —gruñó Michael reflexionando.

—En primer interrogatorio realizado en despacho de fiscal decimos: «Escucha, tu amante nos ha contado todo. Si quieres ser testigo del Estado, tu condena será menor... Ella nos ha contado todo». Y él dijo: «Por esa bruja maté a mi hijo».

El tono de Kestenbaum se volvió casi indiferente, como si a partir de ese momento sólo restara contar la parte anodina de la historia. Como en una novela de detectives, pensó Michael. Lo emocionante es el proceso y no el predecible final.

—Y dice que esa mujer quiere echarlo de su casa porque de su sueldo está obligado a pagar un tercio para pensión de su hijo. ¿Qué puede hacer?, matar a su hijo. Entonces ella le dice cómo matarlo. Ha hablado con técnica de laboratorio sobre pesticida, sabe qué cantidad provoca muerte. Esa misma noche fueron a ver a esa técnica, ella puso paratión en dos tabletas de chocolate Ran con ayuda de pipeta y, luego, joven técnica escribió dirección. En habitación de enfrente otro equipo cuenta a amante misma historia: «Si confiesas...». Arrestamos a técnica.

—¿Por qué los ayudó la técnica de laboratorio? —preguntó Michael.

Kestenbaum lo miró perplejo y, como si nada pudiera ser más obvio, respondió:

—Por dinero, claro —luego prosiguió como si no hubiera habido interrupción alguna—: Cuatro horas después aproximadamente ya estaban claros cargos contra los tres por provocar muerte con paratión. Marido, diecinueve años de condena. Amante, dieciocho años. Técnica, seis años.

—Enhorabuena, buen trabajo —repitió Michael, meneando la cabeza para subrayar su admiración.

—Algo le digo —dijo el patólogo, haciendo caso omiso de los elogios—. Ocho años antes vengo aquí, no tenía criterio para juzgar. Pero ahora sé que trabajo aquí es pesado, muy pesado. En mi país somos investigadores. Cuando vengo aquí y conozco a gente de Instituto de Medicina Forense, se los digo, tenemos que estar en la escena del crimen. Y ésta no es más que una historia pequeña, muy pequeña. Tengo otras, muchas, ¡ah, cuántas historias tengo! Durante días se las puedo contar.

—Estoy convencido de ello —replicó Michael, echando un vistazo a su reloj—. Me encantaría escucharlas. Tal vez podamos quedar otro día, si usted quiere.

—¿Por qué no? —respondió Kestenbaum con una indiferencia que no logró disimular su entusiasmo, y Michael se sintió culpable por su propio éxito profesional, por su relativa juventud, por estar perfectamente adaptado a aquel país y a aquella cultura, por lo fácil que le resultaba la vida; y casi hubo de reprimirse para no darle una palmadita al doctor Kestenbaum, aunque ya le había demostrado todo el aprecio que era posible demostrar sin caer en la exageración, sin parecer irónico (y el excéntrico hebreo del forense, unido a su expresión de suficiencia, ciertamente se prestaban a ironizar). ¿Por qué tenía que sentirse culpable y privilegiado ante aquel hombre, que tenía un buen puesto de forense en el Instituto? Para aliviar la sensación opresiva derivada de sus remordimientos, y también porque realmente le interesaba saberlo, solicitó una explicación sobre cómo actuaba el paratión.

—Explico, explico todo —dijo Kestenbaum como quien se dirige a un niño impaciente—. También le muestro todo inmediatamente —prometió; y, alzando la vista al techo, dijo rápidamente—: Paratión es veneno para colinesterasa química, usado en guerras químicas de mundo entero. Acetilcolina causa acción sobre músculos, incluyendo cardiacos y respiratorios, afectando sistema nervioso central, deprimido, y sigue la muerte. Venga conmigo, ahora le muestro.

Se puso en pie y Michael hizo lo propio y caminó tras él por los anchos pasillos hasta una sala donde Kestenbaum descolgó una llavecita de un tablero y abrió la habitación contigua, adonde Michael lo siguió obedientemente.

En aquella habitación, el forense se detuvo ante un armario metálico gris cerrado con un gran candado, que abrió con la llavecita; señalando un estante, dijo:

—Aquí, aquí tiene todo —en el estante se alineaban frascos y botellas y la habitación desprendía un desagradable tufo a ratones y productos químicos. Kestenbaum se reclinó contra la pared y dijo—: Por favor, puede ver todo, lo que dice en botellas, todo.

—¿Quién se ha llevado la llave? —oyeron decir a alguien en la habitación contigua.

—Yo, aquí, yo la he llevado, no te preocupes —respondió Kestenbaum, y dijo a Michael en un susurro—: Doctor Cassuto, nuestro toxicólogo.

Un par de segundos después entraba un hombre vestido de bata blanca que, sin ser joven, no llegaba a la edad de Kestenbaum. Cassuto recordaba el cargo de Michael y el propósito de su visita, pero no su nombre.

Michael se presentó al toxicólogo y dijo:

–Enséñeme dónde está el paratión en esta cueva de Alí Babá que tienen aquí.

–Aquí lo tiene –dijo el doctor Cassuto con acento de israelí de nacimiento, sacando un frasquito metálico plateado–. Incluso sujetarlo en la mano es peligroso –advirtió.

Kestenbaum, que se había hecho a un lado, asintió con la cabeza y masculló:

–¡Ajá!

Michael observó el frasco y leyó con interés la etiqueta –FOLIDOL E 605.45,7 %–, y al mismo tiempo advirtió que Kestenbaum se encogía en su rincón, como un niño tímido tratando de ocupar el menor espacio posible.

–¿Es así como se presenta en el mercado? –preguntó Michael–. ¿Lo venden en un frasco así?

–Este frasco procede de Alemania –explicó Cassuto en tono indiferente y seguro–. Contiene la sustancia sin diluir. Para usos agrícolas se diluye. Y también hay que disolverla. En una sustancia especial, que no se disuelve en agua. Aquí, en Israel, se supone que no se puede comercializar sin un permiso especial.

–Tonterías –exclamó Kestenbaum desde su rincón–. En territorios encuentras esto por todas partes.

–Sí –convino Cassuto–, en los territorios ocupados es fácil de encontrar, y además también le dan un mal empleo. Usan el paratión en los asesinatos para limpiar el honor de la familia y otros asuntos suyos, pero yo me refería a la prohibición de usarlo.

–Eso no es correcto tampoco –le refutó Kestenbaum–, no es correcto en absoluto. ¿No te acuerdas de caso de niña con queroseno?

Se volvió hacia Cassuto con ademán acusador y éste, momentáneamente vencido, dijo:

–Sí, fue un caso terrible; una niña se lavó el pelo con queroseno para despiojarse y el queroseno estaba mezclado con paratión, con lo que nunca más salió del baño. Murió instantáneamente.

–¿Y abuela? ¿Qué dices de abuela? –inquirió Kestenbaum.

–Sí, hubo otro caso de una abuela que quiso quitarle los piojos a su nieto y se repitió la historia. Queroseno mezclado con paratión y muerte instantánea.

–Hay montones de historias –dijo Kestenbaum en tono levemente desdeñoso–, montones, todas las que uno quiere. Ayer mismo colega de aquí me dijo que quiere fumigar seto contra... da igual... contra algo, y su mujer trae producto de farmacia y

cuando lee etiqueta, detrás, donde pone composición, ¿qué ve? ¿Qué ve? –se dirigió a Cassuto con franca expresión de reproche–: ¡Ve que pone paratión! –dijo triunfante–. ¿Por qué dices que contra ley?

–No he dicho que fuera ilegal. En ningún momento he dicho que estuviera prohibido en Israel; simplemente he comentado que el Ministerio de Agricultura ha dejado de utilizarlo –replicó Cassuto, displicente.

–¡No mueva así! –exclamó de pronto Kestenbaum, y se precipitó a quitarle el frasco a Michael, que estaba dándole vueltas entre las manos.

–¿Hasta qué punto puede ser peligroso un frasco así? Está cerrado herméticamente, ¿no? –se disculpó Michael, y los dos médicos lo miraron con lástima.

Kestenbaum devolvió el frasco a su lugar en el armario metálico y lo regañó:

–¿Sabe cómo es fuerte? Tres gotas sobre piel, ¡y se va a otro mundo!

–No está diluido, ¿sabe?, aquí lo tenemos concentrado casi al cincuenta por ciento –dijo Cassuto–. Para usarlo hay que disolverlo y diluirlo.

–¿Recuerdas historia que te conté con manta? –preguntó Kestenbaum al toxicólogo–. Cuenta, cuenta.

–Sí –respondió Cassuto con gesto de aburrimiento–, el doctor podría contarle un caso de muerte por contacto con una manta de lana que antes cubría a un caballo al que despiojaron con paratión. Y el hombre que usó la manta a continuación murió.

–¡Y murió cómo! –exclamó Kestenbaum alegremente–. Estaba en medio de hacer el amor y de pronto ¡muerto! –sonrió para sí y luego se puso serio–. Ése también caso que investigué en el extranjero.

–Lo siento, no lo sabía –se excusó Michael, y luego preguntó–: ¿Cuál es la dosis letal del paratión?

–Veinte miligramos por sesenta kilos dosis letal –respondió Kestenbaum con seguridad.

–No estoy seguro de que sea la dosis correcta –comentó Cassuto incrédulo.

Kestenbaum se ruborizó y alzó la voz:

–Lo digo yo, lo sé.

–¿Por qué tenemos que saberlo si podemos buscarlo y calcularla con exactitud? –preguntó Cassuto, cerrando el armario y comprobando que el cerrojo había quedado bien echado antes de dirigirse hacia la sala contigua, donde colgó la llave en su sitio y luego extrajo un grueso volumen de la estantería; lo hojeó murmurando «paratión, paratión», y se volvió hacia Michael para preguntarle–: ¿Lee usted alemán?

–Ya quisiera yo –replicó Michael.

–Es una lástima, porque podría haberle dejado mucho material de consulta –dijo Cassuto, todavía pasando las páginas.

–Una pérdida de tiempo –masculló Kestenbaum–. Ya he dicho que veinte por sesenta kilos. ¿Por qué no me crees?

–Dentro de un minuto lo veremos, en cuanto lo encuentre aquí –repuso Cassuto con impasible tranquilidad, y luego exclamó–: Aquí lo tengo. Paratión, dosis letal: un tercio de miligramo por kilo, eso es.

–Veinte miligramos por sesenta kilos, como dije, ¿o no?

–O lo que es lo mismo, menos de un cuarto de cucharita de café, que tiene una capacidad de cinco centímetros cúbicos –dictaminó Cassuto, haciendo caso omiso de la exclamación victoriosa de Kestenbaum, que lo miraba con odio no disimulado.

–Acabamos aquí, ¿verdad? –le dijo a Michael, casi cogiéndole de la mano.

–Sí –respondió Michael. Echó una ojeada al reloj y vio que eran las seis de la tarde–. Entonces –le dijo a Kestenbaum mientras éste lo acompañaba al aparcamiento cubierto, donde sólo quedaban dos coches–, ¿en los kibbutzim siguen usando paratión?

–Oficialmente no. Oficialmente no, pero agrónomos de vieja generación gustan de fumigar con este veneno. Quizá tienen un poco de paratión, ¿por qué no? Pueden encargar a Alemania.

Antes de arrancar el coche, Michael estrechó la mano que Kestenbaum volvía a tenderle; parado junto a la ventanilla, los ojos clavados en el suelo y en voz baja, el forense dijo:

–Si tiene oportunidad, por favor, menciona que yo descubrí...

–¡Claro, ni que decir tiene! Se llevará usted todos los honores –le aseguró Michael, y arrancó el Ford Fiesta.

–¿Cuánto tiempo llevas en la UNIGD? –preguntó Majluf Levy cuando se desviaron de la autopista por la carretera que conducía al kibbutz.

–No mucho, un par de meses –respondió Michael incómodo.

–Has llegado allí en un tiempo récord, o al menos eso he oído comentar –señaló el inspector Levy, apoyando el brazo en la ventanilla abierta.

Michael no dijo nada.

–Podrían haberte destinado aquí, de comisario del subdistrito de Lakish –continuó Levy pensativamente.

–Sí, pero optaron por la Unidad de Grandes Delitos –zanjó Michael, observando las explanadas verdes y doradas que se extendían a ambos lados de la estrecha carretera. Por su mente cruzaron los viejos tópicos sobre la paz y la tranquilidad del campo, sobre la calidad de aquella luz crepuscular que bañaba los ondulantes campos. Estaba tenso, y de pronto recordó a su cuñado Ami, el marido de Yvette, su hermana mayor, que en su día había cumplido sus deberes de reservista en el cuartel general de la región, durante la guerra del Líbano.

Ami era el tercero de un equipo compuesto además por otro oficial y un médico, equipo que había desempeñado las funciones de lo que desde la guerra de Yom Kippur se llamaba un «escuadrón de la muerte», pues se encargaba de notificar a las familias la muerte de los caídos en el campo de batalla. Durante toda aquella época, al volver a casa de noche, Ami se iba directamente al dormitorio, sin haberle dirigido la palabra a nadie, sin cenar ni darse una ducha, y se encerraba para tumbarse en la cama y pasar las horas mirando la pared. Cuando lo licenciaron quedó incapacitado para todo. Iba al taller que tenía en sociedad con su hermano menor, tomaba asiento en la oficina, tras su mesa, y se quedaba contemplando fijamente las facturas y los libros de cuentas.

En uno de sus momentos de desesperación, Yvette había dejado a los niños al cuidado

de su suegra para ir a comer con Michael en Jerusalén. Tan excepcionales eran esos encuentros que Michael tardó un par de días en escoger el lugar adecuado. Cuando al fin se encontró sentado frente a su hermana en el restaurante chino de la calle Helene Hamalká, ella, sofocada por las lágrimas, le había contado la historia de sus últimos años de matrimonio. Le habló de las pesadillas de su marido, del humor negro de sus chistes macabros, de la absoluta falta de interés por ella o los niños, y también había aludido, muy avergonzada, a que no tenían vida sexual.

—Habla con él —le rogó—. Alguien tiene que hablar con él —y después, apartando el plato de verduras, Yvette, que era una amante de la comida china, añadió—: Aunque te saca diez años, te respeta. No sé por qué tiene tan buena opinión de ti, pero tienes que hablar con él —y rompió de nuevo en llanto.

Michael, el apetito perdido por completo, pagó la cuenta y se llevó a su hermana a dar un paseo hacia Mea Shearim. Ella continuó hablando a lo largo de todo el camino y él la escuchó en silencio. De vez en cuando le pasaba afectuosamente el brazo por los hombros y al final, cuando su hermana ya no tuvo nada que decir, se sentó con ella en un pequeño café y le dijo:

—Si quieres que hable con él, lo haré, cómo no. Pero necesita algún tipo de ayuda profesional; te das cuenta de que una charla no va a resolver nada, ¿verdad?

—No te lo puedes imaginar —le dijo Ami cuando se vieron al día siguiente—. Los peores son los que no se alteran, los asquenazíes, la gente con clase. No chillan, no dicen nada. Una vez me pasé la noche en el coche, con el médico, esperando a que se hiciera de día para dar la noticia. Sentado en el coche, mirando la casa y esperando que amaneciera, que fueran las cinco de la mañana, sabiendo que dentro de aquella casa la gente dormía plácidamente y que yo era como el Ángel de la Muerte, que estaba a punto de destrozarles la vida —y Ami sepultó el rostro entre sus manazas.

Majluf Levy irrumpió en los pensamientos de Michael:

—¿Y qué tal te va? —inquirió.

—Parece que todo va bien, sin problemas —respondió Michael, girando el volante de golpe para esquivar una roca que estaba en medio de la carretera—. ¿Qué es esto? ¿Hasta aquí ha llegado la Intifada? —preguntó para cambiar de tema.

—Esto no queda muy lejos de Gaza... y, claro, tenemos nuestros problemas. Y con el asunto ese de Ashdod, y los registros para dar con el soldado secuestrado, la cosa está que arde. Trabajo no nos falta, eso desde luego.

–Yo tengo un hijo que ahora mismo está en el ejército –dijo Michael sin saber por qué.

–¿Ah sí? –dijo Levy con interés–. ¿Dónde?

–En una unidad Nájál. Lo han destinado a los territorios, a Belén. Tiene para largo, porque se ha incorporado con un año de retraso –explicó espontáneamente Michael.

–¿Por qué ese retraso? –preguntó Majluf Levy con recelo.

–Porque antes pasó un año con su grupo en Bet Shan –dijo Michael en tono de disculpa–, y luego se incorporó al ejército regular, así que en conjunto es un servicio prolongado. Acaba de cumplir los veinte.

–Yo tengo un par de hijos en el ejército –dijo Majluf Levy suspirando–. Uno en la brigada Golani y otro destinado en esta región, en Julis, cerca de casa. ¿Tienes más hijos?

Michael hizo un gesto negativo.

–Sólo ése.

–No es bueno ser hijo único, es duro. Yo tengo cinco hijos. Familia numerosa.

–¿Todos chicos? –preguntó Michael cuando ya llegaban a la gran verja metálica del kibbutz.

–Cuatro chicos y una chica –repuso Majluf Levy a la vez que se asomaba por la ventanilla mientras Michael se detenía junto al guarda–. Hemos venido a ver al director general del kibbutz –dijo, y mostró su placa.

El guarda, un joven vestido de azul oscuro y con botas militares, echó un vistazo al coche y asintió sin palabras. Oprimió un botón y la verja se abrió lentamente.

–¿Siempre tienen un guarda en la entrada? –preguntó Michael.

–Siempre –contestó Levy distraído–, pero no siempre cierran la puerta de día, sólo de noche. Ahora, debido a... las circunstancias, son más estrictos –suspiró.

–La Intifada –musitó Michael, volviendo a sentir el peso de la responsabilidad por estar a punto de alterar la bucólica tranquilidad de aquel lugar, con sus verdes céspedes, tiernos y mullidos, y la gente caminando por los caminos bien trazados, como aquellas dos ancianas que tiraban de sendos carritos de golf y habían hecho un alto para charlar a voces, todo ello mientras un coche policial rodaba lentamente hacia la oficina del kibbutz. Todo quedará aniquilado en un instante, pensaba Michael, se resquebrajará y se desplomará en cuanto abramos la caja de Pandora. Luego se llamó al orden, volviendo a recordarse que tal vez sólo se trataba de un suicidio, y de eso había varios precedentes en el movimiento de kibbutzim.

–Sí, la Intifada –repitió el inspector Levy–. Gira a la izquierda... y ahora aparca –le indicó a la vez que alisaba una arruga invisible de sus pantalones de uniforme.

Michael observó al hombre que se levantó para saludarlos cuando entraron en la oficina. En su rostro bronceado había una expresión de angustia.

–¿Les apetece beber algo? ¿Un café? ¿Una bebida fría? –preguntó, mirando a Majluf Levy, a quien ya conocía.

–Algo frío –dijo Levy, y miró a Michael, que asintió sin dejar de observar al hombre que los había recibido y ahora, con movimientos precisos, les servía zumo de una jarra de plástico sacada de la pequeña nevera que había en un rincón.

–¿Dónde están los demás? –preguntó Majluf Levy–. También queremos hablar con la familia.

–Sí, ya se lo he dicho. Vendrán enseguida –prometió el hombre.

Y entonces Levy se acordó de decir:

–Éste es el superintendente jefe Michael Ohayon, de la Unidad Nacional para la Investigación de Grandes Delitos; es el director del EEI.

–¿EEI?

–Equipo Especial de Investigación. Han traído refuerzos porque... es igual. Y éste – continuó volviéndose hacia Michael– es Moshe Ayal, el director general del kibbutz. Todo el mundo lo llama Moish –añadió con una sonrisa.

Y Michael estrechó la mano que le tendían. Luego Moish se encaminó a la mesa, cubierta de montones de papeles, tomó asiento suspirando y señaló las dos sillas que tenía enfrente.

–Siéntense –dijo con voz apagada. Y volviéndose hacia Majluf Levy–: ¿Y qué es esa unidad para la investigación de grandes delitos? ¿No forma parte de su equipo?

Majluf Levy respondió negativamente chascando la lengua.

–Están en Pétaj Tikvá –añadió, frunciendo los labios con desdén.

–La UNIGD es una unidad que investiga casos de ostensible interés público –explicó Michael, y el adjetivo «ostensible» le sonó a Nahari.

–¿Ah, sí? –dijo Moish–. ¿Qué interés público? ¿Y quién dice que hay que realizar una investigación? –la segunda pregunta fue pronunciada con evidente deje de inquietud.

–El interés público deriva de la implicación del parlamentario Aarón Meroz –respondió Michael lentamente–; por lo que se refiere a la investigación, es el procedimiento habitual

siempre que tiene lugar una muerte por causas no naturales, y, en este caso, a la luz de los resultados del examen forense, no habría que descartar ninguna posibilidad.

—No me había dicho nada de eso —exclamó Moish asustado, dirigiéndose a Majluf Levy—. ¿A qué posibilidades se refiere?

—No podía saberlo antes de la autopsia —se excusó Levy—. Y no hemos recibido los resultados definitivos hasta esta misma mañana.

—Ahora pensamos —terció Michael— que hay diversas posibilidades para explicar... la muerte de Osnat Harel. La primera explicación, la más sencilla, es que haya sido un accidente, pero, como verá enseguida, es extremadamente improbable. Otra posibilidad es el suicidio. Pero también hemos de tener en cuenta la posibilidad de que haya sido un asesinato.

—¿Un asesinato? Pero ¿cómo un asesinato? —siseó Moish—. ¿Dónde? ¿Un asesinato... aquí? ¿Osnat? Díganme una cosa —como era de prever, la cólera comenzaba a aflorar a su voz—, ¿tienen idea de lo que significa la palabra «kibbutz»? —y, sin esperar a que le respondieran, afirmó—: No tienen ni idea de lo que están hablando. Pueden descartar de entrada el asesinato. Aquí nunca se ha cometido un asesinato ¡y nunca se cometerá ninguno! —con mano trémula, desplazó un papel que había en la esquina de la mesa—. Es imposible, así de sencillo. No lo entiendo, pero ¿de qué... murió Osnat? ¿Qué han descubierto en la autopsia? —terminó por decir a voz en grito, al ver que ninguno de los dos le respondía de inmediato.

Michael trató de poner un tono tranquilizador para decir calmadamente:

—De envenenamiento por paratión.

Majluf Levy abrió la boca pasmado y miró de hito en hito a Michael, que esquivó su mirada.

—¡Menuda idea! —masculló Levy sin dirigirse a nadie en concreto—. ¿Cómo se lo has podido decir así? —protestó alarmado, enjugándose la frente.

Moish sepultó el rostro en las manos. Cuando alzó la cabeza, su tez se había demudado. Se llevó la mano al estómago.

—Disculpenme un instante —dijo. Se levantó a toda prisa, se inclinó sobre un maletín de cuero marrón que había entre su silla y la ventana, y, sacando de él un gran frasco, pegó un trago de un líquido blanco que le dejó manchados los bordes de los labios. Luego volvió a decir—: Perdonen un instante, un instante —y salió de la habitación.

—¿Por qué le has contado lo del paratión? ¿Y ahora cómo vamos a pasarlo por el

detector de mentiras? –se quejó Majluf Levy.

–Ya te lo explicaré luego –respondió Michael–. Pero no olvides que esto es un kibbutz, no hay otra manera de abrir una brecha para llegar a ellos.

Del aseo contiguo les llegó el sonido de gargarismos y toses.

–Está vomitando –anunció Majluf Levy. Michael guardaba silencio–. Entonces ¿se lo vas a contar todo? –preguntó Levy alarmado–. ¿Por qué? ¿Es que no es sospechoso? ¿Sabes qué van a decir en el Instituto? ¡Y Nahari! Pero ¿qué mosca te ha picado? ¡No entiendo nada!

Michael continuó callado, la vista fija en la mesa.

Moish regresó con el semblante pálido, grisáceo, y las manos, que colocó sobre la mesa, temblorosas. Pero dominó por completo la voz para decir:

–Explíquenmelo, no lo comprendo.

–Las pruebas han descartado la posibilidad de una alergia a la penicilina, y en el examen forense se ha descubierto una cantidad letal de paratión en su sangre y en el contenido del estómago. Es indudable que el paratión fue el causante de la muerte. Y puesto que la difunta no se dedicaba a las labores agrícolas ni a fumigar, y la posibilidad de que haya sido un accidente es poco realista, sólo cabe pensar en una muerte por causas no naturales: asesinato o suicidio. Eso es lo que hemos venido a investigar –explicó Michael.

–Están locos –murmuró Moish, y añadió con voz ahogada–: Osnat no se ha suicidado. ¿Por qué se iba a suicidar? ¿Y cómo consiguió el paratión?, eso es lo que me gustaría saber... Además, ¿cómo podía estar enterada de sus efectos? –preguntó desesperado, como si estuviera tratando de explicar algo para lo que no había explicación. Luego repitió–: Siento decírselo, pero están ustedes locos.

Majluf Levy bajó la vista y empezó a dar vueltas a su anillo de oro, gesto que Michael ya reconocía como un intento de disimular la inquietud o el aturdimiento. Moish se volvió hacia Michael con expresión interrogante. Sus ojos claros estaban humedecidos y resaltaban en su semblante pálido. Las manos le temblaban incontrolablemente, por lo que entrelazó firmemente los dedos.

Michael permaneció largo rato en silencio.

–No ha sido el Instituto de Medicina Forense el que se ha inventado el paratión –dijo Majluf Levy–. Si no hubiera estado allí, no lo habrían encontrado.

–¿Comprende qué es lo que me están diciendo? –preguntó Moish, dirigiendo una

mirada implorante a Michael.

Michael asintió.

—Cómo no lo voy a comprender —dijo al cabo—, pero no está en mi mano cambiar los hechos. Y a pesar del dolor y del miedo, también usted querrá saber lo que ha sucedido, supongo yo.

—Todavía no consigo hacerme a la idea de que Osnat se nos ha ido, un mes después de que muriera mi padre, para colmo. ¿Qué se cree, que soy de acero? ¿Por qué me lo ha soltado así?

Michael no dijo nada. Qué sentido tenía, pensaba, explicarle que la manera de decírselo era indiferente, porque el pánico que había hecho presa en Moish derivaba de los hechos. No tenía sentido.

—Vamos a analizar, en primer lugar, la posibilidad menos inquietante —dijo Michael—, que haya sido un suicidio.

—¿Quién dice que es menos inquietante? —dijo Moish amargamente—. Tal vez para usted, pero no para mí. Yo me he criado con Osnat. Es como mi hermana —y se corrigió—: Era.

—Según tengo entendido, se crió con su familia —dijo Michael.

—Sí. Nosotros, mis padres, fuimos su familia adoptiva. Llegó al kibbutz a los siete años.

—Así que ¿vivían juntos? —inquirió Levy.

—Vivir, vivir, no. Vivíamos en la casa de los niños y todos los días, a las cuatro de la tarde, íbamos a la habitación de mis padres. Aarón Meroz, el parlamentario, también. Nos criamos todos juntos, para mí eran mis hermanos.

—¿Cuáles eran los antecedentes familiares de la difunta? —preguntó Michael.

Levy tomaba notas en un cuaderno naranja que se había sacado del bolsillo.

—Sus antecedentes familiares —repitió Moish. Se levantó, se dirigió a la nevera y se sirvió un vaso de agua de una jarra de plástico azul—. Sus antecedentes familiares eran una mierda —dijo al fin con una voz cargada de rabia. Sorprendido, Majluf Levy alzó la vista del cuaderno naranja.

—Llegó a este país a los tres años, con su madre, venían de Hungría. Su padre había muerto, o quizá nunca tuvo padre. Se llamaba Anna, pero nosotros le cambiamos ese nombre por el de Osnat. No tenía padre; si vieran a su madre, sabrían a qué me refiero.

—Creía que no tenía familia fuera del kibbutz —comentó Michael sorprendido.

—No la tenía. No tenía a nadie, ni a un perro que le hiciera compañía. Su madre murió cuando Osnat tenía catorce años, y entonces ya estaba aquí con nosotros, claro. ¡Y de qué manera murió! En un accidente de coche. La atropellaron. Cruzó la calle sin mirar. En las afueras de Netania. Pero a Osnat no se lo contaron así en aquel momento. A mí tampoco me contaron que había sido atropellada. Mi padre no me lo explicó hasta hace pocos años.

—¿Tíos? ¿Tías? ¿Otros parientes? —inquirió Michael.

—Nadie —dijo Moish, sorbiendo por la nariz—. Todos habían muerto en el Holocausto —el color comenzaba a volverle al rostro—. La única familia que tiene está aquí. Éste es su hogar.

—Según creo —dijo Michael suavemente—, también era viuda de guerra, ¿verdad?

—Sí. Además eso. Yuvik murió... ¿Cuántos años han pasado desde la guerra del Líbano?

—Tres —calculó Majluf Levy.

—Tres años —confirmó Michael.

—Entonces estaba viuda desde hace cuatro años y medio —concluyó Moish—. Estaba casada con Yuvik Harel. Puede que hayan oído hablar de él —miró a Michael, que asintió con la cabeza.

—¿El teniente coronel? —preguntó para cerciorarse.

—Sí.

—El de la Marina —añadió Levy.

—Sí —volvió a confirmar Moish—. Cuatro hijos —dijo después—, y Dvorka, la madre de Yuvik, también es viuda de guerra. ¿Y me dice que el suicidio es la posibilidad menos terrible?

—A la larga, tomando en consideración las circunstancias.

Moish callaba.

—En primer lugar —dijo Michael delicadamente—, querríamos descartar el suicidio. En todo caso —continuó, y miró directamente a Moish, que tenía la vista fija en la pared; dudando que le hubiera oído, Michael repitió con énfasis—: en todo caso, tenemos que saber todo lo que haya que saber sobre ella, y usted debe ayudarnos.

Moish seguía callando.

—Ya sabe —prosiguió Michael— que tendremos que hablar con sus parientes, con sus

amigos, con cualquiera que tuviese contacto con ella, de manera que todo el mundo se va a enterar de lo que está pasando.

Moish persistía en su silencio.

—¿Cuántos miembros tiene el kibbutz? —preguntó Michael.

—Trescientos veintisiete —repuso automáticamente Moish con voz ronca.

—¿Adultos? —preguntó Michael.

—Miembros. Trescientos veintisiete miembros; eso es lo que me ha preguntado. Aparte están los niños, los trabajadores a sueldo, los padres.

—Un gran kibbutz —dijo Levy admirativamente, pero nadie reaccionó ante su comentario.

—Pues bien —dijo Michael tras una pausa—, me temo que no hay alternativa. Es imprescindible hablar con la familia.

—Yo no quiero estar presente —dijo Moish con la voz quebrada.

—No tiene por qué estarlo —lo tranquilizó Michael—, pero antes de empezar con ellos, me gustaría hacerle a usted algunas preguntas.

Moish se llevó las manos al estómago sin decir nada. Se le contrajo el rostro en un rictus de dolor y Michael le preguntó:

—¿Se encuentra bien?

Moish asintió y dijo:

—Se me pasará enseguida —y volvió a inclinarse sobre su maletín para extraer el frasco de líquido blanco, del que pegó otro trago.

—¿Qué es eso? —preguntó Levy mientras Moish devolvía el frasco a su sitio.

—¿Qué me quería preguntar? —dijo Moish dirigiéndose a Michael y haciendo caso omiso de la pregunta de Levy.

—Todo. Quiero saberlo todo sobre ella. Y, en primer lugar, analizar con usted la posibilidad del suicidio.

—El suicidio está descartado. Conozco a Osnat como..., no sé cómo expresarlo, como a mí mismo. No hay ni que pensar en un suicidio, está fuera de lugar. Sé todo lo que hay que saber sobre ella. Nunca se habría matado.

—¿También sabía que mantenía una relación con Aarón Meroz? —aventuró Michael.

Moish guardó silencio. En sus ojos apareció una mirada titubeante y al fin dijo:

—Digamos que no lo sabía, pero que no me ha sorprendido. Sé cómo comenzó. A él también lo conozco como la palma de mi mano.

—Entonces, ¿qué había entre ellos? —preguntó Michael.

—Eran como hermanos, siempre juntos. Hasta... hasta que Yuvik regresó de la marina de guerra y Osnat se fue a vivir con él, momento en el que Aarón se marchó del kibbutz. En mi opinión ése fue el motivo de que se fuera, aunque él asegura que fue porque quería estudiar.

—¿Se mantuvieron en contacto a lo largo de los años?

—No lo creo... —dijo Moish vacilante—, no, seguro que no. Él ni sabía a qué se dedicaba Osnat. Y ni siquiera vino cuando murió Yuvik.

—Entonces, ¿cómo se reanudó su relación?

Moish se encogió de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Se reanudó, sin más. Aarón estuvo aquí en Shavuot, precisamente cuando falleció mi padre, de un infarto.

—¿Por qué no se lo contó Osnat? Estaban muy unidos, ¿no es así?

Moish callaba, mirándose las uñas. Se revolvió en la silla y al fin dijo:

—Estábamos muy unidos, pero todo depende de cómo interprete esa expresión. Nunca hablábamos de ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Michael.

—Las cosas de ese tipo —insistió Moish pertinaz—. Nunca hablábamos de cuestiones personales.

—¿De qué hablaban entonces?

—De todo menos de eso. Yo qué sé, de los proyectos, del trabajo y de todo lo demás.

—En ese caso, no será mucho lo que sabe de ella en ese campo —persistió Michael.

—¿Por qué? —replicó Moish airadamente—. ¿Cree acaso que la gente sólo se entera de las cosas hablando de ellas? Yo sé muchas cosas sin necesidad de que nadie me las haya dicho, y le estoy diciendo que Osnat... tenía sus proyectos. Se había ido labrando una buena posición, paso a paso... No se mató, imposible.

—Supongamos por un momento —dijo Michael, sin prestar atención al gesto de impaciencia de Moish—, supongamos que sí se mató; ¿habría dejado escrita una nota?

—Sí, por supuesto, Osnat es una persona responsable —a sus labios afloró una especie de sonrisa al oír sus propias palabras—. Nunca se habría suicidado. Tiene cuatro hijos, que ya son huérfanos de padre. Es impensable. Y, por otro lado, Osnat acababa de embarcarse en un proyecto que, según me dijo ella misma, era lo más importante que había hecho en la vida.

–¿Qué proyecto? –preguntó Michael con curiosidad.

–Es complicado –repuso Moish a regañadientes–. Está relacionado con la estructura del kibbutz, con implantar la norma de que los niños duerman con sus padres y cuestiones de ese estilo.

–¿Cómo? ¿Es que todavía no duermen con sus padres? –preguntó Majluf Levy sorprendido.

Moish hizo un gesto negativo.

–No, todavía no.

–Qué curioso –comentó Majluf Levy–, aquí no están escasos de fondos, y los demás kibbutzim de la zona ya han...

–Sí, somos los últimos –lo atajó Moish–. Y para Osnat era una verdadera obsesión. La noche antes de que... de que muriera, hablamos precisamente de eso. Además, él –dijo mirando a Majluf Levy– ya ha hecho un registro. Lo puso todo patas arriba. ¿Y qué encontró? Nada. Salvo un montón de cartas de otros tiempos.

–¿Qué posición ocupaba en el kibbutz? –preguntó Michael.

–¿Por qué me lo pregunta? Ya les he dicho que era la secretaria del kibbutz. Una posición estupenda. Todos la querían.

–¿Todos? –preguntó Michael.

–Todos –afirmó Moish tajante–. Todos, se lo aseguro –repitió con aplomo; luego puso las manos sobre la mesa y la sombra de una duda asomó a su voz–: Bueno, ya saben, siempre hay...

–¿Qué es lo que hay siempre? –preguntó Michael.

–Cosas. Envidias, cosas así.

–¿Envidias de qué?

–Bueno, Osnat era muy guapa y había muchos que andaban detrás de ella, pero Osnat era una persona de principios, y cuidaba muy bien a sus hijos. Recuerdo que cuando construimos las habitaciones y Osnat fue de las primeras en mudarse a ellas, circularon muchos rumores...

–¿Quién le tenía envidia, en concreto? –preguntó Michael.

Moish lo miró horrorizado.

–¿Adónde quiere ir a parar? No estoy hablando de nada raro, son cosas que pasan en todos los kibbutzim. ¿Qué está pensando, que...?

–¿Cuándo la vio por última vez? –preguntó Michael.

—El lunes por la mañana, antes de que se la llevaran a la enfermería. Me pasé a verla porque sabía que estaba enferma, y siempre había sido dada a despreocuparse de los problemas de salud, a no cuidarse, a no comer si estaba ocupada. Así que me pasé a verla por la mañana y la encontré muy débil, y la obligué a ir a ver al médico, a Eli Reimer, y luego tuve que marcharme a toda prisa porque tenía cosas que hacer, y después... —se le quebró la voz—, después ya fue demasiado tarde.

—Y cuando habló con ella por la mañana, ¿la vio bien?

—¿Cómo que si la vi bien? Estaba muy enferma, pero no inconsciente ni nada semejante. Sí, la vi bien.

—¿Quién más sabía que estaba enferma?

—Supongo que lo sabía todo el mundo, porque el domingo por la noche Dvorka, su suegra, me comunicó que estaba enferma y que no podría asistir al seminario de Guivat Aviva, por lo que fuimos al comedor a buscar a alguien que pudiera sustituirla. Y en la oficina también lo sabían. Debía de saberlo todo el mundo.

—¿Y quién sabía que estaba en la enfermería? —preguntó Michael, haciendo hincapié en todas las palabras.

Moish se detuvo a pensar un instante antes de responder:

—Debía de saberlo mucha gente, porque durante la comida se estuvo comentando. Eli Reimer, el médico, pasó por el comedor de camino al hospital. Yo lo sabía, y Dvorka, y muchos otros. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo pregunta?

Michael no dijo nada.

—Esta conversación es un despropósito —protestó Moish, y escondió el rostro entre las manos.

—¿En qué momento se puso enferma? —preguntó Michael.

—Creo que ya tenía fiebre el sábado por la noche. En la sijá comentó que tenía frío, y, créame, a pesar del aire acondicionado, en el comedor hacía calor. Creo que ya estaba enferma.

—¿Con qué personas tenía confianza? ¿Con quién podemos hablar? —preguntó Michael.

—Eso me lo tiene que explicar usted —dijo Moish a través de sus dedos—. ¿A qué se refiere con tener confianza?

—A sus amigas, amigas íntimas. Ya sabe cómo son las mujeres. Siempre tienen alguna amiga íntima a la que confían sus problemas.

Moish se retiró las manos de la cara y se enjugó los ojos.

—No sé —dijo desconcertado.

—¿Alguna amiga íntima? —insistió Michael.

—Aquí no existen esas cosas —respondió Moish al fin, todavía con expresión de desconcierto.

—¿Cómo que no existen esas cosas? ¿En general, o por lo que se refería a Osnat?

—Aquí no existen esas cosas —repitió Moish tras echar una mirada en derredor—. Trabajamos juntos, vivimos juntos y nos enteramos de todo lo que concierne a los demás, pero no nos dedicamos a hacernos confidencias. Hay personas con las que te sientas a la misma mesa en el comedor, o en las reuniones, pero no hay... —hizo una pausa para reflexionar, como si estuviera revisando conceptos básicos— no hay ese tipo de amistades de las que habla usted.

—Bien, entonces, ¿quién iba a visitarla, a tomar un café, ese tipo de cosas?

Moish parecía perplejo, como si lo estuvieran obligando a pensar en algo que nunca se había detenido a considerar.

—En fin, hay algunas... ¿cómo lo podría expresar?... pandillas, personas con las que trabajas codo con codo, o con las que has coincidido aquí o allá, en un grupo de estudio, por ejemplo, pero la gente no dedica mucho tiempo a visitarse, y Osnat era una persona ocupada, a la que iba a ver todo tipo de gente, también debido al cargo que ocupaba —después, como para sí, continuó—: Aquí se puede uno sentir solo, no digo que no. Hay personas en cuyas habitaciones no he estado nunca —luego se justificó—: Como ya he dicho antes, hay grupitos, pandillas, que se reúnen por las tardes. Y, aparte de eso, una vez que te casas y tienes hijos, les dedicas a ellos todas las tardes, y luego los acuestas, y, para cuando has terminado, suponiendo por ejemplo que tengas tres hijos, que es el promedio aquí, para entonces ya han dado las ocho y tienes que ir a cenar al comedor, o bien cenas en tu habitación. Y luego siempre hay cosas que hacer, como asistir a reuniones, actividades culturales, yo qué sé... —su voz se fue apagando.

—¿De manera que hay personas que nunca se van a ver a sus respectivas casas? ¿Que nunca van de visita ni nada de eso? —preguntó Majluf Levy asombrado.

—Bueno, sí que van a ver a los demás, para preguntarles algo, pongamos por caso, y se quedan un rato, cómo no, pero si hablamos de la gente mayor, o de los solteros, qué va... No es como en la ciudad. Supongo.

—Pero si alguien quiere comentar algún problema personal, el que sea, una crisis

matrimonial, digamos, algo que presumiblemente también ocurrirá aquí –dijo Michael, y Moish asintió–, ¿a quién se dirige esa persona? ¿Con quién habla?

–Ahora que lo dice –repuso Moish con creciente turbación–, no sé qué responderle. Hablan con Dvorka, o a veces conmigo, o con alguna otra persona. Acuden a la enfermera, yo qué sé. Cuando éramos jóvenes solíamos ir a contarle nuestros problemas a la enfermera del kibbutz. También hay un psicólogo, pero no vive en el kibbutz, no sé... –su voz se extinguió, aunque al final añadió–: Pero nadie tiene secretos para nadie.

–¿Cómo es posible? –preguntó Michael–. ¿Cómo se enteran? ¿Quiere decir que todo el mundo ve lo que está sucediendo o qué?

–No sé cómo es posible. Mediante los chismorreos, quizá. La gente vive hombro con hombro, lo ven todo, se conocen desde que eran pequeños, lo saben todo.

–¿Así que no sabe con quién tenía confianza? ¿Aparte de con usted o con su familia? –volvió a preguntar Michael.

Moish hizo un enérgico gesto negativo y luego dijo:

–Es que Osnat era particularmente reservada. Resultaba difícil conocerla. Nunca hablaba de sí misma.

–Estupendo –dijo Michael para sí. Y luego le preguntó a Moish–: Entonces, ¿con quién debemos hablar aparte de con la familia?

–Bueno, hay personas dedicadas a la enseñanza que trabajaban con ella. Puedo facilitarles sus nombres, sin problemas, pueden preguntarme todo lo que quieran. Les contaré todo lo que sé, no tengo nada que ocultar.

–Muy bien, en ese caso, antes de que hablemos con la familia, quizá podría decirme si tenía enemigos –dijo Michael–, y antes de indignarse, hágame el favor de pensarlo –añadió cuando Moish despegaba los labios para protestar.

–Está bien, está bien –titubeó Moish–. Osnat, creo yo, era la más... Era muy guapa, y eso siempre hiere susceptibilidades. Y estaba casada con Yuvik. Y Dvorka es su suegra, y todo el mundo admira a Dvorka, así que ése es otro motivo de envidia. Yo qué sé –dijo, volviendo a llevarse la mano al estómago–, en los kibbutzim siempre hay muchos rencores, y éste no es la excepción. Hay mala voluntad –dijo con el rostro convulso–, no digo que no –y volvió a encerrarse en sí mismo.

–¿Puede facilitarme nombres?

–¿Para qué? –preguntó Moish receloso, y luego dijo con firmeza–: Por ahí no estoy

dispuesto a pasar. Le digo que está usted loco. Quiere que le facilite los nombres de las personas que... ¿qué? ¿Que querían matarla?

Michael no dijo nada.

–Eso no es así ni lo ha sido nunca –declaró Moish–, ¡ni nunca lo será! Les digo que ustedes no comprenden el significado de la palabra «kibbutz». Es como una gran familia. ¿Cómo puede decir una cosa así?

–Usted mismo ha dicho que aquí hay muchos rencores –le recordó Michael con tacto.

–Rencores, sí. Cómo no los va a haber, somos seres humanos. Pero no hay violencia. Y, desde luego, no el tipo de violencia a la que usted se refiere.

–Está bien, intentemos abordar la cuestión desde otro ángulo –sugirió Michael–, concentrémonos en el paratión.

–¿Qué quiere saber del paratión? –preguntó Moish más calmado.

–Según tengo entendido, el Ministerio de Agricultura ha prohibido el uso de paratión –aseveró Michael.

Moish asintió con un gesto, y, por primera vez, sonrió. Fue una pequeña sonrisa, que reveló dos filas de dientes blancos y bien formados e iluminó, cual rayo de sol en un día lluvioso, su cara angustiada. Michael pensó en la pasmosa capacidad del ser humano para adaptarse a las nuevas situaciones, en la velocidad con que su interlocutor se había repuesto y había esbozado una sonrisa espontánea, a la vez que en sus ojos se insinuaba un centelleo travieso.

–Sí, es cierto, y no nos tendría que haber hecho falta que lo prohibieran –se disculpó Moish–, porque aquí tuvimos un accidente con paratión en su día, y, de hecho, el afectado fue Aarón Meroz, que era el encargado agrícola. En aquellos tiempos fumigábamos con paratión protegiéndonos con máscaras antigás; estoy hablando de hace treinta años, no, veintitantos; y la máscara de Aarón estaba agujereada, o se le cayó la válvula o algo así, no lo recuerdo con exactitud, pero el caso es que sufrió un grave envenenamiento por paratión. Se quedó tendido en los campos, según me contó mucho tiempo después, y vio la muerte cara a cara. Estaba convencido de que había sonado su hora. Pero pasado un rato largo logró levantarse y desaparecieron todos los síntomas, el mareo, las náuseas, todo; y fue a contárselo a Srulke –el centelleo travieso y la sonrisa se extinguieron en su rostro–. Srulke era mi padre, y el encargado del diseño de jardines –explicó–; Aarón se lo contó todo y Srulke se asustó muchísimo. Por lo general era un tipo muy tranquilo, pero en esa ocasión se puso frenético, fuera de sí, y llevó corriendo a

Aarón a ver a la enfermera, Riva era la enfermera en aquel entonces, ya ha fallecido. Y mi padre también –Moish suspiró y se cubrió el rostro con las manos–. En fin, no fue necesario aplicarle ningún tratamiento porque había eliminado el veneno de forma natural, y desde entonces se dejó de usar paratión para fumigar los algodones. Pero... – hizo una pausa bajando la vista hacia la mesa.

–¿Pero? –le instó Michael.

–Pero Srulke, mi padre, guardaba unos cuantos frascos de paratión para los rosales y otras plantas. Según él no había nada como el paratión.

–¿Dónde los guardaba? –preguntó Michael, oyendo el rasgueo de la pluma con que Majluf Levy iba tomando diligentemente nota de todo, y el crujido de las páginas que pasaba con el dedo humedecido, sin acordarse de la pequeña grabadora que Michael llevaba en el bolsillo.

–Los guardaba bajo llave en el cobertizo de los productos venenosos, un lugar seguro. Para prevenir accidentes en general, y sobre todo por los niños –explicó Moish.

–¿Dónde está ese cobertizo? –quiso saber Michael.

–Se lo puedo enseñar. Cerca de los límites del kibbutz, no muy lejos del granero de semillas de algodón. Por eso se toman tantas precauciones para que siempre esté bien cerrado, porque a los chavales les gusta deslizarse por el grano. En el granero se guarda un buen montón hasta que se lo llevan, y los chavales se divierten mucho tirándose encima desde el altillo.

–¿Y quién tiene acceso al cobertizo? ¿Quién está a cargo de él?

–El encargado es Yoope, él tiene la llave, ahora es el E. A.

–¿E. A.? –preguntó Michael.

–El encargado agrícola –explicó Moish–. Cebada, algodón, girasoles... Pero mi padre también tenía una llave –añadió con una nota de animación–, y Yoyo tiene otra ahora porque se ha hecho cargo del diseño de jardines provisionalmente.

–¿Y quién de ellos tenía trato con Osnat?

–Sobre todo mi padre, y Yoyo también, porque, en su calidad de secretaria, Osnat... Da igual, no hace al caso. También trataba con Yoope, pero no es una relación digna de comentario. A Osnat no le gustaba su sentido del humor. Yoope es un personaje peculiar.

–¿Y Osnat? ¿Ella no tenía una llave?

–¡No! ¿Para qué iba a tenerla? –comentó Moish–. Con el debido respeto, no tenía ni idea de las labores del campo. Llevaba años dedicada a la enseñanza y, salvo cuando se

hacían movilizaciones generales y todo el mundo participaba en los turnos de trabajo en el momento álgido de la temporada, para la recogida de albaricoques o melocotones, pongamos por caso, Osnat ni pisaba los campos. Ni tampoco se ocupó nunca de su jardín privado; se lo cuidaba mi padre.

—¿Y su padre guardaba paratión en casa? —preguntó Michael con repentino interés.

—No, no lo creo —dijo Moish—. ¿Para qué iba a guardar paratión en casa? Era muy cuidadoso, incluso se podría decir que puntilloso. Yo nunca he visto paratión en casa, pero puedo comprobarlo. Los llevaré al cobertizo una vez que... —su rostro se ensombreció— una vez que hayan hablado con Dvorka y Shlomit y Yoav, están todos en la habitación de Dvorka, esperándolos, y no quiero que... Vamos, los acompaño hasta allí —exhaló un hondo suspiro.

Michael sentía una tensión creciente, que se iba agudizando a medida que se aproximaban a la «habitación» de Dvorka. Era una casa de dos habitaciones en una zona relativamente nueva del kibbutz. Por el camino vieron otras zonas de construcción aún más reciente.

—Son las casas de la gente mayor —explicó Moish cuando le preguntaron quién vivía allí—. Las construimos hace unos diez años y, más adelante, cuando construimos casas nuevas para nuestra generación, allá, en Los Ficus —dijo, señalando el extremo del kibbutz que quedaba a la derecha—, éstas se quedaron anticuadas.

—¿Y dónde vivía Osnat? —preguntó Michael.

—En los Ficus.

—Les han puesto nombres a los distintos barrios —señaló Michael.

—Sí —respondió Moish sin sonreír—, en un principio nos servían para distinguir las zonas, y acabaron convirtiéndose en nombres. El kibbutz se ha hecho bastante grande. Tal vez sería otro aspecto a investigar —comentó amargamente—. Ya han hecho investigaciones sobre todo lo demás. Hemos llegado, ésta es la habitación de Dvorka —y se adelantó.

La «habitación de Dvorka» era la última casa de una fila de adosados. El jardín delantero era tan vistoso que, a pesar de los nervios, Michael se detuvo a admirar los macizos de flores en espera de que los hicieran pasar. Moish llamó a la puerta y entró. Transcurrieron un par de minutos antes de que saliera y le hiciera un gesto a Michael con la cabeza. Majluf Levy lo siguió cabizbajo.

La mujer que allí los esperaba causó una honda impresión a Michael pese a su avanzada edad. Su rostro, surcado de profundas arrugas, poseía una gran fuerza. Sus ojos azul oscuro, inyectados en sangre, se volvieron hacia él con mirada penetrante, y su boca ancha, de comisuras curvadas hacia abajo, se torció apenas. Tenía el pelo completamente blanco y recogido en un moño. Vestía pantalones grises y una camisa blanca de corte masculino, y parecía una mancha blancogrisácea contra el fondo colorista del sillón. La muchacha que estaba sentada a su lado, en un sofá, y a quien presentaron diciendo que era Shlomit, la hija de Osnat, había heredado la boca grande y ancha de su abuela, pero sus ojos eran verdes y rasgados. Yoav, su hermano, que aparentaba la edad de Yuval, vestía uniforme militar y también tenía unos ojos verdes y rasgados que resaltaban en su tez morena. «Saludable belleza israelí», apodó inmediatamente Michael a aquel muchacho singularmente apuesto. Lo miraban como si llevaran horas estáticos, sin hacer otra cosa que aguardar su llegada.

—¿Dónde están los pequeños? —preguntó Moish.

—Se los ha llevado Jaguit —respondió Shlomit.

Dvorka miró a Majluf Levy y le saludó inclinando la cabeza, sin decir nada.

—Son de la policía —dijo Moish—. Os presento a... Disculpe —dijo azarado—, tiene que recordarme su nombre.

—Michael Ohayon.

—Pertenece a la Unidad de Grandes Delitos. Y éste es el inspector Levy, a quien ya conocéis —continuó Moish, y los tres los miraron con tensa expectación.

Michael reconoció signos de miedo en la cara de Shlomit. El semblante de Dvorka era tan impenetrable como una máscara de yeso.

—¿Ya tienen los resultados del examen? —preguntó Shlomit, y todos se quedaron a la espera mientras Michael asentía.

—Ha sido el paratión —soltó Moish—, el paratión, ¿os lo podéis creer?

Majluf Levy meneó la cabeza y dirigió a Michael una mirada de reproche.

—¿Cómo que el paratión? —inquirió Shlomit con gesto de incompreensión e incredulidad.

Los tres alzaron unos ojos estupefactos hacia Michael mientras éste les repetía lo que antes había explicado a Moish. Los incisivos ojos rojoazulados de Dvorka le imponían un gran respeto. A pesar de que sentía su fuerza de atracción, evitó mirarlos y se concentró en los ojos de los jóvenes. Después al fin osó mirarla a ella. Tenía los labios firmemente apretados y aire de no haber oído ni una palabra de lo que se había dicho.

–Pobre mujer, qué situación la suya –dijo Moish una vez que hubieron salido de la habitación–, es como Job. No comprendo cómo no se le ha roto el corazón. A veces me da la sensación de que oigo sus chasquidos, como si estuviera rompiéndose.

Michael, que seguía a Moish camino del cobertizo de los productos venenosos, estaba replegado en sí mismo, ajeno al entorno, viendo sin ver las amplias extensiones de césped y los carteles colgados de los grandes árboles, que sólo más adelante recordaría haber visto; no se le iba de la cabeza la frase que había pronunciado Dvorka al final de la conversación:

–Cualquiera que no haya vivido nunca en un kibbutz –había dicho sin mirar a Michael ni a Majluf Levy, como si fueran una entidad indefinible e indigna de ser tomada en consideración– no tiene ni idea de cómo es. Es imposible entenderlo desde fuera, toda su investigación es un sinsentido. Están perdiendo el tiempo.

Nahari no levantó la voz. Pronunció claramente cada palabra, poniendo énfasis en el final de las frases:

8

—Aquí trabajamos en equipo —repitió varias veces desde detrás de su mesa. Y en el mismo tono frío y autoritario, aunque con mayor calma, añadió—: Tú ni siquiera das a los demás la oportunidad de discutir si tu manera de proceder es correcta, actúas solo como... como una especie de gato. Esto no es el subdistrito de Jerusalén, ¿sabes?; aquí tenemos gente inteligente, creativa. Y la dinámica, como suele decirse, es diferente.

Michael lo miraba en silencio.

—No logro comprender por qué pensaste que tenías que obrar a espaldas de los forenses y sabotear su trabajo de tal manera. Podríamos habernos coordinado con ellos de antemano... —su voz se fue apagando gradualmente—. ¿No tienes nada que decir? —tras unos segundos de silencio, estalló—: ¿No quieres alegar nada por haber interferido en el curso de la investigación? ¿Por haber mencionado el paratión antes de tiempo?

—Ya he expuesto mi punto de vista, para ser exactos, durante un cuarto de hora —le recordó Michael—, y ya hemos convenido en que no había precedentes para la situación en la que me encontré. No tenía otra manera de romper el hielo. Necesitaba aplicarles un tratamiento de choque.

—Pero ¿qué sentido tiene ahora pasarlos por el detector de mentiras, si ya has puesto las cartas sobre la mesa? ¿Es que no has oído hablar de la confidencialidad de las investigaciones en curso?

Michael oyó crujir el picaporte y volvió la cabeza hacia la puerta.

—Ya han llegado —dijo Nahari sin entusiasmo—. Podemos empezar. El daño está hecho, y, al final, serás tú quien sufra las consecuencias —y desvió su atención hacia las personas que entraban en la sala.

Sarit, la coordinadora del Equipo Especial de Investigación, tomó asiento frente a Nahari, y Majluf Levy se sentó en el extremo opuesto de la mesa rectangular de la gran

sala de reuniones de las dependencias policiales de Pétaj Tikvá. Benny, un miembro de la sección de Michael incorporado al EEI esa misma mañana y que, según dijo, aún no había tenido tiempo de «revisar la documentación a fondo», se sentó junto a Michael. Michael y Avigail flanqueaban a Nahari, uno frente a otro. Pese al bochorno que hacía en el exterior, Avigail vestía su habitual camisa de manga larga y corte masculino, con los puños bien ceñidos a las muñecas. Estaban examinando las fotografías que Sarit les iba pasando y, de tanto en tanto, uno u otro alzaba la vista.

—¿Así que no habéis visto nada interesante en el entierro? —inquirió Nahari, mirando a Avigail y luego a Michael.

Michael comentó que las sombras aún habían de tomar cuerpo y concluyó:

—Ya sabes cómo es esto, pasará algún tiempo antes de que las cosas vayan encajando en su sitio y podamos relacionarlas con lo que hemos visto en el entierro. Hay muchísimos implicados, demasiados hilos que unir.

—Pero sí se notaba quiénes estaban más afectados —comentó Sarit.

Michael miró a Avigail. Todavía estaba aprendiendo a interpretar sus expresiones. La comisura derecha de sus labios se torció hacia abajo mientras Sarit hacía ese comentario. Michael adivinó lo que pensaba. Pero Avigail no expresó su opinión. Ni siquiera un comentario delicado sobre las distintas maneras de expresar el dolor. Avigail apenas hablaba en las reuniones.

—Una mujer se puso a parlotear y la hicieron callar —recordó Levy.

—Sí —dijo Michael—, por lo visto ha adoptado esa costumbre en los últimos tiempos. Moish me contó que también se había puesto a hablar en el entierro de su padre. Aquí la tenemos —dijo señalando en una foto a una mujer bajita que estaba junto a la sepultura con la boca abierta—. Se llama Fania y es la encargada del taller de costura, o lo era.

Nahari cogió la fotografía de manos de Michael, la observó y la dejó fuera de la carpeta.

—Entonces —dijo al cabo—, ¿qué novedades hay?

—Lo principal es que una serie de hechos parece tener una explicación racional —repuso Michael—, creo que Avigail debería explicarnos personalmente lo que descubrió anoche.

Todos se volvieron hacia Avigail, que se agarró el codo y se enjugó la frente. Michael la contempló con curiosidad, pensando que seguía siendo un libro cerrado para él. El día en que se había incorporado a su nuevo puesto y habían celebrado un pequeño festejo en

la sala de reuniones para presentarle a los miembros de la sección que iba a dirigir, Nahari le había dicho mientras le tendía a Avigail un vino servido en un vasito de plástico:

–Mucho cuidado con ella, aguas mansas.

Y Avigail había entornado los ojos, esbozando una sonrisita sarcástica.

–Es algo relacionado con la auxiliar de enfermería –adelantó Michael.

Avigail se retiró el flequillo de la frente, se mordió el labio superior y dijo en voz baja y titubeante, escogiendo las palabras con cuidado:

–Resulta que sí salió de la enfermería, debió de estar fuera unos veinte minutos.

–¿Cuándo? –preguntó Nahari poniéndose rígido.

–A la hora de comer, sobre la una y media. Salvo eso, todo ocurrió tal como nos lo había contado.

–¿Puedes explicarlo con mayor detalle? –solicitó Benny.

–Lo importante es eso –replicó Avigail, sujetándose el codo derecho con la otra mano–. Os he dicho lo que es relevante.

Michael dejó el cigarrillo en el cenicero de cristal y dijo con una suavidad que ni él mismo sabía de dónde procedía:

–No es necesario que escuchemos la cinta, pero tenemos una transcripción del interrogatorio aquí mismo, en la página cuatro; del interrogatorio que le ha hecho Avigail a Simjá Malul y de su declaración firmada. Aquí están todos los detalles pero, en todo caso, podrías ampliarnoslos un poco, contarnos qué paso, explicarnos esas cosas que no quedan reflejadas por escrito.

Avigail enroscó sus finos dedos en torno al vaso de plástico vacío.

–¿Qué puedo contar? –dijo reticente–. Está todo escrito. Vive en Kiriath Malaji y lleva algún tiempo trabajando en la enfermería del kibbutz. Están contentos con ella. Se dedica principalmente a cuidar ancianos, porque en la enfermería siempre hay al menos un paciente geriátrico, por lo visto tienen un problema con la gente de edad –tragó saliva–. Pero eso no hace al caso, la cuestión es que hablé con ella, hicimos buenas migas, y lo que descubrí fue que después de que le pusieran la inyección a Osnat, sobre la una y media, Simjá Malul fue a consultar una cosa a la secretaria del kibbutz; no sabía que Osnat era la secretaria de asuntos internos –explicó, y Michael se dio cuenta de que, por encima de todo, Avigail pretendía proteger a Simjá Malul de alguna oscura amenaza.

–¿Para qué fue a la secretaria? –preguntó–. Y, ya que estamos en ello, ¿por qué no has mencionado el motivo en tu informe?

–Para arreglar un asunto –repuso Avigail con un aire distraído que no engañó a Michael.

–¿Para arreglar qué? –insistió, sintiendo una impaciencia creciente; ahora se reprochaba no haber hablado con Avigail antes de la reunión.

Avigail callaba revolviéndose inquieta en su asiento.

–¿Para arreglar qué? –repitió Nahari como un eco–. ¿Qué asunto la llevó a la secretaría?

Fijó los ojos en Avigail, que se mordió los labios y después descargó como una metralleta:

–Tiene seis hijos y el menor le está dando problemas. Quería solicitar que lo admitieran en el kibbutz.

–¿Qué problemas? –preguntó Michael–. No puedes expurgar los hechos. Tenemos que formarnos una idea de conjunto antes de decidir qué es importante y qué no lo es, qué es relevante o irrelevante para el caso.

Mientras hablaba, Michael notó que Nahari miraba a Avigail con desconfianza, hasta que al fin estalló impaciente:

–Vamos, suéltalo ya, ¿qué es lo que te preocupa? ¿A quién estás tratando de proteger?

Avigail no perdió la calma. Se cruzó de brazos, cubriéndose los codos con ambas manos, y empezó a hablar en tono inexpresivo:

–Ya que insistís, os voy a contar toda la historia, la historia que tanto me costó sonsacarle y que le prometí no contar a nadie.

–Eso ya lo hemos oído otras veces; hacer promesas no nos cuesta nada –dijo Nahari, y sacó un puro largo y grueso del cajón de su mesa y empezó a quitarle la funda de celofán sin apartar la vista de Avigail.

–Su hijo menor tiene doce años y, por lo visto, ha empezado a jugar con las drogas, por eso Simjá Malul quiere alejarlo del barrio –Avigail continuó con la mirada fija en la pared–: ¿Qué tiene de raro? Tendríais que ver su casa, atestada de gente, y a ese marido suyo que se pasa el día holgazaneando, y cómo ella lo mantiene todo limpio y ordenado... Es una mujer muy sencilla, pero llena de fuerza. La dignidad es lo único a lo que puede agarrarse.

Nahari suspiró.

–Lo que estás diciendo –intervino Michael– es que abandonó un rato la enfermería

para ir a secretaría, ¿no es eso? –Avigail asintió con la cabeza–. ¿Y no sabe cuánto tiempo estuvo fuera exactamente?

–Me dio a entender que unos veinte minutos, o un cuarto de hora. Se quedó esperando un momento en la secretaría. Está en la otra punta del kibbutz, según dice. Probablemente tú lo sabrás mejor, yo no he estado allí. Y dice que fue corriendo, pero no creo yo que corra muy deprisa, ya no es ninguna niña.

–¡Menuda historia! –comentó Benny, acariciándose la calva–. ¡Menuda historia! Media hora sería tiempo de sobra.

–¿Es posible que ella encontrara el paratión? –preguntó Nahari.

–No, se lo pregunté –dijo Avigail con aplomo–; se lo pregunté varias veces. Lo que sí me dijo es que había dejado un plato de compota en la enfermería y que no lo encontró a su regreso. Conseguí sonsacárselo después de muchas horas de conversación.

–¿Compota? ¿Formaba parte del menú del día? –preguntó Nahari poniéndose muy tieso–. ¿O se la llevó alguien?

–También se lo pregunté –le aseguró Avigail–; no lo sabía. Pero me dijo que, por lo general, los ancianos y demás pacientes suelen tomar comida especial, la misma que sirven en el comedor a quienes están a régimen –se enderezó–. ¿Qué más da? ¿Ha habido otros casos de envenenamiento en el kibbutz?

–No, que nosotros sepamos –repuso Michael–, pero habrá que verificarlo.

–Si los hubiera habido lo sabríais –afirmó Avigail–. Creo que podemos descartar esa posibilidad. Más bien podría haber sido algo que le pusieron a ese plato de compota en concreto.

–¿Qué más? –preguntó Michael, y amplió la pregunta cuando Avigail lo miró interrogante–: ¿Qué más diferencias advirtió a su regreso?

–Ah, las puertas estaban cerradas. Pero eso está en el informe.

–¿Qué puertas? –inquirió Nahari.

–Las puertas plegables entre las habitaciones contiguas –explicó Avigail–. No me hago una idea precisa, porque no conozco el lugar.

Michael hojeó la documentación y masculló que faltaba un plano del kibbutz. Luego sacó la servilleta de papel de debajo del sándwich que aún no había tenido oportunidad de probar y, con el lápiz amarillo que Nahari tenía delante, dibujó un plano aproximado de la enfermería.

–Y Simjá Malul me juró por la vida de sus hijos que ella no las había cerrado.

–¿Dónde había ido a parar el plato de compota? –preguntó Benny.

–No lo encontró –repuso Avigail con un encogimiento de hombros–, pero tampoco lo buscó, porque estaba ocupada con Osnat, que empezó a vomitar en cuanto ella llegó. Pero eso ya lo sabemos –tras un breve silencio, añadió–: Y tuvo que ponerse a limpiar.

–¿Y no vio a nadie saliendo de la enfermería? –preguntó Nahari.

–Un respeto, por favor, ¿crees que no os habría dicho algo así?

–Hay otras cosas que no nos has dicho –señaló Nahari dando vueltas entre los dedos al grueso puro.

Sarit exhaló un largo suspiro que le salió de muy dentro y dijo:

–Así que todo estaba limpio, sin restos de paratión ni de compota, y además no vio a nadie.

–Maravilloso –dijo Nahari, y miró a Michael de una manera que le hizo preguntarse de nuevo si todo aquello no sería una trampa.

Al entregarle la documentación en la reunión de jefes de sección de Grandes Delitos, Nahari le había dicho: «Ahora que Uri está en el extranjero, y todos los demás jefes de sección tienen otros casos entre manos, creo que tú eres el hombre adecuado». Y Michael no pudo menos de sospechar que aquello era una maniobra para ponerlo en apuros. «Estarán esperando que metas la pata», le había advertido Shorer. La UNIGD, Unidad Nacional para la Investigación de Grandes Delitos, la «joya de la corona», como la había llamado su antiguo jefe al presentarle las alternativas de ascenso a su disposición, era «harina de otro costal», según él mismo se había dicho al tratar de explicarse lo ajeno que se sentía a su nuevo entorno.

No había ni rastro de las tensiones declaradas ni de los sentimientos encontrados que lo embargaban siempre que abordaba un caso nuevo en el Departamento de Investigación Criminal. Allí, cada nuevo caso entrañaba una amenaza y un reto, pero ahora se sentía en tierra extranjera. Los modales exhibidos por Nahari poco tenían que ver con los estallidos del jefe de la subdivisión de Jerusalén, Ariyeh Levy. Aquí no había tensiones en la superficie y resultaba imposible desechar los conflictos subterráneos entre unos y otros haciendo una mueca y diciendo algo así como «es que hoy nuestro amigo está con la regla». Tampoco había aquí nada parecido a la confianza que lo había unido a Eli y Tzilla. Si alguien le hubiera dicho que llegaría un día en que añoraría las desapariciones y demás irregularidades de Danny Balilty, su panza abultada y su desaliño, nunca lo habría creído. Pero la eficacia de su nuevo lugar de trabajo, la terminal

de información confidencial, e incluso la pequeña sección encargada de investigar los crímenes nazis, le hacían sentirse incómodo, como si estuvieran poniéndolo a prueba.

Se tomaba como una afrenta la misma necesidad de demostrar su valía, necesidad que, a su vez, le hacía medir todas sus palabras. Una vez terminado el trabajo, no pasaba más tiempo con la docena de personas que tenía a sus órdenes, y por las noches echaba en falta las largas sesiones en el restaurante de Meir, el cafetín donde dejaba pasar las horas sin prisa sentado en un taburete frente a Emanuel Shorer, a espaldas de Ariyeh Levy, quien nunca disimulaba su disgusto por la relación especial que mantenían.

Aquí nadie se enfadaba con él, pero tampoco nadie le demostraba un falso respeto. «Cola de león o cabeza de ratón», le había dicho Shorer riéndose cuando, después de una de sus primeras jornadas laborales en su nuevo cargo, Michael fue a verlo y, sin palabras, pidió consuelo al hombre que le había echado encima aquella carga.

—Ya te acostumbrarás —le había dicho Shorer—; no vayas a empezar a perder el ánimo. Cuento con que algún día seas comisario jefe, el primer comisario jefe licenciado en letras. Es una suerte que no seas asquenazí. Si lo fueras, habría sido imposible que ascendieras así, al menos en investigación. Ya va siendo hora de que te des cuenta de que tus responsabilidades son tuyas y nadie te las puede quitar de encima. Y aunque Nahari pueda ser un chinchorrero de mucho cuidado, al menos tendrás gente con quien hablar. Son profesionales, gente con clase.

Como siempre, Shorer había formulado con ruda franqueza lo que Michael sólo le había comunicado sin palabras: el miedo a estar «fuera de su elemento», el malestar que sentía al despertarse por las mañanas, aquella aguda ansiedad, indefinible, imprecisa, la misma que le provocaba el insomnio característico de las etapas en que trabajaba en casos particularmente difíciles.

—¿Cuál es tu quinta columna? Supongo que Nahari tendrá secretaria —le había dicho Shorer, y Michael se había echado a reír. Pero la risa se apagó en cuanto arrancó a hablar, con una vehemencia que a él mismo le sorprendió.

—Todo ese lugar apesta a Tel Aviv, es un terreno completamente distinto. No los entiendo, están hechos de otra pasta. Nahari tiene secretaria, claro, pero la chica siempre parece recién salida de la peluquería, con el pelo de punta. Yuval me dice que ahora hay una especie de gel que se echa en el pelo y que es la última moda. Al verla nadie pensaría que trabaja en la policía. En cualquier otro sitio... en el teatro, en un café..., pero no en la policía. No soporto tanta sofisticación, me saca de quicio. Yo qué sé —dijo suspirando—,

está a leguas de distancia de la Gila de Ariyeh Levy, sentadita con su bocata y pintándose las uñas; es algo totalmente distinto.

—Deja de decir tonterías —lo amonestó Shorer—. No estoy preocupado por ti. Ya te acostumbrarás. En cualquier caso, no es eso lo que de verdad me preocupa.

Michael no le había preguntado qué quería decir. Las cosas que preocupaban a Shorer eran las cosas de las que no hablaban. Como el hecho de que a los cuarenta y cuatro Michael siguiera solo. Catorce años habían pasado ya desde su divorcio, durante siete de los cuales su relación clandestina con Maya había colmado sus anhelos románticos. Nunca le había hablado de ella a Shorer, aunque el viejo lince sospechaba que Michael estaba liado con una mujer casada y en una ocasión se lo llegó a preguntar, sin que Michael le respondiera. Desde la ruptura con Maya, no había habido nadie más en su vida. En cierta ocasión Shorer le había dicho con mirada crítica:

—Todo hombre necesita una esposa. ¿Quién te has creído que eres, Sherlock Holmes? Ni siquiera tienes violín. Ya sé que se supone que los detectives no se enamoran, pero no es necesario que seas tan perfeccionista. Hace meses que no te veo con una chica —y Michael había sonreído azarado.

Por primera vez en su vida, el único sentimiento que despertaba en él un nuevo caso era el anhelo de resolverlo. Él mismo se extrañaba de la desbordante energía que le inundó desde el momento en que Nahari le habló por primera vez de la muerte de Osnat Harel, aunque sabía que no era más que el lado frívolo de su sentimiento de alienación, de aquella falta de melancolía, de abatimiento y de todo lo que no fuera la voluntad de demostrar algo. Ese algo indefinido que había de demostrar para poner a cada cual en su sitio generaba en él una inquietud que no sabía expresar con palabras. Tenía la vaga sensación de que ganarse el respeto era lo que estaba en juego, como en los inicios de su carrera. Pero, esta vez, el miedo al fracaso no sólo derivaba de sí mismo, sino de lo que él representaba, y, eso, por muy responsable que se sintiera, se negaba a analizarlo.

—Jugar en un campo que no es el tuyo no es ningún plato de gusto —le había dicho Shorer—, pero también tiene sus ventajas, ya lo verás.

La fatiga, la desesperación y el miedo que tanto le abrumaban siempre que le asignaban un caso complicado se habían traducido ahora en la determinación pura y dura, alimentada por la ansiedad, de pasar la prueba con éxito. Nahari, con su título de licenciado en Económicas y Empresariales por la Universidad de Tel Aviv, ciertamente no empleaba la frase favorita de su ex jefe del subdistrito de Jerusalén, Ariyeh Levy:

«Esto no es la universidad», y sin embargo Michael tenía la sensación de que Nahari se sentía amenazado... por su reputación, por su vertiginosa carrera ascendente y, sobre todo, por los rumores sobre la relación especial que lo unía al jefe del Departamento de Investigación Criminal, Emanuel Shorer.

Había aún otro factor amenazante, y así lo comprendió Michael al advertir que Nahari siempre ponía buen cuidado en hablar con él estando sentado. Nahari era bajito, sólido sin ser grueso, de constitución robusta. A lo largo de los años Michael había aprendido a reconocer el lenguaje corporal de los hombres bajos, que expresaban la inquietud generada por su presencia haciendo lo imposible por estar sentados siempre que hablaban con él y pidiéndole que tomara asiento en cuanto lo veían entrar. La apariencia de Nahari proclamaba su narcisismo. La camiseta verde fosforescente que hacía resaltar sus bíceps y todos sus intentos desesperados de conservar una imagen juvenil lo volvían patético a ojos de Michael, sobre todo porque sus cincuenta y tres años saltaban a la vista en su cara y en el vello blanco que asomaba por el cuello de su camiseta.

Hoy se había mencionado la palabra «régimen» cuando alguien trajo una bolsa de burekas. El corto cabello de Nahari, al estilo «romano», y su impecable bronceado ponían nervioso a Michael en tanto en cuanto delataban la energía invertida en mantenerlos. «Hace ejercicio y natación todas las mañanas, corre por la playa», le había contado Benny admirativamente, sin asomo de ironía. «A las seis de la mañana, sábados y vacaciones incluidos. No ha fallado un solo día en veinte años.» Shorer lo había resumido así:

—Cuida mucho de su palmito. Y no vayas a creer que es un enclenque que pretende ponerse en forma. Se entrena como un atleta, sin permitirse el menor relajo.

Michael contempló su cuadrada cabeza, los gestos viriles, el puro que Nahari humedeció con la lengua antes de encenderlo; reparó en su manera de hacer caso omiso de las ostentosas toses proferidas por Sarit mientras él sujetaba el puro entre los dientes, como un actor de película estadounidense, y también en la mirada inerte y deslustrada de sus ojos claros, casi transparentes, que fueron a posarse en Michael provocándole escalofríos y convenciéndolo por un instante de pánico de que Nahari sólo pretendía tenderle una trampa; luego consiguió sobreponerse y oyó a su nuevo jefe repitiendo: «Maravilloso». Esta vez los ojos de Nahari fueron a posarse sobre Majluf Levy, quien, sentado junto a la esquina de la larga mesa, tenía el aspecto de quien ha renunciado a tratar de imponerse o salvar su autoestima.

—Y tú, ¿encontraste el plato de compota? —preguntó Nahari.

—No, no lo encontré —respondió Levy pausadamente—, pero tampoco lo busqué porque ¿cómo iba yo a suponer que allí había un plato de compota?

—Creía que ya habías hablado con como se llame, Simjá Malul —dijo Nahari lentamente, dando una despaciosa calada a su puro.

Levy lo miró con aprensión. Luego dijo:

—Pero no le sonsaqué que había abandonado el lugar de los hechos —volvió sus ojos inquietos y agresivos hacia Avigail, y ella inclinó la cabeza y dirigió la vista hacia el cristal que cubría la mesa—. A veces —continuó a la defensiva—, hace falta que sea una mujer quien consiga que otra mujer se sincere.

Michael, que incluso antes de la reunión ya había empezado a reconvenirse severamente por su costumbre de precipitarse a salir en defensa del más débil, no pudo menos de disimular en lo posible la vergüenza de Majluf Levy.

—En todo caso —dijo—, yo diría que el suicidio queda descartado. Es un poco difícil que una persona aquejada de una grave neumonía se levante para echar un trago de paratión y luego esconda el frasco fuera de su cuarto. Y no digamos un plato de compota.

Nahari quiso informarse sobre el registro. Con pocas palabras Michael describió las horas que había pasado en el cobertizo de los productos venenosos, y, mientras exponía los hechos fríamente, veía ante sí la imagen de Moish en el momento en que meneó la cabeza desesperado y dijo: «No está aquí». Ambos estaban encorvados dentro del cobertizo en cuya puerta se veía una calavera y un aviso explícito, «Veneno — No acercarse», encima del endeble candado.

Y Yoyo, que les había abierto la puerta después de presentarse diciendo: «Soy Elhanan, pero todo el mundo me llama Yoyo», había comentado:

—Aquí sólo había un frasco. Lo sé porque Srulke —dirigió a Moish una mirada turbada— se lo llevó para sus rosales; estaban infestados de pulgones. Y recuerdo que me dijo que debíamos encargarnos más porque era lo mejor contra el pulgón.

—¿Cuándo sucedió eso? —había preguntado Michael.

—No lo recuerdo con exactitud —respondió Yoyo, rascándose la cabeza—; pocos días antes de que falleciera, dos o tres días, pasamos por aquí a buscar algo y se llevó el frasco.

—¿Y no lo devolvió? —preguntó Michael.

—Cómo voy a saberlo, por lo general siempre devolvía las cosas, pero puede que con

todo el jaleo del cincuentenario y la fiesta de Shavuot se despistara.

Los tres –Michael, Moish y Yoyo– se habían quedado en silencio. Michael examinó el candado, que no presentaba señales de haber sido forzado, se lo guardó mecánicamente, con un aire poco entusiasta que delataba su falta de esperanzas en que fuera a servir de algo, volvió a escuchar el recitado de los nombres de quienes tenían la llave del cobertizo y siguió a sus acompañantes al granero vecino. De pie junto a Moish, dio una patada a las grises semillas de algodón, que parecían duras, pero al sentarse sobre un montón, siguiendo el ejemplo de Moish, que se agarraba el estómago mascullando: «Esta úlcera me está matando», notó que eran blandas y tuvo la sensación de que se hundía. Recordó que Moish le había dicho que aquél era el rincón favorito de los chavales del kibbutz, que se lanzaban al montón de semillas desde el altillo y se sumergían en él como si fuera de mullida arena de la playa.

–Les encanta –le había dicho Moish–, incluso a los mayores, a los adolescentes; la semana pasada celebramos el Día del Niño como parte de las festividades del cincuentenario, y la gran atracción, la busca del tesoro, terminaba aquí, el tesoro estaba escondido en el montón de semillas. Tendría que haber visto el follón que se organizó.

Michael removía el grano con los dedos, tratando de llegar al fondo con la mano, preguntándose si no estaría allí escondido el frasco, pero no tenía sentido. El granero era enorme y habría que retirar todas las semillas para registrarlo a conciencia.

–Habría que hacer un registro sistemático del granero –dijo ahora Michael–, pero va a ser imposible si queremos mantenerlo en secreto.

–¿En secreto? –se burló Nahari–. ¡En un kibbutz es imposible mantener nada en secreto!

–No estoy tan seguro –repuso Michael con gesto escéptico–; en el entierro crucé algunas palabras con Aarón Meroz. Él sí parece habérselas arreglado para ir al kibbutz unas cuantas veces sin que nadie lo supiera.

–Eso es lo que él cree –apostilló Nahari sonriendo–. Eso es lo que él cree. Cualquiera que conozca la vida de un kibbutz opinaría lo contrario. Quizá él cree que nadie lo sabe, pero puedo aseguraros que alguien como esa mujer... –señaló a una de las mujeres que estaban al borde de la sepultura en una fotografía ampliada.

–Se llama Matilda; es la encargada de cocinas –dijo Michael.

–¿Tienes memoria para los detalles, o es que hablaste con ella? –preguntó Nahari, tomando notas en un papel.

—No hablé con ella —repuso Michael, y, sin pausa, siguió describiendo el registro que habían efectuado en la casa de Srulke. Habló con concisión, rememorando la imagen de lo que Moish denominaba «la habitación de Srulke», una casa de dos habitaciones semejante a la de Dvorka, situada en otra fila de adosados. La puerta no estaba cerrada con llave y, salvo por el polvo acumulado y el comentario que Moish hizo suspirando: «Debería limpiarla, pero no tengo ánimo», se podría haber pensado que la persona que vivía allí acababa de salir hacía un rato.

—En resumen —dijo—, registramos todo lo que pudimos dadas las circunstancias, y no encontramos nada.

—Hay tres cargos principales en un kibbutz —anunció Nahari a la concurrencia en general—. Osnat Harel era la secretaria. ¿Sabes cuáles son las funciones del secretario de un kibbutz? —preguntó a Michael, y sin esperar la respuesta, continuó—: En algunos kibbutzim, el secretario de asuntos internos es la figura clave, en otros el mandamás es el director general. El secretario se ocupa del funcionamiento cotidiano del kibbutz, de la parte social; nunca le queda un minuto para sí. Hay comisiones de todo tipo, pero cuando los miembros no están de acuerdo con la decisión de una comisión, ¿a quién creéis que acuden? Al secretario. El director se ocupa más bien de las cuestiones generales, la política económica y ese tipo de cosas. Pero, en el fondo —dijo, y una mirada maliciosa asomó a sus ojos mientras examinaba la tapa de la carpeta que tenía delante—, la dinámica queda determinada, allí como en todas partes, por la personalidad de quien desempeña el cargo. Eso es lo que determina las relaciones de poder.

Nahari guardó silencio un instante y luego siguió hablando con precipitación, como si estuviera perdiendo la paciencia.

—El director general es el tal Moish. Y el tesorero, ¿quién es? ¿Lo sabes? —se volvió hacia Michael, que señaló en silencio a un hombre que estaba cerca de Moish y su mujer—. ¿Él? —exclamó Nahari sorprendido—. ¿No es el mismo tipo, el tal Yoyo? —se volvió irritado hacia Sarit—. ¿Por qué están tan borrosas tus fotografías? Harías bien en que te revisaran la cámara.

—No creo que sea la cámara —dijo Sarit, agitando sus rizos—. Más bien creo que me temblaba la mano. La escena de un asesinato en un kibbutz me tenía muy impresionada, la mera posibilidad de que ocurriera algo así. Estaba disgustada. No es como un entierro cualquiera. Y todo el mundo te mira, y ves que se están preguntando qué pinta ahí una desconocida.

–Hazme el favor de no mezclar en esto los sentimientos. Ya tengo las cosas bastante complicadas como para que encima montemos un melodrama sobre qué nos está pasando y dónde va a ir a parar nuestro país.

–Es el tesorero desde hace seis años –informó Michael.

–¿Qué importancia tiene? –preguntó Levy.

–Ahora mismo os lo explico –prometió Nahari–. Pero, antes de que se me olvide, ¿quién está a cargo de organizar los turnos de trabajo?

–Una mujer llamada Shula –respondió Michael.

–Pues bien –dijo Nahari–, quiero que los cuatro, incluido el nuevo secretario, vengan aquí esta tarde. Les explicaremos la situación y ellos podrán organizarnos el registro.

Michael carraspeó y dijo:

–Disculpa, no me parece una buena idea.

Nahari se enderezó y dijo en un tono a todas luces provocador:

–¿Por qué no?

–Yo opino que deberíamos dejar que se encargaran del registro las personas que ya están al tanto de la situación, y, de momento, ser tan discretos como sea posible, sin que se entere todo el kibbutz –Michael miró de frente a Nahari, que agitó el puro en el aire y desparramó la ceniza sobre la mesa mientras respondía.

–Tú mismo has saboteado la posibilidad de ser discretos –se examinó las uñas y luego, alzando la vista, añadió–: En todo caso, puedes irte olvidando de la discreción. En un kibbutz es imposible guardar ningún secreto.

–Pues ha habido alguien que lo ha conseguido –apostilló Michael.

–¿Cuándo te has citado con él? –preguntó Nahari.

–¿Con quién? –preguntó Benny–. ¿Con quién se ha citado?

–Con Meroz –explicó Sarit.

–Esta tarde, en el Hilton –dijo Michael.

–¿Qué Hilton?

–El Hilton de Jerusalén –respondió Michael–. Es donde se aloja cuando está en Jerusalén.

–No me importaría ponerme en su lugar –suspiró Sarit, estirándose la camiseta sobre el pecho.

–Al menos podrías haberte citado con él en Tel Aviv –gruñó Nahari–. ¿Qué dice el forense sobre el lapso de tiempo entre el envenenamiento y la muerte?

–Media hora como máximo –contestó Michael consultando el informe forense.

Avigail levantó la vista de las fotografías que examinaba, aparentemente ajena a la conversación, y afirmó con una autoridad poco común en ella:

–No más de un cuarto de hora.

–¿Cómo lo sabes? –inquirió Nahari con desconfianza.

–Lo sé.

–¿Cómo? –insistió Nahari.

–Creía que tenías por costumbre leer los currículos de las personas que entraban a trabajar en el departamento –comentó Avigail secamente.

–Lo he leído. ¿Y qué? –dijo Nahari impacientándose.

Avigail mordisqueó el lápiz amarillo que tenía en la mano y volvió a bajar la vista hacia las fotos.

–¡Avigail! –gritó Nahari–. ¿Cómo sabes lo de los quince minutos?

–Porque fui enfermera durante diez años. Y trabajé seis meses de enfermera en un kibbutz. Lo sé. He visto casos después de que se fumigara con paratión. No dura más de quince minutos.

–¿Enfermera? ¿Eres enfermera profesional? –preguntó Michael. Avigail asintió y volvió a ensimismarse.

–Pues bien, volvamos al registro –dijo Nahari.

–Cero. Nada de nada –intervino Levy–. Anteayer volvimos a dedicarnos por completo a eso, mis hombres y yo. Buscamos por todos lados, en el cobertizo de productos venenosos, en la enfermería por enésima vez, en casa de ese señor, el padre de Moish, y en su casa, claro está, la de Osnat Harel, y no descubrimos nada. Tendremos que registrar el kibbutz de arriba abajo, inspeccionar todas las habitaciones, y anoche ya comenzamos a hacerlo, pero con discreción; nadie sabe qué andamos buscando.

Miró a Michael en busca de confirmación y Michael volvió a decir:

–Es importante retrasar en lo posible el momento de difundir el motivo de la muerte. Ya sé que es imposible realizar una investigación y mantenerla en secreto a la vez, pero lo intentaremos cuando menos hasta que estemos seguros de que el paratión ha desaparecido; aunque he de decir que deshacerse del frasco no me parece tan sencillo; es metálico –echó un vistazo a su reloj–. No tardarán en llegar.

–¿Quiénes? –dijo Nahari.

–La familia, y Moish y Yoyo, y la enfermera del kibbutz y el médico, todos los que ya

están implicados. He pensado pedirles que, si es factible, se encarguen ellos del registro. No quiero que el resto del kibbutz sepa que estamos hablando de paratión.

—¿No crees que antes deberíais confirmar sus coartadas? —preguntó Nahari, los ojos más fríos que nunca.

—Ya lo hemos hecho —intervino Majluf Levy—. Están en la segunda página, antes de las fotos —señaló la carpeta que tenía abierta ante sí.

—El hijo estaba de servicio en el ejército —empezó a recitar Benny, con el tono de quien ha hecho los deberes—, y la hija estaba en Tel Aviv; estudia allí. Dvorka, la suegra, estaba en el comedor, y de allí se fue a descansar a su habitación. Todavía trabaja, a pesar de su edad —comentó con asombro—, es profesora.

—De estudios bíblicos —dijo Majluf Levy reverentemente—. Enseña la Biblia; y también dirige grupos de estudio para amantes de la Biblia.

—Dios mío, sálvame de los grupos de estudio de los kibbutzim —suspiró Nahari—. Así pues, según parece, ¿no estuvo allí en ningún momento? ¿En la enfermería?

—No —aseveró Levy con firmeza—. Se lo preguntamos muy claro. A mediodía hace calor; pensaba «pasarse a verla» a última hora de la tarde, tal como dice aquí.

—¿Y el tesorero, el tal Yoyo, que tiene acceso al cobertizo de los productos venenosos?

—Estuvo en la secretaría, en los campos de algodón, en la fábrica, en todas partes, siempre acompañado de alguien. Lo hemos verificado —aseguró Levy.

—Puede que lo tuviera planeado de antemano. No estoy seguro de que podamos tacharlo de la lista de sospechosos —masculló Nahari.

—Por alguien hay que empezar —dijo Benny titubeante—. Pero si es alguno de ellos, ya hemos metido la pata.

—¿Te ha visto alguien del kibbutz? —preguntó Michael a Avigail.

Después de meditar un instante, Avigail hizo un gesto negativo y dijo:

—No, ¿cómo me iban a ver?, si no he pisado el kibbutz. Entrevisté a Simjá Malul en su casa, y después aquí, una vez que ya habían hablado con ella en Asquelón.

—Muy bien —dijo Michael—. Estupendo. Quiero que no te dejes ver.

Todos lo miraron, pero Michael permaneció callado. En los fríos ojos de Nahari titiló un instante un brillo acerado; luego dijo con calma y firmeza, aplastando el puro en el cenicero:

—Olvídate de eso. Ni lo pienses.

Michael no reaccionó. En la sala reinaba el silencio. Tras una breve confrontación de

miradas, Nahari repitió:

—No hay ni que pensar en eso. Se montaría tal escándalo que no sabrías dónde meterte. En todo caso, no te lo van a permitir, así que olvídalo.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Benny.

Avigail agachó la cabeza, pareció encogerse y, cuando se llevaba las manos a los codos, Nahari dijo:

—Está pensando en introducirla en el kibbutz.

Transcurrió casi un minuto antes de que Avigail rompiera el silencio diciendo con calma:

—Antes deberías preguntarme si estoy de acuerdo, ¿no te parece?

—¿Por qué no ibas a estar de acuerdo? —preguntó Michael.

—Porque no dejé la enfermería y me vine aquí para volver a ser enfermera otra vez —replicó Avigail, mirando el cristal de la mesa y borrando de él una mancha invisible con el dedo.

—No hay nada que discutir —zanjó Nahari con ademán decidido—. Da igual que estés o no estés de acuerdo. Nos encontraríamos metidos en un segundo Watergate si llegara a salir a la luz. ¿Una policía introducida clandestinamente en un kibbutz? ¿Quién sería el loco que lo autorizaría? —y tras una breve pausa—: Yo no, desde luego. No voy a dar la cara por eso. No esperes que te respalde. Mi respuesta es no. Y el comisario jefe... —dejó la frase inacabada y sonrió. Sólo las comisuras de su boca se movieron, revelando una dentadura blanca y regular.

—Pero ¿cómo? —preguntó Majluf Levy con voz ronca—. ¿Cómo?

—En lugar de la enfermera Rickie, que va a dejar su puesto —explicó Benny—. Quiere dejarlo, ¿no te acuerdas?

—¿Te vas a empeñar entonces en meterla en el ajo? —dijo Nahari.

—Aún no lo sé —respondió Michael—, habrá que ver cómo se van desarrollando los acontecimientos. Pero un par de cosas las tengo muy claras: la primera es que no lograremos descubrir nada si no tenemos a alguien trabajando desde dentro; y la segunda es que tenemos que encontrar el frasco y posponer tanto como sea posible el alboroto en el kibbutz.

—¿No te parece que antes podríamos pinchar unos cuantos teléfonos? ¿No se te había ocurrido? —preguntó Nahari.

—Imposible —repuso Michael quedamente—. Tienen una centralita automática; habría

que pinchar todos los teléfonos del kibbutz, y hay uno en cada habitación. Es imposible. Lo he verificado, no funcionaría.

Nahari se echó hacia atrás, recostándose en el negro cuero de imitación de su sillón, se cruzó de brazos y dijo:

–No voy a darte permiso. Puedes solicitarlo al jefe del DIC, claro está. Adelante, hazlo. Si él está dispuesto a asumir la responsabilidad de lo que pueda suceder, yo no pondré impedimentos. Pero te digo desde ahora que tengo la intención de dejar constancia de que opino que es un plan que se volverá en contra nuestra.

Para Michael aquello era un claro desafío, significaba que la competición se había hecho pública.

Sonó el teléfono y Nahari se inclinó para cogerlo del suelo y lo colocó al borde de la mesa. Al propio tiempo, llamó la atención de Michael con un ademán y, antes de hablar por el auricular, le advirtió:

–Por escrito. Quiero ver el permiso por escrito, para que luego no se pueda poner en duda lo que ha dicho cada cual –después refunfuñó por el teléfono–: Que esperen un momento, enseguida acabamos –y, volviéndose hacia Michael, preguntó–: ¿Cómo quieres hacerlo? ¿Uno por uno? ¿Todos juntos? Están aquí, todas las personas a quienes has convocado. ¿Cuánto tiempo te queda antes de salir hacia tu cita con Meroz en Jerusalén?

–Han llegado pronto –repuso Michael consultando su reloj–. Estupendo, así nos conceden más tiempo –y, tras una breve reflexión, dijo en tono autoritario–: Quiero que pasen todos a mi despacho, y te invito a hablar con ellos si quieres estar presente.

–Gracias –dijo Nahari–, pero tengo otras cosas que hacer. Este caso no es el gran acontecimiento de mi vida, ¿sabes? Sabrás arreglártelas tú solo.

Ya con la mano en el picaporte, Michael dijo:

–Avigail, quédate aquí hasta que hayan pasado a mi despacho. Y vosotros, Sarit y Benny, venid conmigo. No te preocupes –añadió volviéndose hacia Nahari–, no lo haré sin haber recibido autorización.

–Eso habrá que verlo –replicó Nahari en tono amenazante, y, poniéndose en pie, se estiró.

–¿Y yo qué? –preguntó Majluf Levy–. ¿Dónde encajo yo?

Nahari hizo como si no le hubiera oído. Michael, azarado, consultó su reloj y luego dijo:

–Tú también puedes venir conmigo, pero también puedes marcharte a Asquelón si te necesitan allí.

–Voy contigo –dijo Majluf Levy con aplomo–. Nunca se sabe cómo se van a desarrollar los acontecimientos.

Mientras describía los hechos con voz queda y contenida, Michael escudriñaba los rostros de sus oyentes, tomando nota de los sutiles cambios en el color de la piel y de los movimientos corporales. Después de haber anunciado que «el suicidio quedaba descartado por razones técnicas», pasó a explicar la necesidad de mantener la confidencialidad. Luego les pidió que colaborasen en la búsqueda del frasco de paratión, todavía hablando con tranquilidad y cuidándose de no revelar ninguna emoción, de evitar el dramatismo. Nadie dijo nada salvo Rickie, la enfermera, que profirió un grito ahogado, y nadie planteó objeciones. Moish estaba encorvado en su silla y Shlomit tiraba rítmica y ansiosamente de su rizado cabello. Su hermano, Yoav, no movía un músculo y Dvorka no cesaba de retorcerse los dedos. Sólo Yoyo parecía haber asimilado todo; después de revolverse y de estirar sus largas y delgadas piernas, posó las manos en los brazos de su silla y dijo:

—Sigo sin comprender qué se espera de nosotros. ¿Qué suelen hacer en otros casos? ¿A qué viene tanto sigilo?

—Con permiso —intervino de pronto Majluf Levy, que no había despegado los labios hasta entonces. Hizo un ademán en dirección a Michael y luego se volvió hacia el pequeño grupo sentado en semicírculo frente a la mesa—. Permítanme que se lo explique —dijo en tono paciente—. Les guste o no, la cuestión es que en su kibbutz anda suelto un asesino.

Dvorka se estremeció, Moish bajó los ojos y Michael comprendió repentinamente que tanta circunspección y reticencia habían estado fuera de lugar, que lo que hacía falta era un tratamiento de choque, y se preguntó por qué era incapaz de hablar con la brutal franqueza de Majluf Levy, quien había hecho aflorar el miedo a los rostros de sus interlocutores. El miedo que había estado allí desde el principio en espera del momento

de mostrarse y que Levy había sacado a luz gracias a sus palabras directas y espontáneas.

—Esto es muy distinto de un simple robo —continuó— y de los casos que he investigado en otros kibbutzim donde había voluntarios implicados en asuntos de drogas. Estamos hablando de un asesino a sangre fría, un envenenador, que en este mismo momento se pasea libremente por su kibbutz.

—Puede que sea alguien de fuera —apuntó Yoyo tímidamente.

—Ojalá sea así —dijo Levy—, ojalá lo sea. Pero a juzgar por lo que sabemos de momento —prosiguió en tono seguro—, no parece probable que alguien de fuera pueda haber sabido dónde estaba el frasco de paratión que pertenecía a... al padre de este señor. De manera que no ha podido ser alguien de fuera, a no ser que trajera consigo el paratión. Lo siento, pero sería un milagro que hubiera sido alguien de fuera —se quedó mirando a la concurrencia con dramatismo y luego fue pasando la vista de uno a otro, mirándolos intensamente a los ojos. El rostro de Majluf Levy irradiaba una fuerza que antes no tenía y se veía que era consciente de su poder. Ciertamente, era la persona adecuada para hablar con ellos en aquel momento—. Hay entre ustedes un asesino despiadado y aún no sabemos qué motivos tenía. Ni siquiera sabemos si ha dado por terminada su espeluznante labor. Porque aún no conocemos suficientemente bien a la víctima. Pero, como se suele decir, no tendría sentido esconder la cabeza debajo del ala. Lo que tienen ustedes que hacer es, en primer lugar, enfrentarse a los hechos, y, en segundo lugar, comprender que, si quieren descubrir a este asesino, tendrán que ayudarnos a encontrar el frasco de paratión. Ustedes están en su casa, pueden entrar en todas las habitaciones, fisionear, ver qué está pasando... *antes* de que revelemos a todos los miembros del kibbutz el asunto del paratión —alzó la voz—: ¿Y quién sabe? Puede que ustedes tengan éxito donde nosotros hemos fracasado. ¡Hay cosas que saben mejor que nosotros aun sin saber que las saben! Dentro de un momento, vamos a hablar con ustedes por separado, para plantearles las preguntas que les ayudarán a descubrir esas cosas que no saben que saben... pero, aparte de eso, es fundamental que comprendan —bajó la voz hasta un susurro, como si hubiera alguien escuchando detrás de la puerta— que es vital mantenerlo en secreto y encontrar el veneno enseguida. Para que podamos atrapar a la persona en cuestión antes de que vuelva a actuar.

Moish, cuya palidez grisácea había adquirido un tono oscuro y terroso, se llevó la mano al estómago.

—No pienso quedarme ni un minuto más en el kibbutz —dijo Rickie con voz trémula a la par que decidida—. No puedo soportarlo, ésta es la gota que colma el vaso.

Nadie reaccionó.

—¿No cree que está exagerando un poco? —preguntó el doctor Reimer. Sus inteligentes ojos miraron a Majluf Levy desde detrás de las lentes de sus gafas. Se pasó los dedos por la rubia barba. Levy hizo un enfático gesto negativo, pero Reimer prosiguió—: Hay que tener en cuenta que por el kibbutz se pasea todo tipo de gente, voluntarios extranjeros, y hay otras posibilidades...

—No desdeñaremos ninguna posibilidad —prometió Michael—, pero piense en el frasco de paratión que desapareció del cobertizo de los productos venenosos y pregúntese cómo alguien de fuera pudo tener acceso al cobertizo, o pudo saber que Osnat Harel estaba en la enfermería; quién se habría arriesgado a actuar en los veinte minutos que le bastaron al asesino si no hubiera tenido un motivo legítimo para estar allí —dejó que lo asimilaran antes de añadir—: Nuestra perspectiva dista mucho de estar clara, desde luego. No sabemos suficiente de la víctima y, naturalmente, estamos a oscuras con respecto al móvil del crimen, pero es posible que la próxima vez que hablemos con ustedes ya sepamos algo.

—Me he quedado corto con lo que he dicho —dijo Majluf Levy volviéndose hacia el médico—. Creo que no son conscientes del peligro que corren.

—¿Qué esperan de nosotros? —estalló Moish—. ¿Quieren que empecemos a fisgonear en las habitaciones de los demás?

Levy no estaba escandalizado por la pregunta, y tampoco había dado vueltas a su anillo ni una sola vez durante la conversación. Parecía muy relajado —y no como yo, pensó Michael— cuando dijo:

—Exactamente. Eso es lo que tienen que hacer. Tienen que sospechar de todo y de todos y mantener siempre los ojos bien abiertos; tienen que andarse con cuidado y, a la vez, proteger a los demás —la última frase fue acompañada de un movimiento admonitorio del dedo.

Los dos jóvenes lo miraban de hito en hito, boquiabiertos; Shlomit había dejado de separarse obsesivamente la larga melena en bien dispuestos mechones y su hermano, el soldado, seguía petrificado en su asiento.

Rickie se enjugó la húmeda frente, se dio una palmada en la rodilla y dijo:

—No pienso meterme en este asunto. Me marcho mañana por la mañana. La gente me

mira en el comedor como si lo hubiera hecho yo —echó una nerviosa ojeada a los jóvenes y luego miró por el rabillo del ojo a Dvorka, que estaba sentada a su lado; sin decir nada, la anciana le posó en el brazo una mano surcada de venas.

Dvorka no había dicho nada en ningún momento, pero sus ojos habían ido enrojeciendo más y más. Tenía los anchos labios fruncidos en el gesto que Michael recordaba de la primera vez que la había visto; ahora dibujaban un trazo más exagerado hacia abajo. Su cabello recogido en un moño plateado, su sencillo vestido gris, la quietud con que reposaba en la silla, todo ello hablaba de una encomiable reserva, y, no por primera vez, Michael se preguntó si dicha reserva no era en efecto admirable, pues ¿cuál era la ventaja, el valor absoluto, de la capacidad para expresar abiertamente los sentimientos? Al propio tiempo cavilaba sobre qué tipo de sociedad producía personas como Dvorka, personas para quienes la reserva era el valor supremo, el armazón que permitía que el frágil, precario y maltrecho espectáculo siguiera en marcha. Ahora bien, también albergaba sus dudas con respecto a aquella cultura que se decía espartana, que enseñaba a no encorvarse bajo el temporal, a aguantar sus estragos con la cabeza bien erguida para salir fortalecidos de la experiencia. Dvorka era la única de los presentes, quizá con la salvedad de Yoyo, que hasta el momento se había mantenido impassible, y Michael sabía por experiencia que el menor resquebrajamiento en aquella compostura haría que todo el edificio se viniera abajo.

—¿No tienes nada que decir? ¡Di algo! —exclamó Moish desesperado, dirigiendo hacia ella una mirada expectante. Dvorka se tomó su tiempo para responder.

—Creía que ya no nos quedaba nada por ver —dijo al fin con voz sorda—. Vosotros quizá sois demasiado jóvenes para recordarlo, pero ¿quién podría haber previsto lo que sucedió en 1951, cuando las cuestiones ideológicas y políticas dividieron los kibbutzim por su mismo centro? Desde entonces pensaba que ya no me quedaba nada por ver. Familias destruidas. Y mucho odio. El odio no es nada nuevo, pero entonces se manifestaba claramente —hablaba con el ritmo monótono de un canto fúnebre, sus palabras se sucedían sin cambios en la cadencia de la voz.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le espetó Moish a voz en grito—. ¿Que deberíamos estar preparados para lo peor? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Dvorka! ¡Es un asesinato! ¡Están hablando de un asesinato en nuestra casa!

—Tendremos que superarlo —dijo Dvorka suavizando la voz y mirando a los jóvenes. Luego volvió a dirigir la mirada hacia Moish—. ¿Qué quieres que diga? —dijo al fin, y a su

voz asomó una nota más humana—. Mi vida toca a su fin, no me quedan muchos años por delante. Es vuestro futuro y el de vuestros hijos el que está en juego; hay que enderezar lo que se ha torcido.

—¿Lo que se ha torcido? —Michael se lanzó sobre aquellas palabras como si fuera la primera vez que las oía.

—¡Lo que se ha torcido! —repitió Dvorka con firmeza—. ¡Es un proceso lento y gradual de deterioro! No ha empezado ayer. Mano de obra contratada... —elevó la voz con pasión—. ¡Mano de obra contratada en el kibbutz! Hoy día todos los kibbutzim se están prostituyendo, ¡prostituyendo, sí! Alquilan los jardines de delante de los comedores para la celebración de bodas y bar mitzvás, ¿no es inconcebible?

Moish suspiró.

—Dvorka, no es de eso de lo que estamos hablando —apeló a ella desesperado—. ¿No ves que esto es distinto? Nunca había ocurrido nada semejante, ni siquiera en la peor de mis pesadillas...

—¿Distinto por qué? —replicó Dvorka, poniendo énfasis en todas las palabras—. No es distinto en absoluto. Una cosa lleva a la otra, es un proceso, ¿no comprendes que se trata de un proceso? ¿No comprendes que es un proceso que trata de poner al individuo por encima del grupo, de situar el bienestar personal por encima del bien común, y que hay una incapacidad para actuar sin esperar que las gratificaciones materiales nos lleguen de inmediato? ¿No ves que todo forma parte de un largo proceso? —extendió el brazo ante sí—. Se empieza por especular en la bolsa y por sacar beneficios de las acciones, y se termina teniendo que conceder puntos a tus compañeros por recoger la fruta de nuestros propios árboles. Lleváis mucho tiempo negándoos a hacer examen de conciencia —continuó con fatiga—. Hace ya mucho tiempo que los kibbutzniks consideran que su hogar son sus habitaciones privadas y no el kibbutz en general. Se trata de un proceso cuyo clímax son esos planes vuestros para que los niños duerman con la familia y... —se quedó en silencio, los labios curvados hacia abajo, las manos trémulas. Entrelazó las manos y se apretó los nudillos.

—Yo me marchó, no puedo quedarme aquí —dijo Rickie.

—Vamos, déjalo ya —la amonestó Moish con voz ahogada.

—Tenéis que tomarme en serio —insistió Rickie, la histeria aflorando a su voz.

—Está bien, ya te hemos oído. Nadie te obliga a quedarte —dijo Yoyo impaciente—. ¿Qué te pasa? ¿Llevas demasiados minutos seguidos sin ser el centro de atención?

Michael tomó nota mentalmente del estallido de cólera y del sudor que perlaba la frente de aquel hombre hasta entonces tan correcto y se dijo que debía averiguar los motivos.

—Me marchó hoy, o mañana como muy tarde. No soporto más esas miradas. Tenía la esperanza de que se lo íbamos a explicar a todos y ahora resulta que tenemos que mantenerlo en secreto, con lo que la gente seguirá tratándome como si la hubiera matado yo —rompió en llanto y Dvorka exhaló un hondo suspiro—. ¡Juro que no he sido yo! —exclamó implorante—. ¡No ha sido culpa mía!

—Nadie la acusa de nada —dijo Majluf Levy—. El mero hecho de estar aquí debería bastar para convencerla —Rickie continuó llorando.

—Haremos lo que sea necesario —dijo Yoyo—. Mantendremos la boca cerrada y buscaremos el frasco, hasta que lo encontremos o hasta que nos digan que abandonemos la búsqueda. Lo que suceda antes.

—Una cosa así no se puede mantener en secreto mucho tiempo —dijo Moish con desánimo—. No se puede, en un kibbutz, y menos un secreto de este calibre.

—No estoy tan seguro —dijo Michael calmamente—. Tal vez ése sea otro de los mitos sobre los kibbutzim —y sus palabras no sólo iban dirigidas a Moish.

Aquella frase la había pronunciado pensando sobre todo en Dvorka, a quien ahora tenía sentada enfrente mientras revolvía sus papeles y la miraba alternativamente. A los demás miembros del grupo se los estaba interrogando en otros despachos y el hecho de que Michael hubiera llamado «entrevistas personales» a esos interrogatorios no alteraba en absoluto su verdadero carácter. Había puesto a Yoyo en manos de Majluf Levy y Benny se había encerrado con Moish. Los jóvenes estaban con Sarit en el despacho de atrás. «No puede verlo ahora, está realizando un interrogatorio», oyó decir a Sarit al otro lado de la puerta, convenciendo a la enfermera Rickie de que esperase fuera.

Ahora estaba a solas con Dvorka en su despacho. Mientras le ponía delante un vaso de agua fría, la miró directamente a los ojos azules, inyectados en sangre, que le dirigieron a su vez una mirada taladrante que le hizo sentirse incómodo, infundiéndole un temeroso respeto y, a la vez, la determinación de no eludir aquella mirada. Al cabo, Michael dijo:

—Es muy difícil investigar un caso de esta naturaleza sin comprender a la persona implicada.

Sobre las dificultades de comprender «el espíritu de las cosas» nada dijo, como tampoco se lo había dicho a sus colegas. La UNIGD no era lugar apropiado para transportes poéticos, como Shorer le había advertido: «Allí será mejor que guardes para ti tu filosofía y tus reflexiones sobre la vida». Y cuando comenzó a hablar con Dvorka, o tal vez antes, mientras se sostenían la mirada, Michael recordó la conversación que había tenido con Nahari el día en que le asignó el caso.

—¿A qué edad llegaste a Israel? —le había preguntado Nahari.

—A los tres años —respondió Michael.

—Y, desde esa edad, ¿nunca has tenido la menor experiencia de la vida en un kibbutz? —comentó Nahari sorprendido—. ¿Cómo es posible? Muchos chicos de tu colegio estuvieron destinados en kibbutzim durante su servicio militar, o con unidades Nájál, ese tipo de cosas —y cuando Michael pronunció algunas frases huecas sobre su miedo a las estructuras rígidas que inhiben al individuo, Nahari había sonreído sarcásticamente, y, abarcando el cuarto con un ademán, había dicho—: Nadie podría decir que has escogido una estructura flexible como lugar de trabajo. Aquí la dinámica no es precisamente individualista.

—No lo es —hubo de reconocer Michael—, pero al menos no afecta a tu vida personal.

Ahora Dvorka le preguntaba con voz hostil:

—¿Qué sabe usted del movimiento de kibbutzim? ¿Ha vivido alguna vez en un kibbutz?

Michael pasó por alto la pregunta y dijo:

—Hábleme de Osnat —encendió un cigarrillo y quedó a la espera.

Dvorka bajó la vista hacia el vaso de agua y él observó sus leves tics faciales, los anchos labios tensándose y relajándose, y aquellos ojos que lo miraban de frente y lo acobardaban. Parecía que veían a través de él, como si fuera transparente, como si no existiera.

En su vida se había sentido tan insignificante como ante Dvorka, le diría a Shorer aquella noche, pese a que no le había dicho nada hostil ni despectivo que justificase aquella sensación de que para ella no existía. Además del miedo y del respeto que le infundía, empezaba a sentir cierta animadversión hacia ella. Como después le explicaría a Shorer: «Quién sabe, quizá es natural sentirse así ante una madre que ha perdido a su hijo. Te sientes culpable porque tu vida sigue adelante, porque te has salvado —tocó madera, en la mesa que los separaba—, de momento».

Shorer esbozó una mueca escéptica.

—Pueden hacerte sentir así por cualquier motivo —dijo—. Esos kibbutzniks que levantaron el país y desecaron las tierras pantanosas tienen al mismo Dios en un puño. Pregúntaselo a Nahari. Si es que aún no te lo ha contado.

—¿El qué? —preguntó Michael.

—¿Cómo? ¿No te ha dicho nada? ¿No te ha pasado por las narices lo mucho que sabe sobre el movimiento de kibbutzim?

—Sí, lo cierto es que me ha sorprendido. Parece muy bien informado —comentó Michael.

—Pues tengo que decirte que él también los odia. Estuvo en un kibbutz con un grupo de la Juventud Aliyá⁷. Pensaba que te habría hablado de eso —dijo Shorer—. ¿No le has preguntado nada?

—No he querido meterme donde no...

—Pues bien —dijo Shorer—, tú no eres el único a quien quiere hacer la puñeta. También se quiere vengar de ellos, no sé muy bien por qué.

Ahora Michael seguía cara a cara con Dvorka, que lo taladraba con aquella mirada aparentemente ausente, y sus ojos lo atraían como a un pájaro los de una serpiente. Dvorka cerró los ojos y él esperó pacientemente a que los abriera mientras la anciana entrelazaba los dedos y decía:

—No sé si voy a poder hablarle de Osnat —era la primera vez que oía un rastro de acento ruso en su manera de pronunciar la *ele*. Con la firme convicción de que todos, incluida Dvorka, tenemos la necesidad de desahogarnos, Michael guardó silencio y le prestó toda su atención cuando ella añadió: No sé qué decirle; era parte de mí misma, como una hija, más que una hija.

—No se preocupe si le parece que lo cuenta de una manera confusa —la tranquilizó—. Puede empezar por la historia de su vida, su personalidad, la gente que la rodeaba. Necesitamos alguna pista.

Y mientras Dvorka volvía la cabeza hacia la ventana y entornaba los ojos, Michael reconstruyó la conversación que había tenido con ella en la secretaría del kibbutz, la noche que Majluf Levy, Moish y él habían estado buscando el frasco de paratión, cuando Dvorka le describió sin rechistar lo que había hecho el día de la muerte de Osnat. Había estado dando clases hasta el mediodía y luego había ido al comedor. Michael había advertido que, a pesar de lo tarde que era, Dvorka no cejaba en su tendencia a divagar sobre cuestiones ideológicas. Con la emoción bullendo tras su fachada de contención,

había pronunciado un breve discurso entre paréntesis sobre los motivos de que, por sistema, cocinara y comiera lo menos posible en su habitación particular.

—Estoy en contra —Michael recordaba las palabras exactas— de que la gente se encierre en sus habitaciones a comer. Compartir las comidas también es uno de los valores de la vida en el kibbutz —y Michael supo ya entonces que no podría encontrar mejor encarnación del espíritu de las cosas que Dvorka; pero en aquel momento, como ahora, se sentía incómodo, presa de la apremiante necesidad de llegar a ella, de establecer contacto, de ganarse su respeto. Y cuando en el curso de aquella conversación, en la secretaría, Michael quiso informarse sobre el comedor, ella le explicó como si no esperase que la comprendiera—: Forma parte del cambio general que está sufriendo la sociedad de los kibbutzim. La gente está anteponiendo la célula familiar a la experiencia colectiva, sobre todo por las noches.

Luego Dvorka le habló de sí misma, del ajetreo de su vida cotidiana, y Michael se sintió como si estuviera dejándole atisbar algo muy elevado, haciéndole partícipe de algo de lo que no era digno.

—Yo misma pecho en ese sentido algunas noches, cuando estoy demasiado cansada para moverme y sólo me apetece tomar un yogur. A mi edad... —se recobró enseguida—. Pero pongo mucho empeño en ir siempre al comedor, porque es allí donde te encuentras con los demás y compartes mesa con ellos, comentas lo que has hecho y te mantienes al tanto del día a día, que en realidad es lo que importa —se quedó callada, como si acabara de recordar con quién estaba hablando, y en sus ojos había una mirada escéptica cuando prosiguió—: Somos una sociedad no alienada, el último bastión de la no alienación en el horror del mundo actual. Ya ha visto usted nuestro comedor —añadió de pronto.

—Sí, claro que lo he visto —dijo Michael con entusiasmo—, es estupendo, muy moderno, con todo ese mármol, y los azulejos, y los aparatos más avanzados...

En realidad estaba respondiendo a las que suponía que eran las expectativas de Dvorka, y por eso se sintió abrumado por el fracaso cuando ella lo miró airada y le espetó:

—Ése es precisamente el problema, justamente que no nos falta de nada, y hay algo corruptor en la abundancia. La maldición de la riqueza.

Michael la miró avergonzado y retomó sus preguntas sobre lo que había hecho el día del asesinato.

Había tenido la intención de ir a la enfermería después de comer, le dijo Dvorka, pero

se encontró con Rickie por el camino y la enfermera le dijo que Osnat estaba reposando después de que le hubiera puesto una inyección, y Dvorka se retiró a su habitación.

—¿A su casa? —preguntó Michael dubitativo.

—La llamamos habitación —respondió Dvorka en tono condescendiente, y, comprendiendo el abismo de su ignorancia, empezó a afinar en los detalles. Michael casi siempre lograba transmitir a sus interlocutores la sensación de que le faltaban conocimientos pero no la capacidad de comprender, y gracias a eso ellos le proporcionaban sin darse cuenta la información que él necesitaba. Bajaban la guardia al ver la expresión de alumno inteligente que adoptaba. Pero ante Dvorka, a pesar de que estuvieran en la sede de la UNIGD, que supuestamente era su fortaleza, donde él debería llevar las riendas de la situación, Michael se sentía abrumado por la ignorancia y la torpeza. Cuando Dvorka había mencionado la maldición de la riqueza, Michael se había dado por aludido, sintiéndose parte integral del fenómeno que ella denunciaba, y ahora esa sensación se agudizó.

—Mi habitación está situada entre el comedor y la enfermería, no muy lejos de la guardería de la casa de los niños —le había dicho en la secretaría—, y pensaba pasarme por allí de camino. La pequeña estaba acatarrada, y con Osnat enferma...

—¿Y llegó a ir? —había preguntado Michael.

—No, era la hora de la siesta en la guardería, y es importante no alterar la rutina. Las visitas de los padres interfieren en las pautas educativas. Según mis cálculos, la encargada ya habría metido a los niños en la cama y mi visita iba a ser un trastorno. Decidí esperar.

Aquella noche, en la secretaría, Michael ya había hecho hincapié en la necesidad de confidencialidad, en tono autoritario y sin dar explicaciones, y Dvorka había reaccionado frunciendo los labios. Michael lo recordaba ahora, viéndola abrir y cerrar los ojos, bajar la vista para luego mirarle de nuevo a los ojos. No daba la impresión de que estuviera buscando las palabras adecuadas, sino más bien cavilando si el esfuerzo merecía la pena, como si dudara de la capacidad de Michael para comprenderla. La noche del kibbutz Michael ya se había interesado por su relación con Osnat, y ahora oía como en un eco lo que ella le había dicho triste y sinceramente: «Habíamos tenido nuestras diferencias recientemente. Graves diferencias ideológicas».

—¿Por qué no empieza por esas diferencias que tuvo con ella? —sugirió Michael ahora. Dvorka suspiró.

—Todo se remonta al problema de que Osnat no nació aquí, no disfrutó de los

beneficios de una educación colectiva, no durmió con los demás bebés en la casa de los niños. Y como no recibió unos fundamentos sólidos... –Dvorka permaneció callada un instante, dejando la frase a medias, y, de pronto, lo cogió por sorpresa al soltar abruptamente–: ¿Sabe quién era su padre?

E inmediatamente pareció arrepentirse mucho de lo que había dicho, como si las palabras se le hubieran escapado contra su voluntad. Pretendía, según vio Michael, retomar el tema de los principios, pero él se abalanzó ansiosamente sobre aquella frase.

–¿Quién era su padre? –preguntó, recordando vívidamente la categórica afirmación de Moish de que Osnat era hija de padre desconocido y no tenía familia fuera del kibbutz.

–Excepción hecha de mi compañero y de mí misma –Michael tomó nota de que no había dicho marido, un término excesivamente burgués, supuso–, nadie del kibbutz tenía ni idea de esto. Nadie lo dedujo y nosotros lo guardamos en secreto, pero lo cierto es que ya no tiene importancia –y muy sofocada, como si estuviera anunciando una catástrofe, dijo–: Era un acaparador de tres al cuarto en el mercado negro, en el periodo de austeridad.

Michael reprimió el gesto de sorpresa que estuvo a punto de pintarse en su cara y se mordió la lengua para no decir: «¿Eso es todo?». Pero Dvorka captó el desengaño no manifestado y, advirtiendo que no había entendido el quid del asunto, le reprochó:

–Para usted es algo sin importancia. En fin, quizá es demasiado joven para recordarlo –hizo una pausa para darle pie a hablar, pero se abstuvo de preguntarle directamente su edad–. Eran la escoria, la hez de la hez, los acaparadores del periodo de austeridad. Por otro lado –los ojos se le nublaron–, resultaba muy difícil no venderles nada, y siento mucho decir que el kibbutz vendía huevos, pollos y otras cosas en el mercado negro. Mi compañero, Yehuda, era secretario de asuntos externos en aquel entonces, y nos vimos obligados a tratar con el hombre en cuestión, con aquel canalla miserable, un pobre diablo, pero lo suficientemente despabilado para explotar la situación. Un especulador. Y más adelante, cuando Osnat vino a parar al kibbutz y la asistente social que la trajo me dijo en un susurro que el padre había abandonado a la familia, negándose a tener trato con ellos, y mencionó su nombre y lo describió, comprendí inmediatamente que era él. Pero él nunca llegó a venir al kibbutz. Las abandonó desde el principio, sin mostrar el menor interés por su hija, y, por lo que a la madre se refiere... no era mejor que él.

–¿Qué ha sido del padre? –preguntó Michael.

–Está muerto –repuso Dvorka, cerrando los ojos–. La madre me contó que había

muerto la última vez que vino de visita –abrió los ojos–. Me ha hecho recordar cosas en las que no pensaba desde hacía años. La última vez que vino la madre tuve una conversación con ella. Fue muy duro –respiró hondo y tomó un sorbo de agua–. Osnat se negó a verla y no hubo manera de convencerla. Le prohibió venir al kibbutz. Eso tampoco lo sabía nadie. Osnat sólo tenía doce años, estaba en los inicios de la pubertad, y cuando se presentó aquella mujer, Osnat vino a verme, como siempre que tenía problemas, y dijo: «Échala», y hasta a mí me dejó de piedra, a pesar de lo bien que la conocía. Me sobrecogió la crueldad con que Osnat, una niña de doce años, me dijo: «Para mí no existe, está muerta. Dile que no quiero verla nunca más, dile que se marche y que no vuelva nunca» –Dvorka dejó el vaso en la mesa–. En mi calidad de profesora, de educadora, ya me había tocado enfrentarme a situaciones difíciles, a problemas dolorosos. Pero nunca había visto un odio como el de Osnat. Ni una fuerza de voluntad como la suya. Esa determinación la tuvo desde el principio; era imposible hacerla cambiar mínimamente de opinión. Sólo Dios sabe de dónde sacaba aquella fortaleza, ojalá... –calló y se apretó las manos con fuerza.

–¿Ojalá qué? –se atrevió a preguntar Michael.

–Ojalá hubiera canalizado correctamente sus capacidades –susurró Dvorka, relajando los dedos.

–Pero si tenía entendido que ella, como usted, era una educadora, y que salió elegida secretaria del kibbutz.

–Sí –dijo Dvorka sin entusiasmo–, no sé si podré explicárselo a alguien de fuera.

Michael callaba.

–De manera que tuve que explicarle a la madre –dijo Dvorka, y Michael comprendió que estaba decidida a contar la historia a su manera– que la niña se negaba a verla, que la rechazaba y que lo mejor sería que la dejara en paz. Y aquella mujer –Dvorka suspiró y cerró los párpados, como si no pudiera soportar el recuerdo de aquella escena–, y la madre –repitió levantando los párpados–, tendría que haberla visto –repentinamente lo miró con inusitado interés, como si lo viera por primera vez–. Usted debe de ver a muchas mujeres así en su entorno.

Michael hizo un esfuerzo para aplacar la cólera que lo había inflamado ante la condescendiente arrogancia de aquel «en su entorno» y posó la barbilla en la mano.

–Parecía una putilla barata, con el pelo teñido y el vestido de flores muy ceñido. Recuerdo sus zapatos rojos de tacón alto; era difícil creer que entonces, a finales de los

cincuenta, existiera gente así. ¡Qué vulgaridad! Toda maquillada, en pleno verano, con la cara pintarrajeada como una muñeca, siendo tan joven, y con el calor que hacía. Nosotras, como mucho, vestíamos pantalones cortos y sandalias –sus labios se estiraron, no exactamente en una sonrisa, sino con el gesto de quien contempla una imagen salida de las profundidades del pasado, examinando de cerca su colorido. En otras circunstancias Michael habría sonreído–. Pero, al propio tiempo –continuó Dvorka–, era difícil no sentir lástima por ella. La pobre criatura, tan perdida y, a pesar de todo, manteniendo el orgullo. Recuerdo muy bien que se repuso y dijo: «Si no quiere verme, no tiene por qué». Ni una lágrima derramó. Tenía la fortaleza de quien ha vivido en el arroyo. Y lo más asombroso era su parecido con Osnat, aquella determinación testaruda, claro que en una dirección muy distinta, como es evidente.

–¿Como es evidente? –repitió Michael, extrañado. Su voz le sonó rara, artificial.

Dvorka callaba.

–¿Y Osnat continuó confiando en usted a lo largo de los años? ¿Hablaban con ella de cuestiones personales?

–Nadie hablaba directamente con Osnat de cuestiones personales –aseveró Dvorka–. Había que leerla entre líneas. Osnat nunca, nunca jamás, confió en nadie por completo. Su mundo interior era algo que se podía deducir de cómo se comportaba y de lo que hacía, pero era imposible tener una conversación íntima con ella. Ni siquiera cuando... –volvió a quedarse callada y un gesto de pánico cruzó su semblante.

–¿Ni siquiera cuándo?

–Hay cosas que nadie sabe.

Michael permaneció callado. («“Sutil” no es la palabra», diría Nahari más adelante, cuando escucharon juntos la grabación. «Esos silencios tuyos, ¿quién te enseñó cuándo hablar y cuándo callar? Es lo que todo el mundo me había dicho de ti, que eras increíble en los interrogatorios.») –Cuando tenía quince años, y esto nunca lo supo nadie, ni siquiera Aarón Meroz... Hasta el día de hoy me pregunto cómo logró mantenerlo en secreto... Cuando tenía quince años, Osnat se metió en problemas.

–¿Cómo?

–La dejaron embarazada.

–¿Quién?

–¿Qué más da? –dijo Dvorka–. Alguien. Alguien de quien no se podía esperar nada.

–¿Quién? –persistió Michael.

–El hijo de una pareja del kibbutz, un chico muy problemático, un año menor que Osnat. Imagínese, sólo tenía catorce años.

–¿Todavía vive en el kibbutz?

–Sí, todavía, por suerte para él; ésa es una cosa que hemos conseguido mantener, una cosa maravillosa, acoger a nuestros miembros descarriados. Él lo es, sin duda, pero no por ello ha dejado de tener su lugar entre nosotros. Nadie ha soñado jamás con... echarlo.

–¿Quién es? –dijo Michael en un tono que exigía una respuesta.

–El hijo de Fania y Zjaria –soltó Dvorka–, pero eso no es lo que...

–Se quedó embarazada y luego ¿qué? –preguntó Michael, consciente de la avidez con que se lanzaba sobre una posible pista.

Dvorka parecía medir sus palabras.

–¡Lo mantuvo en secreto durante seis meses!, eso para que vea hasta qué punto era reservada. Nadie se enteró, ni siquiera las niñas que compartían habitación con ella. Y estamos hablando de la intimidad de las duchas comunes, de vestirse y desvestirse juntas, de un grupo de personas enormemente sensibles al mínimo cambio que se operase en sus compañeras. Pero a nadie se le ocurrió pensarlo.

–¿Y nadie sabía que había algo entre ellos? –quiso saber Michael.

–No había nada entre ellos, salvo breves encuentros sexuales, o tal vez un solo encuentro. Ni siquiera entonces conseguí arrancarle la menor información; Osnat se cerró como una ostra.

–¿Y qué pasó?

–La enfermera que teníamos entonces, Riva, que ya no está entre nosotros, notó que los periodos de Osnat eran irregulares. Me llamó la atención sobre el hecho de que llevaba meses acumulando compresas, o de que tenía los periodos irregulares, no lo recuerdo exactamente. Debería haberse dirigido a Lotte, la encargada de la casa, pero la gente solía acudir a mí cuando surgía cualquier problema con Osnat –se alisó los pliegues del vestido gris y sus ojos entornados volvieron a dirigir a Michael una mirada que le hizo sentirse como un vulgar mirón.

–¿Qué pasó entonces?

–En cuanto Riva me lo contó, recordé que Osnat había engordado mucho en los últimos tiempos y... al final le pedí que viniera a mi habitación, cuando no había nadie, claro está, y ni siquiera se lo pregunté, le dije directamente que estaba embarazada.

–¿Y?

–Interrumpimos el embarazo –dijo Dvorka secamente.

–¿En el sexto mes?

–Se diría que todo es posible cuando estás decidido a hacerlo. Y yo estaba decidida a impedir que incurriera en el mismo error que su madre. Además era lo que ella quería, deshacerse del niño. Por supuesto. Si le he contado esto no ha sido por otro motivo que para demostrarle lo cerrada, desconfiada y autodestructiva que era.

–Y nadie se enteró –reflexionó Michael en voz alta.

–Nadie. Excepto Riva, la enfermera, y ya no está entre nosotros. Falleció hace unos años. Ni siquiera el chaval, ni Fania. Nadie se enteró.

–Entonces, ¿es posible?

–¿Qué es posible?

–Que nadie se entere de algo así en un kibbutz.

Dvorka guardó silencio.

Por primera vez, Michael se sintió triunfante. Pero luego Dvorka dijo, con un deje de malicia colándose en su voz:

–Yo me enteré. Era imposible ocultarme nada.

Michael no dijo nada. Dvorka bebió un sorbo de agua y él encendió un cigarrillo, pensando en Nira, su ex mujer. «Tiene ojos en la espalda», solía decirle refiriéndose a Fela, su madre. «Ya verás cómo es», le advirtió antes de que se casaran, cuando él le sugirió que interrumpieran su embarazo sin decírselo a sus padres. Nira se había puesto muy pálida y, por primera vez, Michael la había oído expresar el miedo que le inspiraba su madre. «Lo mejor que se puede hacer es mentirle de antemano para luego ir descubriendo la verdad a la vez que ella. Aunque no sepa nada, ella cree que lo sabe todo, pero si se te ocurre decirle algo así, ya me contarás lo que pasa», había dicho desconsolada. «Pone al descubierto toda la maldad que hay en mí, cosas que yo ni sospechaba, y al final consigue que me forme una opinión horrible de mí misma.»

–Osnat tenía muchísima energía –prosiguió Dvorka–, pero, a partir de entonces, no permitió que nadie la tocara. Se abstuvo de todo lo relacionado con el sexo, pero no porque hubiera sufrido un trauma; con Yuvik, mi hijo, no dio muestras de estar traumatizada..., a fin de cuentas, tuvieron cuatro hijos. Más bien era una cuestión de voluntad: por lo visto, tomó la decisión de canalizar su energía en otras direcciones.

«No me extraña nada, si la tenía a usted de modelo», se dijo Michael.

—Y en el kibbutz, en el movimiento en general y en el nuestro en particular, no éramos conservadores en cuestiones sexuales. Ya en aquella época no estaba mal visto hablar del sexo con franqueza, abiertamente. Se distribuían preservativos, impartíamos educación sexual a los niños, y entre los adultos no faltaron escándalos de carácter sentimental y sexual. Había varias madres solteras, mucho antes de que se pusiera de moda, y nadie pronunció una sola palabra de censura. A pesar de todo... ella... —Dvorka quedó en silencio y Michael a la espera, con el corazón todavía brincándole cada vez que ella abría los ojos y fijaba en él su mirada pesarosa—. Osnat era todo un carácter. No sé si es usted capaz de comprender, de imaginar, el impulso de aquella energía suya, tan instintiva en sus orígenes, cuando la canalizaba hacia ideas concretas. Estaba decidida a renunciar a la parte heredada de su personalidad, a echar raíces en el kibbutz, a multiplicar su presencia, a ejercer influencia, a contribuir. Ése fue el impulso de la campaña ideológica que llevó a cabo durante estos últimos años. Libró una batalla muy poderosa —masculló Dvorka, tensando los labios—, muy poderosa pero carente de visión constructiva. De fundamentos endebles —argumentó, como si estuviera debatiendo con alguna presencia invisible.

Se puso a hablar una vez más de la adolescencia de Osnat, del hogar acogedor que Srulke y Miriam habían tratado de ofrecerle, de sus ataques depresivos y sus estallidos incontrolables.

—Cuando murió su madre —dijo Dvorka—, le pedí, le rogué, la insté a ir al entierro, a llevar una corona de flores a su tumba. Todo en vano. Osnat jamás hablaba de ella, ni siquiera a sus hijos. Y una vez... —su voz se apagó y miró a Michael aturdida, turbada—. No tiene importancia —dijo con brusquedad.

—¿Qué es lo que no tiene importancia?

—No quiero entrar en esas pequeñas miserias que forman parte de la vida de cualquier kibbutz.

—Yo sí quiero que entre en ellas —insistió Michael.

Dvorka vaciló.

—Las minucias de ese tipo son un tanto equívocas y sórdidas.

—También el asesinato es un tanto sórdido —dijo Michael sin saber de dónde le salía la voz.

—Yo no me precipitaría a descartar el suicidio —apuntó Dvorka.

—De eso hablaremos después. ¿Qué pasó una vez?

—No sólo una vez —reconoció Dvorka—. Unas cuantas veces, este último año también —con cierta repugnancia, concisamente, le habló de las supuestas aventuras sentimentales de Osnat, de los líos con hombres del kibbutz que le habían imputado, de las escenas de celos de las mujeres—. El tipo de poder que poseía Osnat despierta instintos muy fuertes —dijo en voz baja—, y es natural que Boaz se sintiera atraído por ella. Y no sólo él. Pero lo importante no es eso. Si no nos atascamos en los detalles insignificantes, veremos el proceso global que fue transformando a Osnat en una monja. Así de sencillo, en una monja. Fanática, casi peligrosa —su respiración se había acelerado.

—Peligrosa —repitió Michael.

—Para sí misma. Peligrosa para sí misma. Obsesa. En realidad no tenía la fortaleza necesaria para el liderazgo. Quería cambiar las cosas, ponerlo todo patas arriba, dejar huella. Una huella bien visible. Suscitaba oposición y eso no lo soportaba. Para eso no tenía fuerzas. Y sus ideas suscitaban oposición.

—¿Por ejemplo? —quiso saber Michael.

—La cuestión de que los niños duerman con la familia, a la que ya se ha hecho alusión; pero eso no es una innovación radical, basta mirar a los demás kibbutzim... hasta el punto de que el Kibbutz Artzi está estudiando cambiar de política. Lo que quería Osnat era establecer una comunidad aparte para los ancianos, una «residencia de ancianos», como la llama Fania, y eso provocó una fuerte oposición.

—¿Por qué quería hacerlo? —preguntó Michael, queriendo enterarse de detalles, nombres, de esos incidentes concretos que Dvorka eludía contarle, aunque no por los mismos motivos que Moish sino más bien, según le parecía, porque sencillamente se negaba a reconocer que tuvieran la menor importancia y pretendía elevarlo todo al plano de los procesos inevitables donde los individuos no son sino accesorios del decorado. Era la única manera en que Dvorka podía defenderse, pensaba Michael, protegerse del dolor, de todo lo que no quería ver.

—Nosotros sabíamos cuál era el fondo del asunto. Hay muchos miembros de edad, y eso es un obstáculo para llevar a cabo nuevos proyectos, algunos de ellos importantes y deseables; comprendíamos que el objetivo oculto del plan era trasladar a los ancianos a otro sitio, lo mismo que estaban tratando de hacer en el kibbutz Bet Oren, donde también andaban en juego cálculos económicos. Muchos miembros de mi generación, la fundadora del kibbutz, están débiles, o incapacitados, algunos enfermos, pero todos quieren tomar parte en la toma de decisiones. A mí el proyecto me parecía un

despropósito, y así se lo dije a Osnat; en todo caso, nunca habría superado la votación – Dvorka frunció los labios.

Testarudamente, Michael volvió a la vida personal de Osnat.

–Sí –dijo Dvorka–, el cargo de secretaria del kibbutz puede crear enemigos a la persona que lo desempeña, sobre todo si no es flexible, y Osnat no era flexible. Pero en su vida personal era intachable, sólo se le podía reprochar su aislamiento social, algo que yo le venía echando en cara desde que tenía nueve años –Dvorka esbozó una sonrisa desvaída y melancólica, un leve estiramiento de las comisuras de los labios y apenas un temblor de sus marchitas mejillas–; incluso a esa edad se empeñaba con todas sus fuerzas en preservar su intimidad. Pero, dejando eso aparte –dijo recobrando su actitud habitual–, la manera que tiene usted de enfocar las cosas es totalmente errónea. No es una cuestión de tener enemigos, así, en términos tan burdos.

–Y estaba casada con su hijo –dijo Michael, atreviéndose al fin a abordar el tema. Fue entonces cuando comprendió que parte del temeroso respeto que sentía derivaba de los remordimientos que le inspiraba el hecho de que Dvorka había perdido a su hijo. El dolor de la pérdida de un ser querido siempre había sido un tema espinoso para él, incluso en situaciones de aquella índole.

–Sí –confirmó Dvorka–, estaba casada con Yuvik. Un psicólogo diría que fue una elección que le permitiría infiltrarse aún más en el kibbutz para socavar sus cimientos, pero Osnat no era consciente de ello. Y Yuvik era una persona especial –dijo esto último en tono desapasionado, como si hablara de un desconocido. Michael contuvo el aliento–. Todas las madres dicen eso de sus hijos, pero lo cierto es que Yuvik poseía una capacidad de comprensión y una ecuanimidad extraordinarias. Era un trabajador nato, uno de los últimos exponentes de la pureza; amaba su tierra por encima de todo.

Michael aguardó, en silencio.

–Fue un hijo muy deseado. Perdí a otros dos antes de que naciera él –dijo Dvorka, mirando por la ventana–. Ni siquiera Osnat lo sabía. Sí, fueron tiempos terribles – Michael no comprendía por qué se le concedía aquel privilegio. ¿Sería el principio del resquebrajamiento? Dvorka hablaba como en un trance–. Yuvik nació después de que perdiera dos niños. Que nacieron muertos –suspiró–. Era una época muy distinta, muy dura, puede informarse sobre ella en el folleto que editamos con ocasión del cincuentenario del kibbutz, pero ni así lo entendería. Es difícil comunicar cómo fue el primer contacto con una tierra como ésta. La dureza del trabajo, la sequedad, la escasez

de agua, el hambre. Sobre todo el hambre, y el trabajo extenuante. A veces trabajábamos doce horas seguidas, desbrozando, arando y construyendo poco a poco. Soportando el calor en verano, el frío en invierno, la pobreza, el hambre. Los hombres estaban debilitados por el hambre y las fatigas, todos estábamos debilitados. Había días –otra vez la sombra de una sonrisa– en que todo lo que teníamos para comer, las embarazadas incluidas, eran dos rebanadas de pan y medio huevo, y un puñado de aceitunas.

Michael encendió un cigarrillo sin apartar la vista de Dvorka.

–Y luego estaban las enfermedades, en fin, todas esas cosas que para usted son historia, literatura, yo qué sé... –dirigió a su alrededor una mirada vaga–. Cuando perdí a mis hijos, la gente me esquivaba, como siguen esquivándome hoy día. En aquellos tiempos, cuando iba por los caminos, las mujeres daban media vuelta y echaban a andar en dirección contraria para no toparse conmigo. El sentimiento de identificación era tan fuerte que se morían de remordimiento. Sobre todo –volvió a suspirar–, las mujeres que habían sido madres recientemente. Es difícil enfrentarse al dolor ajeno, es comprensible –dijo con naturalidad. Mientras Michael trataba en vano de imaginársela como una joven en pantalón corto caminando por los senderos del kibbutz, ella continuó con renovada energía–: Pero sobrevivimos, y luego llegó Yuvik. Lo que me ha contado de Aarón Meroz y Osnat me ha cogido completamente por sorpresa –dijo de pronto, acorralándolo con la mirada–. Aarón era un chico fuera de lo común, pero su historia demuestra que efectivamente es necesaria una base sólida para conservar tu identidad en nuestra sociedad. Era un chico introvertido, muy unido a Osnat, y para él fue un golpe terrible que ella se fuera a vivir con Yuvik –durante todos aquellos años, añadió avergonzada, ella se había sentido culpable ante él–. Y el hecho de que haya llegado tan alto al marcharse de aquí no me libra del remordimiento por no haber sido capaz de transmitirle un auténtico sentimiento de pertenencia al kibbutz. Miriam... –su voz se apagó–. La mujer de Srulke –prosiguió– no era una persona sofisticada. Era una mujer sencilla, una compañera fiel y una gran trabajadora. Trabajó toda su vida en la cocina, y en los tiempos de escasez alimentar al kibbutz era un trabajo duro... –Michael tuvo de nuevo la impresión de que las imágenes del pasado estaban abrumando a Dvorka; al cabo se oyó su voz cascada–: Hasta que la situación económica mejoró, Miriam dirigía la cocina a base de milagros hechos con berenjenas, como supongo que lo hacían en la ciudad en aquellos años –miró a Michael esperando su reacción, algo que delatara cómo había sido su infancia, pero no le preguntó nada explícitamente y él permaneció callado.

—Estaba hablándome de Miriam —dijo al fin—, de su relación con Osnat y el parlamentario Meroz.

—Sí —dijo Dvorka, meditabunda, como si hubiera perdido el hilo de sus pensamientos y toda su pasión—. Miriam no se daba cuenta del aislamiento de los dos niños, de sus desesperados esfuerzos para sentirse parte del kibbutz. Con Osnat lo logramos, con Aarón Meroz fracasamos.

Michael recordó una fotografía de Osnat y se preguntó cómo habría sido su vida amorosa.

—Como ya he dicho antes, tenía una clara tendencia al ascetismo, y había algo insano en su abstinencia del sexo —dijo Dvorka sin el menor sonrojo—, y de las emociones, también. Le hablé de eso unas cuantas veces, pero ella me miraba y me decía: «No es una cuestión de principios, simplemente no sale de mí», y yo me sentía impotente ante aquellas pasiones suyas que tanta fuerza le daban cuando las canalizaba hacia el terreno ideológico pero que, al mismo tiempo, tenían algo destructivo, y no sólo para ella, para todos nosotros, para todos cuantos la rodeábamos, para el kibbutz en su conjunto, era algo insano...

—Tenías razón; nunca se sabe cómo se van a desarrollar los acontecimientos —le dijo Michael a Majluf Levy a la vez que escudriñaba el interior del arrugado paquete de Noblesse y se apresuraba a recoger sus cosas—. Hazme el favor de comunicarle que voy a llegar tarde —añadió para no oír el silencio de Levy. Y vio en sus ojos una mirada sarcástica con la que parecía decirle: «Tranquilo, conozco mi oficio».

En aquel momento, pensó Michael mientras se precipitaba escaleras abajo y oía cómo se cerraba estrepitosamente tras de sí la puerta metálica, Majluf Levy volvía a recordarle al tío Jacques.

Michael volvió a llamar al Hilton desde el despacho de Elroi, el psicólogo de la policía. Aarón Meroz estaba en su habitación, esperándolo. No se quejó cuando Michael le comunicó que aún iba a retrasarse más.

–Como quiera, yo sigo aquí –dijo con un suspiro.

Mientras cargaba lentamente su pipa, Elroi sopesaba sus palabras con cuidado, eludiendo comprometerse. Hacía hincapié una y otra vez en la necesidad de analizar todas las hipótesis «y fundarlas en los hechos». Pese a sus aires de grandeza y a los modales distantes y formales que afectaba, Michael lo respetaba y valoraba sus opiniones profesionales. Sus contactos tenían siempre un tono prosaico que, sin predisponer a nada más profundo, tampoco resultaba molesto. «La cortesía también tiene su valor», le había dicho Michael a Danny Balilty en cierta ocasión en que éste se burlaba de Elroi, imitando su manera de limpiar la pipa y de caminar muy rígido hacia la puerta para abrirla con ademán cortés; «y no digamos ya la competencia profesional». «Eso es verdad», había admitido Balilty a la vez que se desvanecía su sonrisa, «eso nadie se lo puede negar».

Ahora Elroi murmuraba algo referente al psicólogo que trabajaba para la UNIGD y, sin decirlo explícitamente, dejaba caer que sus propios servicios seguían disponibles. Con una curiosidad poco común en él le preguntó a Michael qué tal era su nuevo lugar de trabajo y si se sentía cómodo en él. A todas luces satisfecho con la vaga respuesta recibida, escuchó la consulta de Michael y luego preguntó:

–¿Qué medicación está tomando?

Michael se sacó una nota del bolsillo y leyó titubeante:

–Doscientos miligramos de Mellaril al día y quince miligramos de Haldol. No tengo ni idea de lo que significa, no conozco estos medicamentos, pero la enfermera me dijo que se le consideraba un enfermo en hospitalización domiciliaria. En el kibbutz tratan de no

excluir a las personas en su situación. Lo que quiero saber es si un enfermo de estas características puede ser violento.

Elroi dejó la pipa al borde de la mesa y, poniendo énfasis en cada palabra como para asegurarse de que le comprendieran, dijo lentamente:

—Sí, al menos cabe la posibilidad de que lo sea. Ya sabes que la gran mayoría de los enfermos mentales no son violentos. Si, por ejemplo, me hubieras dicho que era maniaco-depresivo, te habría respondido que podías irte olvidando de él. Ese tipo de enfermo sólo es peligroso para sí mismo. Pero puesto que me dices que le han diagnosticado una esquizofrenia paranoide, en caso de que no tomara la medicación...

—Pero sí la tomaba. Se presentaba todas las mañanas y todas las tardes a que se la dieran.

—¿Dónde se la diagnosticaron? —preguntó Elroi con desconfianza.

—En el hospital. Ha estado ingresado un par de temporadas. La enfermera parecía muy segura del diagnóstico.

—¿Y recibía algún tratamiento, aparte de la medicación?

—Durante algún tiempo estuvo yendo a consulta psiquiátrica en el centro regional...

—Sí, los conozco. ¿Y ahora?

—Según me dijo la enfermera, llegó un momento, años atrás, en que se negó a ir, no colaboraba en las sesiones, y tuvieron que contentarse con mantenerlo vigilado en el kibbutz. ¿Por qué lo preguntas? ¿No estás de acuerdo con el diagnóstico?

—No es eso, es el diagnóstico lógico para la medicación que toma, pero la cuestión es si la toma. El hecho de que vaya a recogerla no significa nada. Basta con que la enfermera mire hacia otro lado y él aproveche para meterse las pastillas debajo de la lengua en lugar de tragárselas. Recurren a toda clase de trucos; he trabajado en un hospital, me los conozco todos.

—Pues bien, supongamos que no tomaba la medicación —dijo Michael impaciente.

—Si no tomaba la medicación, es posible que su enfermedad haya evolucionado hacia una psicosis paranoide... Pensaría que lo perseguían y ese tipo de cosas. Los medicamentos se eliminan al cabo de cuarenta y ocho horas de tomarlos. Si no se toman durante varios días, y el enfermo se siente sometido a presión, puede llegar a sufrir un ataque peligroso.

—Entonces, si he entendido bien tu explicación, un envenenamiento con paratión

cuidadosamente planeado sería lo último que cabría esperar. Más bien agrediría violentamente a la víctima, ¿no es así?

Otra vez la manipulación de la pipa, los gestos lentos, deliberados, la voz pausada, la pronunciación cuidadosa y neutra de las palabras, la cautela para no comprometerse. Elroi asintió con la cabeza y dijo:

—En principio, tienes razón, pero en este caso, con este diagnóstico, no se puede descartar. En cualquier caso, yo no lo descartaría. Un paranoico que toma esas dosis es... puede ser peligroso. A veces no los comprendo —añadió tras una breve pausa, en un tono más emocional.

—¿A quién no comprendes? —inquirió Michael.

—A los kibbutzim y su empeño en que nadie se vaya de allí. Están jugando con fuego. Con el tipo de medicación que está tomando nuestro sujeto, habría que hospitalizarlo. El caso me resulta asombroso en todos los aspectos.

—¿Qué es lo que te asombra? —preguntó Michael.

—En mis tiempos hice bastantes investigaciones —dijo Elroi con descarada expresión de vanidad de la que no parecía consciente en absoluto— sobre todo tipo de temas, pero especialmente sobre la agresividad. Realicé, por ejemplo, una investigación para el Ejército acerca de la agresividad de los kibbutzniks en comparación con la de los no kibbutzniks. Un estudio a gran escala, puedo darte una copia de las conclusiones si te interesa.

—Estoy muy interesado en cualquier material sobre el tema —dijo Michael sinceramente—, pero de momento dime qué es lo que te sorprende.

—Formamos tres grupos de sujetos, y lo que caracterizaba a los kibbutzniks, a quienes no se habían ido del kibbutz y seguían viviendo allí, era la clara tendencia a volver la agresividad en contra de sí mismos. Probablemente ése es el motivo de que no haya asesinatos en los kibbutzim. Publiqué un artículo al respecto en una revista especializada; tengo un ejemplar por aquí, en algún lugar... —giró en redondo para examinar los rimeros de libros y papeles de detrás de las puertas de cristal de la biblioteca.

—Una vez hubo un intento de asesinato —le recordó Michael.

—Sí, pero fue algo tan cándido, tan torpe, que se puede atribuir a la autodestrucción, a la agresividad contra uno mismo. Te refieres, supongo, a la mujer que trató de envenenar a alguien con Luminal. Ella también sufría trastornos emocionales, por cierto. Pero un solo caso en todos los años de existencia del movimiento de kibbutzim es

verdaderamente asombroso. Además hubo otro, un ataque psicótico que terminó en asesinato, pero nada como lo que tienes entre manos.

—Entonces, ¿qué hacen con su agresividad? —preguntó Michael—. ¿Qué significa que la vuelven contra sí mismos? ¿Cómo se manifiesta eso en la práctica?

—Mira el índice de suicidios. Es muy elevado. Es una solución más aceptable para las situaciones conflictivas, de angustia, de hostilidad. ¿Sabes que el suicidio es un acto agresivo?

—Eso he oído decir —repuso Michael, pensando en el viejo profesor Hildesheimer, del Instituto Psicoanalítico de Jerusalén, y preguntándose qué sabría de los kibbutzim y si sería posible recabar de nuevo su ayuda.

—¿Dónde trabajaba tu enfermo psiquiátrico? —preguntó Elroi.

—En la fábrica. En el kibbutz tienen una fábrica de cosméticos muy grande, y trabajaba a las órdenes de un canadiense que lleva diez años en el país. Por lo visto él también es un poco raro, y son amigos. Todavía no he hablado con él.

—Yo trataría de averiguar si el enfermo mental sabe algo sobre el paratión y qué relación tenía con la mujer asesinada.

Michael le contó lo del embarazo. Elroi lo escuchó con atención, asintió con la cabeza y dijo:

—Pues bien, como ya te he dicho, tendrás que comprobarlo. Y el hecho de que un kibbutz se las haya arreglado para provocar una esquizofrenia paranoide también es en sí mismo interesante —reflexionó en voz alta, golpeando la pipa contra el redondo cenicero de latón—. Se hizo un estudio exhaustivo sobre las enfermedades mentales en los kibbutzim, ¿sabes?, y se descubrió que no existen diferencias entre los kibbutzim y las ciudades en cuanto a la incidencia de enfermedades mentales, salvo en un aspecto asombroso.

—¿Cuál es? —preguntó Michael.

—En los kibbutzim aparecen los mismos trastornos que en las ciudades, salvo uno: no hay casos de esquizofrenia. ¿No te parece asombroso?

Michael estiró las piernas y dijo pensativo:

—Sí, me parece muy interesante. ¿Cómo lo explican?

—Ése es otro tema a analizar. La causa podría ser que los miembros de un kibbutz interiorizan el conjunto de la comunidad como imagen de su familia. Pero eso es una hipótesis superficial, traída por los pelos. El estudio en cuestión no se ocupaba de los

motivos, sólo de los resultados, que en sí mismos eran prodigiosos —una vez más, la manipulación de la pipa—. La esquizofrenia paranoide... tiene que poseer un componente genético. ¿Quiénes has dicho que eran sus padres?

—No sé mucho sobre ellos, sólo que su madre también es una persona difícil. Su hermana y ella llegaron al kibbutz después de la Segunda Guerra Mundial.

—Ah —dijo Elroi, como si todo se hubiera aclarado—. El síndrome de la segunda generación. Eso explica muchas cosas.

—¿Qué es lo que explica? —preguntó Michael.

—Pues bien, toda clase de fenómenos transmitidos a los hijos como resultado del trauma sufrido por los padres. Se ha escrito mucho sobre esto recientemente. Y también se ha celebrado un congreso muy substancioso sobre la segunda generación. Es un tema que ha suscitado gran interés en los últimos tiempos —Michael se tragó el comentario irónico que tenía en la punta de la lengua acerca del congreso y el interés público por la segunda generación de supervivientes del Holocausto; le habría gustado decir: «Mira, nosotros también sufrimos, somos todos compañeros de fatigas, y a nuestros sufrimientos también se les puede poner nombre». Elroi prosiguió—: La segunda generación ha recibido toda una carga de culpabilidad y ansiedad. Es un auténtico síndrome. Y es susceptible de provocar paranoia. ¿Y el padre?

—Todavía no lo conozco personalmente, pero sé que es un yemení que se unió al kibbutz en los años difíciles posteriores a la guerra de la Independencia. No estoy enterado de los detalles.

—Muy interesante —dijo Elroi, y empezó a jugar con su pipa—. Me gustaría conocer el asunto más a fondo si resulta ser relevante. En conjunto, todo el caso me interesa. Me gustaría analizar el tema de cómo están adaptándose a los cambios. Tal vez haya llegado el momento de llevar a cabo otro estudio. Y tú también deberías hacer algunas lecturas sobre el tema.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Michael, reprimiendo una sonrisa ante el tono paternalista del psicólogo.

—Tengo algunas cosas aquí mismo —dijo Elroi. Se levantó para ir a la biblioteca, cuya chirriante puerta de cristal abrió con dificultad; regresó con un libro y un montoncito de papeles en la mano—. Es un poco superficial y quizá demasiado divulgativo, pero no está mal para empezar —comentó, tendiéndole a Michael un ejemplar de *Hijos de un sueño* de

Bruno Bettelheim—. Pero, aparte de esto, deberías leer la bibliografía, los textos históricos. Al fin y al cabo, ¿no eras historiador originalmente?

—Me especialicé en Historia de Europa —repuso Michael—. No sé nada sobre la historia del movimiento de kibbutzim.

—Todo comenzó con Bittania, la comunidad fundada por Hashomer Hatzair⁸ a principios de los años veinte, en una colina junto al mar de Galilea —dijo Elroi—. Comienza por *Kehilatenu*⁹, los anales del grupo, que incluyen un resumen de las denominadas sijot, que se celebraban a diario y en realidad eran prolongadas sesiones de confesiones públicas e históricos arrepentimientos. No puedes ni imaginarte lo que sucedía allí. Ya que estás habituado a leer textos históricos, deberías leer éstos, son fascinantes —a continuación, mientras acompañaba a Michael a la puerta y éste le daba las gracias, Elroi señaló—: No te va a ser fácil investigar este caso; desconoces demasiadas cosas. Necesitas tener un aliado en el kibbutz —y esbozó una desagradable sonrisa.

Michael continuó viendo mentalmente aquella sonrisa durante todo el camino al hotel Hilton, en cuyo vestíbulo lo esperaba el parlamentario Aarón Meroz con paciente desesperación y un gesto animoso y atormentado en el rostro. Al natural tenía mejor facha que en sus apariciones televisivas. Su cabello era de un rubio indefinido tirando a gris, sus facciones angulosas y bien trazadas. En sus ojos se veían todas las emociones previsibles: tensión, ansiedad y sufrimiento.

Tomaron asiento en la habitación que Meroz siempre tenía reservada en el séptimo piso para sus estancias en Jerusalén. Aquel día, el asunto que le había llevado allí era una reunión de la Comisión de Educación. Michael le tendió una fotocopia de la carta . que había escrito a Osnat y Meroz dijo:

—Sí, es mía —se sonrojó y se la devolvió a Michael sin mirarlo—. Nunca pensé que esta carta caería en otras manos —dijo al fin, y después de darle vueltas a lo que iba a preguntar, cobró animo y lanzó la pregunta ansiosamente—: ¿Qué estaba usted haciendo allí? Me ha dicho que es de la Unidad Nacional de Grandes Delitos... ¿Por qué ha tenido que intervenir?

—No ha sido una muerte por causas naturales —Michael había escogido aquella fórmula que, sin ser totalmente satisfactoria, le permitía mantener un tono neutro, revelar lo menos posible.

Meroz lo miró alarmado.

—¿Cómo que no ha sido por causas naturales? ¿Quiere decir que no fue por la

inyección? Porque me han dicho, Moish me lo dijo, que lo que pretendía averiguarse con la autopsia era si había sido culpa de la inyección.

—No —repuso Michael sin apartar la vista de Meroz—, no fue la inyección, ni la neumonía, ni ningún virus.

—¿Qué fue entonces? —preguntó Meroz.

Michael escudriñó el semblante de su interlocutor, pensando en la habilidad que tienen algunas personas para actuar y en que Meroz era político; ¿hasta qué punto podía creer en la expresión de alarma que iba acentuándose en sus ojos?

—Un envenenamiento por paratión —dijo al fin.

Meroz lo miró con incredulidad.

—¿Paratión? ¿Cómo que paratión? ¿Qué contacto puede haber tenido Osnat con el paratión? Llevan años sin utilizarlo para fumigar los frutales.

—No fue a causa de una fruta fumigada.

—Entonces, ¿cómo tuvo contacto con ese veneno?

—Se lo explicaré enseguida —dijo Michael—, pero antes quiero saber cuándo la vio por última vez.

—El sábado por la noche —respondió Meroz sin dudarle un instante—, hace una semana y dos días exactamente.

—¿Y cuándo le envió la carta?

—Esa misma noche. No, por la mañana del día siguiente. La escribí a altas horas de la noche y lo primero que hice por la mañana fue echarla al correo. No sabía que estaba tan enferma.

—¿Y después no volvió a tener contacto con ella? ¿Después de la noche del sábado de hace nueve días?

—No. Hasta que Moish me llamó por teléfono —repuso Meroz. Su voz temblaba.

—¿Y cómo hay que interpretar esta carta? Perdone la pregunta, pero ¿cuál era su relación con la difunta?

Meroz suspiró. Miró a Michael y dijo:

—La relación que se deduce de la carta. Usted debe de haberla leído; de no ser así no estaría aquí. Una relación íntima. No tiene sentido que lo niegue ya que ha leído la carta. ¿Qué más?

Michael no dijo nada.

—¿Qué más? —repitió Meroz—. ¿Qué más quiere saber?

–Todo. Cuanto más mejor. Cuánto duró, por qué lo mantenían en secreto. Todo –repuso Michael sin vacilar, en tono firme y calmado.

Meroz suspiró de nuevo.

–No sé qué pretende sacar de esto –dijo al cabo–. No tiene relación con nada.

–Todo está relacionado –replicó Michael, confiando en no tener que enzarzarse en una disputa sobre la inmunidad parlamentaria. («Procura que no se ofenda, que colabore voluntariamente», le había aconsejado Nahari con aire pretendidamente paternal. «Nos podemos buscar un buen lío. Dicen que eres un experto en ganarte la confianza de la gente a la que interrogas. Adelante, gánate la suya.»)

–En primer lugar, estoy casado –dijo Meroz, sin el azaramiento y la aprensión característicos de los hombres de su posición–. Pero sobre todo fue por Osnat, que no quería estar en boca de todo el mundo, ser la comidilla del kibbutz –se quedó callado y luego soltó de pronto–: Pero quiero saber de qué murió. ¿Por qué murió? Cuéntemelo todo.

–Por qué es una pregunta que usted tal vez pueda ayudarme a responder. De qué murió ya se lo he dicho.

–Sí, pero ¿cómo pudo morir envenenada con paratión? Eso me lo tiene que explicar.

–Por lo que sabe de ella –dijo Michael–, ¿estima posible que se haya suicidado?

Meroz reflexionó largo rato antes de contestar.

–Ahora no. Quizá en otra época, pero no ahora. Estaba demasiado ocupada viviendo –y añadió con amargura–: O con lo que ella creía que era vivir.

–En otra época, ¿qué época? –preguntó Michael.

–Quizá cuando éramos pequeños. Aunque, bien pensado, ni siquiera entonces. Osnat estaba cargada de rabia, de una rabia tremenda, pero hasta eso era un síntoma de su fuerza vital, de esa formidable vitalidad suya. No, Osnat nunca se habría suicidado, estoy convencido.

Y Michael volvió a oír la historia de la vida de Osnat. Aarón Meroz no había conocido personalmente a su madre. Habló largo y tendido sobre la belleza de Osnat y luego, pausadamente, como si lo estuviera expresando con palabras por primera vez, explicó el gran miedo que le inspiraba a Osnat «convertirse en la chica fácil del kibbutz, en el consuelo de todos los hombres...».

–Podría haber sido tan femenina, tan atractiva, yo qué sé... Bueno, ya ha leído usted la carta –dijo con voz ahogada.

Michael no dijo nada.

–Hay algo trágico en esa «filosofía», como la llamaba ella –dijo Meroz–, en la que se había implicado tanto. Era como si se dispusiera a tomar venganza sin siquiera darse cuenta de lo que hacía –se enjugó la frente–. Es bastante trágico... puede que trágico sea un adjetivo demasiado fuerte... bastante triste que ni ella ni yo lográramos sentirnos parte del kibbutz. Y lo es sobre todo en el caso de Osnat. La imagen modélica de Dvorka siempre nos perseguía, instándonos a vivir de acuerdo con un ideal de perfección. Ante Dvorka te sientes desnudo, transparente, como si hubieras hecho algo mal aun sin saber qué es. Y si no lo has hecho, sin duda lo harás, o basta con que pienses en hacerlo, o con que te creas superior a los demás –hizo una pausa y luego preguntó quejumbroso–: Si no se suicidó, ¿qué le pasó?

Había llegado el momento: Michael sabía que ya no podría sonsacarle nada a aquel hombre a no ser que le diera la información que solicitaba.

–Creemos que alguien la envenenó –dijo como si estuviera tirando de la espoleta de una granada de mano, y se quedó a la espera.

El semblante de Aarón reflejaba la misma incredulidad, el mismo miedo, los mismos sentimientos que había visto en los rostros de Moish y los demás. Pero su expresión enseguida se tornó pensativa. Michael percibió por sus ojos que estaba asimilando aquella información, casi como si se la hubiera esperado. A diferencia de los demás, Meroz reaccionaba como si pudiera dar crédito a lo sucedido, e incluso aceptarlo. Después de la conmoción primera, su gesto era el de quien ve confirmadas sus previsiones.

–No le ha sorprendido –afirmó Michael.

–Me parece irreal. No siento nada –confesó Meroz–. Sencillamente no siento nada. Ni sorpresa ni ninguna otra cosa. Por lo visto su muerte ya me había dejado bastante aturdido. ¿Esto lo saben todos?

–Muy pocos. Sólo Moish y la familia, las personas que tenían que saberlo –dijo Michael.

–¿Y cómo reaccionaron? –preguntó Meroz; y, sin esperar la respuesta, soltó una risotada desabrida–. Pobres ingenuos. Esto sí que es el fin –y añadió maliciosamente–: Me gustaría ver a Dvorka en estos momentos. Me gustaría oír lo que tenga que decir. ¿Están seguros?

Michael asintió con la cabeza.

–Quiero someterlo a una prueba poligráfica –dijo mirando de frente la cara pálida,

tensa y fatigada de Meroz.

—Sin problemas —repuso Meroz haciendo un gesto de asentimiento. No parecía estar pensando en la inmunidad parlamentaria—. Sin problemas. También le puedo decir dónde estuve y qué hice en todo momento del día. No tengo secretos. Osnat era mi único secreto y hasta ella ha dejado de serlo.

—Necesito su ayuda —dijo Michael, que creía haber encontrado la sencilla fórmula adecuada para el hombre que tenía enfrente—. ¿Se le ocurre algo que pueda servirnos de pista? ¿Tiene alguna idea?

—¿Sobre qué? ¿Se refiere a quién lo hizo? —preguntó Meroz, enjugándose la frente. El aire acondicionado estaba encendido y en Jerusalén no hacía calor, pero él sudaba copiosamente—. Aún no he asimilado lo que ha sucedido. Pero hay algo que no le he contado —y, permitiéndose pensar en aquel detalle por primera vez, le habló a Michael de la figura en pantalones cortos que había entrevisto en la oscuridad.

—¿Tiene idea de quién podía ser?

—Ni la menor idea —dijo Meroz sacudiendo la cabeza.

—¿Podría ser Yankele? —le espetó Michael.

Meroz se quedó petrificado. Luego se repuso y dijo:

—¿Qué Yankele? ¿El hijo de Fania?

Michael asintió.

—¿Por qué Yankele? ¿De qué lo conoce? —preguntó, asiéndose el brazo izquierdo.

Michael hizo caso omiso de aquellas preguntas.

—Piense en su silueta —dijo—, en la manera de correr con pies ligeros a la que acaba de aludir.

Aarón Meroz agachó la cabeza y cerró los ojos.

—¿Lo ha visto alguna vez? —preguntó levantando los ojos. Michael no respondió—. Puede que fuera él, pero el hecho de pensar en personas concretas, en personas reales, me disgusta. Al cabo de tantos años, sigo sintiéndome un traidor; y no lo entiendo, créame, porque trabajé muy duro por lo que recibí a cambio, y también sufrí mucho. En mi opinión, podría haber sido cualquiera, hombre o mujer.

—¿Por qué especifica que puede haber sido una mujer? —preguntó Michael.

—No sé por qué lo he dicho.

Meroz se levantó y salió de la habitación. Regresó con un vaso de agua, abrió la ventana y respiró hondo, sujetándose el brazo izquierdo con la mano derecha. Después

Michael comprendería que todo lo dicho y hecho durante la entrevista lo había ido abocando al resultado final, pero, en aquel momento, achacaba las reacciones de Meroz a los nervios, al propio interrogatorio, a la presencia de la policía, de la UNIGD.

—Ahora que lo pienso —dijo Meroz de pronto—, la maldad, la auténtica maldad, está concentrada en las mujeres. Los hombres más bien mantienen la boca cerrada o hablan de cuestiones de principios, como Zeev HaCohen; o viven su vida apartados, como Félix o Alex; o son unos calzonazos, como Zjaria; o trabajan altruistamente sin entender nada, como Moish. Es una sociedad absolutamente matriarcal, si se piensa en ello. Todo ese rollo de la educación comunitaria, de que los niños vivan y duerman juntos en la casa infantil, fue un invento encaminado a liberar a las mujeres de sus labores, a colocarlas en pie de igualdad con los hombres. Y en este kibbutz en concreto, piénselo, Osnat era la secretaria, la comisión de educación ha estado dirigida durante muchos años por una mujer, es como una gran colmena... —empezaba a respirar con dificultad—. Y cuando se piensa en la madre de Yankele, Fania, y en su hermana, Guta, sólo cabe concluir...

—¿Concluir qué? —preguntó Michael.

—Son las personas más pavorosas con las que he topado en mi vida —dijo Meroz sin sonreír—. ¿Sabe la tortura que era trabajar con ellas? Hay personas que no han vuelto a pisar el kibbutz por su culpa.

—¿Por qué dan tanto miedo? —quiso saber Michael.

—En primer lugar, sobrevivieron al Holocausto. No sé si usted lo entenderá —Meroz titubeó, mirando a Michael, que pensó en Yuzek y Fela, los padres de Nira—, pero eso ya es una fuente de tensión, de remordimientos sin límite. No es que ellas lo mencionaran nunca, pero era como un aura que las rodeaba. Y, aparte de eso, establecían un sistema de trabajo tal que a su lado hasta Dvorka y los pioneros de principios de los años veinte se quedaban cortos. En aquel entonces, por lo menos cantaban; pero ellas ni cantaban ni sonreían, lo único que hacían era trabajar. Recuerdo... —su voz se fue apagando a la vez que su cara se contraía en una mueca de dolor, que Michael atribuyó al esfuerzo de recordar y a la conmoción por la muerte de Osnat—. Recuerdo que una vez llegué tarde al trabajo, porque se habían olvidado de despertarme. Tenía que hacer un turno en la vaquería, con Guta. Hasta el día de hoy sigue siendo la reina de la vaquería. Sólo me retrasé cinco minutos, ni uno más, lo juro, y cuando llegué corriendo, literalmente corriendo, le expliqué que se habían olvidado de despertarme porque no había dormido en mi habitación, se lo expliqué todo. Me miró y dijo: «¿Ah sí?». Nada más. Pero yo

sabía que mis explicaciones habían caído en los oídos de alguien que no se creía nada, que sabía de antemano que todo era una sarta de embustes. Y ella era la mejor de las dos hermanas.

Una vez más, el espasmo de dolor y la expresión de honda inquietud. (Más adelante, cuando Michael le preguntó por qué no se había quejado, Meroz le diría que no se había dado cuenta de lo que le estaba pasando, que ya había tenido dolores semejantes en otras ocasiones, en una de las cuales había acudido a urgencias sin que le descubrieran nada.)

—Pero si usted nunca ha vivido en un kibbutz —dijo Meroz, y Michael supo que tendría que oír esa frase hasta el infinito—, no podrá comprender nada. No sabe cómo se santifica el trabajo. El trabajo es el valor supremo. Puedes ser una nulidad, pero si trabajas bien, todo se te perdonará.

—Y, aparte de lo de Yankele, suponiendo que fuera él a quien vio, ¿qué más me puede contar? —preguntó Michael cuando Meroz se quedó callado.

—Le puedo hablar de Tova y de sus problemas con Boaz, su marido, que estaba enamorado de Osnat y no dejaba de rondar alrededor de su habitación, sobre todo después de que enviudara, siempre tratando de llevársela a la cama —y Michael volvió a oír la historia de la escena que Tova había montado en el comedor.

—¿Qué más se le ocurre? ¿Con quién cree que debería hablar?

—Con Alex. Era un buen amigo de Osnat, incluso cuando Riva aún no había muerto. A Osnat no le caía bien Riva. Con Dvorka, ni que decir tiene. Yo qué sé. Con todo el mundo. Con Moish. Con Havaleh no tiene sentido perder el tiempo, aunque está puestísima en chismorreos. Con Yoyo, con Matilda, si es capaz de soportar su maledicencia. ¡Cuánto rencor y cuánta envidia! ¡Menuda sarta de patrañas es todo ese rollo sobre la sociedad ideal! ¡Hay que ver en lo que se ha convertido! Desde el mismo principio, esa idea de un lugar o una sociedad donde todos fueran iguales, de cada cual según sus capacidades y a cada cual según sus necesidades. ¡Qué absurdo! —dijo Meroz. Tomó un sorbo de agua—. A cada cual según sus capacidades y según la fuerza de sus brazos y la potencia de sus gritos... Eso es lo que ha pasado en realidad.

»Y luego está la cuestión de dormir en la casa infantil. A los niños seguía sin gustarles cuando ya tenían doce años; y algunos continuaban haciéndose pis en la cama a esa edad. Siempre se estaban despertando de noche, y había muchísimas discusiones sobre qué padres se harían cargo de vigilarlos, y en lo referente a la posición de los padres en general... ¿quién les pedía su opinión? ¿A quién le importaba lo que pensaban?

»Recuerdo que cuando se construyó la piscina, la comisión de educación decidió a qué edad podían ir a bañarse los niños solos, sin que los acompañaran adultos. Lo sé porque yo era socorrista. Sí, sí –dijo en respuesta a la mirada de sorpresa de Michael–, hice un curso de socorrista. Ahora usted no me ve en ese papel, pero fui socorrista. Un día de verano vinieron a bañarse dos niñas, cuando yo todavía estaba estudiando fuera del kibbutz. Durante los primeros años solía volver de visita muy a menudo, pero a medida que fue pasando el tiempo mis visitas cada vez se espaciaron más. Las dos niñas habían ido a bañarse solas, un sábado por la tarde –dijo sonriendo, como si estuviera contemplando un cuadro, una imagen lejana–; yo estaba sentado cerca de la puerta. Entonces entró en escena Elka, que en aquel entonces era la directora de la comisión de educación, y tendría que haber oído el discurso burocrático que les largó a las niñas: que la comisión había dictaminado oficialmente que los alumnos de cuarto no estaban autorizados a ir solos a la piscina, etcétera, etcétera. A nadie le interesaba lo que pensarán los padres, nadie les pedía su opinión. No existían. Sólo existían Lotte y Dvorka.

–¿Quién es Lotte? –preguntó Michael.

–Fue la encargada de la casa de los niños durante algunos años –respondió Meroz–. Si le hubiera tocado trabajar con cualquier otra profesora, habría establecido su dominio absoluto. Pero como la profesora era Dvorka, tuvimos dos diosas en lugar de una. Ni hablar de ir a contarles a tus padres tus dudas o problemas, era impensable. Todo pasaba por Dvorka y Lotte. Yo creo que las madres se enteraban de que a sus hijas les había llegado el periodo con un año de retraso –prosiguió sin sonreír–. Las primeras en enterarse eran Lotte y Dvorka, y quizá Riva, la enfermera. Ese concepto de una educación uniforme para todos, un plan estandarizado... Usted mismo puede ver los resultados; no es nada de lo que pueda uno sentirse orgulloso. La mediocridad y el materialismo están a la orden del día en los kibbutzim de nuestros tiempos. Es una sociedad donde no existen retos, salvo el reto de aferrarte a tu individualidad.

»Pensándolo bien, es la propia idea del kibbutz la que no me gusta –murmuró Meroz, como para sí–. Es una ingenuidad pensar que la especie humana puede implantar una igualdad auténtica..., y para colmo entre judíos. No es de extrañar que Osnat luchara como una leona. Y si hubiera sido más fuerte, no se habría quedado en el kibbutz –Meroz sepultó el rostro entre las manos, el mismo gesto de Moish, y dijo–: La historia de Osnat me rompe el corazón. Se mire por donde se mire, es una tragedia. Incluso sus cuatro hijos. Y no digamos ya la boda con Yuvik, la mejor creación de Dvorka, que era

una apisonadora en los campos y un bloque de piedra en casa. Con sus galones de la Marina de Guerra y todo. Yuvik nunca en su vida se enfrentó a sí mismo. Y no es que hasta ahora yo me hubiera enfrentado a fondo a mí mismo, pero la muerte de Srulke, el padre de Moish, y la muerte de Osnat me han transformado, no sé cómo. Tal vez me han hecho comprender que dispongo de muy poco tiempo.

En ese momento, precisamente cuando Michael iba a abordar la cuestión de los sospechosos y de las diversas posibilidades, cuando iba a interrogarlo sobre Moish, Dvorka y los demás, el parlamentario y presidente de la Comisión de Educación profirió un gruñido y dijo:

—No me encuentro muy bien.

Su cabeza se desplomó hacia atrás, sobre el respaldo de la silla, y perdió el sentido. Michael se abalanzó al teléfono, pidió que le enviaran a un médico y se dedicó a hacerle a Meroz la respiración boca a boca hasta que el médico llegó con la unidad móvil de cuidados intensivos y confirmó que Meroz había sufrido un infarto de miocardio. «Aunque, como es lógico, no sabremos de qué gravedad hasta que lo hayamos reconocido», dijo cuando los esfuerzos de reanimación concluyeron, con la respiración ya restablecida y el color afluyendo al rostro de Meroz. Cuando llegaron al hospital (Michael pudo acompañarlos una vez que se hubo identificado), Meroz ya había vuelto en sí.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —preguntó Shorer retóricamente—. Si no fuera la una de la mañana y no supiera qué día de perros has tenido, te echaría la bronca de tu vida. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? Estás totalmente pirado. No puedo autorizarlo, sobre todo en estos tiempos, con tantos problemas en los kibbutzim. ¿Te das cuenta del escándalo que montaríamos? Imagínate los titulares de la prensa; si se enterasen, sería mi ruina.

Michael tomó un sorbo de café, hizo una mueca y dirigió una mirada en torno suyo.

—Y no pongas esa cara, como si no hubieras matado una mosca en tu vida —dijo Shorer enfadado—. Estás aprovechándote de mí. ¿Y qué hay de la chica? ¿Crees acaso que es un juego? Hay un psicópata suelto en el kibbutz... ¿Cómo se te ocurre hacerle correr ese riesgo? Y si lo descubren... En fin —dijo más animado—, ni siquiera está en manos del comisario jefe, una decisión así debe tomarse a nivel gubernamental —apuró su cerveza y enjugó el lugar que en tiempos ocupara su magnífico bigote.

Michael no dijo nada.

–Espera un poco, por lo menos –imploró finalmente Shorer.

Michael lo miró a los ojos y, al cabo, como si estuviera decidido a imponer su punto de vista, dijo calmadamente:

–No tiene sentido renunciar al plan. No la van a descubrir. Créeme si te digo que no la van a descubrir.

Shorer resopló y dijo:

–¿Cómo? ¿Es que ahora eres profeta? Sabes tan bien como yo que estas cosas son impredecibles. Debemos tomar en consideración la posibilidad real de que el asunto nos estalle en las manos. No es un peligro teórico.

–Expónme por escrito tu opinión y yo asumiré la responsabilidad. Si se descubriera, diría que...

–Corta el rollo –le espetó Shorer–. O lo hago o no lo hago, y tendría que estar zumbado para hacerlo. ¿Sabes lo que supone ser la enfermera de un kibbutz? El Muro de las Lamentaciones no es nada en comparación, la enfermera se entera de todo, ¡absolutamente de todo!

–Eso es lo que he podido deducir hoy –dijo Michael–. La enfermera me ha contado unas cuantas cosas.

–¿Algo significativo? –preguntó Shorer.

–¿Cómo quieres que lo sepa? Es difícil de juzgar. Tal vez. En el kibbutz hay una persona... ¿Hasta qué punto te interesa que te lo cuente?

–Ya que estamos en ello, cuéntamelo todo, ¿no?

–De acuerdo –replicó Michael, echando un vistazo a su alrededor.

Eran los únicos ocupantes del vestíbulo del Hilton, donde Michael se había citado con Shorer después de acompañar a Meroz al hospital. Estaban sentados a ambos lados de una elegante mesita, en un rincón, con todo el vestíbulo por delante. Daba la sensación de que el hotel bullía de vida pese a que no hubiera nadie a la vista. En las plantas de arriba, pensó Michael, había centenares de personas: personas felices e infelices, parejas haciendo el amor, cocineros, panaderos, docenas de empleados... silencio junto al murmullo de la vida oculta. Y no muy lejos de allí, no muy lejos en absoluto, la Intifada seguía en marcha con sus apedreamientos y sus cócteles Molotov, y Yuval estaría en las callejuelas de Belén, y, en cualquier caso, todo estaba a punto de estallarles en las manos.

Habiéndole adivinado el pensamiento, Shorer dijo:

—No empieces a preocuparte por el chico ahora, el chico está bien, todo va bien. Lo único que necesitas es una mujer, un hogar, y todo irá de maravilla. No quiero verte tan alicaído.

—La enfermera me habló de algunos escándalos del pasado. Celos, infidelidades. Es un mundo en miniatura, allí sucede de todo. La enfermera quiere marcharse inmediatamente y, por lo que a mí respecta, no hay problema. Pero no puedo mantenerme al tanto de lo que ocurre en el kibbutz si no me ayuda alguien desde dentro. Trata de comprender mi situación. Te lo pido por favor.

Shorer lo miró abatido.

—¿Cuántas veces te he pedido algo? —preguntó Michael implorante.

—Esto es un chantaje —dijo Shorer.

—Lámalo como quieras. Te lo suplico —dijo Michael sin desanimarse.

—De eso hablaremos después. ¿De qué más cosas te has enterado hoy a través de la enfermera?

—Todo el batiburrillo de chismorreos, qué hijos son de qué padres, los divorcios, las relaciones extramatrimoniales, esto, lo otro y lo de más allá parece reducirse al único dato significativo de la existencia de un tipo —y Michael expuso con detalle la historia del embarazo de Osnat en su adolescencia—. El personaje en cuestión, Yankele —concluyó—, es un enfermo mental. En el kibbutz hay unos cuantos casos más, pero él es el único candidato probable. Rickie no estaba informada sobre sus relaciones con Osnat. Sólo lleva tres años en el kibbutz y aquello es una vieja historia. A Meroz casi le dio un ataque cuando se lo conté. Aunque tenían una relación muy íntima en aquellos tiempos, él tampoco lo sabía. Y ahora hay una chica en el kibbutz con graves problemas, una adolescente que sufre de anorexia nerviosa. Esa enfermedad que consiste en que te niegas a comer y acabas por morirte de inanición. ¿Habías oído hablar de ella?

Shorer hizo un gesto afirmativo y dijo:

—Sí, qué locura, ¿verdad? He leído un artículo de prensa sobre eso. ¿Y qué más?

—Pues el tipo del que te hablo, Yankele, tiene una madre que tampoco es un modelo de cordura —Michael describió el comportamiento de Fania en el entierro de Srulke—. Según tengo entendido, es una persona que da miedo.

—Pero ¿no has averiguado nada nuevo sobre el posible móvil? —le preguntó Shorer a Michael, que negó despacio con la cabeza, pensando en otra cosa—. Te mueres por considerarlo obra de un maniaco, ¿verdad?

Michael sonrió.

—¿Me concedes permiso o no? —insistió con cabezonería—. Quiero que se incorpore mañana al puesto. Sólo falta que me des luz verde.

—Tengo que consultarlo con la almohada —repuso Shorer al cabo.

El rostro de Michael se nubló.

—No tienes que consultarlo con la almohada —afirmó con vehemencia—. Ya sabes todo lo que hay que saber. Si no me dejas lanzarme ahora mismo, no vamos a llegar a ningún lado en mucho tiempo. En todo caso, no sé si es posible...

—Tengo que consultarlo con la almohada —repitió Shorer.

Michael lo miró en silencio. Shorer suspiró.

—Ven a verme mañana por la mañana —le dijo—, antes de hacer nada. Llámame, por la mañana las cosas se ven de otro color.

Michael no dijo nada.

—Y no te atrevas —le advirtió Shorer—, no te atrevas a mandarla allí sin autorización para luego pedirme que te cubra las espaldas. Ni se te ocurra. Quedas advertido. Todo tiene un límite.

—Recuerda que te lo he pedido en persona —dijo Michael ya a la puerta del coche de Shorer, sin pestañear.

—No tienes vergüenza —replicó Shorer, y arrancó el coche.

11

Moish y Yoyo consagraron prácticamente dos días con sus noches a hacer la ronda de las habitaciones de los miembros del kibbutz, las casas de los niños, la lavandería, el taller de costura. También fueron a la fábrica. No siempre lograban sincronizar sus visitas con el momento en que no había nadie presente, pero sus pretextos fueron dados por buenos y nadie les preguntó por qué de pronto era necesario examinar las cajas de fusibles y los almacenes de las casas infantiles, o por qué estaban revisando las máquinas de coser antes de la inspección técnica semestral del taller de costura, donde los recibieron con los brazos abiertos. Tras unas horas de práctica, se habían vuelto tan hábiles que incluso convencieron a Fania. Tampoco Matilda hizo preguntas cuando le dijeron que el generador principal estaba averiado. Tácitamente habían acordado que Dvorka y los hijos de Osnat no participaran en el registro. Moish comprendía que Dvorka necesitaba encerrarse en su habitación, consagrarse al cuidado de los niños y evitar los contactos necesariamente falaces con los demás miembros.

Según le parecía a Moish, Dvorka había perdido por completo todo sentimiento de comunidad. Ella era la más afectada por los hechos y, además, sabía algo que los demás no sabían. Y Moish era dolorosamente consciente de que aquel conocimiento extra la situaba en la posición de una extraña. Se horrorizó al caer en la cuenta de que él también estaba separado de los demás por lo que sabía. Aquel conocimiento lo ponía en una tesitura paradójica en presencia de los compañeros que hablaban de cómo Osnat se había abandonado.

—Cargaba con demasiadas responsabilidades —dijo Matilda, plantada junto a Moish en el almacén del supermercado del kibbutz mientras él fingía examinar el cable eléctrico del refrigerador. («¿Dónde está Hilik? Esto es trabajo suyo», había dicho Matilda, para luego proseguir hablando sin esperar a que le respondiera.) Moish esperaba el momento de que

lo dejara solo y, al ver que no lo hacía, comenzó a registrar el lugar abiertamente mientras ella seguía con su cháchara.

»Es lo que digo siempre, aquí hay demasiados parásitos, demasiada gente que no pega ni golpe, y unas cuantas personas que lo hacen todo en su lugar. ¿Crees que me resulta fácil dirigir el supermercado, organizar el aprovisionamiento de la cocina y el almacenamiento, y aparte ocuparme del resto de las funciones que desempeño, y que asumí, no digo que no, por voluntad propia? No tengo por qué descansar, ya descansaré en la tumba, pero mira lo que pasa al final... Se ha apagado como una vela. Precisamente ella. ¿Quién muere de neumonía hoy día? ¡Pero si hay todo tipo de medicamentos! Claro que cuando una persona se abandona porque no tiene tiempo ni de respirar, porque desempeña funciones de secretaria y a la vez dirige la comisión de educación, y para colmo tiene ideas muy novedosas..., ¿de qué nos vamos a extrañar? –Matilda se sobresaltó al verlo levantar la mano hacia uno de los estantes–. ¿Qué estás buscando? –preguntó.

Moish bajó un frasco y leyó la etiqueta.

–¿Qué estás buscando? –repitió Matilda con desconfianza–. ¿Necesitas algo?

–No, estaba mirando, sencillamente –repuso Moish; y, dejando el frasco en su sitio, echó una ojeada a su reloj–. No sabía que era tan tarde –comentó, y se apresuró a salir para no seguir oyendo las irritantes monsergas de Matilda, que, como a todo el mundo, le producían agotamiento y ansiedad al cabo de unos minutos en su compañía.

La bulbosa nariz de Matilda y sus ojillos hundidos en su rostro hinchado lo persiguieron cuando se fue. Como siempre, Matilda vestía pantalones de trabajo anchos y azules y un delantal de goma. Todas las mañanas fregaba el suelo del supermercado, que estaba cerrado hasta la tarde. Sólo se quitaba los pantalones para ir a cenar al comedor, donde solía presentarse con un traje floreado. Al llegar al comedor, estiraba el pescuezo hacia aquí y hacia allá como una gallina, tratando de ver las novedades, quién estaba sentado con quién. Aparentemente no se le escapaba nada, pero Moish comprendió repentinamente que tan obsesionada estaba con los detalles que los árboles no le dejaban ver el bosque. Nunca lograba encajar los detalles en una imagen de conjunto y su visión distorsionada tenía a veces el efecto de «envenenar los pozos», como solía decir Osnat. («Habla de cosas que no entiende y siembra la desconfianza en el corazón de la gente», recordaba que había comentado Osnat enfadada.)

Al montar en su bicicleta, Moish recordó algo sucedido largo tiempo atrás, durante una

de las movilizaciones para recoger melocotones. Parecía que aún estaba oyendo el zumbido de los mosquitos. Matilda, con un pañolón blanco a la cabeza y holgados pantalones azules, baja y regordeta, la tez encendida y los gruesos bracitos estirados hacia una rama, decía: «¿Qué es esto? ¿Cómo es que están aquí apiladas las cañerías de riego? Ayer vi a Yuvik saliendo en jeep con la voluntaria sueca esa». Y añadió en yidish: «La que lleva las tetas al aire». Luego continuó en hebreo: «Creía que él venía a colocar las cañerías, y ella también». Y entonces vio a Osnat saliendo de entre unos árboles cercanos, fingiendo no haber oído nada.

Pero tal como decía su madre mucho antes de aquel día, cuando Osnat y él eran niños: «No se puede escapar de Matilda, siempre hay una Matilda allá donde vayas, no le hagáis caso». Les había dicho eso cuando se quejaron de la resistencia que había plantado Matilda cuando fueron a pedirle los ingredientes para hacerle a Lotte una tarta de cumpleaños. «No os lo toméis a mal», había dicho Miriam; «en realidad es una buena mujer. No es que sea una avara, es que cuida de las cosas porque son de todos. Y pensad en la vida tan dura que ha llevado, sola durante tantos años.»

Rodando por el camino, Moish casi sonrió al recordar la respuesta de Osnat: «Si no fuera tan mala, no estaría sola. Nadie se atreve a acercarse a ella. No comprendo cómo alguien se le pudo acercar tanto como para darle un hijo».

Miriam había mirado a su alrededor aprensivamente, para comprobar que nadie había oído las palabras de Osnat, pronunciadas en voz alta en el jardín de delante de su habitación y dijo: «Chsss, Osnatileh, esas cosas no se dicen, Matilda no ha sido siempre como es ahora. Cuando llegó aquí, después de haberlo pasado muy mal, no era así, y además hace las cosas con buena intención».

Moish volvió a ver el reflexivo gesto de desprecio con que Osnat reaccionó ante la tolerancia a todo trance de Miriam.

Pedaleó despacio del supermercado al taller de costura, agarrando el cable suelto que iba atado a los frenos de mano de la vieja bicicleta y colgaba del manillar, y un sentimiento depresivo se fue apoderando de él, ralentizando sus movimientos y haciéndole perder el hilo de sus pensamientos. Miró a su alrededor aunque en realidad no buscaba nada. El duelo que se había impuesto en el kibbutz era en cierto modo aterrador, pensó de camino hacia el cobertizo de las herramientas. Las muertes de Srulke y Osnat se habían combinado en un solo dolor, una pérdida reforzaba la otra. Y aquel duelo, tan íntimo por un lado y a la vez tan anónimo, de pronto le hizo sentir que había algo falso

en el ambiente luctuoso. La solemnidad y el ritualismo que se otorgaban a la ocasión resultaban pavorosos a la luz de las circunstancias. Se estremeció al pensar en las próximas ceremonias, de las que la gente ya estaba hablando, las ceremonias que señalarían el trigésimo día de después de la muerte. El dolor y la aflicción que se invertían en planear aquellas ceremonias conmemorativas se le antojaban ahora artificiales.

Su angustia se acrecentó al pensar en la diligente devoción que nacía de un sincero deseo de expresar el dolor por la muerte de uno de los suyos. Pero ninguno de ellos había conocido de verdad a Osnat ni la había comprendido, y, lo que era aún peor, ninguno de ellos sabía la verdad. Sobre el kibbutz había descendido una quietud melancólica, silenciosa y solemne. La celebración de un bar mitzvá prevista para aquella semana se había pospuesto un mes.

Dvorka había encontrado refugio en la compañía de los dos hijos menores de Osnat; ante los niños, sus anchos labios siempre fruncidos no cesaban de contraerse en una sonrisa forzada que no encontraba eco en sus ojos. De tanto en tanto, alguien se dejaba caer por su habitación, para «no dejarla sola», pero la presencia de los niños les impedía referirse directamente a la tragedia.

Todo el kibbutz se consagró a organizar la vida en común de manera que los niños no sufrieran. La tarde en que regresaron de las entrevistas en la sede de la UNIGD, una furgoneta con aire acondicionado aguardaba para llevar a hacer un fuego de campamento al grupo de niños de guardería llamado Las Ardillas, al que pertenecían los pequeñuelos de Osnat. Moish observó cómo cargaban en la furgoneta las neveras portátiles con la cena de los niños, y cómo la gente corría de aquí para allá comprobando que no se habían olvidado de nada. Tanto revuelo por sólo catorce niños, pensó; hasta las medidas de seguridad eran una exageración. Aquellos niños, reflexionaba Moish, ni siquiera tendrían que recoger ramitas y palos para hacer fuego: un haz de leña impecablemente atado con un cordel esperaba en el tractor aparcado detrás de la furgoneta. Moish se fijó en el brillo del papel de aluminio en que iban envueltas las patatas, se asomó a la caja cargada con yogures con sabor a chocolate y a frutas, oyó que la encargada de la casa infantil preguntaba dónde estaban los batidos de chocolate, y se enteró de que la gran nevera no sólo estaba llena de bolsitas de plástico con batido de chocolate, sino también de helados que se distribuirían de postre. Y luego regresarían al kibbutz, los catorce niños

y los siete adultos, con las manos pringadas de helado y de batido, pero sin que el hollín de la hoguera o de las patatas asadas les hubiera manchado la ropa.

Recordaba los jocosos comentarios que había hecho Aarón sobre lo mimados y sobreprotegidos que estaban los niños del kibbutz, cierta vez que se citaron en un café, con ocasión de uno de sus viajes a Tel Aviv. A pesar de los silencios que había entre ellos, más pesados a medida que transcurrían los años, a pesar de sus charlas insustanciales, Moish sentía la necesidad, compartida por Aarón según le parecía, de ver su relación como una buena amistad que el tiempo no podría destruir, que soportaría todos los cambios de sus vidas, que existía al margen de la familia y que siempre sería íntima, aun cuando ninguno de los dos dijera nunca nada íntimo, porque siempre sabrían comprender lo que dejaban sin decir.

—Salen al mundo con la sensación de que todo les va a venir dado —había dicho Aarón, y ahora Moish recordaba su reacción de enfado, casi de agravio, cuando Aarón continuó diciendo—: No les dais la oportunidad de enfrentarse a los problemas existenciales de la vida, y el resultado es la atrofia de la capacidad de sufrimiento, de duda; lo dan todo por hecho, no conocen otra cosa que la necesidad de acumular posesiones materiales. Esa avidez suya, ese espíritu adquisitivo, deriva de la ansiedad, del miedo a una vida independiente fuera del kibbutz y del recuerdo de las privaciones trasladado a una esfera donde en realidad no existen: las auténticas privaciones nada tienen que ver con las cosas materiales, pues están relacionadas con la atrofia del desarrollo individual.

Moish pensaba ahora en la voracidad de Havaleh por la ropa, en que siempre que iban a la ciudad quería comprar algo, en cómo se iluminaban sus ojos cuando veía un vestido nuevo, en su incansable afán de acumular posesiones.

Pensaba también en los viajes al extranjero —a África, a Sudamérica, a Asia— que hacían todos los jóvenes en busca de sí mismos, sedientos de aventura, ávidos de algo distinto, sin importarles que fuera ajeno o amenazador con tal de que fuera diferente. Algunos regresaban a casa derrotados, encerrados en sí mismos, más perdidos que antes de embarcarse en aquella aventura sin rumbo; sólo unos cuantos lograban readaptarse a la vida en el kibbutz, y entonces consideraban que esa vida era el epítome del compromiso.

Dvorka había promovido en cierta ocasión una sijá para tratar lo que denominó «las dificultades de la generación joven». Había hablado, según recordaba Moish, de la pérdida de objetivos como principal motivo de aquellos viajes. No se había mostrado

contraria a ellos. Entonces, como siempre, le había sorprendido con su capacidad para ver las cosas a una luz distinta que todos los demás, con su inesperada apertura de miras. «Esos viajes deben verse», dijo Dvorka, «como una reacción natural y constructiva ante la búsqueda espiritual. Debemos animarlos a emprender viajes como parte del proceso de aprendizaje por el que se llega a comprender que el sentido de la vida hay que encontrarlo dentro de uno mismo. Pensad en lo difícil que es para ellos. No tienen ciénagas que desecar. No tienen nada que los proteja de la vacuidad. Es difícil vivir sin un reto y nosotros hemos de ayudarlos a que encuentren ese reto».

Ahora, mientras pedaleaba camino abajo y pasaba de largo junto a Rajela, que le saludó con la mano con evidente fatiga, a sus veinticuatro años, según calculó rápidamente, Moish pensaba en las palabras de Aarón y se preguntaba si no encerrarían su parte de verdad. En cuanto los jóvenes salían del asfixiante invernadero del que tan ansiosos estaban de escapar para vivir nuevas experiencias, el dolor de la soledad y las preguntas sobre el significado de la vida parecían caer sobre ellos de golpe, desorientándolos y privándolos de la posibilidad de regresar al mismo invernadero y de educar a sus hijos tal como ellos habían sido educados, en el sincero convencimiento de que aquél era el mejor camino. Moish se apeó de su bicicleta y por una vez permitió que sus pensamientos fluyeran libremente, sin reprimirlos, y de pronto los comprendió como nunca antes los comprendiera. La muerte de Osnat, y tal vez también la de Srulke, aunque hubiera sido pacífica e inevitable, habían resquebrajado el muro protector que antes le impedía comprender las palabras de Aarón.

A última hora de la tarde fue a ver si Dvorka se encontraba bien y la encontró sentada en una silla plegable sobre el césped, mirando de hito en hito el camino. El aroma de las flores embalsamaba el aire. Moish ya había pasado por allí un par de veces, ocupado en la búsqueda que lo llevaba de habitación en habitación con este o aquel pretexto, y en ambas ocasiones había visto a Dvorka en la misma postura, inmóvil cual estatua. Ahora se detuvo y se arrodilló a su lado, y ella le posó silenciosamente una arrugada mano en el hombro, una mano donde las manchas oscuras se veían claramente a la luz de la farola, y Moish se preguntó cómo podría Dvorka soportar el desenmascaramiento de tanta violencia, de tanta destrucción. Espantado, se levantó tras un momento de silencio y continuó su camino.

Moish había hablado por la tarde con Simjá Malul, cuando, empapado en sudor, había hecho un alto en la enfermería, refrigerada y con la luz refrescantemente tamizada por

las cortinas a medio echar. Aquellas cortinas las había hecho Fania, cuando la enfermería estaba recién construida, con una tela comprada en la Ciudad Vieja. Cuando Moish le trajo la tela de rayas azules y moradas de Jerusalén, adonde Fania se había negado a ir, tal como se negaba a salir de kibbutz para ir a cualquier lado, la expresión verbal de su satisfacción había sido: «Creo que servirá». Fania se pasó la noche en vela cosiendo las cortinas y al día siguiente Zjaria las colgó en la nueva enfermería.

Simjá Malul le habló a Moish de su hijo a la vez que fregaba los platos. Moish se rascó la cabeza y dijo:

—Tráigalo y veremos qué podemos hacer; quizá consigamos saltarnos las formalidades.

Y vio avergonzado que las lágrimas se agolpaban en los ojos de la mujer, que se volvió de espaldas y continuó frotando los platos enérgicamente. Moish abrió los armarios del vestíbulo y luego entró en las habitaciones de los ancianos, donde incluso se asomó debajo de las camas.

—¿Está buscando algo? —preguntó Simjá Malul—. ¿Ha perdido algo? ¿Le puedo ayudar?

Moish repuso tranquilamente, haciéndose el distraído:

—Creía que me había dejado aquí un frasco plateado el día en que Osnat... ¿No lo habrá visto?

Simjá Malul no lo había visto. «Si lo hubiera visto, lo habría guardado debajo de la pila», dijo, porque ¿cómo iba ella a saber lo que era? Pero no había encontrado nada semejante, en ningún lado, lo había limpiado todo a fondo, conocía cada rincón de la enfermería como la palma de su mano. Moish se sintió turbado por la evidente inquietud de la auxiliar, por su miedo a que la acusaran de negligencia. Y aunque le habría gustado preguntarle si el día en cuestión había visto salir a alguien de la enfermería cuando regresaba de la secretaría, después de que él y Yoyo la hubieran cerrado con llave para ir a comer y ella, tal como había declarado ante la policía, hubiese dejado a los pacientes sin vigilancia, Moish reprimió la pregunta al ver el miedo manifiesto en los ojos de la mujer. «Deja eso para la policía», se dijo, «es su trabajo».

Antes de irse de la enfermería, Moish volvió a entrar a ver a Félix, que estaba de cara a la pared, enroscado sobre sí mismo, y recordó con una punzada de tristeza el día en que Félix había pintado un mural con personajes de cuentos de hadas en las paredes de la casa infantil. En aquel entonces, un Félix corpulento y robusto trabajaba con los niños congregados a su alrededor. De eso hacía más de treinta años, cuando debía de rondar los cuarenta, menos años de los que él tenía ahora, pensó Moish con desánimo.

Recordaba la cálida sonrisa que centelleaba en los oscuros ojos de Félix mientras escuchaba las peticiones de los niños e iba bosquejando al carboncillo las figuras de Blancanieves y los siete enanitos y a Juanito trepando por el tallo de la planta de habichuelas. El mural seguía allí; los murales de Félix aún adornaban las paredes de todas las casas infantiles del kibbutz. Cada cierto número de años, en las casas infantiles se celebraba el Día de Félix, jornada que él dedicaba a renovar los colores desvaídos y a contar a los niños, sentándolos en sus rodillas, cuentos antiguos y modernos, llenos de detalles espeluznantes, tal como ellos querían. Moish pensó en las estatuas de Félix repartidas por el kibbutz, estatuas que todos los visitantes querían ver, y en el hecho de que pese a que era un escultor de renombre internacional, cuyas esculturas de piedra, dotadas de una fuerza insoslayable, se exhibían en lugares destacados de todo Israel, y pese a que el kibbutz le permitía trabajar cuanto quisiera en el amplio estudio construido para él cerca de los establos, Félix se imponía a sí mismo la obligación de observar escrupulosamente las cuotas de trabajo ordinarias del kibbutz. A veces trabajaba la jornada completa, a veces media jornada, pero se podía estar seguro de que se presentaría en todas las movilizaciones, de que no rehuiría cumplir con su parte, y Nora, su mujer, fallecida años atrás, era igual que él.

Ambos habían vivido modestamente, sin quejarse por seguir instalados en una casa vieja, de la que nunca llegarían a mudarse. Tuvieron cuatro hijos, que ahora visitaban a Félix por turnos. Los tres que se habían quedado en el kibbutz habían heredado la ética del trabajo y el modesto modo de vida de sus padres, así como el bienestar y la satisfacción que brillaban en sus ojos. Gady, el segundo, había heredado asimismo las maravillosas dotes de su padre para silbar sin dar una sola nota falsa, y silbaba las mismas melodías que antaño silbara su padre por los caminos del kibbutz. Siempre se sabía dónde estaba Gady, tal como antes se sabía dónde estaba Félix, por el sonido claro y agudo de las largas melodías, que Moish no identificaba, aunque sí sabía que procedían de diversas óperas; como en los viejos tiempos, cuando Félix silbaba a la vez que pintaba las paredes de las casas infantiles y preguntaba a los niños: «¿Sabéis qué canción es ésta?», y cuando le decían: «¿Qué canción es?», les contaba el argumento de la ópera.

Moish recordaba que su madre le había dicho que, durante sus primeros años en el kibbutz, Félix era «otra persona», poseída por un espíritu levantisco. Como Zeev HaCohen, era incapaz de dejar en paz a las mujeres, y había convertido su habitación en un «antro satánico» adonde acudían mujeres, casadas y solteras, todas las noches. Hasta

que Nora, de rostro vulgar y unos años mayor que Félix, llegó al kibbutz. Había sido ella, contaba Miriam admirada, la que le había hecho «sentar la cabeza». Una vez que Nora entró en su vida, el fuego de la lascivia se apagó y nunca volvió a mirar a otra mujer. Corrían rumores sobre «un niño que le había dado a una mujer que luego abandonó el kibbutz», y siempre quedó sin aclarar la cuestión de si Yaela era hija de Yedidya o de Félix, pero ya no se hablaba de eso. Todo se había olvidado. Sólo la generación de los fundadores conservaba aquellos recuerdos, que cuando salían a relucir llevaban una sonrisa cómplice a los labios de algunos veteranos. Y ahora Félix esperaba la muerte tendido en la enfermería.

Moish también fue a ver a Braja. Cuando abrió los ojos de par en par por un instante, Moish vio en ellos una mirada astuta, subversiva. Braja siempre había tenido un cierto aire subversivo. Moish se preguntó hasta qué punto sería consciente de su entorno. Luego pensó en Rickie, la enfermera, cuyas pertenencias estaban recogidas en un rincón; Rickie le había dicho: «He puesto la enfermería patas arriba y allí no hay nada. En mi opinión, estáis perdiendo el tiempo. Deben de haberlo tirado en algún lado; nunca lo encontraréis».

Moish tropezó con Yoyo detrás del comedor, donde éste había estado revolviendo los cubos de basura aquella mañana. Ahora ya habían vaciado los cubos del comedor en el gran vertedero de fuera del kibbutz, no muy lejos de la carretera principal, donde se quemaba la basura una vez a la semana.

—No es manera de hacerlo —le susurró Yoyo junto a uno de los grandes cubos—. Para una tarea así hace falta una movilización general. Invéntate algo para que podamos recurrir a todo el mundo, de otra forma no lo encontraremos nunca.

—Todavía no podemos hacer eso, ya has oído lo que nos han dicho —replicó Moish con desaliento—. De creer lo que dice el detective, en cuanto la búsqueda se haga general, alguien se dará cuenta de que sabemos lo del paratión y lo esconderá o volverá a dar un golpe.

—¿Tenemos otra alternativa? —preguntó Yoyo—. ¿Qué alternativa tenemos? —dio media vuelta y vio acercarse a Shula, la organizadora de los turnos de trabajo. Todavía estaba pálida, pero ya se había recuperado de la gripe gastrointestinal.

—Tenemos un problema con las movilizaciones —le dijo Shula a Moish.

—¿Qué problema? —preguntó Yoyo.

Y Moish, con el corazón acelerado por la idea de que Shula pudiera haber oído parte

de su conversación, puso cara de interés y se aprestó a disimular.

—Vamos a alejarnos de los cubos —dijo Shula—. Apestan. ¿Cómo se os ha ocurrido ponerlos a charlar precisamente aquí?

Shula había sido elegida para organizar los turnos de trabajo por su buen carácter, su equilibrio emocional, sus dotes para resolver problemas y su inagotable sentido de la responsabilidad. «Sólo por seis meses», había insistido después de su nombramiento, «y luego me vuelvo a la casa de los niños». Nadie había tenido nunca el menor interés en ocupar ese cargo y se daba por hecho, aun sin decirlo explícitamente, que nadie tenía que desempeñarlo durante más de un año. «Es un trabajo desagradecido», había comentado Zeev HaCohen en la reunión de años atrás en la que se eligió a Moish para el puesto, «pero nadie capaz de desempeñarlo tiene derecho a negarse. Sólo un puñado de personas poseen la capacidad necesaria para esta tarea delicada y compleja, y es obvio que no podríamos sobrevivir sin ella. Alguien tiene que hacerlo».

Desde su nombramiento, Shula no paraba de correr frenéticamente de un lado a otro del kibbutz, y su anterior expresión de tranquila satisfacción se había trocado en otra de agotamiento nervioso. Moish recordaba la época en que él había estado a cargo de la división del trabajo en el kibbutz: sus compañeros cambiaban de gesto cuando se acercaba a ellos en el comedor, temerosos de lo que pudiera decirles. Algunos se defendían por adelantado, lo miraban ceñudos y decían cosas como: «Ni se te ocurra. Ya he trabajado tres sábados seguidos», y otros se encogían en sus asientos y fingían no verlo. A veces tenía la impresión de que tan pronto como ponía un pie en el comedor se desataban en su contra corrientes subterráneas y todo el mundo esquivaba su mirada y volvía la cabeza hacia otro lado, confiando en que no reparase en su presencia y se dirigiera a otros. Recordaba lo harto que había llegado a estar de las discusiones. Siempre había alguien que llamaba a su puerta a altas horas de la noche para quejarse de los turnos del día o la semana siguientes.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Yoyo a Shula.

—Shmiel me ha dicho hoy que necesita una movilización dentro de tres semanas para recoger las ciruelas, y ese mismo sábado tengo que organizar otra movilización en la fábrica, porque han recibido un gran pedido de Alemania y necesitan ayuda para embalarlo. ¿Te sientes bien? —le preguntó de repente a Moish.

—Sí, muy bien. ¿Por qué?

—Estás palidísimo, ¿no te has mirado al espejo? —repuso Shula—. Si Osnat siguiera

entre nosotros, habría recurrido a ella; ella habría sabido qué hacer. Tenía verdaderas dotes organizativas. Sabía, por ejemplo, a quién asignar a una movilización para que otra persona también quisiera apuntarse. Digamos, por ejemplo, poner a dos chicas del grupo de Las Palmeras en la movilización de las ciruelas para que los chicos de la unidad Nájál también quisieran apuntarse, o no destinar a Dana al embalaje en la fábrica si quería contar con Ajinoam, ese tipo de cosas. En fin, de nada vale hablar –dijo Shula suspirando–. Qué tragedia ha sido lo de Osnat, ¿eh, Moish?, ¡qué tragedia!

Moish desvió la vista. Shula era unos años menor que ellos y nunca había sido muy amiga de Osnat, pero siempre le había profesado una admiración rayana en el culto a una heroína. A Moish le vino repentinamente a la memoria una noche de viernes de años atrás: Shula ante la puerta del comedor diciéndole a Osnat, con expresión rebosante de admiración infantil: «Qué guapa estás, y qué bien te queda. ¿De dónde sacas tiempo para vestirme así con todo lo que tienes que hacer, y cómo te las arreglas con tan poco dinero?». Un gesto de disgusto asomó al semblante de Osnat, y luego una mirada desconfiada. Moish comprendía ahora que en aquel momento Osnat no sabía cómo tomarse aquellos halagos ni entendía lo que Shula pretendía decirle con ellos. Sólo ahora, al recordar la escena, comprendió Moish que aquellas inocentes manifestaciones de admiración constituían toda una agresión. «Yo no me paro a pensar en esas cosas, no tienen importancia», había respondido Osnat de mala gana al ver que Shula aguardaba testarudamente una respuesta. «Eso también es bonito», había dicho Shula con una admiración que acentuó aún más la expresión de enfado de Osnat.

«En la vida cotidiana no puede uno devanarse los sesos con esas sutilezas», le había dicho Aarón en una ocasión en que él trataba de interpretar un comentario hiriente de Yojeved o Matilda. Aunque no recordaba las circunstancias exactas, de pronto oyó como en un eco las palabras de Aarón. «Son cosas sin importancia», había dicho como para sí Aarón, que a la sazón todavía vivía en el kibbutz; «hay que inmunizarse contra ellas, echar una piel dura que te tape los oídos. Son personas con las que hay que vivir día a día, y uno no puede pasarse la vida tratando de desentrañar el significado oculto de sus palabras».

La muerte de Osnat, comprendió Moish de pronto, mientras oía las inflexiones de la voz de Shula sin escucharla, le había arrancado la piel dura que le cubría los oídos. Oyó a Dvorka citar la Biblia: «Quita primero la viga de tu ojo», y explicar la cita. Cuando Aarón le habló de aquella piel dura que él mismo no había logrado desarrollar, Moish

había pensado enfadado que Aarón siempre se estaba quejando y así se lo había dicho: «Deja de pensar tanto, siempre estás dándole vueltas a las cosas». Y ahora era él quien no podía parar de dar vueltas a las cosas. Cada frase que oía le sonaba extraña, toda frase tenía un doble sentido. Detrás de cada palabra se ocultaban horrores.

«Para vivir aquí hace falta tener una personalidad especial», le había dicho Aarón una noche. «Eso es lo que tienen en común todas las personas de aquí, una piel dura que les permite sobrevivir, de otro modo no podrían.» Habían ido a colocar cañerías de riego con una chica cuyo nombre no recordaba, pero a quien ambos deseaban; y Aarón, como siempre hacía con Moish, había renunciado a la pugna. Pero luego, sin saber cómo, apareció Yuvik y se llevó con él a la chica.

Moish observó la expresión responsable y preocupada de Shula, una expresión que reflejaba concentración y plena conciencia del problema a encarar. Con sus ojos saltones y dos arrugas cruzándole la frente, Shula de pronto le parecía un cúmulo de malevolencia concentrada. Vio acercarse a Guta por el camino, los labios fruncidos y un entramado de arrugas en torno a la boca. Iba hacia el comedor y Moish dedujo que ya serían más de las dos, porque Guta, debido a su trabajo en la vaquería, siempre comía tarde, cuando las sillas ya estaban boca abajo sobre las mesas y el trabajador de turno fregaba el suelo. Shula seguía parada junto a su bicicleta, sujetándola por el manillar y manoseando la funda de goma del timbre.

—Dicho de otro modo, necesito organizar dos movilizaciones a tres semanas vista, y no sé cómo hacerlo; con las ciruelas y los melocotones, ya no dispongo de nadie. Tendré que pensar en conceder bonificaciones extra, y también se me ha ocurrido montar un campamento de trabajo del movimiento juvenil para las ciruelas. Pero aun cuando pudieran venir, eso no resuelve el problema de la fábrica. No quieren tener a una pandilla de chavales rondando por ahí; por otro lado, desde que votamos en contra de contratar a gente de fuera ya no sé cómo ingeniármelas y...

—Está bien, lo pensaremos esta noche —la interrumpió Moish, disimulando su impaciencia—. Me pasaré a verte después de haber acostado a los niños.

—¿Vendrás entonces? ¿Sobre qué hora?

—Ya te lo he dicho, después de acostar a los niños.

—¿Sobre las diez?

—O antes —respondió Moish.

Cuando dieron las cuatro, Yoyo dijo:

–Por hoy será mejor dejarlo, los niños estarán a punto de llegar a la habitación.

–Antes de que quemen la basura... la quemarán mañana... vamos a echar un vistazo al vertedero –decidió Moish.

–Ahí no vamos a encontrar nada –protestó Yoyo–. En esa montaña de basura, ¿cómo quieres que encontremos algo?

–¿Quién sabe? –dijo Moish, suspirando–. Quizá no, pero ¿qué perdemos por intentarlo? Un frasco metálico no se quema fácilmente.

–¿Quieres ir a pie o en bici? –titubeó Yoyo–. ¿O cogemos la furgoneta?

–Cojamos la furgoneta –dijo Moish–; ya es tarde.

Condujeron hasta el gran solar de donde ya se elevaba el humo.

–¿Qué pasa? ¿Por qué la están quemando hoy? –dijo Moish alarmado.

–No lo sé –replicó Yoyo–; hoy es lunes. Quizá lo han adelantado por lo del Día del Niño. Ya no tiene sentido ir. Además, ¿qué te hace pensar que lo vamos a encontrar ahí?

–Si te paras a pensarlo –dijo Moish pensativo–, la manera más fácil de deshacerse del frasco, teniendo en cuenta que la persona que lo hizo no imaginaría que iba a ser descubierta, convencida de que todo el mundo iba a pensar que había muerto de neumonía, la manera más fácil habría sido tirar el frasco a la basura, ¿no te parece? Y si lo tiraron a los cubos del comedor, o de cualquier otro sitio, al final habrá acabado aquí.

–Ponerse a husmear en la basura con el calor que hace, y en medio de esta nube de humo –masculló Yoyo, bañado en sudor, cuando se detuvieron junto al vertedero, que desprendía un fuerte tufo a goma quemada mezclado con el de otros desperdicios.

Comenzaron a remover el montón con ayuda de dos horquillas encontradas allí mismo, a sacar cosas y volverlas a meter después de haberlas examinado.

–Espero que no nos vea nadie –dijo Yoyo de pronto–. ¿Qué vamos a decir si nos ve alguien?

–Que estamos buscando una pieza de una máquina que se rompió –respondió Moish sin pensar–. Una pieza rota que tiramos a la basura y que ahora resulta que hace falta. ¿Por qué te preocupas? Si nadie lo sabe.

–Nadie salvo quien lo sabe –dijo Yoyo, suspirando.

–Salvo quien lo sabe –convino Moish.

–Me refiero a la persona que lo sabe.

–Ya te había entendido –dijo Moish molesto.

En el vertedero no había nadie más. Habían pegado fuego a la basura y se habían

marchado. Regresarían cuando todo se hubiera consumido. La tarea de quemar la basura siempre se encomendaba al grupo Nájal, y a pesar de la estricta advertencia de que debía haber alguien vigilando la quema, siempre se escabullían. La cuestión se había planteado repetidas veces en la sijá, donde se había señalado en vano el riesgo.

—Ya son las cuatro —dijo Yoyo al cabo de un rato—, y llevo dos días sin ver a mis hijos, salvo por el momentito que he estado con ellos esta mañana en la casa de los niños. Y a los gemelos hace ya tres días que no los veo. Supongo que estarán más altos.

Pero entonces Moish dijo suavemente, con incredulidad, como si hubiera sabido desde el principio que el frasco estaba allí y no pudiera dar crédito a sus ojos al verlo materializarse ante él:

—Aquí está.

Y con ayuda de la horquilla sacó rodando un frasco metálico, todavía ni siquiera tiznado de hollín, del extremo del vertedero, que de pronto parecía pequeño y perdido en la inmensidad del espacio abierto. Yoyo guardaba silencio.

—Resulta que estaba aquí —dijo Moish con perplejidad—. Me deja pasmado. Pensé que iba a estar aquí y aquí está. ¿Cómo he podido saberlo? ¿Cómo me he introducido en los pensamientos de la persona que lo hizo?

Y se sentó sobre la cuarteada tierra marrón, con el frasco junto a sus pies temblorosos. Yoyo se quedó en pie a su lado, sin decir nada. Su respiración sonora y acelerada retumbaba en los oídos de Moish. Alzó la vista hacia Yoyo, que había dejado de sudar y respiraba cada vez más deprisa. Al fin, Yoyo también se sentó en el duro suelo, junto a Moish.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Yoyo, y Moish no respondió.

Estaba combatiendo una sensación de ahogo, de falta de aire. A su alrededor todo se nublaba y se volvía borroso. La voz de Yoyo murmurando una y otra vez «¿qué vamos a hacer?» le llegaba desde muy lejos. Además en sus oídos retumbaban otros sonidos, címbalos entrechocando y la sensación de una súbita pérdida de altitud. Yoyo se quitó las gafas y las dejó en el suelo, a su lado. Al cabo, respiró hondo y dijo:

—Es verdad, Moish. Es uno de los nuestros, alguien que sabe cuándo y dónde se vacían los cubos. Está claro como la luz del día.

Moish no podía articular palabra. Sentía el sudor corriéndole a chorros por la espalda y la viscosidad de las palmas de sus manos, apoyadas en el suelo, y veía el pulular de un

hormiguero bajo sus muslos. Observando la larga fila de presurosas hormigas, dijo con voz cascada:

–Yo qué sé, ojalá... –no terminó la frase; las palabras que se tragó eran: «...pudiera dejar de existir, desaparecer, meterme en un hormiguero y no salir nunca más».

Al cabo de un rato Moish logró hacer acopio de fuerza para levantarse. Cogió el frasco y lo examinó. Le faltaba el tapón y estaba vacío.

–¿Cuánto paratión contenía? –preguntó Yoyo, como si le hubiera leído el pensamiento.

–No lo sé, era el último frasco que quedaba. Eso lo sé porque Srulke me dijo que estaba casi vacío y tendría que traerle más de Tel Aviv, o encargárselo a alguien, porque desde que estalló la Intifada ya no se puede ir a los territorios a comprarlo. Lo quería para sus flores. Éste era el último frasco, y, o yo no conozco a Srulke, o me lo dijo el mismo día en que lo abrió. No le gustaba quedarse sin paratión.

–Supongamos, entonces, que estaba lleno –dijo Yoyo–. ¿Qué habrán hecho con el resto, ya que el frasco está aquí? ¿Qué habrán hecho con el resto? –preguntó nervioso, poniéndose en pie.

–Hay dos posibilidades –dijo Moish, contemplando el horizonte–. O lo han tirado casi lleno o medio lleno, o lo han trasvasado a otro frasco. Ése no es problema nuestro. El detective nos pidió que encontráramos el frasco y no que inventáramos teorías.

–Moish –dijo Yoyo–, entiéndeme. Si hay más paratión en otro lado, podrán volver a utilizarlo. ¿Lo comprendes?

–¡Y qué voy a hacer yo para evitarlo! –exclamó Moish en un arrebató de ira–. ¿Qué podemos hacer? ¿Arrestar a todo el kibbutz? ¿Convocar una sijá? ¿Qué sugieres que hagamos?

–Eli Reimer está cumpliendo el servicio de reservista, así que estamos sin médico, y ni siquiera tenemos enfermera –dijo Yoyo con creciente pánico.

–Sí que tenemos –replicó Moish–; mañana vendrá una enfermera, con unas referencias fantásticas. Mañana la tendremos aquí.

–Pues habrá que hablar con ella, debemos estar preparados –afirmó Yoyo.

–No puedo vivir así –se quejó Moish–, sin confiar en nadie. Te aseguro que no lo soporto más. Y cuando pienso en Osnat sólo me dan ganas de morirme. Me siento perdido en la oscuridad, en una especie de infierno, donde nada es lo que parece ser. No lo soporto más –Moish sepultó el rostro entre las manos y se frotó los ojos, que le escocían a causa del humo–. Créeme, ya no estoy seguro de nada –dijo, y volvió a

sentarse en la seca tierra marrón, inhalando el hedor de la basura en combustión—. Nada de nada. Ya no entiendo nada, sencillamente no lo entiendo.

Yoyo, que con sus magras carnes y sus pantalones cortos parecía un espantapájaros, se agachó y recogió el frasco plateado con un amarillento papel de periódico traído de la furgoneta.

—No podemos comunicar este hallazgo a nadie. Tenemos que pensar en el bien del kibbutz —dijo con expresión grave; y, después de enjugarse el sudor de la cara, añadió repentinamente—: Somos los únicos que lo sabemos —en su voz había una nota de excitación y Moish tuvo la impresión de que aquella voz encerraba una emoción nueva—. Lo hemos encontrado nosotros, somos los únicos que lo sabemos —repitió Yoyo.

Moish lo miró sorprendido. Esperó que continuara, pero Yoyo no parecía tener prisa por responder a su mirada interrogante.

Cuando al fin dijo: «Es algo que nunca había pasado antes, nunca había pasado nada como esto», Moish creyó reconocer el mismo tono con que Matilda anunciaba los sucesos sensacionales.

Pero, rechazando aquella asociación de ideas, Moish dijo:

—Volvamos a llamar a la policía. Al menos a ellos sí les podemos decir que lo hemos encontrado *nosotros*. Eso también tiene su importancia.

12

Se habían encerrado con llave en la secretaría para que el técnico de la unidad móvil de criminalística venida de Asquelón analizara el frasco plateado. Majluf Levy atisbaba por encima del hombro del técnico, que al fin dijo:

–Aquí no hay nada, excepto arena, hollín y sus huellas –señaló a Moish, que no cesaba de frotarse las manos contra los pantalones.

–Quiero saber qué va a pasar ahora –exigió Yoyo–. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Michael Ohayon encendió un cigarrillo, dio una calada y dijo:

–Seguiremos buscando –habló en tono prosaico, como si no hubiera comprendido la pregunta.

–¿Hasta cuándo tendremos que guardárnoslo para nosotros, sin contárselo a nadie, ni siquiera a nuestras mujeres? ¡Es imposible continuar así!

–Sí, es difícil –reconoció Michael, percibiendo la frialdad de su voz–, pero de momento no hay otra opción: es necesario para la investigación.

–Y ni siquiera me va a decir cuánto tiempo va a pasar antes de que...

–No puedo decirle lo que no sé –replicó Michael–. No son ustedes unos niños. Es evidente que ha sucedido algo terrible, pero yo esperaba que dos figuras destacadas de un kibbutz como éste serían capaces de sobrellevarlo –ni él mismo entendía la hostilidad que iba agolpándose en su interior. Se dijo: «Trata de demostrar un poco de simpatía», pero en la práctica no lo conseguía. Había algo en la excitación de Yoyo que le irritaba, en su tono quejumbroso, en aquella actitud dramática fuera de lugar en un hombre hasta entonces de apariencia apacible y sensata, y de pronto Michael pensó en los coches que se detenían continuamente en el lugar de la autopista de Tel Aviv a Jerusalén donde el autobús 405 se había despeñado debido a un reciente atentado terrorista. Día tras día, los coches paraban al borde del precipicio y la gente se apeaba para mirar, para revivir la catástrofe. Michael pensaba en el espanto que se apoderaba de él al verlos. No todos

ellos eran amigos o parientes afligidos. Algunos, pensaba al pasar a su lado por las mañanas, de camino a Pétaj Tikvá desde Jerusalén, tan sólo querían enterarse bien de lo ocurrido, y no para dar forma concreta a sus miedos abstractos, sino por algo distinto en lo que Michael se negaba a pensar, algo que le inspiraba la misma ira y repugnancia que el tono de voz de Yoyo.

—De momento van a tener que soportarlo solos —dijo más amistosamente, observando el horror y el sufrimiento reflejados en el semblante de Moish—. Lo siento, pero así están las cosas.

—Pero ¿cómo piensan descubrirlo? ¿Y qué me dice del peligro? —estalló Yoyo—. Además, ¿por qué se han llevado a Yankele? ¿Adónde se lo han llevado?

—No nos lo hemos llevado a ningún lado —repuso Michael pacientemente—. Por lo visto, llevaba varios días sin tomar su medicación y, a la luz de los hechos, eso podía entrañar riesgos.

—Pero ¿qué andan buscando en su habitación? —preguntó Yoyo—. Han tenido la suerte de que Fania aún no se haya enterado, pero se enterará, siempre se enterará de todo, y más de algo así, sobre todo tratándose de Yankele...

Majluf Levy se balanceaba nervioso.

—Ya hemos terminado el registro de su habitación —le dijo a Yoyo—, y no había paratión. Él —añadió señalando al técnico del laboratorio— ha olido todos los frascos, después de lo que nos advirtieron ustedes, y allí no hay nada. Pero podría haberse deshecho de lo que quedaba en el frasco plateado, o tal vez no está en su habitación, sino en otro sitio.

—¡Están locos! —exclamó Yoyo horrorizado—. Completamente locos. Yankele nunca haría algo así. ¿Por qué iba a hacer algo así? No lo conocen, no pueden tratarlo así. Tiene problemas, pero no es un asesino.

—¿Quién lo es? —le espetó Michael.

—¿Quién es qué? —preguntó Yoyo, sobresaltado.

—¿Quién de este kibbutz es un asesino? —preguntó Michael.

Majluf Levy tomó asiento y, dando vueltas a su grueso anillo, dijo:

—Nuestra labor no será más sencilla, ni lograremos dar más rápidamente con la solución, si no colaboran con nosotros. De momento, Yankele es nuestra única pista.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Moish con voz ronca, cascada.

—Quiero decir que aparte de Yankele no hay más sospechosos. Ni siquiera tenemos un

móvil creíble –concluyó Levy quejoso.

Michael recordó la reunión del Equipo Especial de Investigación que había dirigido esa misma mañana, durante la cual Nahari, a quien tenía enfrente, había comentado con una sonrisa lúgubre una vez que se habían expuesto los hechos:

–Lo que me estáis diciendo es que no tenéis un móvil creíble, aparte del asunto ese del marido de la tal Tova y de la obsesión de Yankele con Osnat, y, para colmo, que todo el mundo tiene una coartada estupenda. Pero si ni siquiera sabéis quién no estaba en el comedor cuando sucedió, quién estaba trabajando en otra parte, o descansando en su habitación, o incluso fuera del kibbutz. Y tú ni siquiera dejas que entren en acción los técnicos en poligrafía.

–No es cuestión de que les deje o no les deje entrar en acción –protestó Michael–. Tú mismo comprendes la necesidad de discreción, y aparte de los que ya están enterados, no se puede someter a nadie a una prueba poligráfica sin explicarle la razón; te repito que Avigail es nuestra única esperanza de dar con una pista. Ni siquiera sabría qué preguntar al pasarlos por el detector. ¿Qué les iba a preguntar?

Sarit, que era muy dada a morderse las uñas, ya había llegado hasta la piel, y Michael vio sangre en sus dedos mientras ella decía:

–Hay montones de cosas que preguntar. Y podemos empezar ahora mismo con los que ya están al tanto de la situación.

–Muy bien, les preguntaremos cosas –dijo Michael airado–. Ya lo hemos hecho, pero mi problema es que aún no me he formado una idea de conjunto, hay algo en ese mundo que se me escapa. Tengo la sensación de que no comprendo algo fundamental, y eso es lo que estáis pasando por alto. En todo kibbutz hay aventuras sentimentales, pero todavía me queda por oír que hayan desembocado en asesinatos. ¿Cuál es la novedad en este caso? ¿Cuál es la diferencia?

–¿Desde cuándo eres un experto en kibbutzim? –preguntó Nahari sarcástico–. Que yo sepa, no has tenido la menor experiencia de la vida en un kibbutz.

–Pero me he enterado de unas cuantas cosas, eso para empezar, y además leo libros –replicó Michael desafiante.

–Ah, los libros –dijo Nahari–. Sí, los libros son importantes, pero no son la vida misma. Los libros no son más que libros, ¿sabes?

–No estoy de acuerdo –dijo Michael–. Y tú tampoco opinarías así si no te sintieras en posesión de una información interna privilegiada sobre este «especimen» único, como tú

lo llamas. Te advierto que no estoy diciendo que no sea único. Pero ¿qué quieres decir? –exclamó desafiante, sintiendo que su ira se desbordaba–. ¿Que los libros son una fuente de información válida sobre un pueblo o ciudad de Sudamérica, o sobre Leningrado, o sobre la mentalidad rusa, pero no lo son sobre los fenómenos típicos de los kibbutzim? ¿Has leído *Kehilatenu*? –le soltó a Nahari, que reconoció que no lo había leído–. Pues léelo. Y permíteme que te recuerde –prosiguió Michael, notando que su voz se alzaba hasta un grito– que no es como si nunca hubiera puesto el pie en un kibbutz, ¡o como si fuera de Laponia! Al fin y al cabo, vivo en Israel. Todo tiene un límite, ¿no? –encendió un cigarrillo, protegiendo la llama con la mano pese a que las ventanas estaban cerradas y en la sala no corría ni una brizna de aire. La agresiva superioridad que encontraba en todas las personas con experiencia de primera mano de la vida en el kibbutz estaba haciéndole perder los estribos.

Además estaba harto de la remisa ayuda de Nahari, tan sólo prestada cuando se reconocía abiertamente la propia impotencia, y de que se lavara las manos salvo cuando algún obstáculo derivaba claramente de la ignorancia y la falta de familiaridad con la sociedad de los kibbutzim. En esos casos, Nahari exponía su teoría sobre la naturaleza del kibbutz, y cuando una vez Michael señaló que tal vez la situación había cambiado en los últimos años, él le rebatió con desdén:

–Los principios no han cambiado en absoluto. Todo sigue igual. Da lo mismo que ahora tengan una fábrica y antes no la tuvieran.

–Hay quien considera que no da lo mismo en absoluto, y también quien opina que es una cuestión de principios muy grave estar pensando en abrir una residencia de ancianos regional, y quizá traer ancianos de la ciudad, cobrándoles una barbaridad, claro, para resolver sus problemas de aislamiento social, reciclarlos en el seno de una comunidad, aumentar las posibilidades a su alcance. ¿No crees que eso es una cuestión de principios? –preguntó Michael, mordisqueando la punta de una cerilla. Incluso a él le sonaban exageradas sus palabras, aunque no sabía por qué–. Creo que he llegado a comprender los principios del movimiento de kibbutzim –dijo sin falsa modestia–; el problema no es ése. El problema es lo que ha sucedido en este kibbutz a causa de esos principios, y eso ya no lo sé. Y no porque nadie me lo haya explicado, sino porque ellos mismos no lo saben.

–No te entiendo –dijo Nahari–. Me he perdido.

–Hay algo que ni ellos mismos saben porque lo ven desde dentro –explicó Michael.

—¿A quién te refieres con ese «ellos»? —preguntó Nahari, y Sarit se estiró para coger una coca-cola del centro de la mesa.

—A quienes están enterados, Dvorka y los hijos mayores, y Moish, y Yoyo, y la enfermera, a todos ellos. Saben algo que no saben que saben. Siempre es así, pero en este caso llama más la atención.

—Discúlpame —dijo Nahari secamente—, ¿no te parece que estás siendo un poco... cómo lo diría yo... enigmático? ¿Te importaría explicarme de qué estás hablando?

—¿No lo comprendes? Es como realizar una investigación dentro de una familia.

Sarit dejó su vaso en la mesa.

—¿Recordáis el caso de aquel chaval? —dijo pensativa—, ¿cuando los padres no dejaban de decir que era un chico maravilloso y tal y cual, y al final se descubrió el pastel? Y no es que estuvieran mintiendo, sino que no sabían interpretar bien las señales. ¿Es ahí adonde quieres ir a parar?

—Creo que las personas están atrapadas —dijo Michael como si no hubiera oído la pregunta— en sus ideas sobre la familia y sus pautas de relación con sus parientes. No son capaces de separar su ego del ego familiar, les resulta imposible adoptar un punto de vista diferente. Y aquí ocurre lo mismo, pero en este caso son trescientas personas. Y esto he llegado a comprenderlo —prosiguió tras un instante de reflexión— gracias a lo que he leído, no a lo que me han contado las personas con experiencia de primera mano de los kibbutzim.

Nahari guardó un prolongado silencio.

—Según lo que dices —comentó al fin sin ironía—, tenemos que abordar este caso como si fuera un asesinato dentro de una familia.

—Algo así —masculló Michael, cuya pasión se había enfriado, dejándolo avergonzado—. Y el problema es —continuó en un tono más comedido— que no tengo sospechosos. No tengo la menor pista.

—¿Qué hay del tipo pirado? —preguntó Sarit, la vista fija en la punta del lápiz amarillo que tenía en la mano.

—¿Quién? ¿Yankele? No es un sospechoso de peso —dijo Michael—. Es verdad que rondaba por allí de noche, era él, eso está claro, pero no la mató él. Aunque se podría decir que la odiaba, también es cierto que estaba verdaderamente obsesionado con ella.

—¿Por qué? —preguntó Sarit con patente curiosidad.

—Es complicado —dijo Michael vagamente—, y está relacionado con los problemas

mentales de Yankele. Tenía la idea fija de proteger la castidad de la víctima, de no permitir que el sexo la mancillara o algo por el estilo, pero no tiene ni la más remota idea de qué es el paratión, ni tampoco tenía ninguna relación con Srulke, y no tuvo la oportunidad de hacerlo, porque en ese momento estaba en la fábrica con Dave, ese tipo de Canadá con el que todavía tengo pendiente hablar.

—Pero su madre... —dijo Avigail.

—Sí —convino Michael—, por lo visto, su madre es harina de otro costal.

Después de eso se plantearon una serie de preguntas concretas sobre Avigail, que venía de una reunión con el director del D. I. C., el comisario del subdistrito de Lakish, el comisario jefe de la policía y el ministro del Interior; «todos los peces gordos», como, al principio de la reunión, había dicho Sarit no sin envidia. También se sometieron a debate nuevas sugerencias y luego la sesión comenzó a languidecer, como ocurría a veces con las sesiones de un E. E. I. cuando nadie sabía hacia dónde encaminarse, y en aquella atmósfera de estancamiento, Nahari trató de resumir la situación:

—No perdáis el ánimo. Es un caso como cualquier otro. Tenemos que encontrar un móvil. Y hablar con su madre. Y volver a hablar con Meroz. ¿Qué tal resultó su prueba poligráfica?

—Aún no se la hemos hecho, debido al infarto que sufrió —le recordó Michael—. Fue grave, habrá que esperar un par de semanas más. No se le puede poner nervioso —Nahari callaba.

En la puerta, cuando ya salía, mientras Sarit recogía los papeles y Nahari encendía ceremoniosamente un puro, Michael dijo de pronto:

—O quizá tengamos que montar un poco de alboroto, estamos en un auténtico callejón sin salida.

Nahari lo miró por encima del puro y le preguntó con aprensión:

—¿Cómo pretendes hacerlo exactamente?

Pero Michael cerró la puerta sin detenerse a responder.

Los policías bajaron la voz al oír ruidos al otro lado de la puerta de la secretaría. Alguien había agarrado el picaporte y lo sacudía arriba y abajo. Luego se oyó un grito:

—¡Abrid, abrid!

—¿No se lo decía yo? —susurró Yoyo triunfante—. Aquí viene Fania.

Michael le hizo un gesto al técnico de laboratorio y éste guardó el frasco en una bolsa

de plástico que, a continuación, selló.

–Nos vamos –dijo Majluf Levy.

Michael se levantó para dejarles pasar, pues la habitación era pequeña y estaban apretados. En el despacho contiguo, el de la tesorería, el teléfono sonaba frenéticamente, pero los alaridos de Fania ahogaron cualquier otro sonido cuando irrumpió en la secretaría y, apartando a empujones a Majluf Levy y al técnico y haciendo caso omiso de Michael, se dirigió en línea recta hacia Moish y se abalanzó sobre él.

–¿Qué le has hecho? Cerdo de mierda, ¿qué le has hecho?

–Fania –dijo Moish, levantándose–. Tranquilízate, Fania.

–¡Le dijiste algo a alguien y se lo llevaron en una ambulancia! –aulló Fania–. ¡Y a mí, a su madre, nadie le dice nada!

–Se lo han llevado para hacerle unas pruebas –intervino Yoyo–. No le van a hacer nada más.

–¿Y dónde está la enfermera? ¡No la encuentro!

–Se ha marchado. Ahora tenemos una enfermera nueva –dijo Moish.

–Llévame ahora a ver a mi hijo. ¡Ahora, ahora mismo! –dijo Fania con voz enardecida; y, acercándose a Moish, lo agarró por el brazo y empezó a tirar de él–. ¡Me llevas ahora mismo en la furgoneta a donde está mi hijo! ¿Dónde está?

Moish miró a Michael en muda petición de ayuda.

–Está en el hospital de Asquelón –dijo Michael en tono apaciguador–. Mañana lo mandarán a casa. Sólo van a hacerle unas pruebas.

–¿Quién es éste? –preguntó Fania, y, sin esperar a que le respondieran, preguntó–: ¿Me lleva usted? –soltando el brazo de Moish, se volvió hacia Michael con mirada amenazadora–. ¡Me lleva allí ahora! ¡Ahora mismo! ¡A Asquelón! ¡Adonde lo han llevado a él!

–No es necesario. Volverá mañana –aventuró Moish.

–Para mí mañana no existe –dijo Fania–. Quizá tú que eres tan listo sabes qué va a pasar mañana. Para mí mañana no existe. Si no me lleváis ahora, ahora mismo, me voy andando. ¡Andando me voy!

Pronunció en un alarido las últimas palabras mientras se acercaba a Michael y se ponía de puntillas para agarrar el cuello de su camisa con sus manos hinchadas, de dedos deformados por muchos años de trabajo. Lo zarandeó con todas sus fuerzas mientras gritaba sílabas entrecortadas, ininteligibles.

Era imposible quitársela de encima, imposible hacerla callar. Con un esfuerzo supremo, Michael logró que soltara el cuello de su camisa, que por el sonido que hacía parecía estar rasgándose. Se fijó en el número azul tatuado en el brazo de Fania y, con incómoda consciencia de la falsedad de su tono pretendidamente tranquilizador, le dijo a Moish:

—Sin problemas, llévela al hospital de Asquelón, está en la sección de psiquiatría. Llévela ya y luego vuelva a traerla aquí. Quiero hablar con ella cuando regrese.

Fania se calmó inmediatamente. Su cuerpo se quedó flácido, las manos temblorosas. Tomó asiento en una silla y apretó los labios.

—Vamos —dijo Moish con voz trémula—. Te llevo. ¿Quieres que venga también Guta?

Fania no respondió. Se puso en pie y se encaminó a la puerta, y Moish la siguió.

—¿Quién es Guta? —preguntó Michael.

—Guta es su hermana —se apresuró a responder Yoyo.

—¿Están muy unidas?

—Llegaron aquí juntas, después de la guerra. Guta es la mayor.

—¿Ella también es así?

—No —repuso Yoyo sin preguntar a qué se refería—. Es mucho más normal. Está a cargo de la vaquería. No hay nada comparable en muchos kilómetros a la redonda; ha ganado multitud de premios con sus vacas. Sobre Guta corren muchas leyendas; dicen que, cuando su hija era pequeña, caminaba a cuatro patas y no paraba de decir «muuu» para que su madre le prestara tanta atención como a las vacas. Trabaja como una posesa.

Michael recordó lo que le había contado de ellas Aarón Meroz.

—¿Y es comunicativa? —le preguntó.

—Habla como un ser humano —respondió Yoyo, de nuevo sin preguntarle qué quería decir—. Domina el hebreo a la perfección. Lo aprendió en su país natal. No tiene acento.

—La lechería y el taller de costura —reflexionó Michael en alto—, dos centros neurálgicos. El taller de costura es un semillero de chismorreos, ¿verdad?

Yoyo se estremeció y dijo en un susurro:

—Éste no. Las dos hermanas son calladas como tumbas. No le cuentan nada a nadie. Fania sencillamente no habla. Guta habla a veces, en la sijá. Pero sólo a veces. Y cuando dice algo... ¡hay que oírla!

—Quiere decir —dijo Michael despacio— que sus palabras son contundentes.

—¡Uf! —exclamó Yoyo—. ¡Y que lo diga!

–Quiero hablar con ella –dijo Michael, que había tomado una decisión.

–¿Ahora? –preguntó Yoyo–. ¿Para qué?

Michael no respondió.

–¿Quiere que lo lleve a verla?

Michael asintió con la cabeza.

Yoyo consultó su reloj, suspiró y dijo:

–Bueno, está bien, vamos.

Echaron a andar a buen paso, en silencio, por los caminos del kibbutz. Una vez más Michael percibió la contradicción entre el ritmo de sus movimientos y la serenidad del entorno. Los niños recorrían los caminos en bicicleta y tres pequeñuelos iban dentro de un corralito móvil de chirriantes ruedas. El corralito era más ancho que el camino y las ruedas aplastaban el césped. El joven que lo empujaba y los niños de dentro estaban bronceados y tranquilos. Una de las nenas, de rizos dorados, miró fijamente a Michael y a Yoyo con sus ojazos y se metió el gordezuelo pulgar en la boca. En el césped, ante las puertas abiertas, los padres descansaban junto a sus hijos. De las habitaciones llegaba el sonido de tazas entrechocándose. Michael se fijó otra vez en los jardines, en los árboles de gruesos troncos podados, en el rótulo clavado en un tronco gigantesco que anunciaba «Sicomoro de seiscientos años», en el verdor de la hierba y en los aspersores que danzaban alegremente. En un par de ocasiones, ancianas equipadas con carritos de golf les obligaron a salirse del camino. Dejaron atrás el centro cultural, el polideportivo y un amplio campo de deporte, donde se oían vítores y los golpes de un balón; pasaron ante parques infantiles con toboganes y laberintos. De la piscina volvían en bicicleta personas en bañador.

–¿Está lejos? –preguntó al fin Michael.

–No, es aquí mismo, en la zona de los fundadores –dijo Yoyo, que sudaba profusamente pese al creciente frescor del ambiente. Caminaba como si le costara trabajo, y de pronto se detuvo y se agachó para manipular la hebilla de su polvorienta y astrosa sandalia bíblica. Se incorporó con expresión tensa. Manoseó el botón superior de su camisa, que estaba desabrochado, señaló una hilera de casas y dijo:

–La segunda habitación es la de Guta y Simec.

–Usted me va a acompañar –dijo Michael con firmeza.

Pero Yoyo meneó la cabeza, con auténtico gesto de miedo.

–¿Qué les voy a decir? –preguntó–. ¿Que es usted de la policía?

—No, les va a decir que soy de los servicios de psiquiatría, que he venido de Asquelón por el asunto de Yankele.

Yoyo cedió con claras muestras de renuencia.

—Al final descubrirá la verdad, siempre se descubre —dijo desesperado—, y nunca me lo perdonará.

Michael pensó en la primera impresión que le había causado Yoyo, en la compostura que había exhibido en la entrevista en Pétaj Tikvá, y se preguntó cuál sería el motivo de que su serena compostura, su conducta racional, hubieran dado paso a su presente ansiedad. El descubrimiento del frasco, se dijo, que habría demostrado lo que antes Yoyo sin duda se negaría a creer. Y tampoco habría sido fácil guardar el secreto.

Yoyo dio unos discretos golpes en la puerta, que se abrió inmediatamente, como si alguien hubiera estado esperando su llegada junto a la entrada. Guta apareció en el umbral, Simec leía el periódico en una butaca, los pies reposando sobre un taburete de mimbre. El suelo de la habitación estaba mojado. Sorprendida en el momento de fregarlo, Guta los recibió arisca, junto a un cubo y fregona en mano.

—Espera un momento —le dijo a Yoyo—, enseguida se secará.

Se quedaron a la puerta, desde donde Michael reparó en un par de grandes botas de goma muy embarradas, como las que solían usar los niños en otros tiempos, colocadas junto a una gran adelfa que flanqueaba la entrada.

—Esto es lo que pasa cuando los nietos vienen a alegrarte la vida; es inevitable —dijo Guta. Y, mientras secaba vigorosamente el suelo gris con un trapo, le preguntó a Yoyo por sus hijos.

Michael comprendió que, aunque sin duda lo había visto, Guta ponía buen cuidado en no demostrar interés por él.

—Ya está, puedes pasar —dijo, volviéndose hacia Yoyo y dirigiéndose exclusivamente a él—. ¿Qué te apetece beber? ¿Un café?

Michael se preguntó cómo se habría comportado Guta si se hubiera presentado él solo en lugar de acompañado del tesorero del kibbutz.

—La verdad es que no tengo tiempo, Guta —dijo Yoyo suplicante—. Hoy no he parado ni un minuto en la habitación.

Guta lo miró con sorpresa.

—Creía que éste era el representante de la empresa de informática —dijo— y que íbamos a comentar el plan para informatizar la lechería.

Hasta el momento, su marido no había articulado una palabra. Había retirado los pies del taburete y dejado de lado el periódico, pero sin decir nada. Lucía una desagradable sonrisa condescendiente.

—No —dijo Yoyo—, no es el técnico informático, es... —y miró a Michael.

—Me llamo Michael Ohayon, y he venido a hablar del problema de Yankele.

La expresión de Guta se transformó al instante. Ahora se veía en sus ojos una mirada de profunda desconfianza y alarma. Se quedó paralizada junto a la pila, con la tetera eléctrica en la mano.

—Es de los servicios de salud mental —masculló Yoyo, dando un paso en dirección a la puerta—. Hemos tenido un problema con Fania.

Guta dejó la tetera sobre la encimera de azulejos; las manos le temblaban, pero se dominó.

—No le ha pasado nada —se apresuró a tranquilizarla Yoyo—. Está bien. Simplemente quería ver a Yankele. Se lo han llevado a Asquelón porque no estaba tomando su medicación.

Guta se enjugó las manos en el delantal que llevaba sobre el vestido floreado y luego se lo quitó.

—¿Dónde están ahora? —preguntó con voz trémula, la vista puesta en la puerta, como si tuviera la intención de salir inmediatamente a buscarlos.

—Están en Asquelón —repuso Michael con voz sosegada, tranquilizadora—. Estarán de vuelta esta noche o mañana. Sólo queremos tener a Yankele en observación una temporadita, para ver qué tal evoluciona. Quería hablar con usted, pedirle su opinión... sobre el arrebato de Fania, también.

El semblante de Guta se relajó a la vez que se desvanecía parte de su ansiedad, pero su desconfianza perduró.

—Tengo que irme corriendo —dijo Yoyo—, llevarán horas esperándome, son casi las siete. ¿Cuándo vas a ir al comedor? —le preguntó a Simec, que seguía sentado en silencio con el periódico en las rodillas.

—Luego, más tarde —dijo Simec sonriente—; los nietos acaban de marcharse ahora mismo.

Cuando Yoyo se fue, Michael echó una ojeada al cuarto de estar y a la cocina americana del fondo, con su pequeña nevera y su horno. Sobre la encimera descansaba una gran plancha de horno con un par de bizcochos encima. Desprendían un maravilloso

aroma a bollería recién hecha, que casi se imponía sobre el fuerte olor a productos de limpieza que aún había en el aire. Del cuarto de estar salía un estrecho pasillo en el que se abrían dos puertas; la del dormitorio y la del cuarto de baño, supuso Michael. Se había sentado en una poltrona tapada con una tela de lana de color pálido y tacto desagradable. Frente a él había un sofá a juego, con la tapicería protegida por una sábana blanca almidonada, de esas que Michael sólo había visto en el gran salón de los padres de Nira, su ex mujer, pues Fela siempre tenía los muebles tapados con sábanas, que sólo retiraba de mala gana para las grandes ocasiones, tal como ahora lo estaba haciendo Guta, que dobló la sábana con ademanes nerviosos.

Entre su butaca y el sofá había una mesa cuadrada de madera oscura y, sobre ella, un cuenco con fruta y un platito con dulces, cuya sola visión le hizo sentir un regusto ácido en la boca. El cuenco de fruta descansaba sobre un tapetito de ganchillo con encajes y borlas colgando. Al mirar a su alrededor, Michael comprobó que todos los objetos de la habitación tenían debajo tapetitos similares, incluso el gran televisor que relumbraba en un estante, el enorme pez de cristal veneciano que había a su lado y el gran florero vacío. En la butaca de al lado, Simec seguía sonriendo, con la cabeza apoyada en un tapete redondo. En los estantes de madera, sujetos con postes metálicos, Michael vio *Manuscritos de fuego* en dos volúmenes, la obra que recordaba a los caídos en la guerra de la Independencia. En los estantes había pocos libros más. Seis sillas de finas patas y asientos de plástico verde rodeaban la barra de formica que separaba la cocina americana del cuarto de estar. Todo relumbraba de puro limpio.

Inesperadamente, Simec rompió el silencio:

—Voy a salir a podar un poco, antes de que se haga de noche —le dijo a su mujer en tono de disculpa, y se levantó pesadamente.

Había un no sé qué de infantil en su rostro de piel tersa y en sus ojos, que por un momento contemplaron a Guta con aprensión. Guta no se molestó en contestarle. Sentada en el taburete de mimbre, tenía la vista fija en Michael, como quien espera a que un juez dicte sentencia.

Cuando se quedaron a solas, dijo de pronto con voz contenida:

—Ahora —luego respiró hondo y Michael se estremeció—. Ahora cuénteme qué ha pasado exactamente.

Michael apreció de inmediato sus recursos retóricos, muy superiores a los de su hermana, con la que no se le veía más parecido aparente que el número azul tatuado en

el brazo, ese tatuaje que atraía la vista de Michael una y otra vez, irresistiblemente, como si fuera un niño mirando precisamente lo que le han prohibido mirar.

—No ha pasado nada. Últimamente Yankele no había tomado su medicación y el doctor Reimer estaba preocupado por él. Nos pidió consejo y lo hemos puesto en observación. Es por su propio bien. Su hermana, Fania, se enteró de que no estaba en el kibbutz y sufrió un ataque de histeria. Quería preguntarle a usted cómo ve las cosas, cómo reaccionaría Fania ante la posible hospitalización de su hijo o algo similar.

—Ni hablar de eso —dijo Guta, frunciendo los labios—. No hay ni que planteárselo. Es hijo de un miembro del kibbutz, y miembro del kibbutz por derecho propio, y sólo sus padres pueden decidir qué hacer con él.

—Ya no es un niño —apuntó Michael—, y podría ser peligroso para sí mismo y para los demás.

—Es un muchacho estupendo —dijo Guta—. Problemático pero estupendo, y no haría daño ni a una mosca —volvió a fruncir los labios y dijo firmemente—. Y nadie se lo va a llevar a ningún lado. Nosotros mismos cuidamos de él, con ayuda del médico y de la enfermera —se sacó del bolsillo un arrugado paquete de cigarrillos, encendió uno, dio una calada honda y dijo—: Un momento, por favor —y, levantándose, salió y gritó—: ¡Simec! ¡Simec!

Michael lo vio salir de detrás de los arbustos a través de la puerta mosquitera, la cual Guta había tenido la precaución de cerrar a sus espaldas, y oyó que ésta le decía algo a su marido sobre la cena. «Entonces, ¿tres yogures y seis huevos?», preguntó Simec, y Guta asintió con la cabeza y regresó a la habitación.

—Es una irresponsabilidad y una falta de delicadeza llevárselo sin habérselo consultado —afirmó—. ¿Por qué no nos han dicho nada? Hay cosas que no puedo entender. Además, habría que tener un poco de cuidado con Fania. No habría que disgustarla. Su salud... —se quedó callada y un gesto de angustia nubló su cara.

—¿Cuánto tiempo llevan en el kibbutz usted y su hermana? —preguntó Michael.

—Desde el cuarenta y seis —repuso Guta a la vez que se encaminaba a la cocina. Volvió a llenar la tetera eléctrica y a colocar las tazas—. ¿Tomará una taza de café? —Michael le dio cortésmente las gracias en un susurro.

—Poco después de la guerra —dijo, y Guta exhaló un suspiro de confirmación—. ¿Por qué aquí precisamente? —preguntó Michael mientras Guta colocaba unos tapetes de encaje sobre la mesa y ponía encima la leche y el azucarero.

Guta suspiró de nuevo, volvió a la cocina, echó agua hirviendo en las tazas de cristal y las llevó a la mesa. Entonces, al fin tomó asiento, se retiró la colilla de la comisura de la boca y dijo:

–Menuda pregunta. No se puede decir que supiéramos adónde ir. Vinimos aquí por Srulke. Srulke era un miembro del kibbutz que falleció hace un mes.

–¿Cómo apareció en sus vidas?

Guta lo miró con aire inquisitivo.

–¿Cuántos años tiene? –preguntó.

–Cuarenta y cuatro –repuso Michael. Sabía cuándo se requería una respuesta directa.

–Entonces no se puede esperar que lo sepa, sobre todo teniendo en cuenta que en los colegios de las ciudades no enseñan estas cosas. Se celebra el Día del Holocausto y se acabó. Aquí nos ocupamos de que los niños se enteren bien de lo que sucedió, del papel que desempeñaron los miembros del kibbutz en la guerra de la Independencia, y en la Brigada Judía, y en la Brijá, la organización de rescate y evacuación.

–¿La Brijá? –preguntó Michael. Y Gutaladeó la cabeza y lo miró burlonamente. Se pasó la oscura mano por el corto cabello gris.

–A usted le suena a novela de aventuras para niños, ¿verdad? Nunca había oído hablar de ella, ¿no es cierto? –y, tras encender otro cigarrillo, preguntó–: ¿Qué es usted? ¿Asistente social?

Michael confirmó su suposición con un gesto vago.

–En tal caso, debería estar informado de estas cosas –dijo Guta en un tono que le hizo sentirse como un niño que recibe una regañina.

–¿Qué era la Brijá? –preguntó al fin explícitamente.

–Podría informarse a través de la bibliografía sobre el tema. Aquí tengo un libro de Avidov –dijo levantándose y dirigiéndose a zancadas a la estantería, de donde extrajo un gran volumen–. Él fue uno de los fundadores. Era una organización dirigida conjuntamente por la Agencia Judía y el Comité Conjunto de Distribución. Toda la población judía de Palestina colaboró con ella, aunque luego supimos que había habido enfrentamientos entre los distintos integrantes.

–¿Por qué? –preguntó Michael.

–Era una organización que traía refugiados a este país –explicó Guta con impaciencia–, y, como siempre, no sólo estaban interesados en el bienestar de los refugiados, sino también en sus intrigas para hacerse con el poder. ¡Así son los seres humanos! –exclamó

con desdén, y exhaló una bocanada de humo en diagonal—. En lugar de trabajar como es debido, se despistan con otras cosas y lo echan todo a perder. Si todo el mundo hiciera su trabajo como Dios manda, otro gallo nos cantara.

—De manera que la Brijá era una organización dirigida conjuntamente por diversos organismos —puntualizó Michael—. ¿Y ustedes vinieron aquí a través de ella?

Guta hizo como si no hubiera oído la pregunta.

—La autoridad estaba dividida y había luchas de poder. A Eitan Avidov, el hijo de Avidov, lo mataron en un enfrentamiento entre el Irgún y la Haganah motivado por la actuación de la Brijá en Italia.

—¿Lo mataron? ¿Por qué? —preguntó Michael estupefacto.

Guta no respondió y Michael pensó en Yuval corriendo por las calles de Belén.

—Estábamos en Italia —dijo Guta con voz súbitamente transformada, sumida en un mundo al que Michael no tenía acceso—, en Milán, en un centro de refugiados, y allí también nos sentíamos perdidas. Dependíamos de una organización estadounidense, que financiaba la comida y el transporte. Había centros similares por todas partes, en Austria, en Italia, en Checoslovaquia. Al parecer, el mejor organizado era el de Austria... En Milán era un desastre, nadie se enteraba de nada... y en Castelvetro... si no hubiera sido por Srulke, que se quedó en Italia después de haber luchado con la Brigada Judía, quién sabe qué habría sido de nosotras. Fania estaba muy enferma...

«¿Qué estoy haciendo aquí?», pensó Michael con súbito pánico. «¿Para qué me detengo a hablar de estas cosas y adónde me va a llevar? ¿Por qué no voy al grano?» Pero, a continuación, se oyó preguntar sin saber por qué, contra su voluntad:

—¿Y cómo llegaron aquí? ¿Cómo fue el viaje?

—¿Quiere que le cuente toda la historia? Es una larga historia —dijo Guta.

En la habitación se iba instalando la penumbra y Guta se levantó a encender la luz. Michael veía en su rostro el deseo de hablar mezclado con la reticencia. La miró fijamente. Algo lo animaba a seguir los dictados de su corazón antes de que la pasajera serenidad de Guta y la frágil confianza que se había ganado se vinieran abajo.

—Es una larga historia —repitió Guta vacilante, y de pronto sonrió. La sonrisa agrietó su piel reseca. Había algo soñador en su sonrisa. Sus facciones se suavizaron y su ganchuda nariz parecía menos prominente en la afilada cara cuyas arrugas se difuminaron—. Si tuviera talento, lo contaría por escrito, alguien debería ponerlo por escrito —y, al cabo de un instante, bruscamente, sin mayores titubeos ni preámbulos, dijo—: Pasamos a Italia a

pie, a través de los Alpes, cruzando clandestinamente la frontera en camiones cerrados, como el ganado. Corría el año cuarenta y seis; todo estaba corrupto, todo el mundo aceptaba sobornos, y la policía italiana no era una excepción. Ni siquiera levantaron las lonas. Nos descargaron en la estación de tren de Verona, y desde allí nos llevaron a Milán, donde había un comedor para refugiados. Era un lugar de tránsito, desde donde nos trasladaron a Castelgandolfo. Allí esperamos medio año a que llegara un barco para sacarnos del país. Y fue allí donde conocimos a Srulke. Luego nos llevaron a Metaponto, donde había un campo de internamiento para enfermos mentales.

—¿Enfermos mentales? —preguntó Michael.

Guta lo miró como si se hubiera olvidado de su presencia.

—Lo llamaban así de cara a las autoridades —explicó impaciente, como si Michael tuviera que haberlo comprendido—. Y no había comida, ni nada que beber, y era invierno, y el barco estaba a cinco kilómetros de la costa, y estuvimos esperando tres días, por culpa de los milicianos. Y teníamos que fingir que estábamos locas. Recuerdo que nos decían: «Saltad, saltad y gritad, van a venir a veros, hay una inspección». Y al cabo de tres días embarcamos en un barquito viejo, un desecho que sólo valía para transportar refugiados. Hicimos el viaje en condiciones de campo de concentración. No teníamos espacio para tumbarnos como es debido. Había cubículos de metal, donde unos vomitaban sobre otros, y al final se abrió una vía de agua y el barco empezó a hundirse, y entonces llegaron tres cruceros británicos, y unos cuantos valientes de nuestro grupo les tiraron latas de comida. Los británicos nos rodearon, nos atraparon y nos metieron en sus barcos, y así llegamos a Haifa, la noche en que estallaron las refinerías. Esa misma noche tomamos puerto y nos desembarcaron. En plena noche.

Guta respiró hondo, como si estuviera contemplando la escena que contaba, y prosiguió:

—Había un guardia con una boina roja, y nos fueron desembarcando de uno en uno; y a un oficial británico que estaba allí le pregunté si podía enviar una carta, y él me dijo: «Escríbala y yo la echaré al correo». Escribí a Srulke, la única persona que conocía en el país, de los seis meses pasados en Italia, así que le escribí contándole que estábamos en Haifa y no sabíamos qué iba a ser de nosotras. Nos quitaron lo poco que aún nos quedaba, nos metieron en unas salas muy grandes y nos dijeron que nos durmiéramos, ¡y resulta que eran los barcos *Osher* y *Yagur*! —dijo en tono dramático—. Y él envió la carta,

aquel oficial, sí, la envió. Srulke me la enseñó –explicó, meneando la cabeza con asombro.

–¿Cómo? –preguntó Michael, cautivado por el relato–. ¿Eran barcos?

–Sí, barcos prisión, los dos, adquiridos por la Haganah para traer refugiados al país, y más adelante requisados por los británicos. Así que, cuando nos despertamos, estábamos en medio del mar. Y de ahí fuimos a Chipre, donde pasamos año y medio en un campo de detención.

–¡Qué horror! –exclamó Michael.

–Fue muy duro –dijo Guta, que ni siquiera había mencionado la guerra que precedió a todas esas aventuras–, y hubo personas que se volvieron locas de verdad. En aquellos barcos se vio de qué pasta estaba hecha la gente. La gente es capaz de aguantar cualquier cosa, cualquier cosa, pero al vernos en medio del mar, rumbo a Chipre, y comprender lo que había sucedido y que después de haber soportado tanto ni siquiera estábamos en Israel, ya todo daba igual. La gente no se molestó más en fingir.

En el silencio que se abatió sobre la habitación se oía el canto de los grillos y un distante croar de ranas. Guta respiró hondo y rompió el silencio para expresar su perplejidad:

–En todos estos años no se lo había contado a nadie, siempre decía que era una historia muy larga. Además, durante los primeros años nadie nos preguntaba nada, no querían recordárnoslo, pero Srulke lo sabía. Vino a buscarnos cuando regresamos de Chipre, y sabía toda la historia. Quizá ha sido su muerte lo que me ha hecho hablar –miró a Michael con aire más amistoso, atónita, indefensa y vulnerable.

–Debió de ser un viaje espantoso... por la manera de portarse de la gente y todo lo demás –dijo Michael reflexivamente, disimulando su agitación, inquieto al pensar que enseguida iba a decir unas palabras con las que renunciaría, con suma tristeza, a la simpatía y la confianza que había inspirado con tan poco esfuerzo por su parte. Observando a Guta, pensó que aquella mujer no sería capaz de ocultar los hechos ni un instante, que con ella caería en saco roto cualquier argumentación sobre la inconveniencia de revelarlos. Ella era la persona adecuada, pensaba a la vez que se decidía a lanzar el bombazo, la persona que sabría afrontar el dolor en tanto en cuanto nada se ocultara.

–Quiero decirle algo –dijo Michael–. No soy asistente social, soy policía. Soy

superintendente jefe, director de sección en la Unidad para la Investigación de Grandes Delitos.

Guta se atragantó y su rostro quedó petrificado en un gesto de perplejidad. Y antes de que ésta se tornara en decepción e ira por haber sido engañada, Michael se apresuró a añadir:

—Y no ha sido Yankele quien me ha traído por aquí. Ha sido la muerte de Osnat.

Guta permanecía rígida. Lo único que no lograba controlar eran sus manos temblorosas.

—Osnat no murió de neumonía sino envenenada con paratión, y, según todos los indicios, no fue un envenenamiento accidental sino planeado. En resumen..., en el kibbutz se ha producido un asesinato —a Guta le temblaban tantísimo las manos que Michael hubiera preferido oírla chillar. Era duro verla así—. Hasta ahora —prosiguió—, lo hemos mantenido en secreto. En el kibbutz no lo sabe nadie, salvo un puñado de personas. Pero ahora se lo estoy contando porque necesito su ayuda, su opinión. Usted tiene poder. Y me ha dado una idea.

La voz de Guta emergió de las profundidades, débil y trémula, ronca. Cruzó los brazos, se clavó las anchas uñas en la carne y dijo:

—¿Lo sabe Dvorka?

Michael hizo un gesto afirmativo.

—¿Y no ha dicho nada? —parecía atónita—. ¿No se lo ha contado a nadie?

Michael guardaba silencio.

—¿Quién más lo sabe? —exigió saber ya más entera.

Michael enumeró los nombres.

—No está sorprendida —dijo Michael—. Lo que le he contado no le sorprende.

—Es muy difícil sorprenderme —dijo Guta, pero sus manos seguían temblando mientras encendía un cigarrillo.

—Yankele solía rondar alrededor de su habitación por las noches.

—¡No diga tonterías! —le espetó Guta a voz en grito—. Ahí no se le había perdido nada.

—¿No sabe usted nada de su relación con Osnat? —preguntó Michael.

—No hay nada que saber. Yankele nunca ha tenido relaciones con las mujeres. A Fania le entristece mucho.

—¿Nada? ¿No sabe nada de eso? —insistió Michael.

—¿Qué? ¿Que sentía debilidad por Osnat? —dijo Guta desdeñosa—. Esa impresión me

daba cuando era un chaval, pero hace mucho que se le pasó, y nunca le hizo nada. Nunca le hizo nada a Osnat, pondría la mano en el fuego.

—Pero cabe la posibilidad de que Yankele sepa algo que nosotros no sabemos.

—Me resulta difícil de creer. Yankele es un buen trabajador, pero no se puede decir que viva en la realidad. Nunca se entera de nada.

—¿Y Fania?

—¿Qué pasa con Fania? —soltó Guta, y el temblor de sus manos, que se había aplacado, se redobló de nuevo.

—¿Sabía Fania que Yankele... tenía debilidad por Osnat?

—Nunca hablamos de eso, pero ¿qué más da si lo sabía? —preguntó Guta indignada.

—¿Usted es la hermana mayor? —preguntó Michael bruscamente—. ¿Se siente responsable de ella?

—Es mi hermana pequeña —confirmó Guta, las manos todavía temblándole.

—Me pregunto —dijo Michael— cómo habría reaccionado Fania si se hubiera enterado de la debilidad que sentía Yankele por Osnat.

—¿Cómo quiere que reaccionara? —dijo Guta sin disimular su cólera—. Está diciendo tonterías, Fania nunca le habría hecho nada a Osnat.

—Pero no le caía bien, Osnat no le caía bien.

—Deje en paz a Fania —le advirtió Guta—. Ni se le ocurra acercarse a ella. Conmigo sí puede hablar todo lo que quiera. Ya le he dicho que Fania nunca ha hecho daño a nadie y ni siquiera creo que sepa lo que es el paratión. Evidentemente, no tiene nada que hablar con ella —habló en tono amenazador y airado, el temblor de manos ya dominado.

—Tendremos que hablar con Fania —dijo Michael—. Hay que realizar una investigación. Se ha producido un asesinato. Pero emplearemos la mayor discreción posible. Es por su propio bien —pensó en Maya y en cómo le fastidiaba lo que ella llamaba su manera de «manipular a la gente».

—¡No van a hablar con Fania! —dijo Guta con furia—. Y no me venga con que es por su propio bien. Fania nunca ha hecho daño a nadie, esas investigaciones tuyas no me asustan —estaba resollando, el rostro encendido por la cólera—. Voy a contárselo a los demás, y ahora mismo voy a hablar con Dvorka y con Moish y con todas esas personas que se creen tan listas. ¿Qué se ha creído? ¿Que puede entrar aquí como Pedro por su casa para hablar con Fania? ¿Un policía? ¿Se cree que puede hacer lo que le dé la gana? —y, después de respirar hondo, dio un paso hacia él. No llegó a tocarlo, pero su voz

sonaba amenazadora cuando levantó la mano como si fuera a darle una bofetada y dijo—: ¡A partir de ahora puede irse olvidando de la discreción!

Se encaminó a la puerta y Michael tuvo la impresión de haber dado vida a un gólem. Cuando Guta desapareció, se sintió aterrorizado al pensar que él mismo había soltado los frenos, que iba a ver a todo un kibbutz dominado por el pánico provocado por un hecho sin precedentes. Trató de apaciguar sus miedos, ahuyentándolos con pensamientos como «menos mal que la gente a veces es predecible», pero de camino a la habitación de Dave no lograba liberarse del miedo que lo atenazaba al pensar en lo que podría suceder en aquella gran familia cuando se supiera cómo había muerto Osnat.

13

Horas más tarde, en el café de la calle principal del mercado de Majané Yehuda de Jerusalén, donde se había reunido con Shorer y Avigail, Michael seguía oyendo la risa profunda de Dave. Parecía resonar en aquel establecimiento donde, pese a que no vistieran de uniforme, todo el mundo sabía quiénes eran pero fingían ignorarlo. Aquella ficción se mantenía incluso cuando, como ahora, el coche con matrícula de la policía estaba conspicuamente aparcado junto a la amplia entrada del café. Shorer ocupaba un pequeño taburete de madera y Avigail, sentada en una silla naranja de plástico, con camisa blanca de manga larga pese a que hacía calor, vaqueros y una coleta que le daba aire de estudiante de instituto, miraba atentamente a su alrededor, como si estuviera decidida a fijarse en todo y recordar sus impresiones.

Era la una de la mañana y hasta la calle principal del mercado estaba silenciosa y oscura salvo por el parche de luz que rodeaba el pequeño café, donde la clientela se demoraba hasta la madrugada jugando a las cartas y rellenando boletos de la quiniela futbolística mientras intercambiaba opiniones a grandes voces. También solían acudir unos cuantos borrachines para beber en compañía. Al entrar en el café, Michael había reparado en un anciano de espesa barba gris y ojos inyectados en sangre que estaba allí sentado, vestido con una ropa andrajosa de excesivo abrigo para la noche cálida y seca de Jerusalén. Despedía el tufillo típico de quien duerme sin cambiarse de ropa y no se ha lavado en varios días, e, incluso después de haber tomado asiento dándole la espalda, Michael no lograba desprenderse de la visión de aquella barba gris y espesa y de aquellos ojos rojizos, que se sumaron al sonido de la cálida risa de Dave que aún retumbaba en su cabeza.

Emanuel Shorer tenía delante, sobre la pringosa mesita de formica, un vaso alto medio lleno de cerveza. Avigail había pedido un té a la menta y una bureka, y se la habían traído recién hecha y todavía caliente. Michael, haciendo caso omiso de las risitas y

suspiros de Shorer, pidió un café turco, de los que se sirven en tacitas diminutas, y un vaso de agua fría. Michael sacudió la cabeza para librarse de las imágenes y sonidos de la jornada, de los que aún oía el eco: los alaridos de Fania, los bisbiseos con los que se había despedido Guta y la risa de Dave, en absoluto demoniaca. Era, de hecho, una risa cálida, franca y jubilosa, libre de inhibiciones y tristezas, la risa de un hombre que se permite ver y oír las cosas tal como son y que no reprime ningún sonido en su garganta.

—Dentro de unas horas Avigail se incorporará a su trabajo en el kibbutz —dijo Shorer pensativo— y lo va a encontrar convertido en una casa de locos —se enderezó en su taburete y, volviéndose hacia Michael, preguntó nervioso—: ¿Has hablado con Nahari? ¿Sabe que has puesto las cartas boca arriba?

—He hablado con él, lo sabe —lo tranquilizó Michael.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Shorer, la curiosidad imponiéndose sobre la inquietud.

—Ha dicho que podría habérselo consultado antes; aunque —añadió Michael con una sonrisa— tenía el presentimiento de que lo iba a hacer; que no tengo derecho a actuar por mi cuenta y riesgo, y que además debería habérselo consultado al psicólogo, y en eso probablemente tiene razón. Pero supongo que he pretendido que fuera algo espontáneo. O quizá no se me ocurrió —reconoció—; lo del psicólogo, quiero decir.

—Has salido bien librado —dijo Shorer, y miró a Avigail, que pescaba cuidadosamente las hojitas de menta de su vaso y las iba colocando en el plato vacío de la bureka.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Michael.

Shorer tomó un sorbo de cerveza y respondió:

—Que no empezó a pegarte gritos, que no te echó la bronca.

—¿Quién ha dicho que no? —dijo Michael esbozando una sonrisita—. No me habías preguntado qué pasó exactamente. Nahari me lanzó un discurso diciéndome que no trabajaba solo y que ya no estaba en el subdistrito de Jerusalén, y que todas las personas de su equipo eran cuando menos tan inteligentes como yo. Y que parecía que nunca había oído hablar del trabajo en equipo o, en todo caso, que no lo ponía en práctica ni contaba con los miembros de mi equipo; en sus propias palabras, que «no explotaba los recursos a mi disposición».

—En eso también tiene razón —comentó Shorer mirándolo con severidad—. Yo en tu lugar no me sentiría tan orgulloso de lo que estás haciendo.

—¿Quién se siente orgulloso? —protestó Michael.

—Tú —respondió Shorer, inclemente—. Te paseas por ahí creyendo que llevas sobre tus

hombros el peso de todo el kibbutz y que vas a salvarlos y a revelarles la verdad sobre sí mismos. Esa sonrisita presuntuosa que pones parece indicar que tienes el destino del movimiento de kibbutzim en tus manos... Tú, el hombre que ha lanzado el bombazo y asume en exclusiva la responsabilidad por las consecuencias. Como si fueras la única persona del mundo –añadió apurando su cerveza– que comprende algo.

–¿Por qué estás tan enfadado conmigo? –preguntó Michael sorprendido. Tras un instante de reflexión, miró a Avigail y dijo–: Es por ella, porque te he puesto en apuros mandándola allí.

–No me expliques lo que siento –replicó Shorer airado–. Si no te importa, haz el favor de no meterte en mi cabeza –miró a su alrededor. Los borrachos los contemplaban, los aficionados a las quinielas se habían callado, y sólo los tres jugadores de cartas continuaban a lo suyo como si no hubieran oído nada. Shorer bajó la voz–: No, no es por Avigail; es porque has trabajado solo sin comprender los riesgos que asumías, y no me refiero a que haya un envenenador suelto, que sabe que todo el mundo está enterado y que podría volverse más peligroso que antes. No estoy hablando de eso, y no me digas –levantó la mano para detener a Michael– que has dejado en el kibbutz a Majluf Levy y a Benny, porque sabes muy bien que ahora no me estoy refiriendo al peligro físico. Estoy hablando de los riesgos psicológicos, de las implicaciones de lanzar ese tipo de bombazos. No hace falta que te recuerde que nunca había sucedido nada semejante. No lo has discutido con nadie antes de actuar, y la gente no está preparada, no se han tomado en cuenta sus reacciones, y tú te lanzas de cabeza despreocupadamente, te paseas por allí y hablas con ese hippy colgado de Estados Unidos...

–De Canadá –lo corrigió Michael.

–Muy bien, de Canadá... y luego vienes a contarme tus brillantes ideas. Pero los has dejado con la sensación de que entre ellos hay un asesino. A los trescientos miembros y sus parientes.

–Trescientos veintisiete –lo corrigió Michael cansinamente.

Luego fingió no ver la mirada que le dirigía Shorer mientras le decía:

–¿Por qué empiezas a hablarme así? ¿Me has tomado por Ariyeh Levy? A lo mejor es cierto que el éxito se te ha subido a la cabeza.

Avigail tocó su vaso vacío y carraspeó.

–Y no he esperado a que estuviéramos solos a propósito –añadió Shorer furioso–. No es momento para ser discretos. Como un idiota, te di permiso para que mandaras allí a

Avigail, pero eso fue antes de que lo hicieras todo público. Ahora la situación es muy distinta. Me dijiste que sólo cuatro personas sabían que habían matado a la tal Harel. No me dijiste que se lo ibas a contar a todo el kibbutz. Y también es importante que tú sepas –dijo volviéndose hacia Avigail– que vas a entrar en una comunidad herida, conmocionada, y que te va a caer encima mucho trabajo. Las personas que no se encontraban del todo bien van a enfermar de verdad, y quienes siempre se mostraban tranquilos y reservados de pronto se pondrán histéricos. Es imposible predecir cómo se lo van a tomar. Ahora mismo lo que necesitan es un psicólogo.

–Ya tienen uno –intervino Michael–. He dejado allí a un psicólogo, y he solicitado que envíen a otro.

–Bueno, yo qué sé –dijo Shorer más calmado, suspirando–. Tienes que dejar de trabajar solo. Ahora quizá no te va a quedar más remedio que trabajar con Avigail.

–Créeme –dijo Michael tras una pausa–, sé que no te falta razón en lo que dices, pero es que estábamos en un callejón sin salida. Y no es que tomara la decisión durante la reunión del equipo y no se la contara a nadie. Era una idea que estaba forjándose en el fondo de mi mente y que tomó cuerpo cuando vi a Fania y oí hablar de Guta. Hasta entonces no me había dado cuenta de que lo que quería era eso: encontrar la forma de montar un poco de alboroto.

–Bueno, vamos a dejarlo –dijo Shorer con impaciencia–, no tiene sentido seguir hablando de eso. Pero no te creas Dios. Es muy peligroso que uno empiece a creerse Dios. Y, ahora, pasemos a lo que parece el quid de la cuestión. ¿Qué querías contarnos?

–¿Quieres la versión íntegra o el fondo del asunto?

–El fondo del asunto primero, y luego lo demás, si es necesario.

Michael se quedó en silencio.

–Estaba cavilando –dijo tras una larga pausa– cómo expresarlo para que no parezca un disparate. Quizá lo mejor será decirlo directamente. El fondo del asunto es que Srulke no murió de un infarto de miocardio sino envenenado con paratión.

–Srulke –repitió Shorer despacio–. Vuelve a decirme quién era Srulke.

–Srulke era el padre de Moish, que es el director general del kibbutz. De la generación de los fundadores, de setenta y cinco años, y estaba a cargo del diseño de jardines. Murió hace cinco semanas de un infarto, según creían, pero ahora se ha planteado la posibilidad de que quizá la causa fue el paratión, porque él era el único que todavía lo utilizaba. Dave, el canadiense, me contó que Srulke había estado fumigando sus rosales

cuando lo encontraron muerto. He tenido una larga conversación con él después de lo de Guta, y ha sido él quien me ha sugerido esa posibilidad.

—¿Lo sabe Nahari? —preguntó Shorer con desconfianza.

—¿Qué te pasa con Nahari? —preguntó Michael irritado—. ¿Por qué te preocupas tanto de él?

—No me preocupo de él sino de ti, del orden lógico y adecuado de las cosas, de que no trabajes solo. Nahari es tu superior; no puedes venir a contarme las cosas sin haber hablado con él. Y también me preocupo de mí mismo... No quiero buscarme problemas con él. No puedes seguir así, saltando por encima de Nahari para venir a que yo te arregle la vida, como si fuera tu padre o algo así... —se contuvo demasiado tarde; miró a Michael abochornado, bajó la vista y empezó a darle vueltas al vaso todavía medio lleno antes de tomar un sorbo. Luego respiró hondo y continuó hablando, sobreponiéndose a la tensión del ambiente con evidente esfuerzo: Y, como ya he dicho antes, Nahari no es Ariyeh Levy ni ha nacido ayer. O sea que ¿lo sabe o no?

—Lo sabe —respondió Michael ofendido—. Lo sabe.

Avigail apoyó la barbilla en una mano sin decir nada. Pese a que a veces diera la impresión de que se habían olvidado de su presencia, Michael estaba en todo momento atento a sus delicadas muñecas, que asomaban de las largas mangas blancas, perplejo porque vistiera así a pesar del calor que hacía. ¿Qué leyenda estaba creando en torno a su persona? ¿Qué pretendía ocultar? ¿Qué había bajo esas largas mangas suyas? Cuando también él pidió un té a la menta, volvió a fijarse en los jugadores de cartas, que gritaban y reían. Luego miró hacia la calle, donde de vez en cuando pasaba un coche a toda velocidad y sus ruedas rechinaban en la curva de al lado del café. La calle estaba sucia. Frutas podridas, cajas de cartón aplastadas, bolsas de plástico y paquetes de tabaco vacíos se amontonaban frente a la entrada del café. El aire estaba impregnado de olor a polvo y a basura y él también se sentía polvoriento y pegajoso después de su larga jornada, y exhausto tras haber conducido de Jerusalén a Pétaj Tikvá, de allí al kibbutz y luego de vuelta a Jerusalén, y también por los constantes enfrentamientos con unos y otros y las conversaciones telefónicas con Nahari.

Ahora se arrepentía de no haber ido a su casa, limitándose a telefonar para ver si había llegado Yuval. Yuval estaba en casa. Había puesto una lavadora él solo, según le había contado, y también se había planchado el uniforme. Mañana terminaría su permiso y a las horas que eran ya estaría profundamente dormido. Michael sólo podría verlo un

momento por la mañana, pensaba ahora recordando la conversación telefónica que había mantenido con su hijo desde el kibbutz, antes de salir hacia Jerusalén. En la voz de Yuval no había ironía cuando le dijo: «Trata de venir a casa, papá, si puedes. Estaría bien que nos viéramos de vez en cuando». No dijo nada de la tensión en la que estaba viviendo, pero precisamente porque en su voz no había cólera ni resentimiento, precisamente por su tono adulto y comedido, Michael percibió en él esa ternura que sólo pueden sentir quienes han experimentado el sufrimiento. Esa ternura le hablaba a Michael de soledad, llevándolo a pensar de nuevo que cumplir su servicio militar en Belén había hecho madurar a Yuval, echándole años encima y robándole la juventud. Si no fuera porque Yuval tenía novia, pensaba Michael mientras le ponían delante el té y Shorer callaba hasta que el dueño del café se retirase, si no fuera por eso, probablemente estaría aún más preocupado por él. Claro que el panorama tampoco era muy alegre en ese sentido, dado que su novia estaba ahora en el departamento de Justicia Militar de Gaza y tenían escasas oportunidades de verse.

Michael recordaba a menudo cómo eran en los tiempos en que aún estaban destinados juntos: el aire infantil e inocente que les daba su tímido amor y la vergüenza de la chica cuando Yuval la llevaba a casa de su padre los fines de semana, la seriedad con que hablaba del «grupo», es decir, de la unidad Nájál a la que ambos pertenecían, y la torpeza con que había tratado de explicar sus motivos para abandonarla. En los últimos tiempos, la muchacha parecía haber superado aquella torpeza, y también su timidez.

—Con tus contactos podrías haberlo resuelto de alguna manera —le había dicho amargamente Nira a Michael cuando coincidieron en el desfile con el que finalizaba el campamento—, pero ¿para qué ibas a tomarte la molestia si no es más que tu hijo? Yo habría tocado todos los resortes para sacarlo del cuerpo de paracaidistas.

—Y lo hice —respondió Michael en un raro momento de identificación con su ex mujer—. Toqué todos los resortes a mi alcance, créeme, y les arranqué una promesa, pero era Yuval el que se negaba. Me prometieron trasladarlo contra su voluntad. No entiendo qué pasó después ni cómo es que sigue en ese cuerpo.

—Pues toca algunos resortes más —le replicó Nira implacable—. Ahora están mandando a los paracaidistas a los territorios ocupados. Mi hijo no va a ir a los territorios... Es peligroso; allí te pueden matar.

Michael no había respondido. Era la primera vez que veía a su ex mujer en varios años, y, pese a su habitual tono de constante reproche, le había entristecido ver hebras

grises en su pelo rubio y un fino entramado de arrugas en torno a su boca. Se preguntó por enésima vez si las cosas no podrían haber salido de otra manera.

—¿Qué ha dicho Nahari al respecto? —le preguntaba ahora Shorer.

—¿Al respecto de qué? —preguntó Michael—. ¿Qué ha dicho de qué?

—Con respecto al asunto de Srulke. ¿Qué ha opinado de la posibilidad de que haya sido otra muerte por causas no naturales?

—Nada —repuso Michael distraído, sintiéndose cansado y deprimido, y fijándose de nuevo en los dedos finos y traslúcidos de Avigail, que se mordisqueaba un mechón de pelo—. ¿Qué podía decir? Llamó a Kestenbaum para preguntarle si era posible detectar algo al cabo de cinco semanas, porque no se conoce un precedente de exhumación de un cadáver tras un plazo tan largo para verificar un envenenamiento por paratión.

—¿Y bien? —dijo Shorer.

—Kestenbaum hizo las consultas necesarias y dijo que era posible —hizo una mueca—. Por lo visto, al cabo de un mes ya no se puede medir el nivel de colinesterasa en la sangre, pero todavía pueden identificarse restos de paratión en los líquidos en descomposición, y disculpa que sea tan gráfico.

—Entonces, ¿tendremos que exhumarlo para someterlo a una autopsia? —preguntó Shorer—. Dicho de otro modo, ¿hay suficiente fundamento para hacerlo?

—Según se mire. Lo que no le conté a Nahari es cómo había llegado a esa conclusión.

—¿Quién? —preguntó Shorer.

—Dave. Cómo había llegado Dave a esa conclusión —explicó Michael, y volvió a ver aquel hombre corpulento y calvo cual bola de billar sentado en su habitación de las afueras del kibbutz, de la zona de los solteros, donde también vivía Yankele, con quien Dave le había dicho que mantenía una amistad entrañable y especial.

—¿Podrías contarme algo sobre el tal Dave, por favor? —intervino Avigail con su voz cristalina, sobresaltándolos a ambos—. Me pone bastante nerviosa la perspectiva de aterrizar mañana en el kibbutz después de lo que ha pasado hoy, y, en conjunto, no es que esté exactamente encantada con mi nuevo trabajo. Sea como fuere, me gustaría saber todo lo posible de antemano.

—No deberías estar tan tensa —la tranquilizó Shorer en tono paternal, poniendo énfasis en el *tan*—. No vas a estar completamente sola. Él —señaló a Michael con la cabeza— estará en contacto contigo en todo momento.

—No va a ser tan fácil —intervino Michael—. Todo el mundo se ha enterado de quién

soy, y tienen una centralita telefónica supermoderna, que registra todas las llamadas enviadas y recibidas, y no queremos que queden registradas en el teléfono de Avigail las llamadas de la UNIGD.

—Pues ve a verla a escondidas por la noche —sugirió Shorer, riendo; de pronto dejó de reír, contempló pensativo a Michael y a Avigail y un pícaro centelleo alumbró fugazmente sus ojos; luego dijo con fatiga—: Sabrás cómo resolverlo, confío en ti.

—Recuerdo lo que nos has contado y lo que he leído en el dossier sobre la familia y sobre Moish —dijo Avigail—, y he comprendido la historia de Yankele, la de Guta y Fania y todo lo demás. Pero ¿qué hay de este Dave? Cuéntame todo lo que sepas de él, por favor —sus ojos grises posaron en Michael una mirada de inteligente e inquisitiva expectación. Eran profundos y rasgados. Sentado cerca de ella, Michael distinguía sus pestañas pálidas y largas y la arruguita que se veía entre sus cejas aun cuando no fruncía el ceño.

—No sé qué estoy haciendo aquí —dijo Shorer— ni cómo me he dejado atrapar así. Pero, ya que la noche está perdida —suspiró—, continúa hablando.

Con unas cuantas frases Michael describió la habitación, los extraños cactus que crecían junto a la entrada, las relaciones entre Dave y Yankele.

—Lleva diez años en el kibbutz —dijo—; lo aceptaron tras un periodo de prueba de dos años —mientras hablaba, Michael volvió a oír la risa cálida de Dave y recordó la expresión tolerante con que le había explicado que lo habían aceptado pese a sus rarezas porque había hecho importantes contribuciones durante su etapa de aspirante. «Cosas como mejorar la maquinaria de embalaje, pero sobre todo esto», dijo enseñándole un cactus extraído de un tarro que estaba en el alféizar de la ventana. «Es nuestro gran éxito; con él fabricamos nuestra crema más cara.» Y, ante la mirada de perplejidad de Michael, se echó a reír otra vez, diciendo: «Lo inventé yo».

Luego le explicó que en su tiempo libre se dedicaba a hacer injertos cruzados entre diversas variedades de cactus, de los que habían salido híbridos increíbles (profesionalmente se dedicaba a las patentes industriales y los cactus eran su hobby). En el invernadero, adonde llevó a Michael, florecían impetuosamente todo tipo de cactus. Dave se describió como un manitas a quien no se le resistía ninguna avería, «un *kolboinik*, como llaman al recipiente para echar los restos que ponen en las mesas del comedor». Por encima de todo, dijo Michael citando a Moish, Dave era un trabajador maravilloso, pues hasta Shula decía que era la única persona que no le creaba problemas

con los turnos de trabajo, acudiendo allá donde lo mandaran. Durante su segundo año de prueba, lo habían asignado al comedor, y durante seis meses había trabajado allí jovial y risueño, como si limpiar mesas fuera la ambición de su vida. No se había quejado ni una vez. Y era la única persona cuyos servicios había vuelto a solicitar Guta después de haber trabajado con él en la vaquería; según le contó Moish a Michael, Guta decía que se le daban muy bien las vacas y ellas lo adoraban.

Shorer soltó una risita y a Michael se le escapó una sonrisa.

—Eso es lo que dice —se excusó.

Avigail se retiró el pelo de la cara y opinó:

—Bueno, también a los animales hay que saber cómo tratarlos, y las vacas son animales, ¿no? Y es revelador que una persona se lleve bien con los animales. Por otro lado, tengo entendido que vive solo —Shorer y Michael la miraron de hito en hito.

—Así que a pesar de que tenía cuarenta y cinco años, de que era vegetariano, canadiense y soltero, y pese a que, como él mismo me dijo, corrían todo tipo de rumores sobre él a causa de sus excentricidades, lo aceptaron como miembro —dijo Michael, volviendo a oír a Dave hablando en un hebreo fluido aunque con mucho acento:

«Al principio trataron de liarme con todas las solteras del kibbutz y, como eso no funcionó, empezaron a enviarme a todo tipo de seminarios y fines de semana de adoctrinamiento», Dave sonrió y luego lanzó una sonora carcajada; después se puso muy serio para decir con expresión pensativa que lo que le resultaba curioso, y había meditado mucho sobre ello, era que, fundándose en sus numerosas lecturas sobre la creación del movimiento de kibbutzim, nunca hubiera creído que se tomaran la institución de la familia tan en serio. A fin de cuentas, se suponía que todo el kibbutz era una gran familia, había dicho con aire atónito, y la célula familiar se consideraba perniciosa para la sociedad, pero él estaba descubriendo día a día el conservadurismo del kibbutz. De hecho, dijo sin sonreír, era una sociedad tan burguesa que no había logrado superar la institución de la familia en absoluto. Y el kibbutz, como el resto del país, funcionaba como una gran familia cuando había que enfrentarse a una tragedia, como ahora, ante la muerte de Osnat, pero para las alegrías de la vida, las fiestas, que a fin de cuentas eran un asunto público, demostraban mucho menor entusiasmo. ¿No lo había notado él?, le preguntó a Michael.

Había que decir en favor de Dave que no le había hecho a Michael una sola pregunta sobre su experiencia personal de la vida en un kibbutz. Había preparado una infusión con

gesto serio y concentrado y cortado rebanadas de un bizcocho integral de frutos secos que él mismo había confeccionado; nunca iba a cenar al comedor. En lo referente a Yankele, les dijo Michael a Shorer y Avigail, garrapateando con una cerilla quemada sobre la caja de fósforos, Dave se había limitado a decir que era diferente de los demás.

—Me dijo que la medicación que le dan le hace un daño acumulativo, lo cual era otra prueba del conservadurismo del kibbutz, que por principio no acepta al individuo desviado.

—¿Qué quieres decir con eso de que por principio? —preguntó Avigail—. ¿Por qué cree que es una cuestión de principios?

—Dave me contó que Yankele está totalmente aislado y que no tiene más amigos que él. Es cierto que cuidan de él, y no sólo su madre, también otros miembros; asiste a las fiestas y todas esas cosas, lo tratan bien, en pie de igualdad, tal como tratan a Dave, pero, por principio —repitió Michael con énfasis—, no aceptan a los individuos desviados, aunque luego sí aceptan los casos concretos; siempre que la persona en cuestión colabore con el kibbutz y se esfuerce trabajando, la aceptan y la cuidan. Pero también la aíslan.

Michael se ensimismó una vez más para seleccionar los datos que iba a contarles, y volvió a oír la voz de Dave diciendo: «Es algo que se les puede reprochar, pero también hay que apreciar la grandeza que encierra, por así decirlo, que el individuo venza los principios. Si se piensa en la sacralización del trabajo y en el conformismo burgués subyacente, es estupendo que en la práctica acepten al individuo, pasando por encima de los principios. El ser humano prevalece sobre la ideología, tal vez sin que se den cuenta o sin que quieran».

Dave había sonreído y luego había vuelto a ponerse serio. «Y Yankele es una persona solitaria, emocionalmente solitaria. Y esta contradicción entre las atenciones en lo material y la igualdad económica por un lado, y el aislamiento y las barreras sociales por otro, es muy difícil de sobrellevar. Pensándolo bien», Dave suspiró a la vez que rellenaba de agua hirviendo una teterita china de porcelana, «una sociedad tan conservadora tiene algo de primitivo, de precario. De alguna manera, confunden la inteligencia de Yankele con su enfermedad, cuando lo cierto es que es un tipo inteligente, incluso sabio, y muy bien informado; lee mucho, y cuando no está bajo los efectos de un ataque, cuando está tranquilo, merece la pena escucharlo. Tiene conocimientos de todo tipo, y está abierto a las cuestiones místicas».

Dave tomó un sorbo de té y añadió que, personalmente, él siempre estaba abierto a

probar nuevas experiencias. Una de las grandes ventajas de vivir en un kibbutz, explicó sin necesidad de que le preguntaran por qué vivía allí, era la libertad con respecto a numerosas cosas que esclavizaban a las personas en la sociedad en general. En el kibbutz podías volverte un esclavo de las condiciones materiales de vida, y en su entorno había muchísimos ejemplos, pero no era necesario. Porque te aseguraban unos mínimos que eran más que suficientes. Y no sólo se refería a los bienes materiales, sino también a otras vanidades mundanas, como el estatus y ese tipo de cosas. Él quería vivir una vida sana, había declarado a la vez que colocaba la teterita de porcelana y las tazas en la mesa, y ahí era posible vivir una vida sana y al propio tiempo crear y trabajar, y había buena gente, no todos estaban limitados, y eran precisamente los marginados quienes le interesaban, porque él era uno de ellos. Personalmente le traía sin cuidado que lo tacharan de marginado; era el precio que había que pagar por ser diferente y a él no le amargaba la existencia; claro que ser un hombre libre, sin ataduras ni obligaciones familiares, le facilitaba las cosas. En el kibbutz tenía incluso una familia adoptiva: Dvorka, tal vez Michael la conocía (Michael no reaccionó); y participaba en la sijá, cumplía con sus obligaciones, se presentaba voluntario en las movilizaciones y nadie trataba de impedirle que organizase grupos de estudio sobre temas místicos, y, en general, confiaban tanto en él que lo habían puesto a cargo de los voluntarios, lo cual, en su opinión, era todo un triunfo. Resultaba muy reconfortante saber que todo estaba organizado y tú no eras más que una pequeña tuerca de una enorme máquina bien aceiteada. Pero no se hacía ilusiones. Aquella sociedad no tenía nada que ver con la justicia.

Cuando Michael le preguntó cómo había ido a parar al kibbutz, Dave le explicó, con absoluta seriedad y sin asomo de ironía hacia sí mismo, que su busca del sentido de la vida lo había llevado a presentarse allí de voluntario, después de haber recorrido el mundo entero, África, la India y Dios sabe qué otros lugares, y que le había gustado la austeridad de la vida en el kibbutz y la receptividad con que veían sus inventos; especialmente el interés y la apertura de miras que Srulke había mostrado con respecto a sus experimentos con los cactus. Srulke era en todos los respectos una persona especial. Había sido toda una experiencia conocer a un hombre así, que había hecho florecer con sus propias manos aquella tierra, y bastaba ir a las lindes del kibbutz para ver cómo era antes.

«Srulke era un hombre de pocas palabras. No era vanidoso, pero sí consciente de su

justa valía.» Dave le había explicado que Srulke y él «se apreciaban mutuamente».

—Por cierto —añadió con impasible tranquilidad, como quien habla con toda inocencia de un hecho de sobra conocido—, no creo que Srulke muriera de un infarto de miocardio.

—¿De qué entonces? —preguntó Michael alarmado.

—Su ánimo no era compatible con ese tipo de muerte —dijo Dave en tono prosaico.

—¿Cómo dice? ¿A qué se refiere? —Michael empezó entonces a preguntarse si no convendría tomarse con ciertas reservas todo lo que le había contado Dave.

—Creo que también él murió envenenado con paratión —dijo Dave con su voz profunda y calmada.

—¿Qué le hace pensar eso?

Y entonces Dave le dio la explicación que ahora Michael pasó a exponer a Shorer y Avigail. Dave sabía que Srulke fumigaba con paratión sus variedades especiales de rosas para protegerlas de las plagas, y que él mismo solía diluir el producto con mucho cuidado. Pero Moish le había contado que Srulke había sufrido el infarto mientras cuidaba sus rosales y que, cuando lo encontraron, tenía las manos mojadas por el aspersor. Es más, durante la fiesta de celebración del cincuentenario, en el momento en que Srulke moría, Dave tuvo una experiencia mística, sintió que le faltaba el aire, que se ahogaba, y por eso estaba seguro de que Srulke, cuya muerte había sentido de esa manera, había muerto a causa de un envenenamiento accidental con paratión.

Shorer pidió otra cerveza. Miró a Michael y luego desvió la vista y dijo:

—No tengo palabras para expresar lo que pienso.

—Bueno, bueno. Ya te lo había advertido —dijo Michael—. Ya sé que no es lógico. Pero, de momento, la lógica no me ha valido de nada.

—Explícale eso al juez para solicitar autorización para exhumarlo —dijo Shorer sin sonreír.

—Perdonadme —dijo Avigail—, no quiero poner en duda los sentimientos de nadie y no digo que la telepatía no exista. Pero mi pregunta es: si Srulke murió mientras trabajaba, accidentalmente, ¿dónde está el frasco? ¿Por qué lo encontraron en el vertedero? El paratión provoca una muerte instantánea, así que no fue él quien lo tiró a la basura. ¿Comprendes lo que digo?

—Sí —le respondió Michael—. Pero no tendré una respuesta hasta que hayamos verificado el dato básico. Y para eso voy a necesitar el consentimiento de la familia, es

decir, de Moish, y no sé cómo se lo voy a decir; tal como están las cosas, ya está destrozado.

—En otras palabras —dijo Shorer perplejo—, quieres exhumar un cadáver por lo que un lunático te ha contado que sintió.

—¿Qué podemos perder? Ahora mismo estoy en un callejón sin salida —dijo Michael con desaliento—. No tengo ninguna pista, no he descubierto ningún móvil. Dave me contó que en otros tiempos tenía una relación de mucha confianza con Osnat, pero no me reveló nada nuevo sobre ella. No tengo un móvil, no tengo nada de nada, y estoy dispuesto a exhumarlo. El cadáver no va a sufrir, no va a sentir nada. ¿Qué daño puede hacer exhumarlo? ¿Qué es lo peor que puede pasar? La peor posibilidad es que no encontremos nada, ¿no es así?

—Pero no puedes alegar ese motivo —dijo Shorer horrorizado—. ¡Que un americano ha venido a predicar el evangelio desde la India!

—El motivo es un mero detalle de procedimiento: me concederán el permiso basándose en la muerte de Osnat y en la conexión circunstancial de Srukke con el paratión. El problema es que realmente pudo ser un accidente —dijo Michael mientras se enjugaba el rostro con las manos, consciente de la mirada de Avigail.

—Entonces, como muy bien ha dicho Avigail, ¿dónde está el frasco? —preguntó Shorer—. ¿Por qué no lo encontraron allí? ¿Qué me dices de eso?

—Pues, por ejemplo, que alguien pasó por allí, vio a Srukke muerto y se llevó el frasco para usarlo —repuso Michael con viveza—. Eso también es una posibilidad, ¿no?

Shorer se quedó en silencio. Al cabo de un instante, dijo:

—¿Qué ha dicho Nahari sobre la posible exhumación? —apuró su cerveza.

—Lo que le gusta decir cuando se siente amenazado —respondió Michael.

—¿Y qué es?

—En esas situaciones, su frase favorita es: «Tendré que pensarlo» —dijo Michael amargamente.

—¿Durante cuánto tiempo va a tener que pensarlo?

—Quiero saberlo mañana.

—¿Para poder lanzar otro bombazo en el kibbutz sin consultárselo a nadie?

Michael guardaba silencio.

—Todavía no sabes cómo vas a utilizar ese dato, suponiendo que sea cierto —dijo Shorer, dirigiendo a Michael una mirada mitad de afecto, mitad de impaciencia.

—No —reconoció Michael—, no lo sé muy bien. Pero —enderezó la espalda, alzó los hombros y, bajando la vista hacia el taburete de madera, dijo con aire enigmático— he aprendido algo que tú también sabes, y es que a veces las ideas más absurdas son las que nos hacen salir adelante. Y, en todo caso, tenemos que descubrir la verdad, ¿no es así? —tras un pausa de reflexión, añadió—: Y, en mi opinión, cualquier molestia que les causemos quedará justificada por el intento de descubrir la verdad.

Shorer pagó la cuenta. Ya en el coche, dijo:

—Llévame a mí primero, por favor. A mi edad, hace mucho que debería estar en la cama.

Contemplándose en el espejo, Avigail alisó su bata blanca y suspiró. Nunca había imaginado, desde su ingreso en la policía, que algún día volvería a vestir uniforme de enfermera. Ahora estaba de nuevo en una clínica resplandeciente, un edificio blanco de una planta rodeado de eucaliptos y álamos, con un amplio césped delante y un serpenteante camino de cemento que conducía a la entrada.

Las dos habitaciones y la cocina relumbraban de limpieza. No sabía en qué momento las habían limpiado, pero, al observar la pila de acero inoxidable, que le devolvió el reflejo distorsionado de su cara, recordó que, en sus tiempos, el grupo Nájal era el responsable de la limpieza de los edificios comunes del kibbutz.

Abrió el armario de los medicamentos. No se notaba la menor huella del registro o, más bien, de los tres registros efectuados en la clínica, según recordó. Sacó la llave del armario de los fármacos tóxicos del escondite que Yoyo le había mostrado y examinó las cajas. Las pastillas para Yankele estaban en una bolsa aparte, junto a los tranquilizantes, los somníferos y demás fármacos que no tenía permiso para dispensar por iniciativa propia. «Si, debido a las circunstancias, se presentase la necesidad, puedes administrar un somnífero o un válium», le había dicho el psiquiatra de la clínica de Shaar haNéguev, un hombre barbado y de expresión solemne, «pero nada que pase de ahí. En vista de la situación, una vez que nos hayamos ido, siempre estará presente un médico de nuestra clínica, y, en caso de urgencia... directamente a Asquelón en ambulancia. Para cualquier otra cosa, espera a que llegue el médico de apoyo».

Le habían explicado que el médico del kibbutz, el doctor Reimer, había tenido que marcharse unos días antes para cumplir sus deberes de reservista en la cárcel de Nablús durante cinco semanas.

—Con los médicos siempre pasa eso —le había dicho quejumbroso Yoska, el miembro del kibbutz que la había ido a recoger a casa para llevarla a su nuevo trabajo—. Dicen que

los médicos son los únicos que cumplen sus deberes de reservistas hasta el último día... Con ellos no abren nada la mano. Como se suele decir, lo único que puede librar a un hombre de las filas es... –frenó dejando la frase a medias. Habían llegado al último semáforo antes de la autopista Ayalón que unía Tel Aviv con Asquelón, y Yoska fingió estar concentrado en el tráfico.

El aire acondicionado de la furgoneta no funcionaba y Avigail sentía la piel pegajosa de sudor. La voz del locutor de radio anunciaba a todo volumen el porcentaje de humedad en la llanura costera y Yoska, para disimular su turbación, comprobó una vez más que llevaban las ventanillas abiertas. Las palabras que hasta hacía unos días podían decirse impunemente, pensó Avigail observando de reojo el gesto confuso de su interlocutor, habían adquirido de pronto nuevos matices y ya no podían pronunciarse sin que se hiciera notar su influjo.

Cerró la puerta del armario de los medicamentos. La clínica contaba con los servicios de un psiquiatra del centro médico de Shaar haNéguev, pero en los últimos días toda una flotilla de trabajadores sociales y psicólogos de ese centro había ocupado la secretaría, la oficina de contabilidad, el club social y el resto del kibbutz. Los había conocido a la hora de comer, mientras se tomaban un descanso en las actividades que denominaban «intervención para la crisis».

La idea de requerir su presencia había sido de Zeev HaCohen, que había declarado que era el momento de sacar partido de aquellos servicios, diseñados precisamente para el tipo de circunstancias en que ahora se encontraban. Hubo de enfrentarse a las objeciones de Guta, cuyos alaridos, según le había comentado Yoyo a Avigail, se oyeron desde Asquelón. Guta se había puesto hecha una furia: «Qué crisis ni qué demonios, ¡aquí no hay ninguna crisis! Ha sido alguien de fuera, alguno de los trabajadores a sueldo, quizá, o alguno de los obreros que están trabajando en la carretera, o un voluntario». Yojeved la había apoyado: «No nos hacen falta psicólogos. ¿De qué nos van a servir? Mirad para qué nos han servido a algunos, con todo su parloteo». «Se parlotea demasiado», había ratificado Matilda. Avigail se estremeció recordando a las tres mujeres cerniéndose sobre Zeev HaCohen cual bandada de flamencos. En cierta ocasión había visto un documental de la televisión sobre esas feas aves, de pellejo grueso y escamoso, que sumergían sus largas patas en el agua para construir allí sus nidos y mantener a salvo los huevos y a los futuros polluelos. Le habían maravillado los complejos mecanismos diseñados por la naturaleza para permitir la supervivencia.

La escena se había desarrollado en el vestíbulo de la planta inferior del edificio del comedor, y Avigail, fingiendo leer los avisos del tablón de anuncios, no se había perdido ni una palabra ni un matiz del tono en que se pronunciaban: el ensañamiento machacón de Matilda, la cólera desatada de Guta y la hipócrita suficiencia de Yojeved. Cuando se preguntaba cómo iba a sobrellevar la convivencia cotidiana con ellas, sus encuentros diarios en el comedor, y temblaba ante la posibilidad de que la descubrieran, oyó que alguien chistaba y volvió la cabeza. Percibiendo la imponente presencia de aquella mujer que con una sola sílaba había impuesto instantáneamente el silencio, Avigail supo, por lo que había oído y leído de ella, que no podía ser otra que Dvorka.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó Dvorka—. Todavía no sabemos nada con seguridad, y los psicólogos pueden prestarnos un servicio útil y, en todo caso, no nos hará ningún daño. Además, sus razones habrá tenido Zeev para solicitar que vinieran. La comisión de enseñanza ha estado sopesando los pros y los contras toda la noche, y os recuerdo que cuenta con autorización para ocuparse de los momentos de crisis.

Mirando disimuladamente a Dvorka, Avigail había visto cómo sus ojos fulgurantes reducían a las tres mujeres a la condición de niñas aturcidas.

—Nuestra función —explicó Dvorka con voz queda y autoritaria— es precisamente apoyar a los demás, demostrar que no nos hundimos tan fácilmente y que la vida sigue como siempre. Todo el mundo continuará realizando sus tareas y ocupaciones cotidianas y, entre todos, superaremos la situación.

Desde su rincón, junto a los cajetines de correo de los miembros del kibbutz, Avigail había notado cómo se descargaba la tensión del ambiente y se desvanecía la animosidad contra Zeev HaCohen, que había soportado la escena con gesto de hastío y desagrado.

—Vamos a organizarnos —dijo entonces HaCohen—; comenzaremos por los niños pequeños, enterándonos de lo que han oído, de lo que saben y de cómo lo están asimilando.

Después de comer, Avigail pasó de largo ante la guardería y se asomó a la sala principal por la ventana. Cinco mujeres se inclinaban sobre un grupito de niños entretenidos en dibujar. Las mujeres intercambiaban miradas cómplices mientras observaban atentamente a los niños y sus dibujos, pero a Avigail le bastó un vistazo para saber que los coloristas dibujos de los niños no resultarían más reveladores de lo que suelen serlo: no eran más que un puñado de casas, tractores, flores y cielos.

Llevaba dos días en el kibbutz, por donde no habían dejado de pasearse policías

ocupados en realizar cortesías pero exhaustivos interrogatorios, ya en el propio kibbutz, ya en la sede de la Unidad de Grandes Delitos, y en buscar los restos del paratión. Por la mañana, policías uniformados visitaban las habitaciones de los miembros con su consentimiento, y a tal grado se había prestado a colaborar todo el kibbutz que no fue necesario mencionar la expresión «orden de registro» ni una sola vez.

Avigail no albergaba la ilusión de que con el registro se descubriera algo, «si es que había algo que descubrir», se dijo a sí misma mientras Majluf Levy y ella fingían no conocerse al cruzarse ante la oficina de contabilidad, donde él explicaba algo a dos policías en voz baja. Quizá el asesino había vaciado el frasco en el vertedero, o en el váter de su habitación, o en cualquier otro lado, o incluso cabía la posibilidad de que lo hubiera gastado todo para envenenar a Osnat. Pero había que continuar con el registro, se dijo. A primera hora de la tarde, al abrir la clínica con la agradable sonrisa que siempre lucía en esas ocasiones, se fijó en la gente que hacía cola a la puerta y de pronto le invadió el horror al imaginar el paratión en un frasco de perfume y una mano femenina de cuidadas uñas rociándolo sobre la piel desnuda de un cuerpo tendido en una cama.

Avigail comprendió que se le había contagiado el miedo que reflejaban los semblantes de las personas que veía en el comedor, frente a la enfermería, en la clínica, en la secretaría y en los caminos del kibbutz, que, según sabía por experiencia, deberían haber estado llenos de niños montando en bicicleta, pero estaban desiertos.

Durante las dos noches pasadas allí, dando vueltas y más vueltas en la cama, también ella había caído víctima del miedo engendrado por la idea de que cualquiera de las personas con quienes se cruzaba mientras se dirigía a su habitación, al comedor, a la casa infantil para examinar las cabezas de los niños en busca de piojos a petición de la encargada, que daba por hecho que entre sus funciones de enfermera se contaba la de estar a su lado cuando empuñaba el peine de apretados dientes, o de camino a tomar la tensión a alguien o a realizar cualquiera de las tareas que pretextaba para ir a todas partes y mantener los ojos y los oídos atentos a cualquier señal reveladora, cualquiera de aquellas personas desconocidas podía ser el asesino.

¿Qué estrategia había diseñado para cumplir una función útil?, le había preguntado Shorer. ¿Cómo se las iba a arreglar para pulsar la opinión de un grupo tan grande de personas desconocidas?, había insistido. «Haría falta un año entero para llegar a conocer a todos los personajes implicados en el caso», había dicho, pero Ohayon le había recordado que a Avigail, en su calidad de enfermera del kibbutz, «la información le

vendría dada». Pero lo cierto era que en la clínica no se había producido la avalancha de pacientes con la que contaban. Se habían equivocado en sus previsiones, pensaba Avigail mientras llenaba pequeños papeles con notas de todo lo que había visto y oído y esperaba a que Michael Ohayon se pusiera en contacto con ella para poder transmitirle la información que, con tanto cuidado, iba recogiendo.

Sus días en el kibbutz donde estuvo con su grupo Nájal habían quedado muy atrás. En aquellos tiempos, siendo una joven soldado, apenas prestaba atención a lo que la rodeaba; estaba ocupada pensando en otras cosas. Pero de todo eso no les había contado nada a ellos... a Ohayon, Shorer, Nahari, el comisario jefe y todos cuantos le habían dado instrucciones y le habían advertido una y otra vez que no tratase de actuar por su cuenta, recordándole que «quien lo había hecho una vez podía hacerlo otra», y le habían repetido hasta la saciedad que tuviera cuidado. Oyó tantas veces las palabras «ten cuidado» que al final hubo de recordarles que había trabajado de enfermera durante varios años, que no iba a fingir ser lo que no era y que no había motivos para que la descubrieran.

—Limítate a informarnos inmediatamente de cualquier cosa sospechosa —le habían dicho cuando habló por teléfono con ellos por última vez antes de salir de su piso de Tel Aviv, cerrar la puerta con llave y subir a la furgoneta que la llevaría con sus dos maletas al kibbutz.

Había pasado todo el viaje respondiendo amablemente a las impertinentes preguntas de Yoska, quien, a su vez, le había contado su vida sin que se la preguntara.

Yoska le había preguntado cuánto tiempo llevaba trabajando de enfermera, cuál había sido su destino anterior y por qué quería trabajar en un kibbutz. También le preguntó si estaba casada o si había estado casada alguna vez, y había lanzado un suspiro ante sus respuestas negativas. Yoska volvía al kibbutz después de tramitar «un gran pedido» realizado a la fábrica de cosméticos, donde estaba a cargo de la contabilidad. En respuesta a la pregunta cortés de Avigail, explicó que, en efecto, la fábrica era sobradamente grande para tener un departamento de contabilidad independiente y, tras enumerar todos los países adonde exportaban sus productos («¡trece países!», exclamó con orgullo), había procedido a darle cuenta del resto de sus actividades sin que ella le preguntara nada. En su tiempo libre se dedicaba a otras cosas, le anunció con una sonrisa que ensanchó su bigote y reveló su blanca dentadura, y se dio una palmadita en la tripa.

Observando los pantalones cortos de Yoska y su ancho pie, calzado con una gran

sandalia, sobre el pedal del acelerador, Avigail había pensado en la tragedia de la generación del Palmaj, que iba envejeciendo aunque se negara a envejecer. Pasó el dedo sobre la junta de goma de la ventanilla abierta pensando que, en todo caso, Yoska no pertenecía exactamente a esa generación; ella había calculado acertadamente su edad antes de que le dijera que tenía «cincuenta y tres años, pero estaba muy bien conservado. Me siento como si tuviera cincuenta y uno, ni uno más», y se había reído de su chiste, que a ella le pareció patético. Por lo tanto, calculó Avigail, no había luchado en 1948, pero sí pertenecía a la generación que había idealizado a quienes lucharon en el Palmaj y trataba de emularlos. Imaginaba con toda certeza que en invierno Yoska usaría botas militares con los calcetines enrollados encima y pantalones cortos de los que asomaría el forro de los bolsillos. Todo aquel fenómeno era lastimoso, pensaba Avigail, pero debía sobreponerse a su repulsión porque no tenía derecho a sentirla. «Es una buena persona», se dijo a sí misma mientras él continuaba parloteando en su vena chismosa y le preguntaba:

—¿Cómo es posible que una chica tan guapa nunca se haya casado?

«Tiene buenas intenciones», pensó Avigail, reprimiendo una desbordante oleada de ira; y, en lugar de decirle, como hubiera querido, que no metiera las narices donde nadie le había llamado, volvió a recordarse que sus intenciones eran buenas y que con su charla tan sólo pretendía llenar el vacío que todos sentían después de enterarse de los devastadores hechos. Pero su ira volvía a inflamarse con cada nueva pregunta y con cada nuevo chiste rancio que Yoska debía de estar repitiendo por enésima vez.

En una ocasión, hacía mucho tiempo, cuando trabajaba en la sección de medicina interna de un hospital, había oído sin querer, desde la puerta de la sala de médicos, que otra enfermera decía: «Puede que sea una esnob, como tú dices, puede que sea estirada y que no trate con nadie, pero no se puede negar que sabe escuchar, y la gente lo nota. Quieren hablar con ella porque saben que les va a prestar atención, y ésa es una cualidad importante para una enfermera». Era como si aún estuviera viendo la expresión abochornada que pusieron sus compañeras cuando abrió la puerta y entró apresuradamente, poniendo fin a aquella conversación que, estaba segura, no era más que una entre las muchas que, suscitadas por su actitud reservada, tenían lugar a sus espaldas.

Yoska continuó con su cháchara y, cuando llegaron a Yavne, ya había hecho referencia a su vida de casado, lanzándole una mirada de reojo, y también había

comentado que la enfermera anterior, Rickie, los había dejado en la estacada en un momento de crisis. «Pero, claro, tú no sabes nada de la crisis», dijo, y procedió a contarle la muerte de Osnat. Avigail esperaba que dijera algo sobre el asesinato, sobre el envenenamiento premeditado, porque sabía, igual que los demás, que la noticia de cómo había muerto Osnat se había propagado por el kibbutz como un incendio, pero Yoska no aludió a ello. Empleó la palabra «tragedia», y Avigail tomó nota mentalmente de que debía hablarle a Michael Ohayon de aquel parlanchín, con su bigote y su tripa y sus chorretones de sudor y sus canciones hebreas tarareadas, sobre aquel chismoso que sabía mantener la boca cerrada. Había tratado de imaginar, de camino al kibbutz, cómo un miembro del kibbutz le contaría la manera en que había muerto Osnat, que la habían matado. Pero comprendía que hasta la barrera que la separaba de esa confidencia sería difícil de derribar.

Por otro lado, Yoska había hablado desinhibidamente de las dificultades de su mujer para quedarse embarazada, de los tratamientos contra la infertilidad y de los efectos secundarios del Pergonal, de los trillizos y los otros dos hijos que su mujer había tenido tras recibir diversos tratamientos, del tartamudeo de uno de los trillizos y las continuas enfermedades de su hijo menor... e incluso de los problemas mentales de su anciana suegra, que se había trasladado al kibbutz con su marido, aquejado de la enfermedad de Alzheimer, y de lo difícil que era cuidarlos. «No hace falta que te lo explique. Eres enfermera», repitió varias veces durante el viaje, mientras ella escuchaba atentamente cada una de sus palabras, limitándose a animarlo o a mostrarle su simpatía con alguna que otra frase mientras esperaba pacientemente que le dijera algo de Osnat. Pero todo lo que le dijo de Osnat fue: «Hemos sufrido una tragedia».

En la clínica, su primer día en el kibbutz, oyendo el piar de los pájaros y observando lo que la rodeaba, Avigail comprendió que su miedo a volver a vestir el uniforme de enfermera carecía de fundamento. Como era de prever, allí todo era distinto: nada le recordaba a la triste sección de medicina interna del hospital Íjilov de Tel Aviv, una de las ocho secciones de aquel centro donde había trabajado durante nueve años enteros viendo cómo iba deteriorándose año tras año, y donde un tufo semejante al de la boca de un anciano al despertar por la mañana impregnaba las salas llenas de pacientes geriátricos. Pero aun apreciando las diferencias, volvió a sentir la fatiga derivada de la desesperación que se apoderaba de ella cada mañana durante sus últimos tiempos en el hospital. «Es un reflejo condicionado», pensaba, «ahora no hay motivos para sentirse así, esto no tiene

nada que ver. Tres horas de trabajo al día, un trabajo facilísimo, mucho más sencillo que una noche de interrogatorio, pasar aquí tres horas al día, ocuparme de los problemas de los pacientes, dispensar medicamentos y fijarme en todo sin que nadie sepa que no soy lo que se supone que soy». Mas, a pesar de todo, volvió a sentir que la fatiga de antaño se extendía por su cuerpo mientras se abotonaba la bata blanca.

Cuando inició sus estudios en la escuela de Enfermería, pese a todo lo que había oído contar, que debería haber bastado para desilusionarla, Avigail se imaginaba como un ángel de la misericordia, toda de blanco, salvando vidas y curando a la gente.

No podría haber previsto entonces hasta qué punto se desgastaría, cómo llegaría a pesarle su corazón petrificado, ni la fatiga que embotaría sus sentimientos las noches en que se quedaba a cargo, a veces sola, a veces con otra enfermera, de toda una sala, cuarenta y dos pacientes si todas las camas estaban ocupadas, y en ocasiones más, cuando sometían a los pacientes a la humillación de ocupar camas en los pasillos. No sabía, aunque debiera haberlo sabido, cómo la atormentaría la imagen de las mujeres tirando de las sábanas para tapar aquellos pijamas que nunca les quedaban bien, o las frenéticas búsquedas nocturnas de una almohada o una sábana. Lo que los medios de comunicación describían como «el estado de carencia de los hospitales» y «la crisis del sistema sanitario» se convirtió para Avigail en una experiencia que se renovaba cada mañana, en fuente de una desesperación creciente que paralizaba su iniciativa, su voluntad e incluso su capacidad de compasión.

«¿Por qué enfermería?», había dicho su madre indignada. «Con un expediente académico como el tuyo podrías haber elegido algo más serio y, a la vez, más fácil, incluso podrías haber estudiado medicina. Siempre habíamos dado por hecho que escogerías una profesión seria.» Pero Avigail quería ser enfermera. Probablemente por Esther, la hermana menor de su padre. Esther era enfermera. Murió sola en Tel Aviv, en su pequeño y viejo apartamento de la calle Ben Yehuda, atestado de recuerdos y fotografías dedicadas por pacientes agradecidos, a algunos de los cuales había atendido gratis. Había ocasiones, recordaba Avigail, en que la tía Esther pasaba la noche en vela junto al lecho de los moribundos, administrándoles analgésicos, tranquilizándolos, cogiéndoles de la mano y esperando con ellos a que el cielo nocturno clarease y se disiparan sus miedos a la soledad y a la muerte.

Esther le había explicado a menudo que nada había más noble que el acto de acompañar a una persona hacia la muerte aliviando su soledad. Cuando Avigail iba de

visita al hospital donde trabajaba su tía y donde a veces incluso le pedían que echara una mano, los pacientes decían: «¿Es tu madre? ¿Eres su hija? Es un ángel», y hacían notar su gran parecido. Desde que era pequeña Avigail había oído hablar de Florence Nightingale, la heroína de la infancia de Esther, y había absorbido acríticamente la admiración ingenua y anticuada de su tía. Sólo después de la muerte de Esther, al meditar sobre su vida, se preguntó Avigail por qué su tía había elegido vivir sola, en una soledad sin amargura.

Esther era la menor de seis hijos, de los que sólo ella, la única mujer, y el hijo mayor, que era el padre de Avigail (y que había huido a Rusia antes de la invasión alemana), habían sobrevivido al Holocausto. Sobre ese tema Esther nunca estuvo dispuesta a decir nada salvo que había salido de casa a acompañar a una amiga («que no era judía», según recordaba Avigail) y que, a su regreso, «todos estaban muertos». E incluso eso lo había contado a regañadientes, en respuesta a los ruegos de su sobrina una noche de invierno. Sobre sus padres y sus hermanos muertos nunca comentaba nada. Y cuando hablaba del día en que estalló la guerra, decía: «Sólo se ama una vez en la vida, y eso sucede a los dieciséis años».

Avigail tenía diecisiete cuando falleció Esther. Fue una muerte repentina. Pasó dos días muerta en su apartamento de la calle Ben Yehuda sin que nadie lo supiera. Después, al recibir una llamada del hospital, el padre de Avigail descolgó del oxidado clavo de detrás de la nevera la llave que guardaban para casos de emergencia y salió de casa con paso resuelto, guardando para sí su inquietud. Ya después del entierro, Avigail nunca se perdonó no haber tenido una premonición de aquel desastre ni el hecho de que mientras Esther moría de un ataque apoplético («Demos gracias a Dios porque haya terminado así. Sólo Dios sabe qué habría sucedido si se hubiera quedado inválida para el resto de sus días», había dicho su madre), ella estaba en el cine, viendo *El pasajero*, sin otra preocupación que la incógnita de si Ohad la cogería o no de la mano. Ohad había sido su primer novio y también, como se demostró con el tiempo, el último. Ya entonces Avigail comenzaba a pensar que todo lo que se decía sobre las relaciones íntimas y los amigos del alma eran vanos desatinos.

Avigail había trabajado nueve años de enfermera. A los treinta y tres ya había llegado al límite de su resistencia. La imagen de Esther, que durante tantas horas difíciles la había acompañado, comenzó a desvanecerse y, con ella, la tremenda importancia que concediera a los quehaceres diarios de su sobrina. Había días en que ni su cara conseguía

recordar. Ya no veía ante ella su mirada mientras enjugaba la frente de algún enfermo doliente una noche cualquiera ni tampoco su cálida sonrisa cuando extendía una sábana sobre un paciente recién fallecido. El mundo de Avigail se transformó al deshacerse el hechizo de Esther. La gente le parecía más cruel, más fría y distante, más dura. El romanticismo de Esther, que tanto le satisficiera en su día, había quedado fuera de lugar.

El dolor de espalda fue el primer síntoma. Había comenzado a notarlo durante su cuarto año de trabajo, cuando abandonó el departamento de medicina interna del hospital Levinson por la sección infantil del Íjilov, de donde luego la trasladarían a la sección de medicina interna de ese mismo hospital. Se había resistido a las presiones para que se especializara como enfermera de cirugía, negándose asimismo a emprender el camino que la llevaría a ser enfermera jefe, y también había rechazado la posibilidad de hacer un curso de obstetricia, porque en el fondo de su corazón aspiraba al contacto directo con el sufrimiento, sin propósito práctico ni final feliz. Más allá del sufrimiento no había nada. Y, cuando la psoriasis empezó a manifestarse, supo que había llegado el momento de escapar.

Apareció de pronto. Un día se descubrió una erupción roja en el codo derecho y después otra en el izquierdo. El prurito y la necesidad de rascarse vendrían después, cuando las placas se engrosaron y extendieron, empezaron a cubrirse de feas escamas y su color cambió del rojo al púrpura plateado. Luego llegó el dolor. Avigail comprendió inmediatamente qué eran aquellas placas, pero pretendió engañarse diciéndose que era una alergia pasajera, y comenzó a vestir uniformes de manga larga, sin nunca remangarse por encima del codo. Cuando aparecieron las primeras placas en sus corvas, fue a ver a un dermatólogo y, cuando éste confirmó con su diagnóstico lo que ya sabía, rompió a llorar.

El médico, de la vieja generación, estaba a punto de jubilarse. Las manos le temblaban mientras la exploraba y Avigail recordó los rumores de que estaba enfermo. Carecía de la cruel eficacia característica de la joven generación de médicos, así como de la insensibilidad que permitía a éstos encargar pruebas complejas y agotadoras sin otro propósito que ratificarse en lo que ya sabían y utilizar los resultados para publicar un artículo más en una revista especializada. El dermatólogo sólo le mandó hacerse un par de pruebas, y ambos sabían que no eran realmente necesarias. Cuando se despedían en la puerta de su consulta, le dijo con una sonrisa triste y paternal: «Joven enfermera, sabrá tan bien como yo que esta enfermedad es de origen psicológico; si está sometida a estrés

por algún motivo concreto, debe tratar de reducirlo, y yo no desdeñaría una visita al psicólogo».

Avigail no fue a ver a ningún psicólogo. Solicitó un año de permiso y empezó a estudiar criminología mientras cavilaba sobre cómo se iba a ganar la vida. Una amiga de la policía le describió sus condiciones de empleo y le habló con entusiasmo de lo interesante que era su trabajo y Avigail anunció, fingiendo no ver el gesto malhumorado de su madre, que iba a ingresar en la policía. Tras su primer año de trabajo fue convocada a una entrevista donde se pronunciaron expresiones como «sus aptitudes especiales» y «su brillante labor» y se la asignó a un equipo de la Unidad de Grandes Delitos, donde, en aquel entonces, era la única mujer entre once hombres (Sarit se incorporaría más adelante). El trabajo policial mitigaba su malestar crónico y cotidiano, pero la psoriasis no mejoró. Y, en verano, la época en que se suponía que esa enfermedad mejoraba, se descubrió otra placa en el pecho.

Desde su relación con Ohad, que había perdurado a lo largo de todo el servicio militar de ambos y del periodo en que se quedaron en un kibbutz con su grupo Nájal después de que los licenciaran del servicio activo, no había vuelto a tener ningún novio. Alguien podría haber explicado que la herida nunca restañada del abandono sufrido le había enseñado a ser cautelosa, y lo cierto es que no volvió a permitir que nadie se le aproximase demasiado.

Años atrás, su profesor de literatura había dicho que, según Freud, el ego está hecho de parches y que el esfuerzo de sobreponerse a cada separación lo reforzaba con un nuevo parche, pero Avigail pensaba que en su vida las separaciones no habían sido parches de refuerzo y que nunca había logrado convertirlas en material de construcción para el ego. Para ella, cada separación era un nuevo desgarrón en la ropa. Se sentía desnuda en su soledad cuando alguien se acercaba a ella. Nunca le había hablado a nadie de su psoriasis y, pese a los reiterados consejos médicos, nunca había ido a bañarse al mar Muerto ni expuesto su cuerpo al aire y al sol. Comprendía que su comportamiento era autodestructivo. La tía Esther había fallecido a los cuarenta y seis años y Avigail se preguntaba si no estaría tratando de seguir sus pasos.

Aunque a veces se sentía sola y anhelaba el abrazo de un hombre, una voz masculina en su dormitorio, y también la intimidad y el afecto de una conversación sincera con una mujer, y pese a que alguna que otra mujer despertaba su interés y su simpatía, e incluso el deseo de intimar con ella, suprimía sus impulsos para aferrarse a la muda condena que

ella misma se había impuesto, sin permitir que nadie invadiera su intimidad. Leía mucho. Se embebía en su trabajo, que le proporcionaba mucha actividad y, de vez en cuando, nuevos intereses, y también en sus estudios, abordados con una curiosa mezcla de seriedad en el cumplimiento de sus obligaciones y de escepticismo con respecto a los contenidos. Al final de la jornada, regresaba exhausta a su apartamento de una habitación.

A veces despertaba de sus sueños inflamada de deseo, de esos sueños que se centraban en Ohad, a quien no había vuelto a ver desde su ruptura, hacía trece años, después de que él pasara meses buscando excusas para su necesidad de libertad, hablando del miedo al compromiso y de su incapacidad para conectar con «otra persona». Avigail sabía que Ohad no era responsable de que hubiera acabado viviendo así, él no era el motivo, y ni siquiera el pretexto, de su actual soledad, pues ésta emanaba de algo más profundo. A pesar de todo, a veces le culpaba con furia de todo. Las noches en que despertaba con el cuerpo ardiendo y la imagen de Ohad ante sus ojos, se levantaba y salía a pasear por las calles de Tel Aviv y a reflexionar estoicamente sobre la vacuidad de una vida desperdiciada sin ser capaz de transformarla en lo esencial.

Las noches estivales eran particularmente duras de soportar; por las ventanas abiertas a la calle se colaba el sonido de risas, y las voces desenvueltas y espontáneas del exterior iluminaban su castigo autoinfligido con una luz casi grotesca.

Aquel abril, la carretera de Pétaj Tikvá estaba embalsamada por el aroma del azahar y las flores de acacia. Atormentada por esos perfumes, comenzó a despertarse frecuentemente de noche, agitada por sueños que amenazaban el equilibrio de su soledad. El rostro del hombre de sus sueños era a veces el de Michael Ohayon. Nunca habían cruzado una sola palabra que no se refiriese al trabajo y Avigail no sabía nada de su vida privada.

Tal era la situación cuando Avigail llegó al kibbutz el día después de que Ohayon «soltara el bombazo», como le había dicho Yoyo con voz trémula mientras la acompañaba a la clínica desde la secretaría, donde Yoska la había dejado tras ayudarla con torpe caballerosidad a dejar su equipaje en la habitación que le habían asignado. Yoyo tampoco mencionó cómo había sido la muerte de Osnat, pero masculló algo relativo a la crisis que vivía el kibbutz y a que estaban recibiendo ayuda y atención de los organismos autorizados y de la policía, que seguía rondando por allí y «poniendo nerviosos a todos».

Al llegar al kibbutz por la mañana («¿qué llevas aquí? ¿Piedras?»), le había preguntado Yoska riéndose mientras dejaba en el suelo las maletas donde llevaba sus seis pares de vaqueros y seis holgadas camisas blancas de corte masculino junto a un montón de libros), sintió que le ardían los codos y, aun antes de remangarse, supo que la psoriasis había empeorado. También las placas de las corvas, donde su madre solía decirle de pequeña que iban a crecer patatas si no se las lavaba bien, parecían en peor estado. Avigail no sabía si atribuir la irritación de su piel a la necesidad de volver a vestir el blanco uniforme o al miedo que le había inculcado Shorer la noche anterior al decir que tendría que enfrentarse a todo un kibbutz conmocionado.

Ahora, mientras examinaba el armario de los medicamentos, volvió a sentir un fuerte picor. Se quitó la bata y se remangó. Las placas habían adquirido un tono escarlata, según observó, horrorizada por la fealdad de la piel escamada. Abrió su bolso y sacó un tubo azul de pomada de cortisona.

Una mujer irrumpió en el cuarto de baño cuando, de cara al espejo, Avigail se frotaba las manos con jabón desinfectante para borrar toda huella de la pomada; se precipitó a estirar las mangas de su camisa. Se fijó en las huellas de barro dejadas por las negras botas de goma de la mujer sobre los resplandecientes baldosines y oyó voces ahogadas al otro lado de la puerta.

Aquella mujer corpulenta y entrada en años le decía casi a voz en grito desde la puerta: –¡Necesita tomar algo pero se niega a tomar nada!

Avigail trató de echar un vistazo por encima del hombro de la mujer y dijo:

–¿Qué ha pasado? –disimulando su inquietud bajo el tono profesional. Si la mujer hubiera entrado un instante antes, habría visto las placas de sus codos.

–Mi hermana no se encuentra bien –le repuso la mujer asiéndole de la mano–. ¡Venga, venga!

Salieron juntas del cuarto de baño. Frente a la puerta, otra anciana de menor estatura se apretaba el pecho con el puño. Respiraba con dificultad, entre sollozos y quejidos.

–¡Llame a la ambulancia! –gritó la mujer fornida–, Fania no puede respirar.

Y a pesar de la confusión del momento, Avigail tuvo la presencia de ánimo necesaria para darse cuenta de quiénes eran aquellas mujeres. Más adelante, ni ella misma sería capaz de explicarse de dónde había sacado la voz autoritaria que le permitió conducir a Fania a la clínica y acostarla en una cama, donde le quitó las botas de trabajo y los calcetines de lana. Guta la siguió con paso pesado. Su rojiza nariz ganchuda resaltaba en

su pálido semblante y su corto cabello gris se encrespaba en todas las direcciones mientras se pasaba por él sus grandes dedos con un movimiento compulsivo. Después, Avigail le contaría a Michael que parecían un par de brujas salidas de un libro ilustrado que tenía de niña. Levantó los pies de Fania y los colocó sobre una gran almohada. Fania no se quejaba de ningún dolor ni de sentir náuseas. Su tensión arterial era normal y su pulso rápido pero regular. A pesar de todo, respiraba con dificultad.

—¿Es algo del corazón? —preguntó Guta respetuosamente mientras Avigail le tomaba la tensión.

—No lo creo —repuso Avigail mirándola—; a usted quizá le convendría beber algo, en la nevera hay agua fría; y, ahora, ¿por qué no me cuenta lo que ha pasado? —esta última frase iba dirigida a Fania, que cerró los ojos e hizo una mueca.

—¿Le duele algo? —preguntó Avigail cariñosamente.

—¿Qué te duele? —aulló Guta, echando chispas—. Fania, ¡dinos qué te duele! ¡Todo por culpa de esa panda de matones! —Avigail no dijo nada—. ¡Esos policías! —chilló Guta—. Primero se llevan a Yankele y luego desentierran el cuerpo de Srulke.

—Tranquilícese —dijo Avigail—. Cada cosa a su tiempo. Cuénteme cómo han sucedido las cosas exactamente.

Guta extrajo del bolsillo de su bata un despachurrado paquete de tabaco.

—Han ido a avisarme a la lechería, estaba trabajando. Debe de ser la segunda vez en la vida que me obligan a dejar a medias el trabajo. Fania estaba en el taller de costura. Cuando le contaron lo de Srulke, estuvo a punto de desmayarse.

—¿Qué le ha pasado a Srulke? —preguntó Avigail, observando el segundero de su reloj mientras le asía la muñeca a Fania. Su pulso se había ralentizado.

—Srulke... —Guta miró a Avigail como si la viera por primera vez—. Srulke falleció hace un mes y medio. Murió repentinamente, el primer día de Shavout. De un infarto de miocardio. Srulke... —se quedó callada y ahogó sus sollozos pegando una honda calada a su cigarrillo.

Fania abrió los ojos y miró a su hermana con ojos aturridos, amedrentados. Su respiración se aquietó y el gesto de dolor de su rostro se trocó en otro de alarma. El miedo que había sentido Avigail al ver irrumpir a Guta en la clínica retornaba ahora, mientras se debatía entre la enfermera que tomaba competentemente el pulso a una paciente y la policía tan sólo interesada en indagar en los hechos.

—¿Sabía usted que hemos tenido una muerte aquí, en el kibbutz? Un asesinato —dijo

Guta—. ¿Le han contado ya que alguien envenenó a Osnat? —Avigail callaba—. Alguien le dio paratión y murió —dijo Guta, la vista fija en la pared blanca junto a la que estaba la cama. Clavó la mirada en el dibujo de las colinas de Jerusalén, obra de Anna Tijo, que allí colgaba. Fania profirió un quejido. Avigail redobló la presión sobre su muñeca y notó que el pulso se aceleraba—. Anoche exhumaron el cadáver de Srulke y vieron que él también. Esta mañana han ido a contárselo al taller de costura —dijo Guta, mirando a su hermana.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Avigail—. ¿Qué le han contado?

—Que él también —repuso Guta, dando una calada.

—¿Él también?

—También han encontrado paratión en su cuerpo. Y ahora han reanudado sus interrogatorios y han vuelto a llevarse a Yankele.

Fania cerró los párpados. Su boca se torció de nuevo en un rictus de dolor y su respiración rápida y acelerada se volvió audible.

—Lo van a detener por sospechoso, a él, que nunca ha hecho daño a una mosca. Discúlpeme —dijo Guta, y se sacó del bolsillo un trozo de papel higiénico para sonarse. Tenía los ojos secos—. Esto ya no lo podemos soportar. Y encima lo de Srulke.

Fania comenzó a quejarse. Sus quejidos fueron creciendo en intensidad y había algo pavoroso en aquellos sonidos que emergían de las profundidades de su garganta.

—Histeria —le diría Avigail a Michael más tarde—. Histeria pura y dura. Lo supe desde el principio.

Mirando a su hermana, Guta dijo:

—Para nosotras Srulke era... —volvió a respirar hondo y luego tosió— era como un hermano —concluyó al fin—. Fue él quien nos trajo aquí. Nos salvó la vida. Siempre cuidaba de Fania. Y también de Yankele. Y ahora van y le dicen a Fania que como a Yankele le gustaba pasearse de noche se lo van a llevar para interrogarlo. Y no podemos hablar con nadie, ni siquiera con Moish... Y yo querría... —posó la vista en la estrecha cama—. ¿Te sientes mejor? —le preguntó a Fania. Fania no respondió. Sus desnudos pies hinchados parecían un par de terrones rojizos sobre la blanca sábana. De las anchas mangas de su desteñido traje asomaban unos brazos finos y arrugados. Llevaba el cabello, castaño entreverado de blanco, más largo que su hermana. Sus arrugas eran tenues. No se apreciaba ningún parecido entre ellas—. Han exhumado a Srulke, lo han sacado de la tierra —murmuró Guta—, por eso se ha puesto mala —le temblaban las

manos—. Dicen que él también ha muerto a causa del paratión. Y ahora dicen que Yankele le quitó el paratión a Srulke y que, que...

Fania empezó a mascullar medias palabras en yidish.

—Tenemos que ser fuertes —se dijo Guta a sí misma, y se inclinó sobre la papelera blanca para apagar la colilla en su costado—. Creíamos que... ¿Qué le pedíamos a la vida? Nada, salvo disfrutar de un poco de paz. Nada más. Pero no nos dejan en paz, y eso era lo único que queríamos.

Avigail disparó una pregunta tras otra. No, le dijo Guta, Fania no había sufrido ningún infarto ni ninguna otra enfermedad. Nunca habían estado enfermas, salvo cuando llegaron a Israel, en aquel entonces Fania tenía tuberculosis, pero se había repuesto y todas las radiografías eran absolutamente normales, aquello se debió a la guerra y al hambre, había explicado como disculpándola, a lo mal que lo habían pasado. Aparte de la tuberculosis, no había tenido ninguna otra enfermedad.

Avigail depositó una pastillita amarilla en la mano de Guta y le dijo:

—Tómese una usted también —luego alzó la cabeza de Fania, que se tragó obedientemente la pastilla con el agua que le daba—. Están atravesando tiempos difíciles, todo el mundo lo está pasando mal —le dijo a Guta, que se puso la pastilla en la lengua.

—¿Qué es? —preguntó Guta después de tragársela.

—Un tranquilizante —repuso Avigail.

—Estaba echando espuma por la boca —dijo Guta—, he visto que tenía espuma en los labios, y todo por culpa de los chismorreos del taller de costura y porque el policía alto se ha llevado a Yankele para interrogarlo. Piensa que ha podido matar a Osnat sólo porque solía pasearse de noche. Pero si ni siquiera estaba allí —añadió Guta como si acabara de recordarlo—, estuvo todo el rato con Dave. ¿Cómo podría haberlo hecho?

—Tal vez sólo pretenden que Yankele les eche una mano, es posible que haya visto algo interesante —sugirió Avigail.

—Y el día de fiesta en que murió Srulke, Yankele estuvo con nosotras a todas horas, y luego se fue a hacer el turno de cocina.

—Ya verá cómo todo sale bien —la tranquilizó Avigail.

—Y ahora el policía ese del bigote le dice a Fania que tiene que acompañarlos para que hablen con ella. No voy a permitir que se vaya. No puede ir a ningún lado.

—Cuando llegue el médico, le pediré que venga a verla —dijo Avigail.

Fania se incorporó.

–No es necesario –dijo con voz opaca–. No necesito un médico.

–Así son las cosas –le dijo Guta al dibujo de Anna Tijo–, con nosotros sí que se pueden meter. A Yoyo no lo van a interrogar. A pesar de que sabe todo lo que hay que saber sobre el paratión. Sólo interrogan a Yankele, que no lo ha tocado en su vida.

–¿Yoyo tiene conocimientos sobre el paratión? –preguntó Avigail.

–Hasta tiene un diploma, que lo sé yo –explicó Guta a la habitación en general–. Era fumigador diplomado siendo todavía un mocoso, pero a él nadie le pregunta nada. Ni de eso ni de otras cosas. Es con Yankele con quien tienen que emprenderla.

–Sólo lo van a interrogar –la apaciguó Avigail–. No tiene la menor importancia.

–Para eso nos hemos dejado aquí la piel trabajando como mulas, para que venga la policía a detenernos –gruñó Fania mientras comenzaba a enfundarse lentamente los calcetines de lana.

Como había previsto Shorer, ya era muy tarde cuando Michael entró a hurtadillas en la habitación de Avigail, situada en un extremo del kibbutz, en la fila de casas que precedía a las ocupadas por el grupo Nájai. Un haz de luz amarilla se filtraba por entre las cortinas echadas y se fundía con la luz de la luna llena, que daba al camino un resplandor metálico, plateado. Se sintió ridículo al llamar a la puerta escudriñando los desiertos contornos, pero también era consciente de su excitación, de su pulso galopante, y estaba turbado como un niño.

—No me ha visto nadie —le dijo a Avigail una vez en la habitación. Había rechazado de entrada la idea de que se citaran fuera del kibbutz. «Imposible con la Intifada», había declarado, describiendo a continuación los peligros que acechaban de noche en los campos de alrededor del kibbutz, en los caminos de tierra, en los terrenos sin cultivar. «Esos lugares también son peligrosos. Las cosas ya no son como eran, cuando un chico podía salir a pasear por el campo con una chica», dijo, y Avigail se ruborizó—. Alguien debería estudiar los efectos de la Intifada sobre la vida romántica de los sin techo —añadió ahora para romper el embarazoso silencio que se impuso entre ellos en cuanto estuvieron cara a cara.

Michael había vuelto a consagrar todo el día a prolongados interrogatorios de los miembros del kibbutz, intentando realizarlos con el espíritu más amigable posible. Habían decidido no llevarlos a la sede de la UNIGD para interrogarlos. «Trescientas personas son demasiadas», había convenido Nahari. Pero algunos miembros se vieron obligados a ir a Pétaí Tikvá porque los técnicos de criminalística se habían negado a trasladar el equipo poligráfico al kibbutz.

—Ha sido un poco arriesgado que te parases a hablar con Benny en el camino, justo al lado del comedor —le dijo Michael a Avigail mientras ella examinaba el documento

grisáceo que él traía. Michael le contó que se lo había enseñado al tesorero y que éste había dicho: «Me había olvidado de él por completo, es de hace casi treinta años».

—Veinticuatro —le había corregido Michael—, y usted no lo ha mencionado ni una sola vez. Dadas las circunstancias, parece un olvido un tanto extraño.

—Le juro que lo había olvidado —había insistido Yoyo—. Es de la época en que fumigaba el algodón. Ni siquiera me acordaba de que solía dedicarme a eso —se defendió aturdido—. ¿Por qué iba a querer ocultarlo?

La prueba poligráfica había demostrado que no mentía. El permiso que autorizaba al portador a fumar con paratión de nada les había valido.

Tras la visita a la clínica, Fania y Guta se habían mostrado reacias a someterse a una prueba poligráfica. «Tendrá que demostrar que hay un motivo para que la hagamos», le había dicho Guta a Michael haciendo un ademán amenazador, y Fania había masculado aprobatoriamente.

—¿Reacias? —había dicho Nahari—. ¿Qué significa eso, reacias? Arréstalas. Así dejarán de estar reacias, te lo aseguro.

—Preferiría esperar —había insistido Michael—. En todo caso, no son las personas que buscamos.

—¿Sabes a quién se concedió el don de la profecía? —había preguntado Nahari retóricamente antes de reanudar la atenta lectura de los papeles que tenía delante.

Se demostró asimismo que tampoco Tova, la mujer de Boaz, había mentido al declarar que nunca se le había cruzado por la cabeza la idea de asesinar a Osnat. Se daba por satisfecha con el oprobio que había hecho caer sobre ella en el comedor. «Si hubiera tenido que envenenar a todas las mujeres a las que ha perseguido Boaz, en el kibbutz apenas quedarían mujeres con vida», le había dicho Tova a Majluf Levy, que citó sus palabras con abierto regocijo.

Entre una entrevista y otra, entre los millares de palabras que había escuchado durante los últimos tres días, Michael había tenido de vez en cuando ocasión de vislumbrar la pasmosa tranquilidad del entorno. Se le antojaba absurda la serenidad que emanaba de los caminos y jardines bien trazados, de los parques infantiles y la plaza de delante del comedor, del cementerio con su sección independiente para los caídos en cumplimiento del servicio militar. En comparación, el caso que tenía entre manos le parecía irreal y, a veces, al mirar a su alrededor cuando en el kibbutz no se veía ni un alma, ya de noche,

ya bajo el asfixiante calor de primera hora de la tarde, Michael se preguntaba si en realidad se habría cometido un asesinato.

De madrugada se escabulló hacia la habitación de Avigail, que le abrió la puerta sigilosamente y echó el cerrojo en cuanto hubo entrado. La observó mientras removía cuidadosamente el café turco en el finyán, una ceremonia que por lo visto había aprendido de los kibbutzniks. Michael contempló su esbelta silueta, su cabello, que ondulaba con cada uno de sus movimientos, y sus delicadas manos. Vestía un quimono negro con los botoncitos cerrados hasta el cuello y las anchas mangas recogidas en las muñecas. El sonido del aire acondicionado los arrullaba y el canto de los grillos era inaudible en la habitación. Michael suspiró a la vez que tomaba asiento.

—Por primera vez tengo la impresión de que estar aquí vale para algo —dijo de pronto, y Avigail lo miró con expresión atenta e inquisitiva.

Michael se sentía sorprendentemente cómodo en su presencia. Avigail le inspiraba un poderoso deseo de hacerla feliz, de verla reír. «Lo que quieres es deslumbrarla, conquistarla», se dijo con dureza. El celo con que ella protegía su intimidad lo tenía intrigado. Además percibía su vulnerabilidad y su incertidumbre, que despertaban en él el deseo de protegerla, de ser amable con ella. Avigail ni lo acosaba ni daba muestras de estar expectante ante una posible relación, esperando que sucediera algo, mas, al propio tiempo, Michael estaba seguro de que él le interesaba y la atraía. Viendo su tez clara y suave, sentía deseos de acariciarle la mejilla. Y, por encima de todo, quería asomarse debajo de aquellas mangas que le cubrían los brazos. Pero se limitó a estirar las piernas, con el café entre las manos, y a mirarla mientras ella removía su té; se quedó a la espera. También ella esperaba.

—¿Tienes algo para mí? —dijo Michael al fin, sorprendiéndose de las palabras que había elegido.

—Sí y no —repuso Avigail—. En general, te puedo decir lo que ya habrás percibido tú durante este par de días: que se les ve a todos con el alma en vilo. Pero no he detectado nada concreto, ninguna pista. Excepto lo que ya te he dicho sobre Guta y Fania.

—Entonces cuéntame con detalle lo que has visto —le pidió Michael.

Avigail cogió de encima del aparador un par de papelitos escritos con letra apretada. Michael extendió el brazo para quitárselos de las manos.

—A ti no te van a servir de mucho —dijo Avigail, inclinándose sobre las notas—. No vas a entender nada, son para mi uso exclusivo... En general —dijo tras una pausa—, ninguna

de las personas que ha venido a la enfermería ha mencionado el asunto. Y no sólo eso; en el comedor, en los recorridos para que me enseñaran el kibbutz, en la casa de los niños, cuando fui a examinarlos por si tenían piojos, allá donde fuera, se podía saber si estaban hablando de eso por la manera en que de pronto se callaban. Cuando me acercaba a un grupo en el comedor, se hacía un silencio que se podía cortar con cuchillo.

—¿Nadie te ha dicho nada? —preguntó Michael.

—Nadie me ha dicho nada concreto. Como mucho soltaban la frasecita: «dadas las circunstancias»; esa chica, por ejemplo, ¿cómo se llama? —se inclinó sobre sus notas—. Ronit. Ella me pidió que le diera una pastilla para dormir «dadas las circunstancias». Le di un vólum. Ha sido esta tarde; estaba pálida y ojerosa, como si llevara varias noches sin dormir. Luego ha venido un tal Zvika, a quien ya había visto en mi habitación, y me ha hablado de un proyecto que estaba organizando para los niños, y me ha causado una impresión rara.

—¿Rara por qué?

—Estaba muy emocionado y desbordante de energía, y oír en su boca «en vista de la situación» no parecía apropiado. Yo repetí sus palabras en tono interrogativo: «¿En vista de la situación?», pero no me explicó nada. Lo único que noté fue que estaba muy ocupado con su proyecto, una búsqueda del tesoro o algo así, para la que quería utilizar la clínica. Por cierto, anoche estuvo aquí el tipo ese de Asquelón, el de los perros, y lo puso todo patas arriba. Ni rastro de paratión.

—Ya he renunciado a encontrar paratión —dijo Michael, la vista fija en su taza de café.

—Y, aparte de eso, aquí se está muy tranquilo —continuó Avigail, remueve que remueve su té—. Por lo demás —dijo pensativa—, te puedo decir que muchas personas se han quedado viendo la televisión por cable del kibbutz hasta muy tarde, y que hay una tal Matilda que te pone la cabeza como un bombo quieras o no. La estuve oyendo mientras esperaba para que le diera no sé qué medicación que toma habitualmente. Es todo un personaje.

—Sí, la conozco, la mujer que trabaja en el supermercado.

—Comentó algo sobre otra mujer que se pasa todo el día viendo la televisión; ah, y luego está Moish... Yo creo que tiene una úlcera sangrante, y después de la exhumación y de todo el asunto de su padre, probablemente se le va a poner peor y al final tendremos que mandarlo al hospital. En todo caso —prosiguió Avigail, mirándose las manos—, estoy segura de que muchas cosas que ocurren aquí están conectadas entre sí; por cierto, que

haya salido en la prensa de hoy nos lo va a poner aún más difícil; ya he oído comentar que hoy han tenido que echar a un periodista. Fue un golpe de suerte que yo llegara en el momento en que llegué.

—Moish se lo tomó muy mal cuando le explicamos lo de su padre —dijo Michael—. También le hemos dicho que, a diferencia del caso de Osnat, es imposible saber si había sido un accidente o un asesinato, pero no le ha servido de consuelo.

—Algunas personas parecen haber entrado en una especie de coma; no hablan con nadie. Y luego hay otras, como una de las mujeres, la mujer del tesorero...

—La mujer de Yoyo —dijo Michael.

—Ella parece estar pasándoselo en grande, como si estuviera en su salsa, yendo de una persona a otra para hablar por los codos. La he visto en el comedor, y también he oído la conversación de la mesa que tenía detrás; una mujer chilló: «No ha sido uno de nosotros», y luego llegó otra mujer, no sé quién es, pero podría señalártela, y entonces las oí hablar de Yankele y de que su madre, Guta, no para de dar vueltas como un animal enjaulado. Y apenas sale de la lechería, que es donde trabaja.

—Avigail —dijo Michael, paladeando su nombre—, Guta no es la madre de Yankele. Su madre es Fania, la costurera, ya te he hablado de ella.

—Es una mujer enfermiza —dijo Avigail—. Quería decir su tía. Las dos dan miedo, pero lo están pasando muy mal —se enjugó los labios con el dorso de la mano—. En resumen, que, como ya he dicho antes, no he descubierto una sola pista, pero quizá podría escribir un libro sobre un kibbutz convertido en una casa de locos, y te aseguro que es bastante contagioso, y también bastante alarmante. Y no sólo eso... —se quedó callada y ambos se pusieron en tensión al oír pasos y el crujido de hojas secas pisoteadas, y, a continuación, unos vacilantes golpes en la puerta.

Avigail contuvo el aliento y miró el cerrojo, y Michael se levantó sigilosamente y se dirigió a la habitación contigua. Mientras cerraba la puerta, Avigail dijo con voz trémula:

—Un momento —y sin preguntar quién era, abrió la puerta.

Michael se sentó en la cama de matrimonio y examinó el ropero abierto. Vio las camisas blancas colgadas en fila y el montón de vaqueros doblados, un par de batas blancas y unos cuantos cosméticos; luego observó los libros de la mesilla de noche a la vez que trataba de identificar la voz amortiguada del hombre que hablaba al otro lado de la puerta. La voz de Avigail la oía claramente: en ella vibraba una emoción que no lograba identificar. Se levantó y pegó el oído a la puerta. Aquella voz era de un hombre

que no conocía. Oyó la frase «me da miedo estar solo» y a Avigail replicándole en un tono cargado de ira que no trató de camuflar: «Eso no es asunto mío; además, a estas horas debería usted estar con su mujer. Según tengo entendido, está casado. ¿No le parece que está fuera de lugar venir a mi habitación a las dos de la mañana con un pretexto tan estúpido? ¿No podría haber esperado a mañana por la mañana para pedirme la aspirina? ¿No podría haber despertado a media noche a otra persona con la que tenga más confianza?». Luego Michael volvió a oír murmullos ininteligibles de una voz masculina y después a Avigail: «No. Si se lo cuento o no se lo cuento a nadie ya lo decidiré yo. Hágame el favor de no volver por aquí sin que lo haya invitado, aun cuando le parezca que tengo la luz encendida». Oyó un portazo y la llave girando en la cerradura. Después Avigail le dijo desde la puerta del dormitorio:

—Se ha marchado.

—¿Quién era?

—Un hombre, da igual quien fuera. Él también está conmocionado. Se llama... No recuerdo cómo se llama, pero hoy había hablado con él en el comedor. Creo que se llama Boaz, y que es hijo de Matilda, y se cree un donjuán... No, de Matilda no, de Yojeved, y me parece que fue él quien trató de ligar con Osnat y provocó el escándalo ese que montó su mujer en el comedor, me hago un lío... Es un tipo alto, delgado.

—¿Un seductor de mediana edad? —preguntó Michael.

—Sí —repuso Avigail, y de pronto sonrió—. Un seductor de mediana edad. Ha estado trabajando en el comedor desde que llegué.

—Está en espera de que le asignen otro trabajo —explicó Michael—. Hasta ahora era el encargado de los frutales. Es aberrante esa manera suya de comportarse, exagerada. Al fin y al cabo, sólo llevas aquí tres días.

—Me ha preguntado si estoy sola en la vida —dijo Avigail—, y yo le he dicho que no, que simplemente estaba viviendo aquí sola, pero no se ha conformado. La verdad es que están trastornados. Esta noche, dos personas se quedaron dormidas en el club ante el televisor; y he oído comentar a Yojeved que una mujer, no sé quién, no ha ido a trabajar y se ha pasado todo el día viendo la televisión, y además he visto a dos hombres llevándose a sus hijos pequeños cuando salían a trabajar al campo. Pero a primera vista no se nota nada. Es como si no hubiera pasado nada. Salvo por el hecho de que el comedor está medio vacío. ¡Ah! —exclamó de pronto—, me había olvidado, una mujer exigió una sijá urgente. Le dijo a Dvorka: «Quiero una sijá sobre este asunto», y Dvorka

no le respondió, pero Moish, que estaba a su lado, dijo que no era el momento adecuado para una sijá. «¿Qué pretendes, Hila, que convoquemos una sijá para pedirle al asesino que salga a la luz? El asunto está en manos de la policía.» Y ella le replicó a gritos: «No, no, no es uno de nosotros, yo creo que es otra persona, alguien que se marchó y ahora ha vuelto para destruirnos, habría que decírselo a todo el mundo». Y Moish dijo que no tenía sentido celebrar una sijá sobre el tema hasta que no hubiera concluido todo y se hubiera descubierto al asesino y que, entretanto, la tal Hila debería beneficiarse de la ayuda del grupo montado por los psicólogos.

—¿Y Dvorka? —preguntó Michael—. ¿Qué dijo Dvorka sobre eso?

—Dijo: «¿Por qué? No es necesaria una sijá especial. La vida sigue su curso. Tenemos que superar esta tragedia como cualquier otra».

—¿Eso es lo que dijo? —dijo Michael sorprendido—. ¿Que era como cualquier otra tragedia? Qué interesante.

—A juzgar por lo poco que he visto —dijo Avigail pensativa—, Dvorka se está portando como si no hubiera sucedido nada. Lleva puesto ese gesto de «aquí no ha pasado nada». ¿Sabes a qué me refiero? Conozco a ese tipo de personas por mi trabajo en el hospital. En cualquier situación de crisis, cuando se produce una tragedia familiar, siempre hay una persona que se ocupa de mantener la normalidad. Un miembro de la familia que dice que la vida debe continuar y se preocupa de que nadie pierda los nervios. Ese tipo de persona que lo supera todo a base de autocontrol quizá no parezca anormal, pero ahora que te veo escandalizado, se me ocurre que tal vez sea algo patológico.

—No, patológico no —dijo Michael—, pero hay algo que me ha sorprendido. Yo creía, estaba seguro de que... —su voz se extinguió; luego explicó—: La idea que me había formado era que Dvorka estaba conteniéndose mientras fuera necesario guardar el secreto y que después se vendría abajo. Pero, por lo visto, está hecha de una pasta más dura. ¿Y Zeev HaCohen?

—Está imponente —dijo Avigail—, pero también es un vanidoso. Se da mucha importancia a sí mismo, como todos los de la generación de los fundadores, pero en su caso también es una pose. No he notado nada raro en su manera de actuar.

—¿Y Dave?

—Dave —Avigail sonrió—. Dave ha sugerido que se intensifique la actividad de los grupos de estudio dedicados a los temas místicos, que se aumente el número de reuniones. Pero ¿sabías que tiene mezcal?

—¿Qué es mezcal? —preguntó Michael.

—Un cactus con propiedades alucinógenas, una especie de narcótico.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Michael con desconfianza.

—Lo sé porque una vez hice un curso sobre drogas de América Central, y allí me enseñaron cómo era. Y Dave ni se toma la molestia de ocultarlo. Le pregunté cómo se llamaba el cactus redondo que hay junto a su puerta y me dijo sin el menor rubor: «mezcal».

—¿Qué estabas haciendo junto a su habitación? —preguntó Michael, perplejo ante la hostilidad de su voz y la súbita punzada de celos que sentía.

—Asistí a su seminario. Y ayer fui a un seminario literario, y anteayer a otro sobre música. Sólo llevo aquí tres noches y ya he asistido a reuniones de tres grupos de estudio, y además me he pasado por una clase de cerámica para adultos. Los seminarios tienen mucha importancia en el kibbutz. Todo el mundo asiste a alguno, y el grupo que dirige Dave sobre misticismo e historia de la mística se reúne en su habitación, donde sirve infusiones. Había más gente que de costumbre, según deduje de lo que dijo Dave, y aunque nadie mencionó el motivo, vi sufrimiento en los ojos de todos... Por un momento pensé que podría haber sido Fania —dijo Avigail de pronto—, que quizá lo había hecho para proteger a Yankele; o que quizá había sido Guta, queriendo evitar que Fania se atormentara a causa de Yankele; y también he pensado en Aarón Meroz. Me han dicho que están interrogándolo otra vez.

—Pero Meroz estaba en Jerusalén —dijo Michael—, y es un poco difícil envenenar a alguien desde allí en un lapso de sólo media hora; y Fania estaba en el taller de costura con otras diez personas, y Yankele estaba en la fábrica con Dave, y Guta en el comedor, hay testigos. Estamos hablando de sólo media hora o tres cuartos de hora durante los que alguien desapareció sin que nadie lo notara, en un entorno que presenta especiales dificultades para lograrlo. Porque todo el mundo te cuenta: «Vengo de tal o cual sitio» o «Voy a no sé dónde». Y, aparte de eso, necesito un móvil.

—Y no hay ningún móvil lógico —apuntó Avigail.

—Eso es lo que me está volviendo loco —confesó Michael—. He repasado su vida milímetro a milímetro. He leído sus cartas, hasta la menor de sus notas, y también he registrado la casa de Meroz, con su permiso. Nada. Nada de nada. Lo más interesante que he encontrado en la habitación de Osnat ha sido la revista del kibbutz, *Corrientes de Nuestra Época* la llaman... Aquí tienen nombres para todo —comentó haciendo una

mueca—; y, de hecho, me he llevado todos los números del último año, con la esperanza de descubrir algo nuevo en ellos, pero es una tarea como para echarse a temblar... Sacan una revista a la semana.

Extendió las manos con gesto de impotencia y las apoyó sobre las rodillas.

—Les echo un vistazo cada vez que se me presenta la ocasión, y además Sarit las está revisando sistemáticamente. Tenía la idea, o el presentimiento, de que iba a descubrir en ellas algo que nadie se ha molestado en ocultar porque no lo consideran significativo. Lo único que se desprende del registro de la habitación de Osnat es que Meroz no mentía al afirmar que estaba consagrada a los asuntos públicos, a la ideología.

—¿A la ideología? —repitió Avigail con escepticismo.

—Sí —dijo Michael—. ¿A ti qué te parece?

—Es un tanto romántico hablar de ideología en relación con un asesinato —comentó Avigail—. A fin de cuentas, ya se sabe por qué se cometen los asesinatos.

—¿Ah, sí? —replicó Michael—. ¿Por qué se cometen los asesinatos?

Avigail callaba.

—Entonces, ¿no debemos tratar de descubrir lo que no sabemos? —la miró—. ¿Qué quieres decir, Avigail? ¿Que tenemos que detener la búsqueda? ¿Tienes alguna sugerencia práctica? ¿Algún posible móvil que no sea romántico? ¿Qué piensas tú, Avigail?

—No lo sé. No tengo la menor idea.

Sobre la raída alfombra de la antigua secretaría, donde Ohayon había establecido su cuartel general, estaban desparramados los números atrasados de la revista del kibbutz *Corrientes de Nuestra Época*. Un ladrillo sustituía a la pata que le faltaba a la desfondada butaca en la que reposaba Michael Ohayon. Se recostó, tocó su fría taza de café y dirigió la vista hacia la revista que tenía en las manos.

Había repasado páginas y páginas impresas en ciclostil. Y al fin, entre una recomendación para modificar el sistema de puntos concedidos por el trabajo y una reseña de la futura programación de vídeos, había encontrado un artículo que le había hecho olvidarse de los demás números de la revista. En el número en cuestión había comenzado leyendo un informe sobre la conclusión de la cosecha de algodón, «una ocasión señalada con la tradicional ceremonia en que las cosechadoras, decoradas con el azul y el blanco de la bandera nacional y con la roja bandera de la clase trabajadora, desfilan en formación con las luces encendidas para recoger el algodón de las últimas plantas y dejarlo al unísono en los depósitos...». El humor forzado con que se narraban los incidentes desafortunados de la cosecha («La mano de Mickey estaba donde no debía estar y se quedó atrapada entre las cuchillas») le irritaba profundamente. Y ese mismo humor, combinado con la actitud suficiente de una descripción de la heroica reparación de urgencias de una máquina, lo llevó a aplastar con furia la colilla en el tiesto resquebrajado que estaba usando de cenicero.

Después de despedirse de Avigail, había pasado toda la noche leyendo los números atrasados de la revista del kibbutz. Ni siquiera se había saltado los comunicados ni los mensajes de agradecimiento o de felicitación. Cuando una luz pálida empezó a filtrarse por las rendijas de la persiana rota a las cinco de la mañana, las sienes le palpitaban al mismo ritmo que el eco de la voz de Nahari. Trató de aliviar los espasmos de dolor que le hacían rechinar los dientes, lo que a su vez le provocaba el habitual dolor de

mandíbulas. Tenía la garganta seca e irritada. De pronto imaginó la voz reprobadora y desengañada de Yuval diciéndole: «Papá, ¿cómo has podido hacer eso? ¿Cómo...?». La última palabra se repitió varias veces y luego Michael vio una expresión de lástima en los ojos de su hijo mientras pasaba a considerar qué podría hacer llegado el caso de que algún miembro del kibbutz se suicidara. Pensó en la expresión atormentada de Yankele, en los roncós sollozos de Fania cuando regresó del hospital de Asquelón, después de haber aguardado a la puerta de la habitación donde interrogaron a un reticente Yankele. Y en la cólera de Guta, en el tono amarillo grisáceo del rostro de Aarón Meroz, en las negras ojeras de Yoyo. La mirada de Dvorka lo perseguía allá donde fuera, desconfiada y acusadora. Repentinamente se acordó también del hijo soldado de Osnat y se preguntó cómo iba a ser capaz de enfrentarse a los ataques de histeria, a la conmoción, al dolor y a la tristeza de los miembros del kibbutz.

El aire estaba limpio y fresco, pero respirarlo a lentas bocanadas junto a la puerta no bastó para disipar lo que sabía que era un ataque de pánico.

—¿Por qué te gusta tanto alborotar el corral? —le había recriminado Nahari, y esa pregunta volvía a inquietarle ahora, mientras miraba de nuevo la revista de finales de febrero.

—Para que salte la liebre —Michael había usado esa metáfora banal sin pararse a pensar en el significado de las palabras.

—¿Y qué te lleva a pensar que saltará? —replicó Nahari—. ¿Simplemente que es lo que te conviene?

Sin hacer caso del sarcasmo de su jefe, Michael le había explicado con mucha seriedad:

—Quizá salte para protegerse a sí misma. O, tal vez, por miedo a que alguien la haya descubierto.

—En ese caso, será mejor que consideres seriamente las implicaciones —le advirtió Nahari—. No sé si se te habrá ocurrido, por ejemplo, proteger a las personas allegadas a Osnat. Porque si salta la liebre, y más que una liebre es un tigre, puede ser peligrosa para otros.

Michael no dijo nada.

—Me refiero a que debes tener bien vigilados a Dvorka, a Moish y a todos los demás.

Este diálogo había tenido lugar en la misma reunión en que se planteó la cuestión de los plazos. A diferencia de los refunfuños de Ariyeh Levy, el jefe del subdistrito de

Jerusalén, las severas críticas de Nahari no se podían desdeñar como una simple molestia a la que había que acostumbrarse.

—Me importa un pimiento lo que piense la gente —había explicado Nahari con mucha calma—. En principio, no me importa que se tarde unos días más de la cuenta en estructurar un caso para que pase la prueba de fuego en los tribunales, pero en este caso, debido a su dinámica especial y a los inusuales riesgos que estamos corriendo, el factor tiempo es crucial. No se puede poner policía en un kibbutz durante mucho tiempo sin que todo el movimiento de kibbutzim se alborote y la cuestión se plantee en la Knéset. Y eso es secundario. Lo que de verdad me preocupa es el hecho de que tu liebre-tigre no llegue a saltar en un plazo de una o dos semanas y tengas que enfrentarte a todo un kibbutz en estado de histeria. Lo que realmente me interesa no es el Kibbutz Artzi, ni la Knéset, ni Meroz, ni el escándalo, sino el bienestar de los implicados, y si no consigues avanzar más deprisa con el caso, dentro de pocos días empezarás a pagar las consecuencias: no serán capaces de soportar la tensión y se vendrán abajo. Piensa en esto: es como tener que vivir día a día creyendo que en tu familia hay un asesino. Quién sabe qué reacciones pueden desatarse. ¿Qué harías si se suicidara alguien? No sería la primera vez que ocurriera.

Michael había despegado los labios para intervenir, pero Nahari alzó la mano y dijo:

—Ya lo sé, ya sé que están atendidos por todo tipo de especialistas en salud mental, pero hay cosas que escapan a nuestro control. Y, además, el estrés prolongado vuelve peligrosa a la liebre. Tienes que descubrir algo pronto, si no la solución, al menos una pista. Dicen que eres un tipo listo, que obras milagros —llegado a ese punto, Nahari interrumpió su largo discurso, pronunciado en la sala de reuniones de la sección dirigida por Michael, para humedecer con la lengua un grueso puro. Y sólo después de encenderlo con mucha ceremonia, prosiguió—: Y aún no me he referido al hecho de que hayas introducido allí a Avigail. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien recuerde haberla visto en algún lugar? En un país tan pequeño como éste es difícil ocultar las cosas mucho tiempo. Seguro que aparece alguien que compartió orinal con su madre o que la ha visto de camino a Pétaj Tikvá, o que se tropezaba con ella por los pasillos de la universidad. O, si no, alguien te verá yendo a visitarla de noche, o quizá os oigan hablar.

Ahora Michael dejó la revista en el suelo y se encaminó fatigosamente al aseo que estaba junto al antiguo edificio de la secretaría; allí, sobre un lavabo agrietado, metió la cabeza bajo el chorro de agua fría. Mientras se secaba el pelo con la toalla de cuadros del

ejército que Moish le había dejado sobre una cama de su habitación, pensó en Avigail y en la vulnerabilidad que se ocultaba tras el cabello sedoso que le caía sobre la cara; entonces lo traspasó un doloroso anhelo de Maya, casi abstracto pero muy real, y de nuevo se sintió abrumado por la ansiedad, y las palabras de Nahari volvieron a martillearle en el cerebro. Vio el semblante pálido y tenso de Moish, y a Yoyo, bajando la mirada y palideciendo cada vez que le dirigía la palabra, y al hijo soldado de Osnat, mordiéndose las uñas.

La columna que Osnat publicaba en la revista con el título «Línea directa con la secretaria» estaba embutida entre una foto de la cosecha de algodón y una nota de enhorabuena a Deddi por haber terminado su curso de aviación. Era un informe sobre un seminario al que habían asistido los secretarios de multitud de comunidades agrícolas y versaba sobre «La responsabilidad colectiva en el kibbutz». Michael lo leyó una vez más de principio a fin, como si quisiera memorizarlo:

Entre otras muchas cuestiones discutidas (entre ellas, si la responsabilidad colectiva existe en cualquier circunstancia, incluso, por ejemplo, cuando se malversan fondos públicos o cuando se vende una propiedad pública supuestamente para beneficio del kibbutz, como han hecho algunos cargos públicos que se han portado como si ellos personificaran la ley y tuvieran derecho a actuar de acuerdo con sus propios planes), el sentir general era que nos enfrentamos a una crisis profunda e importante, que no podrá resolverse mediante la simple modificación de este o aquel artículo, sino sólo mediante una revisión valerosa e inteligente de los principios básicos.

Luego su vista volvió a caer sobre un informe relativo a «los créditos concedidos a hijos-hijas del kibbutz que se marchan a pasar un año fuera». Leyó mecánicamente la frase «una cantidad de dinero para permitirles instalarse y que habrán de devolver en un plazo de cuatro meses», y luego volvió a «Línea directa con la secretaria».

El último párrafo de la columna de Osnat decía así:

El kibbutz debe reestructurarse como una sociedad en la que el objetivo es el individuo y la comunidad colectivista e igualitaria no es más que un medio (superior a otros) para el desarrollo y la realización de las aspiraciones de aquél. Un kibbutz de estas características tendrá capacidad para competir con sus rivales en el mercado del «buen vivir», que ha cobrado aún mayor importancia a raíz de la pérdida de atractivo de la ideología y la praxis de los valores fundacionales del sionismo. La perspectiva dista mucho de ser desesperada o desalentadora, lo que se observa es un movimiento de enorme potencial humano que ha llegado a una encrucijada y está considerando qué camino tomar. Y que, una vez que haya visto claro su camino, tendrá la fuerza necesaria para lanzarse por él a toda velocidad.

Todo aquello no era más que una serie de estereotipos altisonantes y generalizaciones entusiastas en los que se entreveía una transcripción casi literal de las ponencias presentadas en el seminario. Lo que había despertado el vivo interés de Michael había sido el pasaje entre paréntesis del párrafo anterior, con su tono concreto y casi pragmático.

La apremiante sensación de que debía actuar de inmediato se impuso sobre su ansiedad. Dobló cuidadosamente la revista y salió en dirección al comedor. Al no encontrar allí a Moish, se sirvió una taza de café de la máquina, le añadió leche tibia, untó un panecillo con paté de queso y aceitunas y se sentó a una mesa vacía de un rincón de la amplia sala. Eran las siete y cuarto de la mañana y el comedor estaba muy poco concurrido. Alguien le saludó con un gesto, sin sonreír. Los cuatro hombres sentados a la mesa que tenía detrás, vestidos con ropa de trabajo, desayunaban en silencio. Divisó a Dvorka en el extremo opuesto de la sala, cortando verduras para hacerse una ensalada. Contempló su taza vacía y apartó el panecillo hacia el borde de la mesa, incapaz de obligarse a echarlo en el receptáculo para restos de comida que había en medio de la mesa, y salió del comedor. De camino a la secretaría, recordó el doble significado del nombre de aquel desagradable objeto usado en los kibbutzim. *Kolboinik* no sólo designaba aquel recipiente para desperdicios sino también a las personas que, como Dave, eran muy manitas y sabían arreglarlo todo. Se preguntó por qué usarían el mismo término para un cubo de desperdicios y para el ingenio y la habilidad humana. Y, sobre todo, se preguntaba qué decía ese término de las personas que lo usaban.

Moish ya estaba en su despacho. Michael oyó su voz a través de la puerta abierta y lo vio de espaldas al asomarse. Hablaba por un teléfono gris mirando hacia el gran ventanal, la silla girada de lado. Michael también dirigió la vista hacia el verde césped y los altos cipreses que rodeaban el blanco edificio nuevo de la secretaría del kibbutz. Cuando dijo «disculpe» y dio unos golpecitos en la puerta, Moish al fin giró su silla y señaló con gesto nervioso e irritado la que tenía enfrente. Con la tez pálida y la expresión crispada, concluyó su conversación diciendo abruptamente: «Cuando hayáis hecho una estimación de los daños, házmelo saber». Se volvió hacia Michael, quien le preguntó si había algún problema.

—Nada nuevo —respondió Moish suspirando—, un chacal se ha vuelto a meter en el gallinero y se ha pegado el gran festín.

Michael sacó la revista del sobre marrón que llevaba en la mano y la dejó ante Moish,

sobre los papeles apilados ordenadamente en el centro de su mesa.

Moish la hojeó y alzó la mirada inquisitivamente.

—¿Qué es esto? —preguntó al fin—. ¿Cuál es el problema?

—¿No ve nada ahí que le resulte preocupante? —preguntó Michael.

Distraídamente, sacó un rotulador negro de un portalápiz hecho con el cilindro de cartón de un rollo de papel higiénico, pintado de azul y pegado a un soporte rectangular de cartón en el que estaba escrito con letras multicolores: PARA PAPÁ, ENHORABUENA POR SU NUEVO TRABAJO.

—No —dijo Moish con fatigado desconcierto y con un gesto que decía: «No tengo ánimos para andarme con jueguecitos»; luego añadió—: ¿Por qué no me dice cuál es el problema? ¿De dónde deriva? —volvió una página y contempló la fotografía de la cosecha de algodón. Sus ojos se nublaron mientras miraba al chico que estaba en un extremo—. Es mi hijo mayor, y el que está a su lado, el hijo de Osnat —suspiró. Después la tristeza de sus ojos se trocó en incompreensión—. ¿Qué ha encontrado aquí?

—¿Por qué no lo lee usted mismo? —sugirió Michael lacónicamente, señalando con el rotulador la columna «Línea directa con la secretaria».

Moish se acercó la página a los ojos y empezó a leer. Michael advirtió que movía los labios mientras leía. Luego Moish dejó la revista en la mesa y se pasó una mano por los ojos.

—Ya la he leído. No veo nada especial, extraño, fuera de lo común —dijo con impaciencia—. ¿Qué está insinuando?

Michael puso tranquilamente la mano sobre la página y dijo:

—Aquí hay algo raro entre paréntesis.

Moish releyó la frase en silencio y luego en voz alta, pronunciando cada palabra por separado, como si fueran los apartados de una lista de la compra. Luego cerró los ojos y, meneando la cabeza, dijo:

—No entiendo qué pretende sugerirme.

—¿Cómo interpreta esa frase? —preguntó Michael.

—¿Cómo quiere que lo sepa? No tengo ni idea. No asistí a ese seminario.

—¿Asistió alguien más del kibbutz aparte de Osnat?

—No lo sé —repuso Moish con voz ronca—. ¿Hace cuánto se celebró? Esta revista es de finales de febrero, de hace unos seis meses. ¿Cómo quiere que me acuerde?

—¿Y nadie notó nada raro?

—Sea sensato —rogó Moish, apartando un taco de papeles—. Esta revista se publica semanalmente; la gente no la lee con mucho detenimiento. No recuerdo, no oí nada especial. No recuerdo haber oído nada. Podría ayudarme diciéndome en qué está pensando —dijo con creciente fastidio, y luego estalló enfadado—: ¡Tantas preguntas a la vez me están volviendo loco! ¿Cuándo va a terminar esto? —y después—: Lo siento, estoy un poco tenso, he dormido mal; lo que está sucediendo no es precisamente agradable; y el asunto de mi padre no ha mejorado las cosas.

—¿Pese a que le hayamos dicho que probablemente fue un accidente?

—Muy bien, un accidente, pero ¿dónde está el resto del paratión? ¿Quién lo tiene? ¿Para qué va a servir?

Michael guardaba silencio.

—¿Cuándo podrá responderme a *eso*? —preguntó Moish. En su pregunta había más desesperación que cólera.

—Lo que quiero saber —dijo Michael pausadamente— es si fue la propia Osnat la que redactó esa frase o si estaba citando las palabras de algún participante en el seminario. ¿A qué se refería exactamente?

Moish hizo una mueca como diciendo: «A mí que me registren», y Michael, sintiéndose de nuevo apremiado y en la necesidad de actuar con premura, dijo:

—¿Cómo puedo hacerme con las actas del seminario?

—No sé si habrá actas, supongo que no. Ese tipo de seminarios se celebran anualmente y acuden a ellos montones de personas, secretarios de todos los kibbutzim.

—En tal caso, ¿quién más asistió?

—Personas de los kibbutzim de esta zona. Del norte; no podría precisarle quién.

—¿Osnat nunca le comentó nada sobre ese tema?

—A mí no, pero quizá hablara con alguien, tal vez con Dvorka, tal vez con... No lo sé.

—¿Con quién más?

—Le digo que no lo sé. ¿Por qué no habla con Dvorka?

—Está bien, hablaré con ella, pero, si no le importa, también quiero que me ponga en contacto con el secretario de algún kibbutz vecino —insistió Michael.

—¿Quién va a recordar algo así? —preguntó Moish con un suspiro; a pesar de todo, cogió el sofisticado teléfono y oprimió uno de sus botones. Luego dijo—: ¿Quién eres? ¿Misha? —y luego—: No, soy Moish Ayal —y tras un silencio—: Sí, resulta muy difícil, con la invasión que se nos ha venido encima... —su voz se apagó a la vez que dirigía una

mirada a Michael—. Quería preguntarte algo, Misha; ¿te acuerdas del seminario para secretarios de kibbutz del pasado febrero?... No te preocupes, es que necesito enterarme de algo. ¿Asististe a él?... ¿Y Osnat fue la única de nuestro kibbutz que acudió o había alguien más?... Sólo Osnat —dijo, y miró a Michael, quien encendió un cigarrillo, estiró las piernas y le sostuvo obstinadamente la mirada—. No, por teléfono no. ¿Puedes venir?... Sí, lo sé, pero está relacionado con... Es urgente, sería mejor que vinieras tú en lugar de hacerle desplazarse a él, y no quiero comentar nada más por teléfono. ¿Cuánto tardarás en llegar? Veinte minutos —le dijo a Michael—, y creo que sabe que es un asunto... relacionado con... —su voz se apagó; revolvió los cajones de su escritorio hasta que dio con un rollo de papel higiénico del que arrancó un trozo para sonarse con gran estrépito—. Tengo alergia —explicó—. Me pasa todos los años —formó una bola con el papel y lo arrojó violentamente a la papelería—. Dave me ha dado un cactus que por lo visto la alivia, pero no creo en esas tonterías —dijo turbado.

—¿Cómo se ha enterado el secretario con el que acaba de hablar? —inquirió Michael.

Moish profirió un sonido mitad risa, mitad bufido.

—Desde el mismo instante en que la noticia se hizo pública aquí, fue imposible evitar que se propagara. Nuestros hijos acuden al mismo colegio regional, tenemos proyectos en común, actividades culturales, todo tipo de contactos. Y la gente habla por teléfono. Apuesto a que no queda un solo kibbutz en el país donde no esté circulando la historia. Lo que no comprendo es cómo todavía no se nos han echado encima los periodistas.

Michael recordó las burlonas palabras de Shorer: «¿Cuánto tiempo crees que se mantendrá en secreto? No eres Dios, ¿sabes?, ni siquiera ahora que estás en la UNIGD». Después había tomado ruidosamente un sorbo de una lata de cerveza y había sonreído. «¿Cuánto tiempo crees que te va a salir bien la jugada? ¿Cuánto va a durar tu cortina de humo? Supongamos que logras que no se comente en la radio, pero siempre habrá alguien de *La revista de la mujer aburrida* o de *Informaciones pseudocientíficas* que se entere. ¿Qué te crees? ¿Que en el kibbutz nadie tiene un sobrino que echa unas horitas como «reportero policial» en algún periodicucho? ¿Cuánto tiempo confías en mantenerlos a distancia con el discursito equívoco que les echaste ayer?»

La voz de Moish reforzó el martilleo que Michael volvía a sentir en las sienes:

—Hay que ser muy ingenuo para pensar que puede mantenerse en secreto; cada minuto que pasa sin que llame algún periodista me parece un milagro.

Michael rompió súbitamente el silencio que se había hecho entre ellos:

—¿Está al corriente de algún hecho de este estilo que haya sucedido aquí?

—¿Algún hecho de qué estilo?

—Malversación de fondos, robos, ventas de propiedades públicas... cualquiera de los hechos que menciona Osnat en su columna.

Después de meditar largo rato, Moish dijo:

—Lo cierto es que no. En tiempos hubo una racha de robos en las habitaciones, pero no recurrimos a la policía; descubrimos al culpable y lo resolvimos a nuestra manera. Y Osnat no tuvo la menor relación con ese asunto. Había sido un voluntario metido en problemas de drogas, pero esos detalles no nos interesan ahora. Y también tuvimos que vérnoslas con unos robos muy desagradables descubiertos por nuestro enlace de seguridad.

Michael arqueó las cejas con curiosidad y Moish lo miró abochornado.

—Fue hace muchos años, cuando Alex estaba a cargo de la seguridad. Son cosas que pasan en todos los kibbutzim. De pronto algún miembro pierde la cabeza, no comprendo cómo... —dijo sin dirigirse a Michael, estudiándose las manos—. Es como robar a tus propios padres. Si te van a dar lo que quieres, ¿para qué robar? La cuestión es que sucedió; Alex pidió unos sabuesos a la policía fronteriza y lo llevaron directamente a la puerta de la habitación de un compañero. Uno de los veteranos. ¿Qué podía hacer? Les dio las gracias a los adiestradores de los perros y se marchó a dormir. Yo no me enteré por Alex, sino por un policía. Sigo sin saber quién era el ladrón.

—¿Y la policía fronteriza mantuvo la boca cerrada?

—Hay una especie de acuerdo tácito en virtud del cual a los kibbutzim se nos permite resolver ese tipo de problemas a nuestra manera —explicó Moish, cortando una larga tira de papel del rollo—. Son comprensivos. Como dice aquí, es una cuestión de «responsabilidad colectiva» —luego añadió con aplomo—: Aquí nunca se han malversado fondos, pero sé que en un kibbutz cercano se acusó a la encargada del taller de costura de llevarse ropa del almacén para enviársela a sus parientes de la ciudad sin que la pagaran. Y también sé de un kibbutz del norte donde hubo un desfalco importante, alguien que se dedicaba a transferir fondos a la cuenta personal que tenía en la ciudad; pero tampoco recurrieron a la policía. El kibbutz aplicó su propia solución.

—¿Cómo? —preguntó Michael.

—Hay muchos sistemas —repuso Moish con desasosiego—. En este caso concreto, sé que expulsaron al culpable y que él les devolvió hasta el último shékel, pero el caso acabó

en tragedia, porque la mujer y los hijos se quedaron en el kibbutz y todo el mundo les retiró la palabra. Esto ocurrió hace dos años, y todavía siguen volviéndoles la espalda. Pero ellos no quieren marcharse.

—¿Y qué me dice de este kibbutz?

—Ya se lo he dicho. Hemos tenido pequeños problemas, pero los hemos podido resolver. Si es que a eso se lo puede llamar «resolver» —dijo con amargura—. Pero nunca han tenido lugar hechos como esos a los que se refiere Osnat, no alcanzo a entender a qué se refiere cuando habla de «vender». No creo que sea nada concreto, supongo que se dejó llevar por la exaltación. Osnat tenía tendencia a exaltarse así.

—¿Así? ¿Qué quiere decir? —preguntó Michael abruptamente—. ¿En qué otro lugar ha visto algo «así»?

—Quizá no algo exactamente igual, pero puede comprobar por sí mismo que se lo tomaba todo muy en serio. Lea el resto de sus artículos.

—Ya los he leído —dijo Michael—. Y no he encontrado nada comparable en ninguno.

—Todas las semanas trataba asuntos semejantes, y muchas veces hacía hincapié en que sólo eran casos hipotéticos, no reales.

—Está bien, preguntémonos entonces qué la pudo llevar a exponer precisamente ese caso hipotético.

—Ni idea —dijo Moish tras una larga pausa de reflexión—. No tengo ni la menor idea. No sé qué quiere insinuar con eso de «vender propiedades públicas».

En aquel momento llamaron a la puerta y a continuación entró un hombre de mediana edad, que se pasaba la mano por la sudorosa coronilla calva.

—Aquí estoy. ¿Qué pasa?

—¿Un café? —preguntó Moish al recién llegado mientras éste se dejaba caer en una silla que había cogido de un rincón.

—¿Por qué no? No seré yo quien rechace un café —dijo Misha con una sonrisa que revelaba un hueco en su dentadura—. Solo, sin azúcar.

Moish se dirigió hacia la vieja cafetera eléctrica cuyo cable estaba precariamente pegado con cinta aislante.

—Ese arreglo es una chapuza, tienes que cambiar el cable —dijo Misha acercándose—. Te puede pegar una descarga. Tienen que arreglártelo. No lo entiendo, si tenéis una centralita automática y teléfonos inalámbricos, ¿cómo no os habéis hecho con una cafetera automática?

—La tenía, pero se estropeó —se excusó Moish mientras Misha volvía a sentarse—. La están arreglando, me he olvidado de ir a recogerla.

Con voz titubeante e insegura, Moish presentó a Michael Ohayon a Misha, en cuyos ojos se veía un brillo que delataba su emoción ante el posible escándalo y contradecía la grave expresión de su rostro.

—Pues bien, ¿qué desea saber sobre el seminario? —se apresuró a preguntar tras haber murmurado que aquello era «una tragedia para todos, para todo el movimiento de kibbutzim».

Michael se enteró de que Osnat había sido la única representante del kibbutz en el seminario y, después de que Misha le hubiera explicado cuál era el programa y la manera de estructurarlo, para asegurarse de haberlo entendido bien, preguntó:

—Entonces, en esencia era un foro para debatir cuestiones de principios de índole general y también su aplicación a casos concretos de diversos kibbutzim.

Misha asintió con la cabeza y pasó a exponer la parte social del evento:

—Es un saludable intercambio de ideas y métodos. Desacuerdos aparte, es uno de los medios que nos permiten sentirnos parte de un movimiento, y además es divertido, ya se lo imaginará, eso de comer juntos y volver a ver a todo el mundo.

—¿Recuerda si sucedió algo especial? ¿Si habló con alguien en particular? —lo apremió Michael.

—Como puede suponer, no es un tipo de convocatoria de la que se recuerde todo lo que se dijo —se excusó Misha—. Yo publiqué una nota sobre el seminario en nuestra revista, y recuerdo que se trató la cuestión de la responsabilidad colectiva, pero no soy joven como Osnat, he asistido a montones de seminarios, y no me lo tomo tan en serio como ella —dijo con sonrisa turbada—. Más bien soy partidario de concentrarme en sacar adelante el trabajo, lo que ya es bastante difícil; por otro lado, aquel día en particular me dediqué fundamentalmente a charlar con unos viejos amigos del norte. Apenas tuve ocasión de hablar con ella, y tampoco volvimos a casa juntos —echó una ojeada a la cafetera—. Ese trasto todavía no hierve —dijo, e inmediatamente borró la sonrisa de su cara para adoptar una expresión responsable—. Lo único que puedo decirle es que si Osnat hubiera dicho algo... ¿cómo podría expresarlo?... algo insólito o dramático, lo recordaría —suspiró—. ¡Qué guapa era! —exclamó inopinadamente.

—Lo que me inquieta —dijo Michael— es este artículo —y le tendió a Misha la revista impresa en ciclostil.

Con mucha aparatosidad, Misha tiró del cordel que le colgaba del cuello y extrajo unas gafitas de leer de debajo de su holgada camisa azul, cuyas mangas llevaba enrolladas de cualquier manera a la altura de los codos. Una vez que lo hubo leído, dejó la revista sobre la mesa, más cerca de Moish que de Michael, y se quitó las gafas. No dijo nada.

—¿Qué le parece? —preguntó Michael.

—No sé qué decirle; estoy haciendo un esfuerzo por recordar. Fueron tantas las cosas que se dijeron.

—¿No recuerda si se trataron estos temas? —preguntó Michael sorprendido.

—Sí, algo se dijo al respecto de la delincuencia en los kibbutzim y de que protegemos en exceso a nuestros compañeros, y ahora acabo de acordarme de que Osnat se excitó mucho por algún motivo, pero los detalles... —pronunció una larga frase en yidish, que Michael no comprendió, aunque sí captó las palabras *alte kop*, vieja cabeza, que se repitieron varias veces. Al fin, Misha meneó la cabeza lenta y solemnemente y dijo: No le puedo ayudar.

Después, con mal disimulada solicitud maternal, le preguntó a Moish:

—¿Qué tal van las cosas? ¿Cómo lo estáis sobrellevando? —y tras algunos intentos de entablar un intercambio de cortesías, sonrió y dijo: Bueno, bueno, el café lo tomaremos en alguna otra ocasión, tengo que marcharme, Uri está esperando la furgoneta.

Y, justo entonces, el hervor de la cafetera comenzó a oírse y su tapa a saltar; Moish la desenchufó con cuidado y dijo:

—¿De verdad no quieres un café?

—No, en serio —repuso Misha.

—Te acompaño al coche —dijo Moish, y salió con él, cerrando suavemente la puerta tras de sí. Michael se quedó escuchando sus voces cada vez más apagadas hasta que se extinguieron. Al cabo de unos minutos, Moish regresó y dijo:

—Eso es todo. No puedo decirle nada más. Hable con Dvorka.

Tampoco su conversación con Dvorka, mantenida en la sala de lectura anexa a la biblioteca, produjo ningún resultado. La anciana examinó detenidamente la página que le enseñó. Sus penetrantes ojos azules, sumidos profundamente en las órbitas, centellearon cuando lo miró por encima del rimero de libros y papeles colocado sobre la mesa. Aunque estaban solos en la sala, Dvorka habló en un susurro:

—No tengo ni idea. Recuerdo vagamente que Osnat volvió del seminario preocupada, y que dijo que había sido muy esclarecedor. Pero, incluso en aquel momento, cuando leí

su informe, no me llamó la atención por nada especial. Aunque ahora que usted lo ha señalado, estoy de acuerdo en que parece un tanto extraño. En todo caso, dudo muchísimo que estuviera refiriéndose a algo concreto... Eso sí que no lo sé –dijo Dvorka en tono ofendido cuando Michael le preguntó con quién habría compartido Osnat sus inquietudes, y posó la mano sobre el montón de libros.

Michael volvía a sentir la tensión que despertaba en él aquella mujer. Contempló sus manos envejecidas, sin anillos y casi masculinas por su aspecto, se fijó en las manchas marrones del dorso, y luego sintió que la poderosa atracción de sus ojos arrastraba irresistiblemente su mirada. Volvió a preguntarse si Dvorka habría sido hermosa de joven y cómo habría sobrellevado la muerte de sus seres queridos y la soledad. Y también qué le ocultaba, pues se la veía claramente vigilante y en guardia. Pero en esto último sólo reparó cuando iba de camino al aparcamiento, antes de que comenzaran a servir el almuerzo en el comedor, donde todos lo esquivaban como a un apestado. Aunque le habían dicho repetidas veces que se sintiera como en su casa, Michael iba al comedor lo menos posible y prefería compartir los bocadillos y las verduras rellenas preparadas por la mujer de Majluf Levy, que le recordaban los tentempiés que Balilty solía comprarle al viejo del puestecillo de un rincón del barrio ruso de Jerusalén.

Aarón Meroz ya había salido de la UCI y estaba instalado en la sección de medicina interna, en una habitación de dos camas. Sonrió desvaídamente a Michael y empujó hacia un lado la bandeja donde se veían restos del puré de patata que había impregnado con su olor la habitación. Trasladó un montón de periódicos de su cama a la silla negra para las visitas y dijo:

–Espéreme fuera un momento. Enseguida salgo.

Mientras esperaba, Michael reflexionó, y no por primera vez, sobre la extraña relación que había entablado con Aarón Meroz. Pese a que éste aún no se había repuesto por completo del infarto ni había recobrado las fuerzas, y a pesar de que tenía motivos y medios para esquivarlo, cooperaba de buena gana y demostraba interés por todo lo que decía Michael. Tal vez demasiado interés, pensó Michael, aguardando en tensión junto al cenicero montado en la pared de mármol de la sala de espera. Un ventanal daba al jardín interior del hospital, el Hadassah de Ein Karem. Meroz apareció con una bata de rayas sobre el pijama azul, se le acercó con paso lento y señaló un par de sillas de un rincón.

–¿Cómo no le dan una habitación individual a un parlamentario? –preguntó Michael.

Meroz repuso que en condiciones normales se la habrían dado pero que:

—Ayer me preguntaron si estaba dispuesto a compartir habitación, porque están faltos de camas. ¿Qué podía hacer? ¿Armar un alboroto? —y, con su característica sonrisa forzada, añadió—: Nobleza obliga, o, más bien, en mi caso, lo contrario. A fin de cuentas, se supone que los funcionarios públicos estamos al servicio del pueblo.

Aarón Meroz volvió a sonreír cuando tuvo en las manos la revista del kibbutz.

—En mis tiempos fui el editor —dijo con expresión lánguida—. En realidad, nada ha cambiado —añadió con extrañeza—, todo está como siempre. Mire, mire el resumen de la sijá: han aceptado a fulano como miembro del kibbutz, a mengano le han concedido un permiso de un año y los problemas de vivienda de perengano se han resuelto. Los cambios sólo son aparentes; en el fondo, todo sigue igual.

—No exactamente —dijo Michael.

—No —convino Meroz—, no exactamente, sobre todo en nuestro caso. Ya no falta mucho para que pueda someterme a la prueba poligráfica. Se lo he comunicado al compañero suyo que ha estado aquí hoy... ¿Cómo se llama? Levy, el del anillo, que me darán el alta dentro de una semana y no tengo nada que objetar a la prueba —Michael asintió con la cabeza.

—A mí su consentimiento me parecería altamente sospechoso —le había advertido Nahari—. Podría librarse de nosotros fácilmente si quisiera; ¿por qué no utiliza sus prerrogativas?

—¿Y qué móvil podría haber tenido en tu opinión? —había preguntado Michael.

—Mira —había dicho Nahari en vena didáctico-filosófica—, en las relaciones entre un hombre y una mujer, sólo ellos dos saben qué es lo que sucede realmente. Aun cuando se confíen a otras personas, y no digamos ya si es una relación clandestina. En realidad, ¿qué sabes de él?

—Aquí dispongo de mucho tiempo para pensar —le decía ahora Meroz—. Sobre la vida en general, y sobre Osnat y lo que ha sucedido. Lo mire por donde lo mire, cada vez me parece más inexplicable. Es una locura. No logro imaginar cómo se lo están tomando en el kibbutz. El hecho en sí mismo, y la presencia policial. ¿Qué tal lo sobrellevan? —le preguntó con una voz que revelaba muchas cosas, entre otras una satisfacción que ya había percibido en él anteriormente, una satisfacción similar a la de Nahari cuando había dicho: «Así que no son inmunes a todo»—. Pero no era de eso de lo que usted quería hablar. Quería que habláramos de la revista. ¿Qué tiene de especial este número? —

preguntó Meroz pasando las páginas—. Ah, el final de la cosecha del algodón. Así que continúan celebrándolo a lo grande —y ahora había en su voz una tristeza y una añoranza que a Michael le recordaron su manera de hablar de Osnat. Meroz hojeó la revista hasta llegar al pasaje señalado con rotulador; allí se detuvo para leerlo con concentración. Al cabo, suspiró y dejó la revista—. ¿Qué le ha llamado la atención? —le preguntó a Michael—. ¿Por qué lo ha señalado?

Por la ventana entraba la suave luz vespertina de Jerusalén, iluminando los rincones polvorientos y pintando de dorado los rebordes metálicos de las mesas de plástico. Una joven vestida con un elegante traje sastre rosa golpeaba el teléfono público con su puño de uñas pintadas queriendo recuperar la ficha que se había tragado. Se oía el sonido de un televisor.

—¿Ha venido hasta aquí sólo por esto? —preguntó Meroz, arropándose mejor con la bata, cuyo cinturón no alcanzaba a rodearle la cintura—. ¿Qué le parece tan importante?

—No acabo de saber qué es lo importante —repuso Michael—, pero me parece extraño. La frase entre paréntesis.

Meroz la releyó.

—Pensaba que tal vez Osnat lo habría comentado con usted. Ya que últimamente tenían mucha confianza y quizá era algo que le venía preocupando desde hacía tiempo.

—Tenía todo tipo de obsesiones —Meroz suspiró—, cuestiones de principios. Estoy convencido de que encontrará más cosas de ese estilo en otros números de la revista.

—Sí, las he encontrado, pero no como esto. Esto es diferente. Se están dando por supuestas demasiadas cosas. ¿A qué propiedad pública cree usted que se estará refiriendo?

—No lo sé. ¿Qué tienen en el kibbutz que pueda venderse sin que la gente se dé cuenta?

—Nada material —reflexionó Michael en voz alta—, sólo algo como conocimientos, información —dijo, oyendo el deje de sorpresa con el que había terminado la frase—. ¿Le hablaba alguna vez de la fábrica de cosméticos? —preguntó de pronto.

—No —repuso Meroz—, apenas la mencionaba, salvo al tratar del tema de la mano de obra contratada y del problema de los turnos de trabajo. Pero ¿qué tiene que ver la fábrica con todo esto?

—Piénselo —dijo Michael, levantándose para sacarse el paquete de tabaco del bolsillo

del pantalón—. ¿Qué se puede vender en un kibbutz sin que nadie se entere? En su kibbutz.

Aarón Meroz se rascó la incipiente barba gris de su mejilla, visible bajo la luz amarillenta.

—Una vez hubo un problema —dijo pensativo— con un aspersor que había inventado Félix: un fabricante le robó la idea. Pero de eso hace mucho tiempo, y fue imposible demostrar que era invención de Félix; no se lo había enseñado a nadie de fuera del kibbutz. Sencillamente fabricó un único modelo de ese aspersor y lo probamos. En aquel entonces no éramos conscientes del potencial comercial del kibbutz, y Félix sólo pretendía resolver una dificultad surgida con las cañerías de riego... —su voz se fue apagando y dirigió una mirada desconfiada a Michael—. ¿En qué está pensando?

—En la fábrica. En esa fábrica de ustedes.

—No diga «de ustedes» —replicó Meroz con aspereza—. En mis tiempos no había ninguna fábrica de cosméticos en el kibbutz.

—¿Sabe cuánto vale la fórmula de una crema facial cara?

—No —reconoció Meroz—, no lo sé, pero me parece una maniobra de estilo demasiado americano para que sea cierta, y aun cuando lo fuera, ninguna persona del kibbutz sería capaz... —él mismo se dio cuenta del sin sentido de sus palabras—. En fin, después de lo que ha pasado ya no se puede pensar en nada que ningún miembro del kibbutz sea incapaz de hacer —admitió—, pero a mí se me antoja excesivamente sofisticado.

—¿Ha visto alguna vez la cuenta de resultados de la fábrica? —preguntó Michael, y Meroz dijo que no, que nunca se había interesado en eso.

—Pues yo sí la he visto, y no iba usted a dar crédito a esas cifras astronómicas —comentó Michael—. Yo creía que sólo las macroempresas manejaban esas cantidades de dinero. El año pasado, cuando la industria del resto del país estaba en pleno estancamiento, la fábrica florecía y lograba enormes beneficios gracias a las patentes del kibbutz. La crema facial creada por Dave a base de cactus... e incluso la máquina de embalaje que inventó.

—Muy bien, así que la fábrica va viento en popa —dijo Meroz, y un gesto de dolor se pintó en su cara.

—¿Se siente bien? —preguntó Michael con repentina inquietud.

—Sí —repuso Meroz—, me encuentro muy bien. No es más que uno de los ataques de debilidad que me dan, sobre todo cuando paso mucho rato levantado.

–¿Osnat nunca le comentó nada de la fábrica? ¿Ni del espionaje industrial?

–Nada –le aseguró Meroz.

–¿Puede deducir a quién aludía al referirse a algunos «cargos públicos»?

–No hay que ser un genio para imaginarlo –dijo Meroz–. ¿Cuántos altos cargos hay en un kibbutz? El secretario, el tesorero, el director general y los miembros de un par de comisiones. Y si pretende avanzar con el rumbo que ha adoptado, tendría que indagar en los cargos relacionados con las finanzas.

Esa misma noche, tras una larga conversación con Dave, Michael llamó a la puerta de Yoyo y le pidió que saliera. Yoyo se volvió titubeante para echar una mirada a la habitación, donde titilaba la luz azul de un televisor, y dijo:

–Enseguida vuelvo –una vez fuera, preguntó con aprensión–: ¿Está seguro de que no prefiere entrar?

–Será más sencillo que me acompañe a mi habitación –repuso Michael, mirando las delgadas piernas de Yoyo y sus anchos pantalones cortos. Incluso a la tenue luz de la farola del final del camino distinguía el sudor que le perlaba la frente.

–Acabo de volver de una reunión, estoy bastante cansado –dijo Yoyo, pero Michael no le hizo caso y se encaminó a grandes zancadas hacia la antigua secretaria.

Yoyo no lograba dominar el temblor de sus manos ni siquiera apoyándolas en las rodillas. Leyó la página impresa en ciclostil que Michael le puso delante y luego la dejó cuidadosamente a su lado, sobre la cama. Michael se había sentado en la butaca tras enderezar el ladrillo, demasiado pequeño para cumplir sus funciones.

Yoyo callaba.

–¿No tiene nada que decir? –preguntó Michael, esforzándose por hablar en un tono calmado.

Yoyo se encogió de hombros. De su garganta tan sólo emergió un gruñido ronco cuando trató de decir algo. Tenía la vista fija en el suelo y Michael hubo de reprimirse para no zarandearlo. «Puede que no haya sido buena idea hablar con él ahora, después de un día tan largo», se dijo a sí mismo, pero el martilleo que volvía a reverberar entre sus sienes le recordó que no tenía tiempo para el descanso ni la holganza. «¿No prefieres que lo haga alguien por ti?», le había preguntado Sarit cuando llamó a la UNIGD desde el hospital de Jerusalén. «¿O pretendes volver allí esta noche? Majluf Levy está por la zona, y otras personas, no es necesario que siempre seas tú quien...»

En ese punto Michael la había interrumpido afirmando rotundamente que iba a ponerse en camino en ese momento. Ahora meditaba sobre su preferencia por trabajar solo. «Aquí no puedes actuar por libre, como tenías por costumbre en Jerusalén», le había advertido Nahari, «y si quieres resolver pronto este caso, antes de que se produzca una catástrofe, ya puedes ir cambiando de métodos. Hay algo perverso en tu dinámica de relación. Ya lo habíamos oído comentar antes de que te incorporases a nuestro equipo», dijo sin sonreír, «pero aquí no te puedes salir con la tuya».

—Vamos a ver —dijo Michael, inclinándose hacia la cama donde Yoyo seguía sentado, retraído en sí mismo, la vista clavada en la punta de sus dedos, cuyo temblor trataba de disimular—, no tiene sentido andarse con rodeos, será mejor que me diga directamente lo que tenga que decirme, créame.

—¿Qué tengo que decirle? —preguntó Yoyo. A la luz de la bombilla desnuda que se balanceaba en el techo, Michael vio empalidecer sus pecas.

—¿Y usted me lo pregunta? —le espetó Michael—. Lo sabe muy bien, ¿qué sentido tiene disimular? Y yo también lo sé, sobre todo después de haber hablado largo y tendido con Ronny, el director de la fábrica de cosméticos.

—¿De qué quiere hablar? —perseveró Yoyo.

Con una fatiga que apenas si le permitía dominar la voz, Michael se oyó diciendo casi a gritos:

—¡Del tiempo no!, ¡eso desde luego! ¡Quiero que me hable del enfrentamiento que tuvo con Osnat con respecto a la fábrica!

Yoyo no dijo nada.

Michael encendió un cigarrillo y consultó su reloj.

—Vamos a quedarnos aquí hasta que hable —dijo airadamente—. Deberíamos haber hablado de esto hace mucho, hace tres días.

Pero Yoyo persistía en su silencio.

—Mire —dijo Michael, estirando su paciencia al máximo—, sé incluso cómo se llama la crema facial que les pasó a los suizos, y también sé que después el kibbutz se recuperó de la caída de las acciones de bolsa. Estoy al tanto de casi todos los detalles, así que ¿por qué no me cuenta cómo lo descubrió Osnat?

—Por casualidad, igual que usted —dijo al cabo Yoyo—. Ella no conocía todos los pormenores del asunto, pero la convencí de que yo había obrado bien y, al final, tan sólo le parecía mal la manera en que lo había hecho.

—¿Cuándo hablaron del tema? —preguntó Michael en tono pragmático, como si estuviera rellenando un formulario.

—Después de que Osnat escribiera ese artículo. No fui yo quien inició la conversación, ni siquiera había visto el artículo. En principio tenía previsto asistir con ella al seminario en cuestión, pero al final no fui porque... —Yoyo trató de dominar los violentos temblores que le acometían.

—¿Por qué? —preguntó Michael.

—Por unas pruebas que me tenía que hacer ese mismo día, y que no podía posponer —respondió de mala gana—, en el hospital Barzilai... una revisión de la vista —añadió con evidente dificultad mientras Michael lo observaba en silencio—. Sospechaban que tenía un tumor detrás de un ojo —soltó de pronto—, por si le interesa —y como Michael no cambiaba de expresión, Yoyo continuó—: Y al final resultó que no tenía nada.

Michael seguía en silencio.

Yoyo parecía buscar las palabras precisas, y al fin dijo vacilante:

—No sé qué le habrá contado Ronny, pero las apariencias engañan.

Michael callaba. Había sido Shorer quien le había enseñado esa estrategia tiempo atrás. «También tienes que saber cuándo hay que callarse. Y la manera de hacerlo. Hay muchas maneras de mantener la boca cerrada, con el tiempo uno aprende a percibirlo.» Y ahora a Yoyo no le quedaba más remedio que hablar, no había vuelta atrás.

—Después de que se publicara el artículo, Osnat vino a mi habitación a revisar conmigo las cuentas. Yo ya había visto el artículo, pero no quise preguntarle nada directamente. Me limité a interesarme por el seminario, y entonces ella me dijo: «Estaba esperando que vinieras a hablar conmigo, ese artículo iba específicamente dirigido a ti». ¿Podría darme un poco de agua?

Michael titubeó. No quería romper el ritmo del interrogatorio. Para traerle agua tendría que salir de la habitación y le daba miedo que esa interrupción de la sesión cara a cara hiciera que Yoyo volviera a cerrarse en banda. Por otro lado, sentía lástima del tesorero, que no cesaba de pasarse la reseca lengua por los labios agrietados.

—Dentro de unos minutos —dijo al fin—, le traeré agua dentro de unos minutos.

—Los detalles carecen de importancia... —dijo Yoyo, mirando inquisitivamente a Michael.

—Eso habrá que verlo.

—Osnat me contó que había hablado con Ronny y que se había enterado por él de la

rivalidad con los suizos. En realidad ya estábamos enterados por un informe de la fábrica de hacía un año y medio, y además también había surgido el tema en la sijá, donde Ronny lo planteó con relación a la mano de obra contratada, pero ahora no hace al caso... –de nuevo una mirada inquisitiva y una rápida pasada de la lengua por los labios.

Michael guardó silencio.

–En resumen, Osnat ató cabos y llegó a la conclusión de que yo me había hecho con la fórmula y se la había vendido a los suizos para sacar al kibbutz del apuro de las acciones.

–¿Y no se le ocurrió pensar que lo había hecho usted para su propio beneficio? –preguntó Michael sorprendido.

–¿Qué beneficio? –preguntó Yoyo confuso. Luego hizo un airado ademán y dijo a voz en cuello: ¿De qué demonios está hablando? ¿Dónde está el dinero, entonces?

–Yo no lo puedo saber. Pero he oído decir que hoy día los miembros de los kibbutzim abren cuentas bancarias personales, y los de este kibbutz también.

–Pues yo no tengo ninguna cuenta –dijo Yoyo furioso–. Ni herencias, ni regalos, ni indemnizaciones alemanas... y Osnat también lo sabía.

–¿De cuánto dinero estamos hablando?

–Casi un millón y medio de dólares –susurró Yoyo–, pero no me quedaba alternativa. Si no lo hubiera hecho nos habríamos hundido y, de esta forma, incluso logramos sacar beneficios cuando las acciones se desplomaron y todos los demás kibbutzim se quedaron en cueros.

–¿Osnat ni se planteó que pudiera tener usted una cuenta bancaria?

–No. Ya se lo he dicho, Osnat me conocía.

–Se está descubriendo que muchas personas creen conocer a otras, pero que a veces están equivocadas.

Yoyo no replicó.

–Y después ¿qué? –preguntó Michael.

–¿Cómo que qué?

–Después de que Osnat le echara en cara lo que había descubierto, ¿qué ocurrió?

–Tuvimos una larga charla –repuso Yoyo con esfuerzo–. No puedo decir que me resultara agradable.

–¿De cuándo estamos hablando?

–De hace unos meses. No sé cuántos con exactitud, tres o cuatro.

—¿Y cómo terminó la charla? ¿Con qué ánimo?

Yoyo no dijo nada.

—¿No tiene nada que decir? —dijo Michael.

—¿Podría tomar ahora un poco de agua?

Michael salió a los aseos y volvió con un vaso de agua. En aquel momento era posible, y hasta aconsejable, hacer un descanso.

—Pues bien, ¿cómo concluyó aquella conversación? —volvió a preguntar Michael una vez que Yoyo hubo dejado el vaso en el suelo, junto a la cama.

—Con un desacuerdo.

—Explíquese mejor.

—Osnat consideraba que era un delito hacer algo así sin consultárselo a nadie.

—¿Y pensaba hacer algo al respecto?

Yoyo permaneció callado.

—Sepa una cosa, amigo mío —dijo Michael impaciente—, al final averiguaremos todo y ya es más de media noche; no nos olvidemos de que tiene usted licencia para utilizar paratión. ¿Quiere que le presione todavía más?

—Osnat quería plantear la cuestión en la sijá —dijo el tesorero, pasándose una mano trémula por la sudorosa frente.

En el silencio de la habitación Michael oía el canto de los grillos y el croar de las ranas. Reparó por primera vez en una tela de araña que colgaba de un rincón del techo sobre la cama donde había pasado las dos últimas noches dando vueltas y más vueltas.

—¿Y bien? —dijo al fin, encendiendo otro cigarrillo.

—Yo no la maté —dijo Yoyo.

Michael guardó silencio.

—Aun cuando lo hubiera planteado en la sijá, ¿qué podría haber pasado?

—No lo sé —dijo Michael—. Dígamelo usted.

—¿Qué podría haber pasado? Se habría montado un buen griterío, un pequeño escándalo, pero a mí no me habría pasado nada. El kibbutz es como una familia, no me habrían expulsado.

—¿Pero?

Yoyo no dijo nada.

—¿Qué habrían hecho? —insistió Michael—. ¿Lo habrían sustituido en el puesto de tesorero?

–Ojalá –murmuró Yoyo–. ¿Cree que es muy divertido ser tesorero de un kibbutz?

–No lo sé –dijo Michael.

–Pues yo sí lo sé. No es divertido en absoluto. Habría vuelto al cultivo del algodón; así me habría ido mucho mejor –dijo Yoyo con voz ahogada.

–¿Y el deshonor? –preguntó Michael–. Tenía la impresión de que es un factor de mucho peso en un kibbutz, ¿no es así?

–Sí –musitó Yoyo.

–¿Y por qué Osnat no llegó a plantearlo en la sijá? –preguntó Michael.

–Estaba esperando a que le diera mi consentimiento.

–¿Cómo dice? –exclamó Michael perplejo–. ¿Se quedó tres o cuatro meses en espera de su consentimiento?

–Sí –dijo Yoyo, y por primera vez alzó la vista para mirar directamente al policía, con tristeza y rabia en los ojos–. Se lo rogué, y ella me dijo que no haría nada hasta que comprendiera por mí mismo que era fundamental.

–A usted le resultaba muy duro –afirmó Michael, y Yoyo estalló en sollozos y sepultó el rostro entre las manos. También las tenía salpicadas de pecas, advirtió Michael, que ahora sentía el corazón frío como un témpano; volvió a oír un martilleo en sus sienes.

–¿Quién más lo sabía en el kibbutz?

–Nadie –repuso Yoyo, enjugándose la nariz con el dorso de la mano, como un niño.

–¿Ni siquiera Ronny?

–No, Ronny sospechaba de Dave; él mismo me lo dijo, pero yo le dije, incluso antes de que Osnat lo descubriera, que estaba convencido de que no había sido Dave, porque no quería...

A las tres de la mañana, tras dejar una críptica nota a su mujer, Yoyo se dejó caer en el asiento de copiloto del Ford Fiesta.

Ninguno de los dos abrió la boca hasta que llegaron a las afueras de Pétaj Tikvá.

–Conduce como un poseso –dijo Yoyo entonces–. He hecho todo el camino con la esperanza de que se estrellara.

A las doce lo esperaban en la sala de reuniones.

—No paran de llamar del kibbutz, y además hay gente ahí fuera —le dijo Sarit nerviosa—, y pronto tendremos encima a la prensa, y no sé qué decirles —se habían encontrado a la entrada de la sede policial, cuya gran puerta metálica se cerró estrepitosamente cuando Sarit la soltó—. ¿Qué has descubierto? ¿Es verdad al final lo que se nos había ocurrido? —preguntó ansiosa, pero Michael no respondió. Subió a saltos la escalera hasta la sala de reuniones, donde Nahari ocupaba la cabecera de la larga mesa, con un cenicero al lado desde el que se elevaba el humo de su grueso puro.

—De una cosa estoy satisfecho —dijo Nahari una vez que todos hubieron tomado asiento—. No acababa de creermelo que no se hubiera quedado con nada. «¿Cómo es posible tanta santidad?», me preguntaba. «¿Se ha metido en un lío tan espantoso sólo por salvar al kibbutz?» No me parecía lógico. Los santos me asustan. Ahora todo encaja mejor.

—Creo que sería un error dar por hecho que actuó movido exclusivamente por motivos personales —intervino Michael con tacto.

—Los desfalcos no son nada nuevo en los kibbutzim —dijo Nahari haciendo una mueca—. Hemos tenido que archivar tres casos porque decidieron no presentar cargos. Casi todos los delitos cometidos en kibbutzim han consistido en tejemanejes con los fondos del kibbutz, y los culpables siempre abren una cuenta corriente en la ciudad para depositar el dinero. Eso es lo que esperaba descubrir esta vez. Y, en efecto, es lo que hemos descubierto.

—Sí, pero la cuenta no está a su nombre —le recordó Sarit—. Está a nombre de Osnat.

—Tenemos que entrelazar todos los hechos —dijo Nahari— de todas las formas posibles. Y vamos a comenzar por el final. ¿La has visto? ¿Es cierto lo de su hermana?

Michael asintió. Aun después de tomarse el café caliente que le había traído Sarit y de

haber estado largo rato en la sala de reuniones, seguía sin poder borrar de su mente aquellas imágenes y voces. «Hola, encanto, eres un superencanto, ¿tienes un cigarrillo?», le había dicho una mujer gorda que había empezado a sobarlo en el ascensor. Se había manoseado los botones de su bata de cuadros y había entreabierto los labios, dejando al aire unos cuantos dientes en el agujero negro de su grotesca sonrisa que ella sin duda imaginaba dulce y seductora. Michael se bajó en la tercera planta y se dirigió a paso rápido al despacho del médico, con la mujer a su zaga. «Qué pedazo de hombre tan goloso, para mí quisiera uno así. Así de alto, con esos bonitos ojos castaños. ¿Por qué huyes de mí?» Se fue quedando atrás porque no podía correr, pero siguió preguntándole alternativamente: «¿Echamos un polvito?» y «¿Tienes un cigarrillo?».

Ahora, observando el semblante bronceado de Nahari, sus brillantes ojos azules y su pelo gris cortado al estilo romano, la imagen del hospital psiquiátrico se le antojaba remota y casi irreal. Sin describir aquel lugar, se limitó a decir:

–Todo es verdad. Lo de su hermana gemela. Ya antes de que vinieran a Israel, él solicitó que lo separasen de ella. En aquel entonces ya estaba enferma. Y nadie, salvo Srulke, sabía de su existencia.

–¿Por qué lo sabía Srulke? –preguntó Sarit. Nahari miraba por la ventana en silencio.

–Fue Srulke quien lo trajo al kibbutz –respondió Michael.

–A cada cual lo suyo –dijo Benny sin sonreír–. ¿De qué fechas hablamos?

–Del año cuarenta y seis –dijo Michael–. Tenían seis años, y nunca sabremos cómo llegaron a separar a los gemelos ni si realmente fue él quien, tal como lo asegura, lo exigió.

–Tampoco está claro cómo sobrevivieron a la guerra –dijo Sarit.

–Hay muchas cosas que no están claras –terció Nahari–, pero una sí lo está: hace un año él la buscó y la internó en una clínica que cuesta diez mil shékels al mes.

–Sin que se enterase nadie del kibbutz –dijo Sarit.

–Nadie sabía siquiera que tenía una hermana –se maravilló Benny–. Durante tantísimos años nadie supo que tenía una hermana.

–Me parece que pensaban que tenía una hermana que había muerto –explicó Michael– a la vez que el resto de su familia, y que se había quedado solo.

–Diez mil shékels al mes –masculó Nahari–. ¡Así es el ser humano!

–¿Y por qué en lugar de eso no la llevó al kibbutz? Allí la habrían cuidado –dijo Sarit–. No lo comprendo.

Michael Ohayon respiró hondo.

—Vamos a ver —dijo, mirando el relumbrante cristal que cubría la gran mesa—. Voy a contaros algo personal, que quizá os ayude a comprenderlo a él —en la habitación se hizo el silencio. Todos lo miraron expectantes—. ¿Qué edad tenía yo cuando llegué a este país? Tres años. Tres tiernos años. ¿Qué puede comprender un niño de tres años? ¿Qué puede recordar? ¿Quién sabe? Pero hay algo que recuerdo muy bien —alzó la vista y vio a Nahari mirándolo con expresión seria y concentrada, sin atisbo de ironía—. Recuerdo que durante todos esos años me atormentaba el deseo de ser como los demás: un israelí, un sabra. Habría dado lo que fuera para que nadie se enterase de que no había nacido aquí. Siempre pensamos que éste es un problema específico de los judíos nacidos en países árabes, de los marroquíes. Pero en realidad sabemos muy bien que los llegados de Polonia o de otros lugares comparten ese deseo, ese problema.

Con pulso firme, Michael encendió un cigarrillo. Exhaló el humo y miró a Sarit antes de proseguir, y ella bajó la mirada.

—Es el deseo de borrar el pasado, de integrarse en lo que en los primeros tiempos del Estado se denominaba el «crisol». Pero si reflexionamos un poco sobre lo que le ocurre a una persona a quien meten en un crisol, veremos que lo que ocurre es que se quema... o, al menos, es una de las cosas que le ocurren —Nahari suspiró, sin alterar su expresión de intensa atención—. Es fácil imaginar lo que puede sucederle a un niño de seis o siete años a quien dejan en la casa infantil de un kibbutz, un niño que tiene una hermana, una hermana que se ha vuelto loca durante la Diáspora, durante el Holocausto. La tiene a ella y a nadie más en el mundo. ¿Qué creéis que hará para sobrevivir? Pensad en Yoyo, en ese nombre suyo, ¿desde cuándo a un niño polaco se le llama Yoyo? Ni siquiera es un nombre israelí, es un nombre marroquí, y ni a los marroquíes les hace sentirse orgullosos. ¿Cómo pudo permitir que le pusieran ese apodo?

—La cuestión de los apodos que usan en los kibbutzim es fascinante —dijo Nahari—. Cómo se originan, ese tipo de cosas; se podría escribir un libro sobre el tema. Yo mismo os podría contar muchas cosas al respecto, pero continúa, continúa —y volvió a apoyar la barbilla en la mano.

—Pensad en él, un niño extranjero y huérfano que quiere crearse una buena imagen en el kibbutz. Se educa allí, lucha en el ejército, viste pantalones cortos y sandalias, lo ponen a cargo de la cosecha de algodón, hace todo lo que tiene que hacer, se casa con una chica del kibbutz...

–Su mujer está esperando fuera –intervino Sarit–. Es una kibbutznik de pura cepa.

–Sí, ¿lo veis? –dijo Michael–. Una kibbutznik con pedigrí. ¿Qué esperabais? ¿Que le contara lo de su hermana loca? Acabo de verla. Es como un gran vegetal. Ni habla ni se mueve. Hay que darle de comer, lavarla, hacérselo todo. A veces la tienen que alimentar por goteo.

–¿Y qué le ha pasado a él de pronto? –preguntó Benny–. ¿Cómo es que después de tantos años empieza a preocuparse de ella y la ingresa en una clínica privada?

–Ni él mismo sabe explicarlo. Creo que la edad es un factor a tener en cuenta. Según dice, sin ella se quedaría sin pasado.

–¿Y por qué no lo contó en el kibbutz para que le echaran una mano? –preguntó Sarit–. Lo habrían ayudado, ¿o no?

–¿Para que se enterasen de que la había dejado abandonada durante todos estos años? Sólo lo sabía Srulke, Yoyo me ha explicado que sólo él estaba al tanto. Y, por lo visto, Srulke era una persona seria, reservada. No se lo contó a nadie y nunca le daba recuerdos a Yoyo de parte de su hermana. Nada de nada. Y si Yoyo no podía contárselo ni a su mujer, no digamos ya al resto del kibbutz.

–Pero ¿en qué estaría pensando? –dijo Sarit con voz agitada–. ¿Que iba a mantenerla allí sin que nadie se enterase, pagando diez mil shékel al mes? ¿Cómo podía pensar eso?

–Lo que pensaba es lo siguiente –dijo Nahari, pronunciando clara y fríamente cada palabra–: que quedándose una minúscula parte –lo demostró con los dedos sobre el puro–, una minúscula parte del millón y medio de dólares que le dieran los suizos, podría ingresar a su hermana en una buena clínica. Eso es lo que pensaba.

–Y el único problema fue que Osnat lo descubrió.

–Vamos a repasarlo otra vez –dijo Nahari, extendiendo ante sí los papeles.

–He transcrito todas las conversaciones de las cintas, no falta nada –dijo Sarit–. No sé cómo lo he conseguido, he trabajado como una loca –Michael la miró y le sonrió. Sarit se ruborizó.

–Bien hecho –dijo Nahari, echando un vistazo a las páginas escritas a máquina–. Su verdadero nombre es Elhanan, Elhanan Birenbaum, sólo Dios sabe cómo pudo convertirse en Yoyo. Se cambió el apellido a Eshel. Así que tu teoría parece correcta –dijo volviéndose hacia Michael, quien sólo entonces se sintió avergonzado por haber revelado algo que le parecía muy íntimo. «Es echar margaritas a puercos», solía decir Fela, su ex suegra, cuando le describía a su hija el largo y muy personal proceso de

preparación de su pescado relleno—. Según lo que pone aquí, todo sucedió por casualidad —dijo Nahari—. De acuerdo con lo que le has sonsacado, lo que sucedió fue que recibió de los suizos un millón y medio, no, más de un millón y medio de dólares, dice aquí, para sacar al kibbutz del apuro del hundimiento de las acciones. Con ese dinero, deduciéndole la pequeña porción que hemos descubierto en la cuenta corriente, compró bonos del Estado, de los que no presentan riesgos pero tampoco ofrecen grandes beneficios.

—Pero ¿cómo había logrado hacerse con la fórmula? —preguntó Benny impaciente.

—Aquí está todo por escrito —dijo Michael—. También hemos recurrido al químico del Instituto Forense. Yoyo se había licenciado en química, y luego estudió ingeniería agrícola en Rejovot. Consiguió la fórmula a través de Dave. A Dave no se le ocurrió sospechar de él y se lo explicó todo en detalle. Y además tenía las llaves de la caja fuerte; estamos hablando de un hombre que tenía acceso a todo y que sabía interpretar los datos. Sabía leer la fórmula. Tenían un contacto en Suiza, un hombre que les había ayudado a montar la fábrica en su día. Los suizos no paraban de hacerles ofertas tentadoras. Pero ahora no vamos a detenernos en eso. En este momento no nos sobra tiempo para ponernos a comentar el espionaje industrial.

—Me sigue admirando que hayas descubierto todo tan deprisa —le dijo Sarit.

El bochorno y la tensión generales fueron palpables hasta que Nahari dijo en tono reservado:

—Sí, ha sido una actuación impresionante. Pero para eso estás aquí. En esta unidad no admitimos a cualquiera.

Michael carraspeó.

—También ha sido cuestión de suerte —dijo al cabo—. No lo digo por hacerme el modesto, el hecho es que he tenido mucha suerte. Sobre todo en lo relacionado con el agente de bolsa. En las cuentas bancarias no descubrimos ninguna irregularidad. Entonces me acordé de aquel agente de bolsa al que habíamos interrogado hace un par de meses, ¿te acuerdas? —le preguntó a Nahari, y éste asintió—. Así que fui a buscarlo para que me pusiera al tanto de los procedimientos para vender acciones y ese tipo de cosas.

—Hiciste un estudio en profundidad del tema —dijo Nahari con abierta ironía—. Te has hecho un experto en operaciones de bolsa.

Michael se recostó en su silla. El respaldo de madera crujió. Estiró las piernas y, al ver

que Sarit se volvía hacia él, echó un vistazo bajo la mesa y dijo: «Perdón». Los dos se ruborizaron.

—Creía que era la pata de la mesa —se disculpó.

Nahari inclinó la cabeza y dijo con sonrisa burlona:

—Había oído decir que eras un auténtico rompecorazones. ¿Es así como lo haces? ¿De tapadillo bajo las mesas? —fue el único que se rió de su gracia.

—Quizá debería volver a recordaros que su principal objetivo era salvar al kibbutz del desastre al que lo había abocado debido al hundimiento de las acciones que tanto afectó a todo el movimiento. Necesitaba un millón y medio de dólares. Y se lo sacó a los suizos. Sin contárselo a nadie, compró bonos del Estado con ese dinero. Luego dijo en el kibbutz que se había retirado de la bolsa antes del hundimiento. Me ha dicho que no quería que supieran que había tenido ese patinazo, y que no tenía tiempo de solicitar permiso para vender la fórmula, sabiendo, además, que no se lo concederían.

—Sí, esa declaración ya la tenemos firmada —dijo Nahari, señalando con un dedo corto y pulcro el papel que tenía delante—. Estamos esperando que nos cuentes la historia con el agente de bolsa —le recordó a Michael.

—Yo había hablado con este agente hacía un par de meses, cuando lo detuvieron por otro motivo. Ayer volví a verlo y él me puso en contacto con un colega, que resultó conocer a Osnat. De hecho, la conocía desde hacía tiempo y en su día le había tirado los tejos. Como veréis en las transcripciones, Osnat también lo descubrió todo por casualidad. Este tipo que la había cortejado en su momento la llamó por teléfono y le dijo que quería verla. Cuando acudió a la cita, él le dijo algo así como: «¡No sabía que te habías hecho rica!».

—Y luego, con esa información, ella se enfrentó a Yoyo —dijo Nahari.

—Sí. Habló con él después de ver la magnitud de las cifras en juego.

—No he llegado a comprender lo del dinero mientras transcribía los interrogatorios. Los números no se me dan bien —dijo Sarit con coquetería.

—¿Qué hay que entender aquí? —le espetó Nahari agresivamente—. Tanto Yoyo como Osnat estaban autorizados para firmar cheques en nombre del kibbutz. Él compró los bonos por iniciativa propia, falsificando la firma de ella. Luego ingresó el dinero que se apropió en una cuenta abierta a nombre de Osnat, y así la implicó en el asunto. ¿Qué es lo que hay que entender?

—Y el resto del interrogatorio, esa parte donde explica cómo ella lo acorraló... —dijo

Sarit a la concurrencia en general.

–Es una manera de expresarlo –dijo Michael, volviendo a echar un vistazo a los papeles.

–Osnat quería que Yoyo se confesara ante Moish y ante todo el mundo –dijo Benny–, pero no sabía que se había embolsado una parte del dinero; era una idea que no le cabía en la cabeza. ¡Hasta dónde puede llegar la ingenuidad!

–No es tanto una cuestión de ingenuidad como de ignorancia –terció Michael–. Osnat no conocía la historia de Yoyo; ni siquiera sé si sabía que era un refugiado que había venido a Israel con la Juventud Aliyá. Yoyo le sacaba unos años, y cuando Osnat llegó al kibbutz, él ya se había hecho con una identidad nueva. Le dijo que había invertido todo el dinero en beneficio del kibbutz y ella le creyó. Lo que le molestó fue que hubiera tomado la decisión y la hubiese llevado a cabo por cuenta propia, sin consultar al kibbutz, a la comisión de finanzas, saltándose todo el proceso. Yoyo se las arregló para mantenerlo en secreto durante un año entero. Incluso logró engañar al contable. Todo el mundo pensaba que se había retirado de la bolsa antes de la crisis y que había logrado salvar al kibbutz comprando los bonos.

–En el kibbutz se publica anualmente un informe financiero –dijo Benny–. Se entrega una copia a cada miembro y se celebra una sijá especial para que el tesorero presente el informe y lo explique todo.

–¡Es un aburrimiento insoportable! –exclamó Nahari. Se embutió el puro entre los dientes–. Es la sijá más espantosa del año. Sólo acuden unos cuantos fanáticos. Lo recuerdo muy bien.

–Sí, y el informe tampoco lo lee casi nadie, como mucho le echan un vistazo –dijo Michael.

–¿Cómo es posible que nadie se olera la tostada al ver el informe anual, o en la reunión donde se debate el presupuesto? –preguntó Sarit–. Siempre habrá alguien que asista a la reunión y que lea el informe –comentó señalando el folleto medio oculto por una carpeta.

–Es posible –explicó Benny con gesto serio– porque cuando el tesorero del kibbutz le dice al contable: «Las acciones déjamelas a mí, tú no te metas en esto. Yo me ocupo de ellas», eso es lo que sucede. Y es lo que ha sucedido en este caso –Nahari retiró hacia un lado el cenicero de cerámica color mostaza–. Ése ha sido el menor de los problemas de Yoyo. Sus verdaderos problemas empezaron cuando Osnat lo obligó a firmar una carta

diciendo que sacaría a relucir el tema en la sijá de finales de año, según pone aquí, en la transcripción de su interrogatorio de anoche.

—Sí —dijo Michael con un suspiro—, Osnat tenía en su poder una carta firmada por Yoyo en la que se comprometía a hacerlo. Osnat no quería actuar de delatora. Según Yoyo, pretendía convertir el problema en una oportunidad pedagógica.

—No me hagas reír —dijo Nahari—. Tienes cada cosa. Lo que en realidad quería Osnat era quedar libre de sospecha. La puesta en escena en la sijá serviría para demostrar su inocencia. Porque Yoyo podía chantajearla con la cuenta bancaria que había abierto a su nombre.

Michael respiró hondo antes de replicar:

—No debemos olvidarnos de la personalidad de los implicados. Piensa en cómo era Osnat. La cuestión no es tan simple. Es cierto que Yoyo la había implicado para protegerse a sí mismo, pero, si piensas en ella, verás que no era el tipo de persona que se rinde ante un chantaje, y que era muy propio de ella querer que la cuestión se debatiera en público.

—No te excites así —dijo Nahari, mirándolo con los ojos entornados— y no te hagas ilusiones pensando que sólo tú lo comprendes todo. ¿Dónde está la carta, por ejemplo?

—He revisado todos los papeles de Osnat y no he dado con ella. Tal vez la guardaba fuera del kibbutz.

—No te sorprendas si descubrimos que tenía una caja fuerte —dijo Nahari, sonriendo para sí. Sacó una caja de cartón de un cajón de la mesa y la abrió. Estaba llena de puros finitos, diferentes de los que fumaba habitualmente. Nahari se la colocó delante y escogió un puro. Michael lo observaba—. ¿Le apetece un puro a alguien? —ofreció Nahari. Michael sacó un cigarrillo de su paquete de Noblesse—. Quizá haya llegado el momento de tomar otra ronda de café —dijo Nahari como para sí, mirando el teléfono. Sarit marcó un número y murmuró una frase por el auricular. Su mano dejó una huella húmeda en el aparato.

—¿A qué vendría ese artículo que escribió en la revista del kibbutz? —preguntó Nahari.

—Quizá pretendía asustar a Yoyo, ¿quién sabe? —dijo Benny, sorbiendo por la nariz.

—¿Estará funcionando el aire acondicionado? —dijo Sarit quejumbrosa—. ¿Hasta cuándo vamos a tener que seguir aquí, soportando este calor?

—Dos cosas me vienen preocupando desde que hemos descubierto todo esto —dijo Michael—. En primer lugar, que en la personalidad de Osnat no encaja tanta discreción,

no hablar con nadie y, sobre todo, prestarse a que la chantajearan. Y, en segundo lugar, la carta. Por lo visto en ella se decía que, si Yoyo no se desenmascaraba en la sijá, Osnat la haría pública.

–¿En qué fecha? –quiso saber Nahari.

Benny y Sarit lo miraron inquisitivamente, y Michael se apresuró a responder:

–Dentro de un par de semanas. La sijá de dentro de un par de semanas era la fecha tope.

–Tenía una caja fuerte, estoy convencido –dijo Nahari.

–No la tenía, por lo menos, no la tenía a su nombre –replicó Michael–. En mi opinión, hay dos posibilidades: o bien le entregó la carta a alguien para que se la guardase, o bien Yoyo la ha hecho desaparecer. Todavía no lo hemos comprobado pasándolo por el detector de mentiras, pero Yoyo asegura que una vez que firmó la carta, se la devolvió a Osnat y no ha vuelto a verla desde entonces.

Benny suspiró. Se acarició con ambas manos la reluciente calva y dijo:

–Pero el problema principal no es ése.

–¿Cuál es el problema principal? –preguntó Sarit–. Después de haberlo pasado todo a máquina me es imposible hacerme una imagen de conjunto, sólo recuerdo un montón de palabras y datos sueltos.

–El problema principal –intervino Michael– es que aunque Yoyo tenía motivos para asesinarla, también tiene una coartada perfecta.

–Estuvo todo el rato con Moish –le recordó Benny a Sarit.

–A lo mejor Moish también está implicado –comentó Sarit sin convencimiento.

–Lo hemos verificado –dijo Benny–. Hay pruebas y testigos.

–De manera que tenemos un sospechoso con un móvil importante, con las llaves del cobertizo de los venenos y con licencia para usar paratión. Pero no sabemos cómo se las pudo arreglar para hacerlo –resumió Nahari, y dirigió la vista hacia Michael–. Pues bien, ¿qué tiene que decir su señoría al respecto?

–Que estoy buscando a alguien que pudiera haber pasado junto a la habitación de Srulke y hubiese cogido el frasco. He interrogado a muchísimas personas sobre esta cuestión sin sacar nada en claro.

–¿Lo que estás diciéndome es que no estás centrando tus indagaciones exclusivamente en Yoyo? –dijo Nahari con parsimonia.

–Lo que estoy diciendo es que opino que debemos mantener a Yoyo detenido y

continuar trabajando en un par de frentes: buscando a la persona que haya tenido la oportunidad de llevarse el paratión después de que muriera Srulke, y buscando la carta. Es decir, que hay que volver al kibbutz y seguir instalados allí.

—¿A quiénes has interrogado sobre lo que hicieron ese día? —preguntó Nahari impaciente.

—Desde la autopsia y el hallazgo del frasco de paratión vacío, no he cesado de indagar —repuso Michael.

—Ya lo sé, ya lo sé, eso ya me lo has contado —dijo Nahari, exhalando una voluta azul de humo—. Pero quiero datos y no palabras.

Michael respondió sin enfadarse:

—Sabes que no es tan sencillo —se inclinó hacia delante y, mientras hablaba, vio su reflejo en el cristal de la mesa. Tenía las oscuras cejas alborotadas, los ojos hundidos. Las mangas enrolladas de su camisa blanca le apretaban demasiado los brazos. Y la manera en que lo miraba Sarit no le hacía sentirse más cómodo. De pronto, su altura y su delgadez se le antojaban grotescas, se veía flacucho y desgarrado—. Hemos descubierto que nueve personas se marcharon del comedor después de la primera parte del espectáculo, cada cual por sus propios motivos. Sus declaraciones firmadas están en el dossier, ya las has visto. Pero además algunas personas mayores no se movieron de sus habitaciones, y una encargada de casa se quedó acompañando a dos niños enfermos, y también está Simjá Malul —explicó con esfuerzo.

—¿Qué pasa con Simjá Malul? —dijo Nahari, poniéndose rígido.

—La invitaron a la ceremonia, y asistió a ella; pero a mitad de la fiesta, fue a la enfermería para ver a Félix. Dice que... ¿qué es lo que ha dicho? —Michael pasó rápidamente las páginas de la carpeta—. Aquí está —dijo señalando una página—, échale un vistazo —y le pasó la carpeta a Nahari—. Le daba pena que Félix no pudiera estar presente un día tan especial y fue a verlo a la enfermería cuando terminó la ceremonia al aire libre.

—¿Y a ti qué te parece? —preguntó Nahari—. A lo mejor tú también te sientes obligado a proteger a una pobre mujer trabajadora, como nuestra Florence Nightingale.

—No me parece nada —dijo Michael, encogiéndose de hombros—. La creo y el detector de mentiras también.

—¿Así que ya le has hecho una prueba poligráfica sobre eso? —preguntó Nahari—. Me descubro ante ti. Es impresionante. Tienes respuesta para todo. No se te escapa nada.

En ese momento les trajeron una bandeja con café, refrescos y sándwiches que olían a huevo duro, y Michael se obligó a mantener la boca cerrada. «Mantén la calma», se dijo, «no dejes que te provoque. El pobre pelmazo con complejo de inferioridad es él, no tú».

—Todas las personas a quienes hemos interrogado tenían un motivo justificado para no estar en la ceremonia o bien no tenían ningún motivo.

—¿Y has registrado sus habitaciones? ¿Las de esas personas que no asistieron?

—Pues claro, ¿qué te crees? Pero el registro no nos ha valido de nada.

—¿Y sólo hay una salida?

—¿En el comedor? —preguntó Sarit antes de haberse tragado el último bocado del sándwich—. No, también se puede salir a través de la cocina y de ahí al exterior por unas escaleras que están en la parte trasera del edificio.

—Pero a la hora de las comidas siempre hay gente en la cocina —le recordó Benny—, y quienes estaban de turno de cocina no se movieron de allí, y nadie vio a nadie saliendo por la puerta trasera.

—¿Quién estaba de turno de cocina esa noche? —preguntó Nahari.

Michael enumeró cuatro nombres contemplando el humo que se elevaba de su cigarrillo.

—¿Yankele? —repitió Nahari—. ¿Yankele el loco? ¿El hijo de como se llame? Para mi gusto estamos topándonos con él demasiadas veces.

—Sí. A mí también me resulta un tanto sospechoso —convino Michael—. Pero Yankele se ha negado a hablar. Con todo el mundo. Ni siquiera habla con los profesionales, el psiquiatra y el psicólogo.

—¡Después de todo el jaleo de la exhumación! —exclamó Nahari con gesto de disgusto—. ¿Para qué te ha servido la información de que en el cadáver del viejo había paratión? Para nada, por lo que veo.

—El paratión hallado en el cadáver de Srulke no era evidencia de un asesinato —dijo Michael—. En su caso no hay móviles factibles. Y, dadas las circunstancias y todas las conclusiones a las que hemos llegado, nuestra hipótesis es que fue un accidente. Todos los indicios apuntan en esa dirección: estaba fumigando con paratión y tuvo un descuido —calló un instante—. Parte de nuestro problema es que no logramos hallar respuesta ni para las preguntas más básicas. Pero tienes razón, no deberíamos haber descuidado esa línea de indagación.

—No te queda mucho tiempo. Los crímenes se resuelven en veinticuatro horas sólo en

las películas. Y aunque tu informe de lo que sucedió anoche es muy interesante, no nos ha llevado a ningún lado.

–Si tú mismo lo entiendes así –dijo Michael–, ¿por qué no nos liberas del plazo límite? Es absolutamente arbitrario, no se pueden forzar las cosas.

Nahari permaneció en silencio.

–Nosotros solos no podemos mantenerlo todo vigilado –prosiguió Michael–, y está claro que va a suceder algo; la sensación de que alguien corre peligro se agudiza con cada minuto que no paso allí –y Michael volvió a consultar su reloj.

Nahari hizo una mueca y pegó una chupada a su puro.

–No me importa parecer melodramático –dijo Michael secamente–, cada minuto que paso aquí, la vida de la gente corre peligro. Cada minuto. Tengo que estar allí y tú lo sabes. Va a ocurrir algo terrible. La tensión se corta con cuchillo. No puedo quedarme aquí y restringir la investigación a Yoyo.

–Ni tienes por qué hacerlo –dijo Nahari, cerrando de golpe el cajón tras guardar en él los puros–. Permíteme que te recuerde, por si lo habías olvidado, que tienes doce personas en tu sección y no estás obligado a trabajar solo. Ella –señaló a Sarit– es perfectamente capaz de ocuparse de Yoyo, y también puedes recurrir a personas que has asignado a otros casos.

–Me marcho –dijo Michael, recogiendo sus papeles. Notó que Nahari no se levantaba hasta verlo en la puerta. Y hasta que no la hubo cerrado tras de sí, ninguno de los presentes se movió de su sitio.

Avigail echó una ojeada en derredor y tapó el micrófono del teléfono público con la mano. Aunque el vestíbulo del comedor estaba vacío y ella se había escondido tras una gran columna de cemento, sentía el miedo convirtiéndose en sudor frío y manándole a chorros por la espalda. Mientras volvía a hablar, bajó la vista y descubrió una mancha amarilla en el borde de su blanca bata de enfermera.

En el vestíbulo hacía fresco, acababan de fregar el suelo. En las zonas adonde no llegaba la luz del sol de aquel Shabbat quedaban parches de humedad y huellas de la fregona con que una jovencita, con unos escuetos pantalones cortos ciñéndole los bronceados muslos, había recogido los baldes de agua vertidos sobre el suelo de mármol. Avigail consultó su reloj y dijo que aquélla era la hora muerta de antes de la comida, pero que enseguida empezaría a llegar gente y ya no podría hablar más.

—Creía que él no se iba a mover de aquí —dijo por el auricular—. Creía que no teníamos tiempo que perder, que estábamos trabajando contrarreloj —le sorprendió oír un deje de resentimiento en su voz—. Me dejáis aquí sola para que me enfrente a la histeria desencadenada por el asunto de Yoyo y... Pero ¿qué dices? —replicó airadamente a los murmullos aplacadores procedentes del otro extremo del hilo—. ¿Qué os creíais? ¿Que no iba a haber murmuraciones? ¿Estáis locos o qué?

»Estoy sometida a mucha presión —se excusó por el teléfono, esforzándose en eliminar aquel tono quejumbroso que tanto le molestaba a ella misma—. Llevo dos días sin hablar con nadie y el ambiente está tan cargado que saltan chispas. No paro de recibir pacientes con dolor de cabeza y de estómago, y los chavales están haciendo todo tipo de locuras, y el hecho de que Yoyo lleve dos días con vosotros, con nosotros, quería decir, tampoco mejora la situación; y precisamente ahora —dijo con creciente amargura— tiene que desaparecer él.

»No es el único que puede interrogar a los sospechosos, en el cuerpo hay más gente —

dijo, y respiró hondo—. No puedo estar poniendo al día a una persona distinta cada cinco minutos; él ya conoce la situación y a las personas. Que lo interrogue Nahari o quien sea. ¡Qué ocurrencia! ¿Majluf Levy? Todo tiene un límite, ¿no te parece?

Avigail se enjugó la frente con la mano libre. Los codos le habían dolido todo el día y ahora el escozor le quemaba la piel. A través de la cristalera que separaba el vestíbulo de la plazoleta de delante vio a las primeras personas que acudían a comer; algunas venían directamente desde la piscina y colgaban sus toallas en las perchas junto a bolsos y sombreros. Vio acercarse a un grupito: una familia pastoreada por Shula hacia el comedor; la mujer, maquillada y bien vestida, caminaba con paso inseguro junto a Shula sobre sus zapatos de tacón alto, y el marido afectaba desenvoltura acompañando a Arik, el marido de Shula; dos chicas adolescentes los seguían soltando risitas nerviosas, que delataban su condición de visitantes de la ciudad. Sólo Shula y su hijo pequeño, con el pulgar en la boca y gesto lánguido, no daban muestra alguna de nerviosismo.

Del piso superior empezaban a emanar olores y Avigail identificó algunos sin problemas: el pollo de la víspera, hojaldres de salchicha, albóndigas y repollo hervido. A punto estuvo de sonreír al pensar que podía describir el menú con los ojos cerrados, pero el auricular estaba húmedo del sudor de su mano y había algo casi grotesco en los movimientos lentos y relajados con que un hombre de mediana edad apoyaba su bicicleta contra la barra diseñada con ese propósito y se quedaba a la espera de los dos niños que lo seguían pedaleando enérgicamente en sendos triciclos. El hombre aguardó a que aparcaran los triciclos junto a su bicicleta, observándolos con una expresión atenta, reveladora entre otras cosas de su consciencia de la importancia pedagógica de que a esa tierna edad se desarrollen el sentido de la independencia y la seguridad, y por ello no se precipitó hacia el más pequeño cuando éste se cayó al tropezar contra un pedal de la bici, sino que esperó a que se levantara solo. Cuando el pequeñuelo, que debía de rondar los tres años, empezó a berrear a todo pulmón, su padre se decidió a decirle: «Ven aquí, Avishai, vamos a ver qué te ha pasado». Y Avishai, vestido tan sólo con unos pantalones cortos, no se movió de su sitio, se golpeó los muslos regordetes y morenos con las manos, y su cara, también bronceada, se contrajo en un puchero bajo su pelo muy rubio. Su padre no fue hacia él, se quedó a la espera junto a la cristalera del comedor.

A Avigail le sorprendió captar la escena con tanta precisión. No oía el llanto del niño, sólo las palabras de su padre, que continuaba mirándolo desde la puerta. La niñita, de brazos gordezuelos y firmes, el rostro lleno de hoyitos medio oculto por una descuidada

mata de pelo rubio liso, estaba ahora junto a su padre, también vestida con unos simples pantalones cortos. Avigail miró al niño, que al fin se enjugó las lágrimas con el dorso del puño y se dirigió hacia su padre y su hermana; cuando entraron en el vestíbulo y pasaron de largo junto a ella, oyó que Avishai decía: «Sé hacerlo muy bien, pero esta vez no me ha salido», y que su padre respondía con la misma paciencia didáctica: «Ya sé que sabes hacerlo, pero también tienes que acostumbrarte a la idea de que a veces no te salga bien».

Luego oyó una voz masculina explicando a una chica que acababa de salir de detrás de una columna: «No puedes entrar descalza en el comedor», y vio al otro lado del cristal a tres voluntarios escandinavos, uno de ellos muy quemado por el sol y los otros con ampollas en las manos, les había curado el día anterior; le sonrieron afectuosamente.

Avigail se volvió hacia la cristalera y susurró por el auricular:

—Mira, lo que pienso es que debe venir para la sijá de hoy, y él lo sabe muy bien. No —dijo con un grito ahogado—, eso es imposible, lo sabe tan bien como yo. A mí tampoco me permiten asistir, tendré que verla por el circuito cerrado de televisión. Y no puedo grabarla, cómo quieres que la grabe, que traiga él un vídeo, o que lo traiga Majluf Levy. No lo sé, pero ninguno de nosotros puede asistir. Claro que sí —dijo enfadada—, aquí tiene libertad para hacer lo que quiera, aparentemente, pero la reunión no sería igual si él estuviera presente.

»Qué va, no pienso tirar la toalla —susurró secamente—. No me compadezcas, sencillamente estoy nerviosa, a ti te pasaría lo mismo si estuvieras en mi lugar. Me da la sensación de que la situación va a explotar.

»Nadie me va a hacer daño —dijo suspirando—. Ya lo sé, pero puede que sí hagan daño a alguna otra persona. Dile que quiero recordarle que la sijá se celebra hoy y que tiene que prescindir del resto de sus compromisos para asistir a ella. Ni siquiera ha visto el orden del día, y es digno de verse.

»Por teléfono no. Ahora empieza a llegar la gente, tengo que dejarte, basta con que le digas que venga.

Mirando con atención la pequeña pantalla, Michael Ohayon casi sonrió al ver a Guta sentada junto a Fania, quien, como era de prever, tejía a gran velocidad con las agujas que empuñaba rígidamente. Michael reparó en su boca desdentada de labios fruncidos antes de que la cámara pasara de largo y él desviara la vista hacia Avigail, que estaba a su

lado, enroscada en un butacón marrón que desprendía un rancio olor a lana. Vestía vaqueros y una camisa blanca holgada con las mangas abotonadas. Michael tenía una taza de café en las manos y un platito blanco delante, del que se elevaba el humo del cigarrillo que se consumía sin que él lo tocara.

Avigail guardaba un persistente silencio y la tensión que irradiaba era contagiosa. Mientras esperaban a que diera comienzo la asamblea, Michael volvió a pensar en Yoyo, pálido y sudoroso en la sala refrigerada de Pétaġ Tikvá, repitiendo una y otra vez que el documento gris donde en medio de una orla negra se afirmaba que Elhanan (Yoyo) Eshel estaba autorizado a usar paratión «sólo era una coincidencia; no era el único que tenía esa licencia, que además era de años atrás, *muchos años...*».

El mutismo de Avigail le dificultaba concentrarse. Se preguntaba qué le habría ocurrido desde su último encuentro, anterior al arresto de Yoyo. Majluf Levy la había puesto al tanto de los resultados de todos los interrogatorios, y a Michael le había demostrado el gesto que había hecho Avigail mientras insistía en que «no tenían fundamentos para acusarlo». Pero cuando Michael le preguntó, nada más entrar en su habitación, por qué «no tenían fundamentos», ella se encogió de hombros y dijo: «Da igual», y Michael comprendió que no iba a sacarle una palabra más hasta que ella quisiera. La frase más larga que había oído de sus labios desde su llegada la había pronunciado cuando él aún estaba junto a la puerta (que Avigail se había apresurado a cerrar cuidadosamente con llave) y ella le leía el orden del día de la asamblea impreso en un hoja. Michael la había interrumpido para preguntarle: «¿Cómo estás, Avigail?», y había advertido el efecto que tenía en ella su tono cariñoso.

Avigail se limitó a decir:

—La inquietud y la tensión generales son contagiosas, y para colmo el plazo se termina el lunes y ya es sábado por la noche.

Él hizo un gesto de complicidad y le dijo:

—Lo estás pasando mal, Avigail.

A ella se le empañaron los ojos y Michael no pudo reprimir un sentimiento de triunfo al ver que había abierto una brecha en los muros de la fortaleza. Deseaba tocarla, mas no podía apartar los ojos de la pantalla donde la sijá estaba a punto de comenzar; le cohibía también la vulnerabilidad de Avigail, hacía años que no se enfrentaba a nada semejante, y la sensación de triunfo por su pequeña victoria se tiñó de remordimientos. Mientras pronunciaba frases de efectividad probada con personas angustiadas, y especialmente

cuando esas personas eran solitarias y escondían su angustia, gentes orgullosas resignadas a su soledad, Michael oía la voz de Maya diciéndole: «A veces demuestras una empatía que parece sincera a quien no te conoce, pero a mí me parece una estrategia diseñada para ablandar a tu interlocutor con muestras de sensibilidad. Y después ¿qué le ofreces?». Michael suspiró mirando el libro que reposaba boca abajo a los pies de Avigail, *Crónica de una muerte anunciada*, y pensó que de hecho Avigail le inspiraba poderosos sentimientos, sentimientos que llevaban largo tiempo dormidos, y era precisamente su sufrimiento lo que lo atraía. Pero aún no podía expresar con palabras lo que sentía.

Le preguntó si tenía alguna novedad que contarle.

—Si la tuviera, ya te la habría contado —le respondió Avigail malhumorada.

—¿No ha pasado nada? —se oyó insistir.

—No, sólo las cosas que pasan en mi cabeza. Y la presión de tener un plazo límite...

—Avigail —la interrumpió Michael con aplomo—, eso no es responsabilidad tuya, tú te puedes desentender. El único que se ha comprometido a cumplir un plazo soy yo y, además, ¿quién sabe qué puede ocurrir de aquí al lunes? Todo es posible.

—Sólo en las novelas —replicó Avigail.

—Ya son las nueve —dijo Michael consultando su reloj—. ¿Por qué no empiezan?

—Estarán esperando a que llegue más gente —explicó Avigail, respirando hondo—. Se han pasado toda la semana hablando de cómo iban a conseguir que asistieran más de veinte personas a la sijá. En el comedor oí comentar a Moish que, si asistían más de treinta y cinco personas, lo consideraría todo un logro.

—Es un porcentaje muy bajo —reflexionó Michael en voz alta—. He visto en su revista que algunos kibbutzim ofrecen bonificaciones a sus miembros por asistir a las asambleas.

—Yo también lo he leído —dijo Avigail—, y también que en un kibbutz se sugirió la idea de servir un aperitivo para atraer a la gente.

—No los entiendo —comentó Michael atónito—. ¿Acaso tienen otra casa? A fin de cuentas ésta es su casa y la sijá es el lugar donde se decide todo.

—No sé a cuántas asambleas de kibbutz habrás asistido —dijo Avigail—, pero, según tengo entendido, no son agradables.

Michael permaneció callado, mirando la pantalla.

—Y no sólo pueden ser desagradables, sino incluso repugnantes —continuó Avigail, poniendo el énfasis que requería el adjetivo.

—No te lo tomes tan a pecho.

—Espera y lo verás, vas a ver de todo, *absolutamente de todo* —remachó—. Se ajustan las cuentas, tratan de imponer su dominio, todo lo imaginable.

—Ése es el tipo que fue a verte, ¿verdad? —preguntó Michael cuando la cámara enfocó a Boaz, sentado junto a Tova y a Yoska.

Avigail no respondió.

—¿Sigue molestándote? ¿Presentándose en tu habitación de madrugada y esas cosas?

Avigail hizo un gesto negativo y dijo:

—Él no, pero otra persona sí.

—¿Quién? —preguntó Michael con fingida indiferencia, y encendió otro cigarrillo.

—El contable de la fábrica, Ronny.

—Lo conozco —dijo Michael con agresividad—. Ayer me pasé todo el día hablando con él.

—Sobre Yoyo, supongo —dijo Avigail—. ¿Cuándo me vas a contar lo que está pasando?

—Cuando termine esto —repuso Michael señalando la pantalla azulada.

—Me controla las llamadas telefónicas; ¿sabes que los números y todos los detalles quedan registrados?

Michael asintió con la cabeza.

—Quería saber si tengo novio en la ciudad, enterarse de todo.

Michael arrastró hacia sí el platito y apagó el cigarrillo.

—Quieren saberlo todo, no tienen vergüenza. No me invitan a sus habitaciones, aunque sí a los seminarios, claro, y, por otro lado, me preguntan qué problema tengo, como esa Yojeved. «Una chica guapa como tú...», bla, bla, bla. La única persona que me ha invitado a su habitación ha sido Moish, y sólo una vez. Ah, bueno, y también Dave.

—Sólo llevas aquí una semana —le recordó Michael.

Avigail hizo un cálculo mental.

—Sí, es verdad, se me ha hecho mucho más largo, y nos queda tan poco tiempo. Tengo que descubrir algo, a alguien, pero no he avanzado nada; todo va mal y yo no acabo de entenderlo. Me da la sensación de estar viviendo una película de terror, como si fuera a suceder algo espantoso y no supiera de dónde va a venir el golpe.

—¿No tienes calor? —preguntó Michael asombrándose a sí mismo.

—No —repuso Avigail, y su rostro adoptó una expresión fría y severa para ponerlo en su sitio cuando a Michael se le escapó decirle: «Siempre con mangas largas».

Avigail no dijo nada más. Su silencio resultaba imponente. Era un silencio revelador de su fortaleza. Avigail sabía quedarse tranquilamente callada. No llenó la habitación con el sonido de su voz para disimular la tensión y ponerle las cosas más fáciles. Aquella fortaleza, sumada a su vulnerabilidad, inspiraba mucho respeto. Pero para Michael era un atractivo más.

Michael miró la pantalla y pensó, y no por primera vez, en Balilty, su antiguo compañero de Jerusalén, y en las posibilidades que se le habrían abierto si hubiera contado con él en lugar de con el agente de inteligencia del distrito de Lakish, un personaje poco inspirado que hasta el momento no había aportado nada salvo el contacto con el agente de bolsa.

Dave estaba sentado en la primera fila, no muy lejos de Tova y Boaz. Tenía a Yankele a su lado, y en la fila de atrás Michael vislumbró a Dvorka junto a Zeev HaCohen y Yojeved, y tras ellos a otros ancianos, los semblantes cargados de una tensión y una inquietud tan evidentes que hasta el cámara aficionado no pudo menos de reflejarlas. La cámara dio un brinco y una breve toma bastó para mostrar los labios fruncidos de Dvorka, su pelo estirado hacia atrás y sus ojos fulgurantes. Michael volvió a pensar que le recordaba a alguien, no sabía a quién. Quiso comentárselo a Avigail, pero al mirar hacia ella y verla acurrucada en la butaca con los brazos cruzados sobre el pecho desistió de la idea. Zeev HaCohen cruzó una pierna sobre la otra y empezó a bambolear rítmicamente su sandalia bíblica. La fila de sillas de cara al público estaba ocupada por Moish y los demás miembros de la junta directiva. Moish le susurró algo a Shula y ésta empezó a hablar.

—Buenas noches a todos —dijo que le complacía mucho que hubiera cuarenta y tres miembros presentes, lo cual era «una mejora significativa, y confiamos en que sólo sea el principio y no una moda pasajera». Después de lanzar una mirada interrogante a Moish, continuó diciendo—: A pesar de todo lo que ha ocurrido, tenemos que seguir viviendo nuestras vidas como si... —trató de dar con las palabras adecuadas y una voz del público gritó: «Como siempre»—. Hoy no contamos con la presencia de Yoyo —dijo Shula abochornada—, así que dejaremos los asuntos financieros para la siguiente reunión —a continuación leyó el orden del día, que incluía un punto relativo a la movilización para recoger melocotones y, una vez pronunciada su alocución, Shula concluyó—: Compañeros, es necesario recoger las ciruelas; ¿queréis que contratemos a gente de

fuera? Hemos organizado un campamento de trabajo con los scouts, y yo os insto a que colaboréis, la situación ya es bastante difícil tal como están las cosas.

Michael miró a Moish, que mordisqueaba el extremo de un lápiz y se mordía los labios cada vez que se retiraba el lápiz de la boca para tomar notas en un cuaderno; luego pasó la vista por la fila de ancianos: la cara de Yojeved, reluciente de sudor, el rostro arrugado como una pasa de Matilda, que estrujaba un delicado pañuelito, de esos que Michael no veía desde hacía años. Shula planteó el siguiente punto del orden del día: ¿Iban a conceder a Ilan T. tres días libres a la semana para que los dedicara a pintar?

—Para ser más exactos —dijo consultando la hoja que tenía delante—, dos días a la semana para pintar en la habitación que le hemos cedido junto al antiguo establo, y otro día para ir a Tel Aviv a estudiar.

—Ahora vas a ver lo que es un kibbutz —dijo Avigail—. Ya verás.

En la sala se oyeron murmullos y los ruidos que hacía la gente al removerse en sus asientos.

—La comisión de educación superior le ha denegado el permiso —prosiguió Shula alzando la voz—, y hemos decidido debatir la cuestión en la sijá.

Avigail se acercó al televisor y señaló a un joven de pelo largo, en pantalones cortos y con un cigarrillo entre los dedos, que, sentado en el extremo de la segunda fila, no dejaba de mirar a su alrededor meneando la cabeza.

Cinco personas tomaron la palabra sucesivamente. Matilda fue la última que habló en estos términos:

—No tenemos suficiente mano de obra y no vamos a contratar a nadie, y, además, Ilan ya tuvo tiempo libre el año pasado. ¿Hay que decir algo más? —Guta, sentada cerca de Matilda, asintió vigorosamente con la cabeza.

—Si todo el mundo conviniera en que Ilan es un artista... —dijo a voz en cuello Yojeved.

Y entonces Ilan T., con el rostro encendido, estalló con desatada furia:

—Me dais risa. Ya he hecho exposiciones en la ciudad y el mundo entero me reconoce como artista, todos salvo vosotros. Éste es el único lugar del mundo donde uno tiene que avergonzarse de ser artista —por encima del vocerío que había desencadenado, Ilan gritó—: Éste es el único lugar del Estado de Israel donde ser artista no sólo no es un honor, es una vergüenza, porque no es un trabajo productivo. No tengo por qué pedir os permiso para nada.

—Un momento —dijo Zeev HaCohen poniéndose en pie y volviéndose hacia Ilan—.

¡Cálmate, Ilan, por favor! –y, dándose la vuelta para dirigirse a los reunidos, dijo–: Quiero hacer una sugerencia. ¿Por qué no tratamos de ser constructivos y pensar con lógica? –Dvorka hizo un gesto de asentimiento. Ilan T. permaneció callado y se pasó una mano trémula por el largo cabello. La mujer que estaba a su lado le posó una mano en la rodilla.

–Es Ditzza, su mujer –explicó Avigail–, es de Haifa. Los dos formaban parte de una unidad Nájál, y, terminado su servicio, se quedaron en el kibbutz; llevan aquí doce años.

–Mi propuesta es –dijo Zeev HaCohen en el silencio que se había hecho– que actuemos como ya lo hicimos en un caso previo: solicitemos que venga una comisión de expertos del Kibbutz Artzi para que examinen la obra de Ilan y nos aconsejen qué pasos debemos dar. Que sean los expertos quienes decidan si merece que se le conceda la categoría especial de artista.

–Sé a qué otro caso te estás refiriendo –le espetó Ilan–, y que vuestra brillante comisión de expertos decidió que el artista necesitaba someterse a un tratamiento psicológico. Dijeron que, a juzgar por su obra, estaba desequilibrado. Y permitidme que os diga –continuó, con las venas del cuello hinchadas– que hoy día es un artista de fama reconocida gracias a que se marchó del kibbutz. Y eso mismo vamos a hacer nosotros, marcharnos. No quiero lanzar amenazas –dijo en un tono más calmado–, pero vamos a irnos, porque no nos ofrecéis otra alternativa; si esos idiotas que no tienen ni idea de arte ni de ninguna otra cosa se presentan aquí y dicen sobre mí lo que hace cuatro años dijeron sobre Yoel, cuya obra se aprecia hoy en todo el mundo, no pienso quedarme.

–Compañeros –dijo Dvorka calmadamente cuando el alboroto llegaba a su punto culminante y comenzaba a aquietarse–, quiero decir algo –se puso en pie–. Ésta no es la única forma posible de evitar las injusticias, de garantizar la igualdad por la que luchamos, la síntesis entre las necesidades privadas y las necesidades comunes. Vamos a tratar de pensar si no hay un medio mejor de sostener una sociedad como la nuestra –la cámara mostró la expresión de pasmo de Guta. Fania seguía tejiendo como si no hubiera pasado nada–. Necesitamos artistas –dijo Dvorka con aplomo y tranquilidad–, aquí necesitamos artistas y necesitamos del arte. No debemos ser rígidos. No hay motivos para que pongamos obstáculos en el camino de un compañero de talento. Nuestra situación económica es buena y no es necesario denegar una petición de este tipo por ahorrar dinero. Y tal vez –continuó, posando la vista en el grupo de jóvenes sentados detrás de Tova–, tal vez, en lugar de pensar en que los niños duerman con sus padres y

en asignar nuestros recursos a proyectos acordes con el espíritu de los tiempos, deberíamos modificar nuestra actitud hacia el individuo.

—¿Qué propones entonces, Dvorka? —preguntó Shula con gesto de desconcierto.

—Propongo que nos replanteemos la cuestión con un espíritu diferente —dijo Dvorka con calma. Matilda pegó un brinco y Zeev HaCohen la tranquilizó poniéndole la mano en el brazo.

Los miembros del kibbutz votaron a favor de posponer la votación y Shula se disponía a plantear el siguiente punto del orden del día cuando Ilan T., la vista fija en Matilda, que no había dejado de mascullear, dijo abruptamente:

—Osnat era la única persona que demostraba respeto por los artistas, que apreciaba el arte, que sabía de qué iba el tema.

—Todos estamos muy apenados por su pérdida —intervino Zeev HaCohen—, pero entre nosotros hay muchas personas que respetan a los artistas y, además, debemos intentar mantener un espíritu fraternal en la sijá. Hay otros asuntos que tratar. No digas nada de lo que luego puedas arrepentirte, Ilan; estás en tu casa.

La pantalla azulada no mostró la réplica verbal de Ilan, pero sí se le vio levantarse y encaminarse hacia la puerta seguido por su mujer mientras todos fingían que no había pasado nada y se apresuraban a votar sobre la petición de ingreso presentada por la familia Yaffe, que llevaba año y medio en el kibbutz en calidad de candidata. La opinión general era que la familia se había adaptado con éxito al kibbutz, y así quedó reflejado en una clara mayoría a su favor cuando Shula anunció que sólo había diez votos en contra y dos abstenciones.

Habían llegado al último punto del orden del día. Shula se volvió hacia Moish y le cedió la palabra. Avigail cambió varias veces de postura en la butaca, sin acabar de acomodarse, y al final cruzó las piernas, enderezó la espalda y se quedó sentada muy rígida. Michael encendió otro cigarrillo. La creciente tensión reinante en el comedor se transmitía a la habitación, donde las ventanas cerradas y con las cortinas echadas creaban una atmósfera cavernosa.

—Hace casi dos semanas —comenzó Moish, que tenía el semblante aún más pálido que de costumbre—, perdimos a Osnat —en el comedor se había hecho un silencio pesado. Zeev HaCohen y los demás miembros de la junta directiva sentados junto a Moish agacharon la cabeza. Dvorka ni pestañeó, aunque tensó brevemente los labios—. La muerte de Osnat ha sido un golpe del que aún no nos hemos repuesto —dijo Moish, y

Michael le vio echar un vistazo a la hoja que tenía en las rodillas—, y del que no llegaremos a reponernos hasta mucho después de que se haya descubierto..., pero no es de esto de lo que quería hablaros esta noche —continuó Moish después de haber recuperado la voz—, sino de lo que, por mor de la brevedad, llamaré «la obra de su vida».

El silencio era absoluto. Tan sólo se oía la voz de Moish y el sonido de su respiración.

—Antes de continuar quiero decir que confiamos plenamente en Yoyo y no albergamos la menor duda sobre su inocencia en tanto no se demuestre lo contrario.

Yojeved cuchicheó unas palabras al oído de Matilda.

Michael miró a Avigail, que tenía la vista clavada en la pantalla. Supo que ella notaba su mirada. Cuando volvió a prestar atención, oyó que Moish decía:

—Disculpadme esta fraseología, ¿cómo podría expresarlo mejor?... A mí, la muerte de Osnat me ha hecho tomar conciencia de que es cierto eso que se dice de que la vida es efímera. Y luego Aarón Meroz, a quien muchos recordáis, ha sufrido un infarto. Es como si nuestra generación estuviera a punto de desaparecer de la escena sin haber logrado nada propio.

Alguien dijo algo a gritos y Moish pidió:

—Por favor, dejadme hablar sin interrumpirme, que ya me cuesta bastante —en el silencio que siguió, Moish pareció hacer acopio de fuerzas. Michael se fijó en sus anchas manos, absolutamente inmóviles. Sólo su palidez y su respiración acelerada y ronca delataban su nerviosismo—. Como es natural, la repentina muerte de Sruk no ha contribuido a aliviar esta sensación. No pretendo decir que no hayamos logrado nada en absoluto, pero sí que ha llegado la hora de que dejemos nuestra huella, tal como lo hizo la generación de nuestros padres. Mientras Osnat estuvo en vida, yo no sentía tan intensamente esta necesidad. Ahora que nos ha dejado, quiero explicaros que me siento llamado a desempeñar lo que, en palabras bonitas, se podría denominar una misión. Siento que Osnat..., que debemos continuar lo que ella comenzó.

Moish se quedó callado y tocó el papel que tenía en las rodillas. Michael reparó en el frenético movimiento de las agujas de tejer de Fania y en el ceño fruncido de Guta. Dvorka apoyó la barbilla en la mano sin apartar la vista de Moish. Zeev HaCohen descruzó las piernas y las colocó en paralelo, ladeando después la cabeza para escuchar, pose que en su día, pensó Michael, debía de tener encanto pero que ahora se le antojaba

excesivamente juvenil, casi grotesca. Yojeved escuchaba a Moish con expresión cada vez más agria.

—Creo que nos ha llegado el momento de replantearnos cómo reorganizar la vida del kibbutz desde el punto de vista de las relaciones entre la familia y la comunidad. Estoy citando un texto de Osnat y, aunque quizá no soy tan hábil con las palabras como ella, sí comprendía la visión que Osnat tenía en mente, tal como la comprendíais la mayoría de vosotros. Y no quiero que todo se quede en nada —dijo Moish con una voz a su pesar cargada de patetismo— sólo porque Osnat haya fallecido.

—¿Qué quieres decir con «quedarse en nada»? ¿Por qué en nada? —dijo Tova desde el público—. Tenemos una comisión encargada del desarrollo del kibbutz, y la creamos precisamente para eso. Cualquiera pensaría que sin Osnat...

—Sí, ya lo sé —la interrumpió Moish—, pero quisiera que lo debatiéramos para rendir honores a la memoria de Osnat —carraspeó—. En los últimos años, Osnat era uno de los pilares del kibbutz. Me gustaría que discutiéramos una solución inmediata para el problema de que los niños duerman en familia y también, desde una perspectiva positiva, sería y, no sé cómo decirlo..., profunda, sí, ésa es la palabra, el asunto de la instalación comunitaria para los miembros de edad.

Matilda se puso en pie y, exhibiendo su abultada barriga, dijo a voz en grito con mucho aspaviento:

—¿Otra vez vas a empezar con eso?

Dvorka también se levantó. Su figura delgada y erguida causó un efecto inmediato. Matilda se calló y tomó asiento. El semblante de Dvorka también estaba pálido. Despegó los labios y en un tono ponderado, didáctico, despojado de emociones y autoritario, dijo:

—Mira, Moish, de eso ya hemos hablado muchas veces. Es un tema complejo, demasiado complicado para tratarlo a la ligera. Crear situaciones destructivas para el grupo y el individuo no va a valernos para rendir homenaje a Osnat. La propia Osnat carecía de respuesta para numerosas preguntas, incluidas algunas triviales, como por ejemplo quién se ocuparía de los niños enfermos si no tuviéramos casas infantiles. A veces tiendes a olvidarte de que aquí hemos creado una sociedad igualitaria y productiva mucho antes de que las feministas quemaran sus sujetadores. Éste es el único lugar donde la mujer puede trabajar como un hombre, gracias a las soluciones originales que hemos creado para permitirle realizarse en un trabajo innovador y constructivo.

»Pero éstos son asuntos secundarios, y Osnat solía decir que los resolveríamos del

mismo modo que se han resuelto en otros lugares. Eso no es lo principal; lo que me preocupa es la cuestión de la igualdad. Si hemos creado una sociedad igualitaria ha sido gracias a una educación uniforme. Educación que dejaría de ser posible si los niños durmieran con sus padres. Y tendría mucho más que decir al respecto teniendo en cuenta los principios que están en juego, pero no son éstos el momento ni el lugar para hablar de eso.

Guta tenía el rostro distorsionado por el odio y la ira, según apreció Michael, cuando rompió a hablar dirigiéndose a Moish:

—¿Por qué no dices que quieren montar una residencia de ancianos para resolver el problema de la vivienda? ¿Por qué no hablas de eso? La última vez que me quejé de que seguían sin realojarnos en casas nuevas, Osnat me dijo que la comisión de vivienda tenía a la vista un nuevo proyecto, es decir, la residencia de ancianos en cuestión, donde también quieren vender plazas a gente de la ciudad, ¡como si estuviéramos cortos de dinero!

—Guta —imploró Moish—, por favor te lo pido.

—Pide todo lo que quieras, ¡no vas a lograr taparnos la boca! —chilló Matilda—. No es sólo la vivienda, Osnat también lo concebía como una solución social, ella misma me lo dijo, porque así los compañeros mayores que están solos podrían hacer nuevas amistades en la residencia de ancianos o como quieras llamarla.

—¡Se quieren librar de nosotros sin ningún motivo! —dijo Guta en un alarido—. En eso se resume vuestra maravillosa visión.

—Lo que quieren es quitarnos de en medio para que no les impidamos introducir sus cambios modernos —dijo Yojeved. Ella también se había puesto en pie.

—¿Y qué pasará con la figura de la encargada de casa? ¿Qué opinas de eso? ¿Para qué necesitaremos a las encargadas de casa? —preguntó una mujer vestida elegantemente desde el centro del comedor. Michael no la reconoció y Avigail respondió con un encogimiento de hombros cuando le preguntó quién era.

Dvorka se agachó para sacar de debajo de su silla un libro de tapas oscuras y dijo:

—Compañeros, compañeros, concededme un momento —poco a poco se hizo el silencio y todos volvieron a sentarse salvo Dvorka, que permaneció en pie con el libro en las manos—. En momentos difíciles como éste, debemos prestar oído a lo que puedan decirnos los pioneros de los viejos tiempos, aquellos comuneros que compartieron con los demás sus pensamientos más íntimos para que pudiéramos extraer de ellos algún

consuelo en situaciones como ésta. Me gustaría leerlos un pasaje de *Kehilatenu*. Son palabras de David Kahana, que figura aquí con el nombre de David K. Como veis, no se sentían en la necesidad de inmortalizar sus nombres, e incluso hoy día, los compañeros que colaboran en nuestra revista no firman con el nombre completo sino sólo con su nombre y la inicial de su apellido, porque lo importante es lo que se dice y no quién lo dice. Nosotros tenemos la suerte de vivir el ideal más elevado al que puede aspirar el hombre: la felicidad individual lograda mediante la integridad del colectivo, como dice David Kahana –Dvorka se sacó del bolsillo de su negro pantalón unas gafas de leer, inclinó la cabeza y dio comienzo a la lectura:

Yo os digo, hermanos, que aun cuando supiera que al final nos íbamos a hundir en el cenagal de la vida, no abandonaré mi puesto; tal vez me detendría un instante a buscar compañeros de fatigas y de audacias, pero no renunciaré a la visión. A veces regreso a casa después del duro trabajo abatido y desesperanzado, y me da la impresión de que a mi alrededor todo se ha sumido en terrible confusión. Entonces, inconscientemente, comienzo a revisar todos los días de mi vida, desde el infierno vienes, pasando por las reuniones y los acontecimientos externos y por las luchas internas a bordo del barco, hasta el «crisol purificador» de Galilea y el kibbutz, y el recuerdo de las derrotas y fracasos me quema la carne como una llama y oscurece mis ojos con pensamientos sobre mi caída en la Tierra... Mas ¿puedo rendirme? No, hermanos, no abandonaré mi puesto, porque no establezco distinciones entre los días de lucha y de vacilación y los de consecución de la visión. La búsqueda eterna y la incesante lucha son nuestro destino. Nos acompañarán todos los días de nuestra vida, mientras caemos y nos levantamos una y otra vez, de tarea en tarea, de sacrificio en sacrificio; y cuanto más crezca nuestra empresa, más dura se volverá la lucha interna, y cuanto más nos apriete la mano del destino, más corrosiva se volverá la duda entre nosotros.

Dvorka cerró el libro, lo dejó en la silla y se quitó lentamente las gafas.

–No lo puedo creer –dijo Michael. Respiraba con dificultad y sudaba–. Esa mujer... al fin está revelando su verdadera personalidad –se levantó para ir a la pila, donde echó un trago del grifo.

–¿Es que ha perdido la cabeza? –preguntó Avigail sin dirigirse a él–. ¿A cuento de qué venía todo eso?

Michael volvió a sentarse y se quedó mirando la pantalla de hito en hito. La cámara enfocó a Dvorka.

–No lo entiendes –dijo con voz ronca–, Dvorka no se pasea por ahí con *Kehilatenu* en el bolsillo; seguro que lo tenía preparado. Ahora que lo pienso, estoy convencido de que todo ha sido una puesta en escena, ella ya sabía lo que iba a pasar esta noche.

–Esos ojos suyos dan miedo –comentó Avigail–, no me gusta.

Michael trató de aquietar su respiración. Encendió un cigarrillo y se levantó sin apartar la vista de la pantalla. Había caído presa de la ansiedad, del pánico casi. En aquel momento veía a Dvorka con otros ojos. El rostro le ardía y tenía la sensación de estar presenciando algo tremendamente amenazador.

—Os he leído este pasaje fundamentalmente por la última frase —decía ahora Dvorka, poniendo énfasis en cada palabra—, y también para demostraros que en otros tiempos a la gente no le daba miedo expresar sus sentimientos y que dentro de la familia, de la gran familia del kibbutz, era legítimo hablar con toda franqueza. Debemos someternos a un examen permanente para averiguar si el mundo que hemos construido es el correcto y, en tal caso, para conservarlo.

Dave la miraba con los ojos abiertos de par en par y meneaba la cabeza como quien escucha impartir sabiduría a un maestro o como quien contempla a un extraño espécimen.

El dramatismo y la pasión dieron paso a un tono prosaico cuando Dvorka siguió diciendo:

—Por lo que respecta a la cuestión de que los niños duerman con sus padres, he de decir que no veo ninguna desventaja en la actual disposición de las cosas. Pensad por un momento en vuestra propia generación, ¿tenéis algún problema especial? ¿Y qué me decís de los recuerdos y experiencias compartidos? ¿Y de la implicación de todos los miembros del kibbutz en la educación de cada uno de los niños? Tan implicados estábamos que todos nos enterábamos cuando os salía el primer diente, o cuando dabais vuestros primeros pasos. Vosotros sois la prueba viviente del éxito del experimento que llevamos a cabo con tanta fe y tanta dedicación.

Matilda, con la malévola sonrisa que Michael había llegado a reconocer, dijo:

—Está por ver hasta qué punto tenéis éxito, pero de momento podéis disfrutar del cumplido.

—¿Y qué hay de la residencia de ancianos? —inquirió Guta—. Eso es lo que yo quiero saber.

—Es imposible debatir los dos temas al mismo tiempo —sentenció Dvorka.

—Osnat pensaba que era posible —terció Moish—. No sólo posible, necesario.

Dvorka apretó los labios en una fina línea y luego los separó para decir, haciendo un esfuerzo evidente por dominarse:

—Y tú sabes que yo no estaba de acuerdo con ella.

–Siempre habrá desacuerdos –intervino Zeev HaCohen, conciliador–, y no hay necesidad de precipitarse. Por mi parte, no tengo objeciones que hacer a una instalación comunitaria para la generación mayor, siempre y cuando no se nos retire el derecho a votar y a participar en la vida del kibbutz, y por lo que se refiere a que los niños duerman con sus padres, creo que deberíamos enfocarlo con amplitud de miras.

–En cualquier caso –lo interrumpió Dvorka con insólita impaciencia–, está claro que estos planes son absolutamente inaceptables en opinión de la mayoría, porque desvirtúan el concepto de base del kibbutz –tras respirar hondo, añadió con voz cargada de desprecio–: Y no mencionéis a otros kibbutzim como ejemplo. La idea de progresar con los tiempos y seguir modas desastrosas no tiene que guiar nuestros pasos. En el Movimiento Unido de Kibbutzim ya están hablando de pagar un salario a los miembros a cambio de su trabajo. A la vista de tales propuestas yo puedo parecer anacrónica, pero tengo el profundo convencimiento de que no encontraremos el sentido de nuestras vidas en las recompensas materiales sino en la realización interior.

–Hace un momento has dicho que el dinamismo y el cambio son necesarios –le recordó Zeev HaCohen.

–¿Qué tiene de malo la manera en que hemos educado a nuestros hijos? –replicó Dvorka a voz en grito.

A Moish le temblaban las manos cuando se levantó y miró a Dvorka y a la fila de ancianos con una mirada diferente, dura y despiadada.

–Voy a deciros claramente lo que tenía de malo. Se cometieron muchos errores. Y el primero fue que nunca hablábamos del tema. Vosotros no lo permitíais, no queríais oírlo. Recuerdo muy bien que Srulke solía devolverme a la casa infantil cuando por las noches me escapaba a su habitación. El cambio principal que he vivido después de que Osnat muriera como ha muerto ha sido darme cuenta de que tengo que hablar. Voy a decir lo que pienso y vosotros me vais a escuchar. Vamos a tener una sesión del estilo de las de *Kehilatenu*. La lectura de esa recopilación de monólogos en que dejaban su alma al desnudo me ha dado que pensar, fundamentalmente que las cosas han cambiado mucho y que la sijá se ha convertido en un sello de aprobación para conceder o rechazar peticiones y para dar soluciones a los problemas organizativos. ¿Qué sabéis de nosotros? Puede que sepáis cuándo comenzamos a andar o a hablar y cuándo nos salió el primer diente, pero de nuestra vida interior no sabéis nada de nada. Nunca hemos tenido la oportunidad de expresarnos, sólo de manera solapada en los chistes y piezas cómicas que

componíamos para las celebraciones y los bar mitzvás. No voy a decir que nuestra educación no tuviera nada de positivo, pero también hay que hablar de la tristeza, de las noches en que nos despertábamos y no encontrábamos a nuestra madre o a nuestro padre sino a un sustituto, como aquel tipo de un grupo Nájál que le ponía a Noga talco en la vagina cuando le dolía. Y en el kibbutz se consideró una anécdota divertidísima.

Michael oía la fuerte respiración de Avigail y notaba que se pasaba incesantemente las manos por los brazos.

—Miriam, mi madre —dijo Moish con voz ahogada—, a quien todos conocisteis, era una mujer sencilla y honrada. No es necesario que la describa ahora —dijo enjugándose la frente—. Trabajó duramente toda su vida y nunca habló en la sijá, no había persona más leal al kibbutz que ella —miró en torno suyo. Nadie dijo nada, nadie se movió. Todos los ojos estaban fijos en él, algunos perplejos, otros sobresaltados—. Miriam, mi madre —repitió Moish—, solía contarme a menudo cómo despedisteis a nuestra primera encargada de casa, Golda. Recuerdo su nombre por habérselo oído a mi madre, porque, según me han dicho quienes entienden de psicología, no se guardan recuerdos de antes de los dieciocho meses de edad, y ésa es la edad que yo tenía cuando la echasteis. Pero ¿qué ocurrió antes de que cumpliera los dieciocho meses? ¿Qué me decís de eso?

Sin moderación ni prudencia algunas, Moish soltó a voz en grito:

—¿Dónde estabais vosotros antes de que yo cumpliera dieciocho meses, en esa época en que Miriam me recordaba como un mocoso que trastabillaba detrás de la encargada de la casa, con churretes de mocos y lágrimas corriéndome por la cara, tirándole del vestido y ella desprendiéndose de mi mano? ¿Dónde estabais entonces? —su alarido iba dirigido a Dvorka, que no bajó la vista. Estaba tan quieta que Michael temió que dejara de respirar—. Eso es lo que quiero saber: ¿Dónde estabais? ¿En qué estabais pensando en aquella época, mientras nosotros pasábamos miedo por las noches? ¿Cómo pudisteis consentir que las madres vieran a sus bebés sólo media hora al día? ¿Cómo pudisteis tener la caradura de decidir que la unidad familiar era perniciosa para la sociedad y, a la vez, hacer chistes sobre eso y reiros de vosotros mismos en las celebraciones del kibbutz? Eso es lo que quiero saber hoy. Osnat me comentó algo en lo que tenía toda la razón: que era vuestro sentimiento de culpa el que os llevaba a oponeros a los cambios, eso es lo que me dijo. ¡Que queríais perpetuar los abusos para protegeros y justificaros!

Alguien le hizo un comentario en voz baja, pero Moish lo desdeñó con un ademán y gritó:

—¡No me digáis que me calme! No es eso lo que importa ahora, que me calme o no me calme. ¡Os digo que ya está bien! ¡Esta situación ha durado demasiado! Es posible que tuvierais vuestras razones, no digo que no, debíais de tenerlas...: la dureza de vuestras vidas y todo lo demás..., pero no tenemos por qué continuar con vuestras locuras. Quiero ser yo quien arrope a mis niños por la noche, a los que todavía lo necesitan. Quiero oírlos cuando tosan, en la habitación de al lado, y cuando tengan una pesadilla quiero que vengan a mi cama y no que vayan a un interfono, o que tengan que salir en la oscuridad de la noche a buscar nuestra habitación, tropezándose con las piedras, pensando que cada sombra es un monstruo, y todo para toparse con una puerta cerrada o para que los devuelvan a la casa infantil. Mis hijos van a estar conmigo y todo lo demás me trae sin cuidado.

Tragó saliva y después miró a los ojos a las personas de la primera fila.

—Vais a reconocer vuestros errores, como ya lo han hecho en todos los demás kibbutzim —dijo en tono más sosegado—. Quiero que os sintáis culpables, ¿acaso tenéis derecho a no sentirlos culpables? Lotte ya no está con nosotros, pero si siguiera aquí le diría unas cuantas cosas sobre aquellos años en que a mi madre sólo le permitían verme media hora al día, y sobre aquellas noches. Lo organizasteis todo para vuestra conveniencia. En aras del ideal de la igualdad estructurasteis las cosas para que desarrollásemos una personalidad grupal, pero destruisteis nuestra personalidad individual. ¿Creéis que los chavales crecen sanos y confiados cuando sólo pueden recurrir unos a otros por las noches? ¡Y eso por no hablar del comienzo de la adolescencia y las duchas comunes y el resto de vuestras ideas brillantes! ¡Estoy harto! Estoy harto de ser comprensivo y tolerante con los sufrimientos pasados. ¡Quiero entender cómo se os pudo ocurrir cerrar con llave la puerta de la casa de los niños y decirle al vigilante de noche que viniera a vernos un par de veces! ¡Dos veces en toda la noche! A veces nos pasábamos la noche levantados, aporreando la puerta y llorando, ¡pero nunca venía nadie! ¡Cada vez que pienso en eso me pongo frenético! ¡Me vuelvo loco! —se inclinó hacia delante y estalló de nuevo—: ¡Pensad en los niños de esta generación llorando junto a la puerta!

—Vaya, vaya, vaya —dijo Michael, encendiendo otro cigarrillo—. ¡Mira lo que está pasando!

Avigail guardaba silencio.

—Y cuando nos hacíamos mayores y escapábamos a media noche para veros, nos

volvíais a llevar a la casa de los niños. Recuerdo perfectamente cómo Srulke se levantaba y me llevaba allí de vuelta. Un par de veces dormí al raso, a la puerta de la habitación de mis padres, para que no me obligaran a volver a la casa infantil.

Zeev HaCohen se puso en pie, pero Moish le dijo a voz en grito:

—Ya puedes ir volviendo a sentarte. Todavía no he terminado. Ahora que me he lanzado, no pienso callarme. Espera hasta que termine, hasta que termine —Zeev HaCohen se sentó con expresión asustada—. Me importa un pimiento vuestra querida igualdad —gritó Moish—, ¡no somos la gloria del Estado de Israel ni nada que se le parezca! Y yo os pregunto para qué ha valido todo esto. La gente acusa a nuestros hijos de ser materialistas y otras muchas cosas. ¿Qué tiene de raro? ¿De qué otra manera pueden compensar las carencias de su infancia? Vosotros por lo menos teníais ideales y os podíais refugiar en ellos. ¿En qué podemos refugiarnos nosotros? ¿Qué refugio nos queda hoy? ¿El trabajo? ¿Es el trabajo toda nuestra vida? ¿Para eso habéis creado el kibbutz? ¡El kibbutz: la gloria del Estado de Israel! ¡Menudo cuento!

Moish alzó la vista al techo y luego la posó en los ocupantes de la primera fila y agitó un dedo en su dirección.

—Una compañera ha sido asesinada; no sabemos quién lo ha hecho ni por qué. Pero sí sé muy bien qué pretendía hacer Osnat: no hay nada que justifique que nuestros hijos no sean educados por sus padres, ¡a la mierda todo lo demás! —dirigió la vista al frente y dijo con rencor—: No, Matilda, no me he vuelto loco. Al contrario, había estado loco hasta ahora. Prácticamente todos los kibbutzim han dado ese paso y nosotros tenemos dinero para darlo, pero estamos posponiéndolo y perdiendo el tiempo con tonterías como si fuera una cuestión trivial. Voy a ser yo quien arrope a mi pequeño Asaf por las noches, ¿me has oído, Dvorka? Yo y no la encargada de la casa, yo y no el vigilante de noche, yo y no el interfono, yo y solamente yo. Porque vosotros sólo pensabais en nuestros primeros dientes, pero no en nuestros primeros miedos, unos miedos que ni siquiera sabíamos expresar con palabras porque éramos demasiado pequeños. Y yo te pregunto, Dvorka, ¿qué ideal puedes esgrimir para justificar el miedo de un niño que aún no ha aprendido a hablar? ¡Ni un niño siquiera! ¡Un bebé! Yo tengo el ejemplo de mi hermana, que está educando a sus hijos en la ciudad, y aunque no tengan todo lo que quieren, y no salgan de excursión con neveras portátiles y helados ni reciban clase de clarinete desde los tres años, esos niños no están intimidados por los miedos que yo aún sigo padeciendo. Sólo quiero decirte una cosa: vamos a implantar la norma de que los niños

duerman con sus padres y todo lo demás que quería Osnat. Incluso la residencia de ancianos, si llegamos a decidirlo así.

—¡Sobre mi cadáver! —se oyó decir a Guta en voz alta y clara.

Después estalló un alboroto y la pantalla se quedó en blanco.

–Está conforme –dijo Guta, empujando a Yankele hacia la habitación–. Pero no se olvide de lo que hemos hablado.

Michael hizo un gesto de asentimiento.

–Ni se le ocurra pensar en Fania. A ella no la meta en esto –dijo severamente Guta; luego lo miró, se ablandó y añadió–: Es que Fania tiene que cuidarse, Yankele ya se encuentra mal de todas formas.

Hablaba delante de él como si no estuviera presente, pensó Michael, tal como hablan los adultos de los niños pequeños. La miró expectante. Guta se pasó la mano por el pelo y le sostuvo la mirada obstinadamente.

–Quiero hablar a solas con él –dijo Michael.

–¿Es que tiene secretos? –preguntó Guta, embutiendo los puños en los bolsillos de su bata–. No voy a dejarlo a solas con la policía –dijo con resolución.

–Guta –le rogó Michael–, yo no soy la policía. Yo soy yo. Ya hemos hablado de esto. Si quiere que la verdad salga a la luz, tiene que ayudarme.

–No me voy a ir –replicó Guta sosegadamente–. Y no me puede obligar. Y ya puede ir dejando de mirarme con sus bonitos ojos. Yankele está bajo mi responsabilidad. No lo voy a dejar solo.

Michael suspiró.

–Si le pido que se vaya es por su propio bien más que por Yankele –dijo al fin.

–Por mí no se preocupe –dijo Guta, desviando la vista–. Estoy preparada para oír cualquier cosa. No me va a pasar nada.

Yankele se sentó en el borde de la desvencijada cama. Aún no había pronunciado una palabra. Se quedó mirándose las sandalias y de pronto comenzó a temblar.

–Yo no le he hecho nada –dijo–. No he hecho nada.

–Pero estabas allí por la noche, y viste a Aarón Meroz cuando llegó y cuando se fue.

—Estaba cuidándola. Tenía que cuidarla —dijo Yankele. Hablaba con dificultad, como si tuviera piedras en la boca. Un violento temblor sacudía su enjuto cuerpo. En pie junto a la puerta cerrada, Guta encendió un cigarrillo.

—¿Por qué los tratas con tantos miramientos? —le había reconvenido Nahari hacía poco—. ¿A qué viene mimarlos así? Nos sobran pruebas para detenerlos a todos, y no hay más que hablar. ¿A qué estás jugando? Arréstalos y les sacarás lo que quieras. Después de una noche encerrados responderán a todas tus preguntas.

—Si no colaboran durante las próximas veinticuatro horas, los arrestaré —había replicado Michael—, pero la experiencia me ha demostrado que con las personas que no tienen nada que perder es mejor emplear mis métodos.

—¿Nada que perder? —había refunfuñado Nahari—. ¿Qué pretendes decir con eso? ¿Cómo sabes que no tienen nada que perder?

—Sé cómo son. Las dos hermanas. He conocido a personas como ellas.

—¿Qué significa «como ellas»? —había insistido Nahari—, como ellas ¿en qué sentido?

—Como ellas —Michael se había negado a explicárselo.

Ahora, mirando a Yankele, que parecía aterrorizado y encerrado en sí mismo, Michael se preguntaba quién de los dos tendría razón. Guta seguía inmóvil junto a la puerta. Ni siquiera su respiración era audible. Por el rabillo del ojo, Michael vio que un cigarrillo le colgaba de la boca.

—No me interesa hablar de lo que hacías de noche —dijo Michael—. Sólo quería que hablásemos de tu turno de cocina.

Yankele lo miró sorprendido. Sin más, dejó de temblar. Bajo sus largas y oscuras pestañas se veía una mirada atemorizada.

—¿Qué turno de cocina? —preguntó a trompicones—. Ya no estoy de turno de cocina, fue en las fiestas cuando me tocó la última vez.

—De eso precisamente quiero que hablemos. Dave me ha contado que estuviste junto a la puerta de atrás durante la cena y el espectáculo.

Yankele se estremeció.

—¿Eso le ha contado Dave? —musitó—. Me prometió que no le contaría nada sin pedirme permiso.

—Es lo único que me ha dicho —lo tranquilizó Michael—. No me ha contado nada más.

Guta aplastó la colilla en un tiesto resquebrajado que había en un rincón y encendió otro. Michael no apartaba la mirada de Yankele.

—Eres el único que puede decirme quién salió por la puerta de atrás a mitad de la fiesta —dijo—. Eres el único.

Yankele guardó silencio durante todo un minuto. Michael contenía el aliento.

—Ella se marchó —dijo al fin—. Por la puerta de atrás, sigilosamente. Muy deprisa. Nadie la vio marcharse.

Ahora la respiración de Guta era claramente audible. No dijo nada.

—¿Y tú qué hiciste? —inquirió Michael. Puso la mano en el brazo de Yankele, que estaba húmedo de sudor—. Cuéntamelo con todo detalle —dijo en el tono que usaba con Yuval cuando era pequeño, ese tono con el que pretendía transmitir una promesa de absoluta protección, la capacidad de comprenderlo y soportarlo todo.

—La seguí un trecho, luego ella se dio la vuelta y yo eché a correr hacia el comedor —repuso Yankele. Bajó la vista—. Me pareció que... que... estaba triste o algo así.

—Y querías cuidarla —dijo Michael.

—No quería que le pasase nada —dijo Yankele—. Quería... yo qué sé —tartamudeó, y elevó la mirada hacia Guta. Ésta no se movió. Con los ojos ardiendo, se apoyó en el dintel de la puerta, la espalda contra la pared. Su tez estaba pálida.

—¿Sólo un trecho? —preguntó Michael—. ¿No la seguiste todo el camino?

Yankele negó con la cabeza.

Guta despegó los labios, y Michael, atento a todos sus movimientos, le dirigió una mirada admonitoria.

—Entonces, ¿por qué dijiste no sé qué de un frasco? —preguntó súbitamente, en un tono distinto—. Si no la seguiste todo el camino, no pudiste verla junto a Srukke.

Yankele empezó a tartamudear. Todo su cuerpo temblaba.

—Lo sé todo sobre Dvorka —dijo—. Todo.

Guta profirió un gemido y empezó a toser.

—¿Se refería a Dvorka! —musitó—. ¿Lleva todo el tiempo refiriéndose a Dvorka?

Yankele sepultó el rostro entre las manos.

—Ya te puedes marchar —le dijo Michael suavemente.

Nadie se movió. Al cabo, Guta se acercó a la cama y tomó asiento. Tras un momento de espera, Michael salió de la habitación, cerrando delicadamente la puerta tras de sí.

Sólo tuvo que llamar una vez a la puerta para que una voz respondiera desde dentro: «Adelante».

No le sorprendía verlo allí, pero se quedó mirándolo con aire inquisitivo sin invitarlo a pasar.

–Quiero hablar con usted –dijo Michael, y entró en la habitación.

Ella apagó el televisor y señaló una butaca. Hacía calor, el aire acondicionado no estaba puesto. Dvorka se arregló los pantalones y apoyó una mano sobre su rodilla. Lo miraba con una expectación aparentemente sosegada, pero el silencio que se hizo en la habitación estaba cargado de electricidad. Pasaron unos segundos antes de que Michael dijera:

–No me había dicho que salió del comedor durante la celebración del jubileo; no me dijo nada de que había visto a Srulke.

–Si no le dije nada –replicó Dvorka tranquilamente–, tal vez fue porque no podía contarle lo que no había pasado.

Michael escudriñó su rostro. Mantenía una expresión pétrea.

–Pero sí se marchó del comedor –dijo al cabo.

–Me marché del comedor –reconoció Dvorka–. ¿Y qué deduce de eso? ¿Por qué cree que fui a ver a Srulke?

–No lo creo –afirmó Michael–. Lo sé.

Dvorka lo miró sin miedo.

–Sólo puedo decir que está equivocado –dijo al fin.

–Entonces, ¿por qué no está dispuesta a que le hagamos una prueba con el detector de mentiras? –preguntó él rápidamente–. Quien no tiene nada que ocultar no se opone a esa prueba.

–No estoy acostumbrada a someter mis afirmaciones a pruebas tan simplistas –dijo Dvorka orgullosamente–. Nadie ha dudado nunca de mi palabra. Tengo setenta y dos años, jovencito, no debería olvidarlo.

–Quería preguntarle otra cosa –dijo Michael de pronto–, que no tiene ninguna relación con esto –vio que el interés alumbraba su mirada–. Me gustaría saber por qué tenía preparado ese pasaje de *Kehilatenu* para la asamblea del kibbutz, para la sijá de anoche.

En los segundos que tardó en recobrarse, Michael vio el destello de sorpresa y la oleada de inquietud que cruzó por sus ojos antes de que volviera a caer un velo sobre ellos.

–No comprendo su pregunta –dijo después.

–Nadie se pasea llevando encima ese libro como si fuera la Biblia –dijo Michael–.

Puede que nadie más se haya fijado, pero yo me di cuenta de que lo tenía todo preparado.

—Joven —dijo Dvorka—, no sé de dónde habrá sacado la información sobre la sijá de anoche, aunque supongo que empleará todo tipo de métodos tortuosos... —había adoptado un gesto de repugnancia.

—Ésa no es la cuestión —dijo Michael—, no es la cuestión en absoluto; no cambie de tema.

—Es usted un impertinente. Yo no me dedico a jueguecitos como cambiar de tema —dijo Dvorka—. De camino a la sijá, me pasé por la biblioteca a sacar ese libro. Suelo leérselo a mis alumnos, para que lo sepa —le dirigió una mirada crítica—. Ni siquiera sé por qué me molesto en responderle, tal vez porque no es mi costumbre tratar a los demás con descortesía. Quizá la tensión de estos últimos días puede disculparle de su impertinencia. No todo el mundo sabe dominarse. A lo mejor hasta me da lástima —dijo sin emoción alguna.

—Es una pena que Osnat no le diera lástima —dijo Michael.

Ahora se quedó pasmada.

—¿Ha perdido el juicio? —inquirió—. Pero ¿de qué me está hablando?

—Del envenenamiento —repuso Michael secamente. Hubo de recordarse que sólo él notaba cómo le galopaba el corazón, que nadie más podía advertir su aceleración.

—Por lo visto usted no comprende nada —dijo Dvorka como si estuviera echando una regañina a un alumno—. No parece darse cuenta de que fui yo quien educó a Osnat, que yo... —su voz se apagó.

—Sí, sí, me doy perfecta cuenta de cuál es su posición en el kibbutz —dijo Michael—. Usted se cree por encima de toda sospecha, contaba con eso.

—Jovencito —dijo Dvorka, con los ojos desorbitados pero sin alzar la voz—, está usted insinuando algo tan inverosímil que escapa a mi capacidad de comprensión, y las estupideces que estoy dispuesta a tolerar tienen un límite. Esta conversación es absurda, ridícula. Está usted comportándose con una irresponsabilidad pasmosa. Otras consideraciones aparte, piense en nuestra diferencia de edad, ¿cómo se atreve? —alzó la voz por primera vez—. Váyase ahora mismo, por favor —dijo tras aquietar su respiración—, ¡ahora mismo! ¡No tengo nada más que decirle! —señaló la puerta sin apartar de él los ojos.

Michael tenía la impresión de que de nada valdría amenazarla ni tratar de conmovirla

de algún otro modo. Oía como en un eco la voz de Simjá Malul. «No vi a nadie», había repetido lastimosamente. «Si hubiera visto a alguien se lo diría.» Lo había jurado por sus hijos llevándose la mano al corazón. No había visto a nadie ni en el camino de ida ni en el de vuelta. «Me echaría a llorar», le había contestado cuando él le pidió que lo simulase. «Siempre lloro cuando digo una mentira, y, si no, me río. No puede pedírmelo. ¿Por qué quiere que diga que la vi saliendo de la enfermería si en realidad no vi nada?»

Mientras hablaba en frases entrecortadas, Simjá Malul, el pelo cubierto por un pañuelo blanco, frotaba y restregaba un plato reluciente en la pila de la cocina de la enfermería. Al final le había dicho: «Usted es uno de los nuestros... ¿Cómo puede pedirme que cuente una mentira así sobre una mujer como ella?». Michael la había mirado implorante. Y por fin ella había dejado el cuenco verde de plástico que tenía en las manos y se había sentado a la mesita de la cocina. «Mire», le había dicho en árabe marroquí, «si pudiera le ayudaría, pero de ahí a contar una mentira». Y luego, retomando el hebreo: «Es una señora, no puedo decir una cosa así de ella. Aquí le tienen mucho respeto. Nunca me ha hecho ningún daño y yo no sé mentir, ni siquiera a mi marido».

Ahora Michael contemplaba el brazo extendido de Dvorka. Señalaba la puerta sin el menor temblor. Michael se levantó y salió de la habitación.

–¿Todavía estás aquí? –le preguntó a Michael una sorprendida telefonista cuando él se dirigía a su despacho—. Una mujer ha preguntado por ti y yo creía que ya te habías ido.

–¿Y...?

–No ha dejado ningún recado. ¿Vas a estar por aquí? Por si alguien más quiere hablar contigo...

–Tengo que hacer unas cuantas llamadas –respondió Michael, despidiéndose con la mano mientras se apresuraba pasillo adelante.

Ni siquiera oyó el último comentario de la telefonista. Al abrir la puerta de su despacho, observó los papeles acumulados en su mesa y colocó sobre ellos el archivador; luego miró por la ventana, que daba a un patio desnudo de vegetación, y sintió nostalgia de la hiedra polvorienta que enmarcaba su ventana en las dependencias policiales del barrio ruso. Pensó en que aquí cada vez se esforzaba menos en cultivar su relación con las telefonistas y las secretarias. Lo que solía resultarle tan fácil, como una parte más de su trabajo, se había vuelto una tarea insípida, mecánica. Recordó a Gila, la secretaria de Ariyeh Levy, su jefe de Jerusalén, y echó un vistazo a su reloj. Vio mentalmente las largas uñas de Gila moviéndose sobre el teclado del ordenador que había sustituido recientemente a su máquina de escribir. A ella también la echaba de menos.

«Es por esta sensación de transitoriedad», se dijo, «que tú mismo has creado para no tomar apego a nada de lo que hay aquí. ¿Qué tienes en contra de este sitio?», se preguntó, y la respuesta, que no llegó a formular, estaba relacionada con la autoestima herida. En su nuevo trabajo ponían constantemente en entredicho su capacidad y, para colmo, ni siquiera le reconocían sus méritos, al contrario de Ariyeh Levy, que sí solía hacerlo aunque fuera a regañadientes.

Tomó asiento en el mullido sillón de detrás de la mesa de un despacho al menos el doble de grande que el que tenía en el barrio ruso y pasó las páginas del archivador.

Después de leer y releer las transcripciones de los interrogatorios de Yoyo, marcó el número de la telefonista, quien, tras escuchar su petición, le dijo: «Ahora mismo». Durante los diez minutos transcurridos antes de que sonara el teléfono, Michael se fumó dos cigarrillos y limpió compulsivamente el polvo de su mesa con el dedo. Trató de examinar el rimero de documentos, pero no se concentraba. Las palabras no llegaban a componer frases. No se dio cuenta de lo tenso que estaba hasta que oyó a Aarón Meroz por el auricular.

Con voz lejana, indistinta, Meroz le dijo que se sentía mejor y Michael notó su tristeza por la reserva con que le dijo: «Tengo que pasar ingresado una semana más y luego ya veremos».

—Estoy hablando desde el control de enfermeras —dijo vacilante en respuesta a una pregunta de Michael. Al fondo se oían voces y murmullos—. Si no puede usted venir aquí...

—Dígales que le pasen la llamada a la sala de médicos —dijo Michael persuasivamente, y las voces de fondo se amortiguaron cuando Meroz tapó el auricular con la mano.

—La van a pasar —le comunicó finalmente Meroz.

Michael esperó al aparato tres minutos. Iba contando los segundos, la vista fija en el reloj. Mientras esperaba anotó sus preguntas con pulso inseguro en el dorso de un sobre.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó el parlamentario desde la sala de médicos.

Sin dar importancia a la respiración agitada de su interlocutor y reprimiendo la cólera, Michael dijo:

—¿Por qué no me lo había dicho antes en alguna de nuestras numerosas conversaciones?

—Porque le había prometido que no la abriría hasta una fecha concreta, dentro de un par de semanas, más o menos. Está en mi caja fuerte, en el banco. Yo no la he abierto, no tengo ni idea de qué trata, se lo juro.

—¿Y qué más daba que se lo hubiera prometido? —le increpó Michael—. ¡Está muerta!

—A veces nos tomamos así las cosas —respondió Aarón Meroz tras un largo silencio—. Si la persona a la que hemos prometido algo se muere, nos parece aún más importante mantener la promesa. Ella me dijo que no era nada relacionado con nadie. Que era un asunto personal.

—Eso ya no importa —dijo Michael—. Sólo espero que sea lo que buscamos. Iré a verlo en persona, pero antes voy a mandarle a alguien para que le entregue una autorización

para abrir la caja fuerte –se quedó un momento a la escucha y antes de colgar, dijo–: No se preocupe, irá con un abogado y llevará los documentos precisos para que los firme.

Su inquietud fue creciendo en intensidad cuando salió al pasillo y se dirigió casi a la carrera al despacho de Benny. Mientras le dictaba las instrucciones pertinentes y Benny las iba anotando con una letra sesgada, curva, sorprendentemente femenina, Michael tenía la sensación de que su voz interior le ponía en guardia diciéndole «cuidado», «atención». Benny al fin alzó la cabeza y, después de pasarse una mano adornada con un grueso anillo de boda por la bien rasurada mejilla, dijo titubeante:

–Con tus contactos en Jerusalén, ¿no sería más sencillo...? Olvídalo.

–De esto dependen demasiadas cosas –dijo Michael con sensación de apremio–. Ahora no puedo ponerme a buscar a mis contactos. La necesito hoy mismo.

–Creía que tenías prisa –dijo Nahari, echando una ojeada a su reloj–. Ya ha pasado media hora desde que me has dicho, una vez más, que cada minuto que estás aquí es un minuto de peligro en el kibbutz.

Estaban en el ancho pasillo, junto al despacho de Nahari.

–Es cierto, no nos podemos permitir perder tiempo –dijo Michael–; pero Benny ya ha salido hacia allá y va a traerla aquí más tarde. No sé cuándo encontraré un momento para hablar con Yoyo, pero si tienes un minuto, tal vez podrías consultarle a Sarit cómo va el interrogatorio.

–Hoy no tengo ni un minuto libre –repuso Nahari en tono pomposo–, porque estoy citado con el fiscal general dentro de quince minutos, pero no creo que sea mala idea que hables con ella esta tarde.

Michael se despidió con un ademán de desesperación y salió corriendo hacia el aparcamiento.

Cuando su vista recayó sobre el velocímetro y vio la aguja oscilando entre los 130 y los 140 kilómetros por hora, trató de relajar la presión del pie sobre el acelerador a la vez que acallaba la voz interior que sonaba como la de Avigail. Al sentir el habitual dolor de mandíbulas, encendió otro cigarrillo. Su inquietud aumentaba a medida que se aproximaba al kibbutz. Aparcó junto al comedor y hubo de contenerse para no dirigirse corriendo a la clínica. «¿Por qué crees que le va a pasar algo?», se preguntó casi en voz alta mientras se encaminaba a la secretaría a zancadas. Un cartel escrito a mano que

colgaba torcido bajo el rótulo de bronce de la secretaría anunciaba: «Vuelvo dentro de un momento».

Se detuvo en el umbral del despacho de la tesorería, junto a la secretaría, respirando con dificultad. La mujer que allí hablaba por teléfono levantó la vista inquisitivamente. Sin hacer caso de las miradas perentorias de Michael ni de la pregunta que comenzó a formular, terminó de hablar con toda tranquilidad. Entonces Michael le preguntó dónde podía encontrar a Moish y ella dijo:

—Ha tenido que salir un momento; no ha dicho adónde iba, pero sí que volvería enseguida.

Contraviniendo todas las precauciones en las que él mismo había insistido, Michael le pidió la guía de teléfonos del kibbutz y marcó el número de la clínica. Se había colocado de espaldas a la mujer. Ella parecía absorta en sus asuntos. No le había preguntado quién era y, por el gesto con que le entregó la guía telefónica, los labios fruncidos, los ojos esquivos, y señaló el teléfono, Michael supo que sabía quién era y que estaba ocupándose de sus papeles sólo para disimular. Pero ni eso bastó para detenerlo. Al oír la voz de Avigail pronunciando un nervioso «¿Diga?», sólo logró articular con voz ahogada: «Buenos días».

—Ya casi es por la tarde —replicó Avigail, y esa respuesta seca lo tranquilizó tanto que se sentó en la silla frente a la mujer, quien seguía revolviendo sus papeles sin perderse una palabra. Michael sintió un temblor en las piernas cuando sus músculos se relajaron de pronto.

—Sólo quería saber si hay alguna novedad —dijo, midiendo cada palabra.

—No exactamente —repuso Avigail con cautela—. En este momento estoy acompañada, pero me alegraría mucho hablar contigo dentro de una media hora.

—Me pasaré por allí —dijo Michael haciendo caso omiso de las sirenas de alarma que sonaban en su cabeza advirtiéndole que fuera precavido. En el hilo telefónico se hizo el silencio. Michael tenía ante sus ojos el rostro vulnerable de Avigail, y, sabedor de que estaría retirándose la melena del cuello, vio su delicada mano bajo la cascada de pelo levantando los sedosos mechones castaños con aquel gesto tan suyo.

—¿Te parece prudente? —dijo al fin su voz contenida, reservada.

—Ahora no puedo pararme a pensarlo —reconoció él—. Pero, dadas las circunstancias, me parece lo más natural.

Consultó su reloj y vio que no podría llegar a la clínica antes de las doce y veinte. Al dejar de oír la voz de Avigail, la inquietud volvió a adueñarse del ritmo de su respiración. Hizo un esfuerzo por relajarse y se oyó diciendo a la mujer unas palabras que le sonaron huecas:

—Entonces, ¿dice usted que volverá pronto?

—Dentro de cinco minutos —respondió la mujer; luego se encogió de hombros y añadió—: Eso es lo que dijo. Pero también ha estado aquí el otro hombre, el del bigote; me preguntó por él y se marchó.

Michael le dio las gracias y se encaminó hacia el antiguo edificio de la secretaría. Majluf Levy no estaba en la habitación que les habían cedido. Ni tampoco se veía por ningún lado al agente de inteligencia del subdistrito de Lakish. Michael se sintió perdido. Trató de dominar el pavor que se iba apoderando de él, de despertar en él las voces que lo ayudaban, y se preguntó adónde podría haber ido Moish al mediodía, justo antes de la comida.

Oyó los pesados pasos de Majluf Levy antes de que apareciera en el umbral. Tenía un aire grave y no cesaba de dar vueltas a su grueso anillo.

—¿Qué pasa? —se oyó preguntar Michael con el mismo pánico que siempre oía en la voz de su ex suegra cuando la llamaba por teléfono—. ¿Qué pasa? —repitió titubeando, pero la ansiedad no se había disipado de su voz.

—No pasa nada —respondió Majluf Levy—, excepto que Moish de repente ha decidido ir a hablar con Dvorka. Antes estuvo hablando con Dave, ya sabes a quién me refiero.

—Sí, sí —dijo Michael impaciente—. ¿Qué ha hecho desde que se levantó por la mañana? ¿Desde que hicisteis el relevo?

—De noche no salió de su habitación. Su mujer le montó una escena, pero él no rechistó. Después no lograba dormirse. Creo —continuó Levy con gesto preocupado— que no se siente bien, la úlcera debe de estar machacándolo. Yo no lo vi, pero Ítzik, que ha hecho el turno de noche, me ha contado que no paraba de pasearse por la habitación. La persiana estaba levantada y lo vio todo sin problemas. También lo oíamos todo, pero no hubo nada que oír. Por la mañana fue al comedor pero apenas probó bocado. Y luego se marchó a trabajar a la secretaría. Hablé con él cuando estaba allí. Casi no podía articular palabra. No sé qué le estará fastidiando, o qué novedad le está fastidiando. Pero desde que me dijiste que no lo perdiera de vista, me he dado cuenta de que, como se suele decir, está perdiendo los papeles.

—¿Cuándo fue a ver a Dave?

—Ése fue el problema, que fue a verlo cuando Dave estaba en la fábrica. Fue en bicicleta y me las vi y me las deseé para seguirlo, pero, como se suele decir, está en las nubes, ni siquiera notó que iba detrás de él. Al final yo también cogí una bicicleta; no había hecho tanto ejercicio desde hacía años.

—¿Y bien? —dijo Michael—. ¿Qué pasó?

—Ya te he dicho que fue a la fábrica.

Michael miró a Majluf Levy con hostilidad. La tensión le hacía hablar despacio. Michael tenía ganas de zarandearlo. Como si le hubiera oído rechinar los dientes, Levy le dirigió una mirada nerviosa y dijo a toda prisa:

—Entró en la fábrica y salió acompañado de Dave. Hemos puesto micrófonos en su habitación, y en las demás, pero nadie lleva ninguno encima, así que fue imposible oír lo que decían. Por lo demás, todo el mundo ha estado donde tú les has ordenado. Nadie se ha movido de su puesto. Ítzik se pasó toda la noche junto a la habitación de Moish —lo miró expectante, pero Michael no dijo nada—. Dave tenía el mismo aire de siempre. Moish lo cogió así —dijo Levy, rodeando con su brazo un hombro imaginario— y se alejaron; después Dave volvió a la fábrica y salió con Yankele... No oí su conversación —explicó en respuesta a la mirada inquisitiva de Michael—. Me escondí detrás de la valla verde que hay allí y lo vi todo, pero no oí ni una palabra.

—¿Y no has hablado con él después?

—¿Cuándo? Si se fue directamente a la habitación de Dvorka.

—¿La habitación de Dvorka? —repitió Michael.

—Sí, es donde está ahora mismo.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí? —le preguntó Michael con brusquedad.

—La gente estaba saliendo de la fábrica para ir al comedor y no quería que me vieran paseándome por allí. Y, además, tenemos a Baruj apostado junto a la habitación de Dvorka.

—Deberíamos haber traído más hombres —se lamentó Michael.

—Eso es lo que yo decía —dijo Levy, balanceándose de un pie a otro.

—Bueno, ¿y a ti qué te pasa? —preguntó Michael—. ¿Qué es lo que te fastidia? Algo te tiene preocupado, es evidente.

La inquietud se acentuó en los ojos de Majluf Levy cuando dijo:

—En fin... no sé cómo expresarlo... En primer lugar, me has puesto nervioso con tantas

advertencias, que no lo pierda de vista, que no se me escape ni un minuto. Cualquiera pensaría que estamos jugando a algo... Ni siquiera sé qué hay que averiguar, qué pasa por tu cabeza. Y ya no soy ningún chaval para andar dando vueltas por el kibbutz en bici a pleno sol.

Michael observó los pantalones de gabardina de Majluf Levy y su camisa bien planchada, esta vez sin corbata, e hizo un pausado gesto de asentimiento.

—Y, en segundo lugar —prosiguió Majluf, manoseándose el cuello de la camisa—, yo qué sé, me parece que se encuentra fatal, el tal Moish, y después de estas charlas... Tenemos micrófonos en la habitación de Dvorka; más tarde podremos oír su conversación.

—¿Más tarde? —dijo Michael abruptamente—. ¿Por qué más tarde? ¡Ahora mismo!

—Está bien —replicó Levy—. Ahora mismo me voy para allá, si quieres. Pero aún no te he comentado que ha estado llorando, ha llorado como un niño. Y que le ha dicho a Dvorka: «¿Cómo has sido capaz?». Lo oí al pasar de largo junto a la habitación de camino hacia aquí.

—¿Qué más le oíste decir?

—No me detuve, venía a buscarte. Eso fue todo lo que oí: «¿Cómo has sido capaz? ¿Cómo has sido capaz de no contármelo?». No paraba de repetir eso.

Michael echó una ojeada a su reloj y vio la manecilla de las horas cerca de las tres.

—Tengo que acercarme un instante a la clínica —dijo—. Me vas a hacer un favor; ve al comedor y dile a Moish que quiero hablar con él dentro de un rato, media hora, digamos. Dile que me espere en su casa, en su habitación. Y tú búscate un escondite al lado. No le quites la vista de encima a su habitación.

—¿Yo personalmente? —preguntó Levy, dando vueltas al anillo de su meñique.

—Sí, tú personalmente, y que no te vea. Escóndete tras ese arbusto grande, donde se escondió Ítzik anoche.

—Pero ¿qué es esto? —refunfuñó Levy—, ¿una película? ¿Una historia de detectives para niños? ¿Por qué no podemos sentarnos tranquilamente en la furgoneta y escuchar su conversación? ¿Para qué nos vale el equipo? ¿Qué sentido tiene andar metiéndose entre los arbustos? Y, para colmo, a plena luz del día.

—Majluf —dijo Michael, poniendo en juego todas sus reservas de paciencia—, hazme un favor, Majluf. Apóstate allí y que nadie te vea, arréglatelas como puedas. Ya sé que no estamos bien organizados, pero ahora no hay tiempo para organizarse, créeme, Majluf,

no hay tiempo –posó la mano en el ancho hombro de su compañero, al que le sacaba al menos una cabeza.

En la clínica no había nadie salvo Avigail, ocupada en lavar una probeta en la pila. Michael advirtió el destello de pánico que asomó a sus ojos cuando lo vio abrir la puerta. Se secó las manos en la impecable bata blanca y se apresuró a bajarse las mangas y abotonárselas.

–Deja en paz esos botones, Avigail –dijo Michael severamente.

–¿Por qué has venido? Nos van a descubrir, al final alguien se enterará, seguro –dijo Avigail.

–Porque tengo que preguntarte un par de cosas urgentemente –dijo Michael, y, para su sorpresa, se encontró acariciándole los mechones de pelo que le caían sobre la nuca. Escudriñó sus grises ojos y vio miedo y angustia. No había en ellos la menor alegría. Con un movimiento grácil y rápido Avigail se desembarazó de su mano y dio un paso atrás.

–Avigail –dijo Michael–, escúchame con atención, por favor, y haz lo que te digo: no te separes del teléfono. Toma, éste es el número del doctor Kestenbaum, pregúntale cuál es el antídoto y qué dosis hace falta...

–No es necesario –lo atajó secamente Avigail con voz apagada–. Ya lo sé, lo tengo todo listo.

–Entonces quédate a la espera junto al teléfono. No te muevas. Si te marchas de aquí, ve a tu habitación y quédate allí. Para que pueda ponerte en contacto contigo inmediatamente.

–No sé por qué estás tan seguro de que estamos a punto de dar con una solución –dijo Avigail rebuscando en un gran armario del que sacó una jeringuilla desechable metida en su bolsa de plástico. Michael observó sus elegantes movimientos y reprimió el impulso de acercarse a ella.

–Me he pasado la mitad de la noche hablando de esto. Creía que me habías entendido.

–¿Qué tal la reunión? –preguntó Avigail mientras se metía en el bolsillo la jeringuilla y un frasquito.

–¿Será un buen sitio para guardarlos? –preguntó Michael.

–¿Por qué lo dices?

–¿No se te van a caer?

–No voy a dar saltos ni a correr –dijo Avigail negando con la cabeza, sin sonreír. Luego añadió titubeante–: Creo que te has ido poniendo cada vez más nervioso y al final

has llegado a la conclusión de que enseguida se va a producir un desenlace porque es lo que te conviene. Hoy ha venido a verme una periodista.

—¿De dónde?

—¿Qué más da? De *La Voz del Néguev*. Quiere una exclusiva. Cuando se levante la prohibición de informar, quiere ser la primera en entrevistarme —le explicó con una risita.

—¿Por qué a ti?

—Porque soy enfermera y sabe que en un kibbutz la enfermera se entera de todo.

—¿Y qué les has dicho?

—Que estaba muy ocupada con tantos pacientes y que me dejara su teléfono. Fui amable con ella porque no quería crearme una enemiga, y que se pusiera a husmear y descubriera algo.

—¿Quién ha venido a la clínica esta mañana?

—Nadie especial, aparte de Dave, era él quien estaba aquí cuando telefoneaste. Me ha dicho que Yankele está al borde de un ataque. ¿Qué ha pasado en la reunión del equipo?

Michael echó un vistazo a su reloj y describió la reunión concisamente. Cuando ya estaba en la puerta, Avigail le dijo con aire reflexivo:

—Por cierto, ahora creo que sí tenemos fundamentos para sospechar de Yoyo.

—¿Y ahora te acuerdas de eso? —dijo Michael—. Ya es historia, agua pasada.

—No me has explicado cómo va el interrogatorio —le reprochó Avigail, dolida.

Michael retiró la mano del picaporte y dijo:

—¿Por qué piensas eso de Yoyo?

—Porque está demasiado bien informado sobre los psicofármacos y ya tenía la impresión de que debía de estar muy relacionado con algún enfermo mental antes de que se descubriera el pastel, hace un par de días, cuando hablé con él sobre Yankele. Y yo me pregunto: ¿cómo es que un tesorero sabe tanto de psicofármacos?

—¿Cómo es que se le escapó esa información? —preguntó Michael con desconfianza.

—La gente se pone nerviosa cuando viene a la clínica... Le entran ganas de contar sus intimidades —dijo Avigail pensativa.

—No te apartes ni un centímetro de aquí —dijo Michael—, o de tu habitación.

—Ahora tengo que ir a comer —dijo Avigail—. Y luego iré a mi habitación, y a las tres estaré aquí de vuelta. Pero recuerda que sólo porque sea lunes no va a suceder todo como tú quieres.

Michael se encaminó a buen paso a la secretaría. El aire ardía y las suelas de los

zapatos le quemaban como si estuvieran en llamas. Los caminos de cemento e incluso la hierba despedían un calor palpable. No había nadie a la vista. Michael sabía que hasta las cuatro no llegarían los primeros niños a las habitaciones de sus padres y que a las cinco la gente comenzaría a instalarse cómodamente en los jardines, donde ahora los aspersores giraban rociando gotas que el aire seco absorbía enseguida.

Moish estaba sentado a su mesa. Miró a Michael abrumado, con desesperación.

—¿Qué ha pasado? —dijo Michael—. Cuéntemelo sin rodeos. No nos queda tiempo que perder.

Con la vista puesta en él, Moish despegó los labios pero no llegó a articular ningún sonido.

—Está pasándolo muy mal —afirmó Michael, mirando el rostro de Moish, medio oculto por sus manos.

—No lo sé —dijo Moish con dificultad.

Michael ensayó otra vía de aproximación.

—No es momento para venirse abajo. ¿Sabe que Yoyo sigue detenido? No vamos a soltarlo todavía.

Moish permaneció callado.

—Tal vez debería ser más concreto —dijo Michael—. ¿Por qué no me cuenta de qué ha hablado hoy con Dave?

—Lo de Dave no tiene importancia —replicó Moish.

—¿Y qué la tiene? —preguntó Michael, pero Moish no respondió—. Dígame qué tiene importancia —repitió obstinadamente—. El tiempo nos acucia, ¿no se da cuenta de que no hay tiempo que perder?

—Ya no puede asustarme —dijo Moish—. No comprendo nada de nada.

—¿Qué quería preguntarle a Yankele?

—Estaba de turno de cocina cuando murió mi padre.

—Pero si ya lo hemos interrogado varias veces sobre lo que pasó esa noche. Yankele no vio nada. ¿Qué lo ha llevado a pensar que sí vio algo?

—Dave me lo ha hecho comprender —dijo Moish con voz quebrada, retirándose un mechón gris de la pálida frente.

—¿Qué ha pasado con Dave? ¿Qué le ha dicho? —preguntó Michael, y encendió un cigarrillo.

Moish levantó con pulso tembloroso una jarra de agua y llenó un vaso azul de plástico

que tenía delante.

–Me cuesta tragar –dijo–, la alergia me está matando. Ni siquiera el agua me sabe a nada. ¿Quiere un poco? –llenó un vaso y se lo tendió.

–¿Qué ha dicho Dave? –insistió Michael, dejando el vaso sobre la mesa.

–Todo comenzó después de la sijá del sábado. De regreso a mi habitación, hablé con Dave. Y me dijo que últimamente Yankele estaba diciendo cosas raras. Que había algo que le tenía preocupado. Y que le daba la impresión de que iba a reaccionar muy mal después de la sijá. Cosas por el estilo. Apenas le presté atención. Pero se me quedó grabada una cosa. Dave dijo que Yankele no dejaba de hablar de frascos.

–¿De frascos? ¿Le ha dicho a usted algo de eso? –preguntó Michael abruptamente.

–Pues sí. Yo tampoco lo entendía. Pero al recordarlo esta mañana, de pronto comprendí a qué se refería y fui a verlo a la fábrica. Hay que tener unas dotes especiales para hablar con Yankele. Y yo sabía que no iba a sonsacarle nada que no les hubiera contado a ustedes. Pero le pedí a Dave que me echara una mano después de explicarle la situación. Dave lo interrogó y consiguió que le explicara que Dvorka había salido por la puerta de la cocina esa noche, la noche en que celebramos el jubileo.

Michael lo miró a los ojos y preguntó:

–¿Y qué relación tiene eso con los frascos?

–Yankele la siguió, se lo ha contado a Dave esta mañana. La siguió hasta la mitad del camino. Hasta... hasta... en dirección a la habitación de mi padre.

–¿Y después?

–Nada más –dijo Moish mirándose las manos.

–¿Nada más? Vamos, la historia no termina ahí.

–De momento no le voy a contar nada más –dijo Moish.

–Ya es tarde para eso –replicó Michael–. Con todo lo que me ha contado ya no puede tratar de proteger a nadie.

–El sábado por la noche celebramos una sijá muy traumática –dijo Moish–, y desde entonces... no me he sentido en paz desde entonces. De repente me he dado cuenta de que tengo que replanteármelo todo.

–¿Qué le ha dicho Dvorka? –preguntó Michael.

Moish lo miró espantado.

–¿Cuándo? –preguntó al fin.

–Ahora, cuando ha hablado con ella hace un rato –dijo Michael.

—No me ha dicho nada. ¿Cómo lo sabe? ¿Han estado siguiéndome? ¿El tipo ese del bigote? Pero ¿qué demonios les pasa? ¿Es que han perdido la cabeza? —su voz se había elevado hasta un grito.

—¿Qué le ha dicho Dvorka?

—No ha dicho nada. Lo he dicho yo todo —repuso Moish con una voz distinta.

—¿Y qué le ha dicho usted? ¿Qué idea le preocupa? Dígame en qué está pensando.

—No me encuentro muy bien —dijo Moish con un estremecimiento.

—Dígame en qué está pensando.

Moish se llevó la mano al estómago. Tenía la tez grisácea.

—¿Cree que Dvorka fue a la habitación de su padre?

—Ya no sé ni qué pensar —dijo Moish con esfuerzo—. Usted no puede comprender cómo me está afectando esta situación.

Michael pronunció la frase que tantas veces había repetido en ocasiones similares:

—Explíquemelo usted.

—Dvorka no dijo la verdad. Usted se lo preguntó un par de veces delante de mí. Y también a solas, seguro, han estado volviendo locos a todos con sus preguntas. Yo también se lo he preguntado. Mi padre era amigo suyo. Dvorka no le dijo a nadie que había muerto. Y no me ha querido decir si vio o no vio un frasco a su lado. ¿A quién pretende proteger? No entiendo cómo me ha podido ocultar una cosa así. Para mí, que Dvorka mienta es... es como si... que Dvorka me oculte algo así... —Moish se enjugó la frente—. No puedo seguir así —dijo al fin—, me encuentro fatal. Y las medicinas están en mi habitación. Tengo que volver allí.

—Siempre lleva un frasco en su cartera —le recordó Michael.

Moish rebuscó en su cartera y sacó el frasco de plástico de siempre. Lo examinó y lo agitó.

—Está vacío —dijo, y lo tiró a la papelera—. Voy a ir a mi habitación.

—Lo acompaño —dijo Michael, reparando en el esfuerzo que le costaba a Moish levantarse—. ¿Quiere que vayamos a la clínica? —preguntó—. ¿Llamo a la enfermera? ¿Al médico? ¿Necesita un médico?

—Nada de médicos —replicó Moish—, ni médicos, ni enfermeras, ni nada de eso. Sólo necesito tumbarme en mi cama. Me encontraré mejor en cuanto haya tomado la medicina. Pero tengo que ir a mi habitación.

Echaron a andar lentamente. Michael reprimió el apremio que sentía. A cualquier

observador ajeno a la situación le habría parecido que eran un par de amigos dando tranquilamente un paseo, pero no había nadie para verlos. El sol llameaba en el cielo y hasta la grisácea tez de Moish se veía casi amarilla bajo la luz deslumbrante. Moish se detuvo a la puerta de su habitación y dijo:

—No me va a pasar nada. De verdad. Ya puede marcharse.

Michael asintió con la cabeza y dijo:

—Hablaemos más tarde, cuando haya descansado.

Antes de encaminarse hacia la secretaría se volvió a echar un vistazo a la esquina de la casa de Moish. Luego se acercó al gran macizo de adelfas que había allí y separó las ramas. Una avispa salió como un rayo de entre las hojas polvorientas, pero Majluf Levy no estaba allí.

Algo le hizo detenerse. Tenía la sensación de que alguien lo miraba y se preguntó si estaría perdiendo el sentido de la realidad. Estaba a punto de alejarse cuando le pareció oír ruidos en el interior. Se acercó a la ventana. Moish estaba tendido en el suelo, vomitando. Su cuerpo se contorsionaba. Michael se precipitó hacia dentro y no encontró a nadie salvo a Moish, que profirió un quejido. A su lado, sobre la alfombra, estaba tirado un frasco de plástico del que manaba el blanco líquido que siempre olía a menta. Pero esta vez tenía un olor distinto, el mismo del aliento de Moish.

Michael sintió que lo invadía una oleada de esa fría eficacia que había perdido en los últimos días. Su voz resonó con certidumbre y autoridad cuando dijo por el teléfono:

—Ven inmediatamente a la habitación de Moish.

Luego se agachó sobre el hombre que se convulsionaba en el suelo. Estaba consciente.

—¿Reconoce el olor? —le preguntó Michael, y oyó en su voz un tono delicado y tranquilizador, como si estuviera hablándole a un niño, era el tono con que le hablaba a Yuval de pequeño cuando tenía una fiebre muy alta por la noche.

—No huelo nada —dijo Moish con dificultad.

—¿Es paratión? —preguntó Michael.

—Estaba en el frasco, claro. Me voy a morir.

—Morirse no es tan fácil —dijo Michael—. No se va a morir.

Moish volvió a vomitar. Tenía la cara blanca como el papel y su cuerpo volvió a convulsionarse. Emitió un estertor y Michael empezó a contar los segundos.

—Siempre pasa lo mismo —dijo Avigail envolviendo el frasco—. Sólo he tardado cuatro

minutos en llegar, pero a ti te ha parecido una eternidad porque no estabas seguro de que fuera a llegar a tiempo.

–Habría muerto si no hubieras llegado inmediatamente –dijo Michael.

–Al cabo de otros cinco minutos, si no le hubiera puesto la atropina, probablemente habría muerto.

Michael se estremeció.

–Pero había otro problema del que tú no te has dado cuenta y que a mí me tenía igual de asustada.

–¿El qué? –preguntó Michael, tratando de dominar el temblor que le sacudía el cuerpo.

–Si se administra el antídoto del paratión sin que sea necesario, cuando no se sufre un envenenamiento por paratión, el peligro es el mismo. Y más en su caso, teniendo úlcera.

–Pero yo estaba seguro. Y además recordaba que Kestenbaum te lo había dicho, y a mí me lo había repetido cien veces por teléfono, pero me fié de mi olfato.

–Tal vez no deberíamos haber corrido el riesgo –dijo Avigail.

–¿Qué alternativa teníamos? –le replicó Michael amargamente.

Se oyeron voces en el exterior y empezó a sonar el teléfono.

–¿Dónde demonios os habéis metido? –dijo Michael airadamente por el auricular–. Dime dónde estáis –luego se quedó a la escucha, interponiendo algún que otro «ajá». En ese momento entró el equipo médico del hospital, avisado por Avigail.

–Hemos tardado quince minutos –dijo el médico y, tras reconocer a Moish, añadió–: Ha sido una gran suerte que tuvieran atropina. Sin ella, ya se habría despedido de este mundo.

Michael colgó el teléfono.

–Tengo que irme –le dijo a Avigail–. Quédate aquí hasta que lleguen los peritos; ésta es la escena prototípica de un crimen. Ha sido un milagro que no se haya convertido en la escena de un asesinato.

–¿Dónde vas a estar? –preguntó Avigail.

–En la habitación de Dvorka.

Majluf Levy lo esperaba en la habitación, sentado frente a Dvorka en un sillón de finas patas, sin apartar de ella la vista.

–Ha estado a punto de morir –dijo Michael.

–Me quedé vigilando la habitación siguiendo tus instrucciones. La vi entrar. Y la oí a través de la ventana del cuarto de baño. ¿Qué tendrá que hacer en el cuarto de baño?,

pensé. Nada bueno, eso seguro. Me subí a la roca que habíamos colocado a propósito ayer. No tomó precauciones, dejó abierta la ventana, y oí el ruido que hacía pero no llegué a ver bien qué estaba haciendo. No la pude sorprender con las manos en la masa porque me daba miedo que me viera si levantaba más la cabeza. Pero ¡aquí lo tienes! Lo he encontrado. Se niega a hablar. Se lo arrebaté por la fuerza, lo tenía guardado en el bolsillo. Un frasquito con un cuentagotas, como los medicamentos. Toma –y Majluf Levy le tendió a Michael la bolsita de plástico donde había guardado el frasco–. Creía que no te ibas a separar de Moish. Por eso la seguí a ella.

Al ver la mirada colérica de Michael, añadió:

–Pensé que estaría a salvo contigo y que era mejor no perderle la pista a ella –y luego, viendo que la rabia no desaparecía de los ojos de Michael, prosiguió–: ¿Cómo quieres que supiera que ibas a dejarlo solo? ¿Me dijiste acaso que la detuviera? ¿Me dijiste que la siguiera? No me dijiste nada. Y, para colmo –añadió bajando la vista–, a Baruj se le estropeó la radio y no me oía. No pude ponerme en contacto con él. Me daba miedo que no estuviera en su puesto y que Dvorka se nos escapara. Que se hiciera daño a sí misma. Pero la hemos pillado in fraganti –dijo con satisfacción–. Ah, y no mató a Srulke, simplemente le quitó el paratión.

Michael cogió el frasquito. Supo de pronto a quién le recordaba Dvorka. A Livia, de la serie de televisión *Yo, Claudio*, la abuela intrigante y despiadada que envenenaba a sus parientes y pretendía que la deificaran cuando muriera. Ya no le inspiraba miedo. Dvorka bajó la mirada.

Los técnicos del laboratorio móvil entraron en la habitación después de que Majluf Levy se llevara a Dvorka bien agarrada del brazo. Luego fueron a la habitación de Moish.

–Es una suerte que no haya nadie –dijo una mujer del equipo desconocida para Michael–. ¿Dónde está la familia?

–Se han marchado de excursión a la playa esta mañana –dijo Michael. Desde donde estaba, al lado de la puerta, vio a Avigail caminando despacio por el camino de cemento. Todavía vestía el uniforme de enfermera.

–Te acompaño a tu habitación –le dijo al llegar a su lado–. Ya puedes empezar a hacer la maleta, a menos que quieras quedarte hasta que llegue la nueva enfermera.

–Ni hablar –dijo Avigail–. Ya no tengo nada que hacer aquí.

–¿Qué tal se encuentra Moish?

–Se pondrá bien, ya le han hecho el lavado de estómago y todo lo necesario. No se había quedado corta con la dosis, desde luego –luego añadió pensativa–: Moish lo sabía. Sabía que había sido ella.

–Sí –dijo Michael, dando una patada a una piedrecita del camino.

–Debía de estar volviéndose loco –comentó Avigail–. ¿Estás seguro de que la muerte de Sruk fue accidental?

–Ésa es la impresión que tengo, desde luego –dijo Michael.

–No comprendo por qué Moish no dijo nada.

–Quería protegerla –dijo Michael–. Es una situación muy difícil cuando todo el mundo que te rodea es como de la familia. Y sobre todo Dvorka.

–Sigo sin comprender sus motivos –dijo Avigail–. ¿Tú lo entiendes? –preguntó de pronto–. ¿Por qué mató a Osnat? –Michael permaneció en silencio–. ¿Por qué no me respondes? –se quejó Avigail–. ¿Tú lo entiendes?

–Sí, creo que sí –dijo Michael.

–Pues di algo. Explícamelo.

–Creo que Osnat, y después Moish, amenazaban los fundamentos de su vida y los odiaba por ese motivo. Ya hablaremos de eso más adelante. Lo comentaremos largo y tendido –dijo Michael. Habían llegado a la habitación–. ¿Necesitas ayuda? –le preguntó tímidamente.

Y es que Avigail parecía tan eficaz. Como si pudiera sobrellevar todo lo que se le viniera encima.

Pero una vez en la habitación, la última luz del día devolvió a su rostro la expresión de vulnerabilidad, aquella que lo obligaba a contener el aliento. Posó la mano en su brazo y ella no esquivó su contacto.

–Avigail –dijo Michael.

–¿Qué?

–¿Me harías un favor?

–¿Qué?

–¿Me enseñas el brazo?

Avigail se quedó mirándolo largo rato. Después se desabotonó una manga con pulso inseguro.

–¿No era nada más que eso? –dijo Michael con alivio–. Y yo que creía que... no sabía

qué pensar, no lo entendía. Te curarás, Avigail –sonrió–. En comparación con lo que imaginaba, esto no es nada –le aseguró, y tomó su cabeza entre las manos.

Se oyó el timbre del teléfono. Avigail le dirigió una mirada interrogante y después respondió a la llamada. Volvió a mirarlo y le tendió el auricular.

–Es para ti –dijo sin sorpresa, y se dirigió al dormitorio.

Michael oyó cómo abría las puertas del armario y a continuación se sentó para aquietar el pánico.

–No es nada –le dijo Sarit por el teléfono–, no es nada grave, solamente le han pegado una pedrada.

–¿Quién te lo ha dicho? –se oyó preguntar Michael.

–Su madre ha llamado por teléfono. Quería que te dijera que no es nada grave. Tiene un brazo roto y ha recibido una pedrada cerca del ojo. Está en el Hadassah Ein Karem, quería que lo supieras.

Avigail apareció en la puerta del dormitorio y depositó su maleta en el suelo.

–Tengo un hijo –dijo Michael con voz trémula.

–¿Sí? –dijo Avigail, mirándolo de frente–. ¿Le ha pasado algo? Por tu gesto yo diría que sí. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

–En el Hadassah Ein Karem –dijo Michael, tratando de dominar el temblor de sus manos.

–¿Quién te lo ha notificado? –preguntó Avigail a la vez que le quitaba de entre los dedos la cerilla encendida, la apagaba de un soplo y la dejaba cuidadosamente en el cenicero.

–Su madre. Hace años estuve casado, y tengo un hijo. Está a punto de terminar el servicio militar, no tardarán en licenciarlo.

Avigail respiró hondo y luego dijo:

–Si quieres te acompaño al Ein Karem. Me quedaré esperándote fuera.

El teléfono volvió a sonar y Avigail miró a Michael, que se abalanzó hacia el aparato.

–¿Sí? –se oyó decir. Y al cabo de un momento pronunció «sí» varias veces, luego «eso era lo que pensaba», y al final–: Se puede marchar cuando haya firmado su declaración.

Avigail recogió su maleta. Pasaron unos instantes hasta que Michael apagó su cigarrillo y se la quitó de las manos.

–¿Qué llevas aquí? ¿Piedras? –preguntó. Luego cerró la puerta con el hombro tras de

sí.

–¿Quién ha llamado ahora? –preguntó Avigail ya en el coche.

–Benny. La carta de Osnat estaba en la caja fuerte de Aarón Meroz, como estaba previsto.

–No puedo dejar de pensar en Yoyo. Agobiado por un secreto así y sin contárselo a nadie. Qué manera de vivir –tras un silencio añadió–: Claro que no es el único.

Cuando se acercaban al hospital, Michael dijo:

–Las personas se aprisionan en la realidad que inventan. Crean secretos de los que luego no saben cómo escapar.

Avigail se miraba las manos sin decir nada. Pero cuando Michael aparcó a la entrada del hospital, le sonrió inquieta y susurró:

–Se pondrá bien, tu hijo. Ya lo verás. ¿Cómo se llama?

–Yuval –respondió Michael–. Se llama Yuval.

NOTAS

¹ Literalmente, «higo chumbo»; se emplea para designar a los judíos israelíes nacidos en Israel y distinguirlos de los inmigrantes. (*N. de la T.*)

² Parlamento unicameral de Israel. (*N. de la T.*)

³ Debate; plural: *sijot*. Término utilizado en los kibbutzim del Kibbutz Artzi para designar las asambleas generales que se celebran semanalmente con objeto de debatir todos los asuntos de interés común y votar las decisiones.

⁴ Acrónimo de Noar Jalutzi Lojem (Juventud Luchadora Pionera), una organización de las Fuerzas de Defensa israelíes que combina el servicio militar con trabajos agrícolas en kibbutzim.

⁵ Periódico del partido de izquierdas MAPAM, al que está afiliado el Movimiento Kibbutz Artzi.

⁶ Ceremonia en la que los varones judíos se incorporan a la comunidad religiosa a la edad de trece años y asumen todas las obligaciones de un creyente adulto. (*N. de la T.*)

⁷ Rama del movimiento sionista, fundada en Alemania en vísperas del ascenso al poder del nacionalsocialismo. Organizó la emigración de los niños y jóvenes judíos a Palestina, donde muchos fueron absorbidos por los kibbutzim. Más adelante se amplió para dar cabida a niños judíos desheredados de otros países, incluido Israel.

⁸ Movimiento juvenil sionista de izquierdas fundado en Polonia en 1916 que más adelante se afilió al movimiento Kibbutz Artzi.

⁹ *Nuestra Comunidad.*

Título original: *Murder on a Kibbutz. A Communal Case*

Edición en formato digital: Febrero de 2012

© Keter Publishing House, Jerusalem Ltd., 1991

© De la traducción, María Corniero, 2000

© Ediciones Siruela, S. A., 2000, 2001, 2003, 2006, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-851-4

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Asesinato en el kibbutz Un caso comunitario	4
Dedicatoria	5
1	6
2	32
3	50
4	66
5	77
6	96
7	111
8	130
9	148
10	168
11	185
12	201
13	221
14	235
15	252
16	261
17	283
18	295
19	315
20	321
Notas	339
Créditos	340